

#1 NEW YORK TIMES

BRANDON
SANDERSON

FIREFIGHT

LOS RECKONERS LIBRO DOS



La ciudad de Chicago Nova es libre.

Le dijeron a David que era imposible, que ni siquiera los Reckoners habían sido capaces de matar a un Gran Épico. Sin embargo, Steelheart —invencible, inmortal, inamovible— ha muerto. Y David fue el responsable de su fin. Acabar con Steelheart debería haber completado la vida de David. Pero en realidad, solo le sirvió para ser consciente de todas las preguntas para las que no tiene respuesta. Y en Chicago Nova nadie puede contestarlas. Pese a todo, en Babilonia Restaurada, el lugar antes conocido como Manhattan, quizá pueda encontrar las respuestas. Es una urbe inundada y triste, gobernada por la Gran Épica Regalia, pero David está seguro de que por allí pasa el camino que le llevará a lo que busca. Es arriesgado entrar en una ciudad bajo el yugo de una despótica Gran Épica, pero para David la apuesta vale la pena. Porque la muerte de Steelheart solo logró dejarle un enorme vacío donde antes residía su sed de venganza: en el corazón. Había logrado llenar ese vacío con Firefight, una Épica desaparecida. Y ahora se embarcará en una empresa más peligrosa y siniestra que la rebelión contra Steelheart.

Partirá en busca de Firefight y de las respuestas que necesita.

Por primera vez en todo el mundo, esta edición de *Firefight* incluye el relato *Mitosis*, cuya lectura se sitúa entre el primero y el segundo libro de la presente trilogía.



Brandon Sanderson

Firefight

Reckoners - 2

ePub r1.6

Titivillus 15.09.2019

Título original: *Firefight*
Brandon Sanderson, 2015
Traducción: Pedro Jorge Romero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Presentación

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Segunda parte

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Tercera parte

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Cuarta parte

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Epílogo

Agradecimientos

Mitosis

Capítulo 1
Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Presentación

Tras el éxito de Steelheart, llegamos con este título al segundo libro de la serie de los Reckoners, una obra que cada vez me parece más importante en la siempre destacable y espectacularmente abundante producción de uno de los mejores escritores de los últimos años. Me refiero a Brandon Sanderson, casi con toda seguridad el más prolífico de los nuevos autores de la mejor fantasía emparentada, en cierto modo, con la ciencia ficción. Sanderson es un autor siempre capaz de mantener un elevado grado de novedad e inventiva, un enfoque inédito en la manera de tratar los temas fantásticos y, lo más importante, una importantísima calidad media, como lo demuestran sus obras más conocidas: Elantris, la (primera) trilogía de los Mistborn (Nacidos de la bruma), o esa otra maravilla que es El aliento de los dioses (Warbreaker), o la potente y personalísima serie iniciada con El camino de los reyes.

Como les decía en mi introducción a Steelheart, una de las más genuinas satisfacciones de un editor es, simplemente, «encontrar» a un autor nuevo y prometedor. En los largos años dirigiendo esta colección he «encontrado» autores nuevos de todo tipo y condición que han sido conocidos en España gracias a NOVA.

Mi más reciente descubrimiento fue este sorprendente Brandon Sanderson, un autor joven que, ya desde sus primeras obras, ha renovado la fantasía, durante tanto tiempo encerrada en el clásico «cliché a la Tolkien», hoy algo agotado por exceso de repeticiones. Ahora puedo constatar que la sorpresa que me proporcionó este

autor con su primera novela, Elantris (2005), se ha confirmado, y esa es solo una muestra de las muchas satisfacciones que nos va a deparar a todos.

No he sido el único maravillado por la habilidad narrativa y el universo fabulador de Brandon Sanderson. Cuando Robert Jordan falleció, en septiembre de 2007, no resultó extraño que se decidiera que sería precisamente el joven (y todavía «novato») Sanderson quien se encargara de terminar la novela entonces en proceso de redacción (A Memory of Light), que iba a ser el volumen final de la famosa serie La rueda del tiempo, que Robert Jordan no alcanzó a concluir. En manos del laborioso y prolífico Sanderson, esa novela final que su autor dejó bastante encarrilada al menos en sus notas, se ha convertido en tres volúmenes que Sanderson ya ha escrito y publicado: The Gathering Storm (2009), Towers of Midnight (2010) y la esperada A Memory of Light (2013), que finaliza el encargo. Y eso sin olvidar la escritura de sus propias obras (¿hasta qué punto esta trilogía final de La rueda del tiempo, con su dilatada extensión, no es una obra más de Brandon Sanderson?).

Porque en esos mismos cuatro años, Sanderson ha iniciado tres trilogías más: la segunda de Mistborn (ya iniciada en NOVA con Aleación de ley, en 2012), la de los Rithmatistas (ya iniciada su publicación en España, como siempre en NOVA) y la de los Reckoners que hoy nos ocupa. Y eso sin olvidar algunas novelas cortas como esa fabulosa The Emperor Soul (2012) ambientada en el mundo de Elantris que le valió el Premio Hugo de novela corta en 2013. Asimismo, nos ha ofrecido los dos primeros volúmenes (ambos ya aparecidos en castellano) de la que parece llamada a ser su magna obra (con permiso de Elantris, Mistborn o El aliento de los dioses...) que es La guerra de las tormentas. Los primeros títulos de esta, El camino de los reyes (2012) y Palabras radiantes (2014), ya se han publicado en NOVA, aunque inició su andadura narrativa (en la mente y los borradores de Sanderson) hace ya más de diez años y parece llamada a constar de unos diez volúmenes. Ahí es nada.

Calidad y cantidad se aúnan de manera casi inevitable en la obra de Brandon Sanderson, que escribe con la frescura, inventiva y calidad necesarias para ser ya un autor de referencia en el mundo de la fantasía. Sanderson parece no saber todavía que está llamado a ser importante y tal vez por eso mantiene su empuje y maneja su habilidad y su descaro narrativo como el joven que se quiere comer el mundo. Que no decaiga.

En mi presentación de Elantris, la primera novela publicada de Brandon Sanderson, ya les contaba la sorpresa que la irrupción de este joven autor ha causado en todo el mundo. Ahora también puedo dar testimonio de cómo el éxito internacional de Elantris se ha repetido en España.

Brandon Sanderson creció en Lincoln (Nebraska, EE. UU.) y ahora vive en Provo (Utah, EE. UU.) con su esposa Emily. Obtuvo la licenciatura en lengua y literatura inglesas por la Brigham Young University y durante dos años impartió clases en estas áreas. Antes había estudiado bioquímica y, siendo creyente de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días (LDS: Lost Days Saints, los conocidos «mormones»), estuvo los preceptivos años como «misionero», en su caso en Corea (fue a su regreso a Estados Unidos cuando se especializó en lengua y literatura inglesas). En 2006 se casó con Emily Bushman (compañera de estudios y en la actualidad su business manager), con la que tiene ya tres hijos. Hoy, además de escribir (muy prolíficamente) enseña escritura creativa en la Brigham Young University.

Es autor de numerosas novelas, pero la primera en ver la luz fue la sexta, escrita en 2000, Elantris (publicada en su original inglés en mayo de 2005), recibida por público y crítica como una interesantísima renovación en el tan trillado género de la fantasía. Se trata de una novela tan sorprendente como amena que ofrece de todo para todos: misterio, magia, romance, enfrentamientos políticos, conflictos religiosos, luchas por la igualdad y una escritura penetrante con personajes consistentes y maravillosos.

Elantris, que parece una novela de fantasía épica, no es solo eso. Faren Miller, de Locus, lo detectó claramente destacando en ella un tono no-conformista no excesivamente habitual en la fantasía. No en vano, Sanderson dice haber empezado a leer fantasía cuando, a los catorce años, cayó en sus manos una novela sumamente inteligente e irónica como es Vencer al dragón (1985, NOVA fantasía número 7), de Barbara Hambly. Faren Miller destaca claramente en Elantris esa posible orientación al recalcar el tono del Prólogo, tan clásico en la descripción de una fantástica capital de seres inmortales como había sido la ciudad de Elantris, para finalizar introduciendo, ya en el mismo Prólogo, un dato sorprendente y casi subversivo: «La eternidad terminó hace diez años».

Coincido con Brandon en la apreciación de Vencer al dragón y valoro muchísimo su primera novela publicada, Elantris, que sigo considerando una de las mejores de las últimas décadas en ese complejo universo de una nueva fantasía sujeta, en cierta forma, a algunas «reglas de uso» que la acotan un poco y acaban resultando muy adecuadas.

Les remito a mi presentación de Steelheart, el primer volumen de esta trilogía, para destacar el enfoque «distinto» y casi me atrevería a decir que «realista» que Brandon Sanderson da a la fantasía. Allí incluí un texto del estudiante Sanderson en un trabajo académico sobre la fantasía que ya les había extractado en la presentación de Elantris. Un texto en el que el entonces joven autor ya desarrollaba su tesis en favor del cambio en la narrativa fantástica y la superación del enfoque «a la Tolkien», que etiquetaba como el «síndrome de Campbell». A esa introducción les remito.

Tuve la oportunidad de hablar largo y tendido con Brandon (y con su esposa Emily) cuando vino a Barcelona, en noviembre de 2006, como conferenciante invitado en la ceremonia de entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción. Puedo asegurar que ideas no le faltan a Brandon Sanderson y que su capacidad de reflexión sobre la narrativa fantástica, unida a su habilidad extraordinaria como narrador y su interés por temas «adultos» (política, estrategia,

religión y un interesante etcétera), nos ha de deparar muchas más sorpresas.

En ese par de días hablé con Brandon sobre su manera de enfocar la magia en sus novelas de fantasía. Allí, al hablar, por ejemplo, de los alománticos de la serie Mistborn, me detalló su idea de que podía haber seres capaces de ejecutar actos de magia pero que no por ello dejaban de vivir en nuestro universo regido, por ejemplo, por las leyes de la física newtoniana. Si mágicamente se produce un efecto, hay que esperar un contra-efecto inevitable en un universo en el que rige la tercera ley de Newton: a toda acción corresponde una reacción.

Ese punto de vista lo ha detallado y precisado aun más con el tiempo. En su página web habla de ello. (Dicha página, <http://www.brandonsanderson.com/>, resulta de gran interés y les invito a visitarla).

En particular, como profesor ahora de escritura creativa, Sanderson ha profundizado en su propio arte y en las reglas que lo rigen. Él mismo nos lo cuenta en esa página web cuando establece dos grandes principios que, además de estar presentes en su obra, es capaz de rastrear en la de otros grandes autores de fantasía, entre ellos George R. R. Martin o el británico Joe Abercrombie (The First Law).

Los dos principios de Sanderson son sencillos pero tiene un gran efecto.

Primer Principio: La magia ha de tener un coste.

Segundo Principio: El beneficio y el coste han de ser iguales.

Fácilmente se percibe que esos principios formulan la idea de que, en nuestro universo, a toda acción corresponde una reacción de la que hablé con él a propósito de Mistborn hace ya unos años.

Los poderes mágicos, como todo tipo de poderes, necesitan de una especie de regulación para «humanizar» a quien los posee y utiliza. Y de ahí la gran riqueza humana de los personajes de Sanderson: disponen del favor de la magia, pero eso siempre tiene un coste. Está ya en El señor de los anillos (ese anillo que te hace

invisible pero deja rastros en tu psique), y viene a ser el principio de realidad de la economía trasladado al mundo de la magia...

Sanderson se distingue también por los distintos sistemas de magia que inventa para cada una de sus series, cada uno de los cuales, sin perder su poder, no deja de estar encauzado y ser visto, en cierta forma, de manera «racional». Es lo que ocurre, por ejemplo, con los alománticos de la serie Mistborn, los alientos (breath) que acumulan los personajes de El aliento de los dioses y tantos otros. En la serie de los Reckoners la magia reside en los poderes de los Épicos y su contrapartida se halla en el punto débil que tienen todos y cada uno de estos. Magia con reglas para obligar al autor a ser serio y disciplinado cual corresponde y el lector merece.

La trilogía que se empezó con Steelheart lleva por nombre genérico los Reckoners. La serie estará formada por Steelheart (2013), Firefight (2014) y Calamity (prevista en Estados Unidos para 2016), además de un relato ya publicado, Mitosis (2013), que se situaría entre los libros primero y segundo de la trilogía (con un final y un desarrollo complementario al de la primera novela).

Por cierto, en esta edición, gracias a la habilidad de la editora Marta Rossich a la hora de negociar, el lector podrá leer, por primera vez recogido en libro, el mencionado relato Mitosis (2013). Se publicará al final del libro (así lo ha pedido Sanderson), pero les recomiendo leerlo antes de Firefight. Quien avisa no es traidor...

Aunque hay otras acepciones, un reckoner vendría a ser alguien ocupado en vengar los errores o malas acciones del pasado y, también, en el ámbito religioso, una venganza relacionada con el Juicio Final, algo así como el vengador del Juicio Final.

Viene ello a cuento, ya que, en el universo de esa serie, de manera inesperada, incomprensida y trágica se ha producido una Calamidad (Calamity) que ha creado, más bien de forma azarosa, una serie de superhéroes en todo el planeta. A esos superhéroes se les llama Épicos (epics) e infortunadamente, o tal vez muy humanamente, no resultan ser buenas personas.

En el esquema habitual del mundo de los superhéroes de los cómics, ya es conocida la famosa frase «un gran poder conlleva una gran responsabilidad» (por ejemplo, tío Ben se la dice a Spiderman antes de morir). Pero, por desgracia, no ocurre así con los Épicos. Tal vez respondiendo a su humano origen, son egoístas y procuran para sí mismos, convirtiéndose en dictadores de la humanidad. Son, en general, los «malos» de esta serie.

Evidentemente, la humanidad no quiere aceptar esa esclavitud sobrevenida y se resiste. Los resistentes son los Reckoners, a los que el protagonista, David, se une en el primer volumen de la serie. A los ocho años, David presencié la muerte de su padre a manos de Steelheart, el Épico que rige en lo que antes había sido Chicago. Y en ese lance vio sangrar a Steelheart. Sabe que el este no es invencible y desea encontrar a los Reckoners para enfrentarse a él y vencerlo, y así vengar a su padre. Todo ello ocurre en Steelheart, cuyo agitado final incluye muchos descubrimientos bastante inesperados que no voy a comentar por aquello de evitar recaer en spoilers (un defecto del que debo acusarme más de una vez...). Lo más destacable en esta nueva serie es que Sanderson invierte los papeles y deja a los humanos protagonistas el papel de opositores a los poderes (casi mágicos) de los Épicos.

El ritmo narrativo es tan trepidante como deslumbrante. Como no podía ser menos, el primer volumen de la serie, Steelheart, ya ha sido adquirido para su versión cinematográfica en lo que puede ser una producción espectacular cuyo ritmo ya está completamente prefigurado en el texto escrito por Sanderson, capaz, como ya he dicho varias veces, de múltiples registros.

Alguien ha querido considerar que la serie Reckoners solo está dirigida a un público adolescente, que está compuesta por «novelas juveniles» al uso. He de disentir claramente y con determinación de esa caracterización. Me temo que ya no soy eso que se llama un «joven» o «adolescente», y esta serie me interesa. David, el protagonista, es, sí, un adolescente que, además de luchar, aprende cuál es su lugar en la vida. Se trata de una serie que respeta al

lector mucho más que esas sagas creadas ad hoc para uso y consumo de adolescentes, como Crepúsculo (2005), Los juegos del hambre (2008) o Divergente (2011), todas ellas con protagonistas femeninas y en las que se suceden aventuras (sin cortapisas ni controles excesivos) ya sea en mundos fantásticos poblados de vampiros y licántropos o, más recientemente, en distopías contra las que luchar.

En los Reckoners hay, sí, una revuelta de un joven como David que quiere vengar a su padre asesinado por Steelheart, pero hay mucho más. Los Reckoners son adultos, con un papel más parecido al de la resistencia humana a todo tipo de dictaduras, y David, manteniendo su papel protagonista, se suma a ese grupo de esforzados paladines de la humanidad que pretenden enfrentarse a los efectos de esa terrible Calamidad (Calamity) que se ha cernido sobre el género humano.

No voy a contar nada más de Firefight, pero sí quiero recordar que «solucionado» el problema de Chicago Nova (dominio de Steelheart) en el primer volumen de la serie, ahora la aventura se desplaza mayormente a la cambiada Nueva York, que recibe el nombre de Babilonia Restaurada (Babylon Restored). Ahí siguen las aventuras de David y los Reckoners y, cada vez más, nos acercamos a la explicación final del porqué y el significado de esa terrible Calamidad que ha sacado de los Épicos que han adquirido poderes todo aquello que de peor tiene el ser humano: egoísmo, prepotencia, violencia y un largo etcétera que todos conocemos.

Una reflexión más. El recurso a los superhéroes es algo muy habitual en nuestra cultura occidental tan dominada por EE. UU. Siempre canto a la individualidad, el papel del superhéroe ha sido el sùmmum de la cultura estadounidense. Pese a vivir en una de las sociedades más dotadas de recursos del planeta, los héroes de las aventuras actúan casi siempre solos y sin recurrir a ninguno de los sistemas de ayuda (policía, bomberos, médicos, etc.) que una sociedad avanzada ha de proporcionar a sus ciudadanos. En el caso de los Reckoners se trata de humanos «normales»

enfrentados a la utopía negativa constituida por esos poderes (¿mágicos?) tan mal utilizados por los Épicos y, como suele ser habitual en él, Brandon Sanderson hace alarde de su gran capacidad de inventiva e imaginación: los poderes de los Épicos en esta serie resultan sumamente novedosos y ampliamente variados. Sanderson se nos muestra de nuevo como un creador infatigable que no deja de razonar sobre el misterioso origen de esos poderes (Calamity) y la amplia variedad de los mismos.

Como siempre en este autor, los Épicos tienen poderes pero son vulnerables. La magia tiene un coste. Es algo imprescindible para la existencia de una narración. Si nos fijamos en un superhéroe todopoderoso como Superman, resulta evidente que, si lo puede todo, no hay trama posible. Aun aceptando que algunas de las tramas de los cómics de los superhéroes estadounidenses son muy infantiles, la necesidad de que el superhéroe tenga problemas es imprescindible para que exista una narración. De ahí la kryptonita de Superman, su enfrentamiento con otros kryptonianos en la segunda de las películas de la primera serie protagonizada por Christopher Reeves, o incluso el enfrentamiento con su otro yo materializado en la tercera de esas películas. Si no hay un opositor del mismo nivel no existe aventura.

Además de los cómics de superhéroes en sí mismos, hay otras visiones a destacar. De los imprescindibles Watchmen (1986 y 1987) de Alan Moore a estos Épicos de Sanderson hay un largo camino con diversos tratamientos sobre los superhéroes pero, al menos que yo conozca, ninguno como el que aborda Sanderson: los superhéroes, dotados de poderes variadísimos y en realidad mágicos, son en realidad supervillanos. Ahí es nada.

La nueva trilogía de los Reckoners está llamada a ser una serie de superhéroes, o, mejor, de supervillanos, con aventuras de todo tipo en las que estos se enfrentan con simples humanos que, aparentemente, solo cuentan con la ayuda de su inteligencia y, sobre todo, su voluntad y determinación. Se trata de una aventura épica, humana como pocas, a la que Sanderson proporciona un

ritmo en verdad trepidante y en la que imagina para los Épicos una brillante variedad de poderes sin cuento (ese es el sistema de magia de Reckoners: los superpoderes de los Épicos). No es poca cosa.

En resumen, una nueva serie de un autor excepcional y sumamente prolífico (sin bajar el alto nivel de calidad al que nos tiene acostumbrados), una rara avis de la fantasía moderna, a la que aporta un enfoque propio y sumamente poderoso y sugerente. Y esta vez en un mundo de superhéroes con toda la imaginación, la aventura, la magia y los entrañables personajes a que nos tiene acostumbrados.

Que ustedes la disfruten.

Miquel Barceló

*Para Nathan Goodrich,
un buen amigo que tuvo la paciencia
de leer mis libros cuando eran muy malos*

Prólogo

Vi el ascenso de Calamity.

En aquel momento yo tenía seis años y me encontraba de pie, de noche, en el balcón del apartamento. Todavía recuerdo la forma en que el aire acondicionado traqueteaba en la ventana que tenía al lado, superponiéndose al sonido del llanto de mi padre. La máquina sobrecargada colgaba sobre un abismo de muchos pisos, goteando agua como si fuese sudor en la frente de un suicida dispuesto a saltar. Estaba estropeada; expulsaba aire pero no enfriaba nada. Con frecuencia mi madre la desconectaba. Cuando ella murió, mi padre la dejó encendida; decía que cuando estaba en marcha sentía más fresco.

Bajé el polo que comía y entorné los ojos mirando a aquella extraña luz roja que se elevaba sobre el horizonte como una nueva estrella. Solo que nunca hubo una estrella tan brillante ni tan roja. Carmesí. Daba la impresión de ser una herida de bala en la mismísima bóveda de los cielos.

Aquella noche, Calamity cubrió toda la ciudad con un extraño resplandor cálido. Yo me quedé allí —con el polo que se descongelaba y el líquido pegajoso que se me escurría entre los dedos— contemplando el ascenso.

Luego se empezaron a oír los gritos.

PRIMERA PARTE

1

—¿David? —dijo la voz en mi auricular.

Desperté de mis ensoñaciones. Había vuelto a quedarme contemplando a Calamity, pero ya casi habían pasado trece años desde su ascenso. Ya no era un niño en casa con su padre; ya ni siquiera era un huérfano que trabaja en la fábrica de munición de las calles subterráneas.

Era un Reckoner.

—Aquí estoy —respondí. Me eché el rifle al hombro y atravesé la azotea. Era de noche y podría jurar que la luz de Calamity lo cubría todo de un tono rojizo, aunque nunca había vuelto a tener el brillo de aquella primera noche.

Frente a mí se extendía el centro de Chicago Nova, con sus superficies que reflejaban la luz de las estrellas. Todo era de acero, como si se tratase de un cyborg del futuro al que le hubiesen arrancado la piel; aunque, ¡vale!, un cyborg sin intenciones asesinas. O, ya puestos, sin vida.

«Vaya —pensé—, la verdad es que las metáforas se me dan fatal».

Steelheart ya había muerto y habíamos recuperado las calles superiores de Chicago Nova, incluyendo muchos lugares de diversión que la élite en su momento había reclamado como propios. Ya podía ducharme todos los días en mi propio baño. Casi no sabía qué hacer con tanto lujo; aparte de, ya saben, no apestar.

Chicago Nova, después de tanto tiempo, era libre.

Mi trabajo consistía en garantizar que siguiese siéndolo.

—No veo nada —susurré, arrodillándome al borde de la azotea. Llevaba un auricular que se conectaba de forma inalámbrica con mi móvil. Una pequeña cámara instalada en el auricular permitía que Tia viese lo que yo veía y el auricular tenía sensibilidad suficiente para transmitir mis palabras aunque hablase muy bajo.

—Sigue observando —dijo Tia—. Cody informa de que el Profesor y el blanco fueron en tu dirección.

—Aquí todo está tranquilo —susurré—. ¿Estás segura de que...?

La azotea estalló a mi lado. Me caí hacia atrás y di un grito mientras el edificio al completo temblaba. La explosión esparció sobre mí pedazos de metal roto. ¡*Calamity!* Esos impactos daban duro.

—¡Chispas! —gritó Cody en el auricular—. Me ha esquivado, chico. Va hacia ti por el norte...

Su voz quedó ahogada cuando otro reluciente pulso de energía surgió del suelo y arrancó la azotea cerca de mi posición anterior.

—¡Corre! —aulló Tia.

¡Como si hiciese falta que me lo dijese! Me puse en marcha. A mi derecha, de la misma luz, se materializó una figura. Vestida con un mono negro y deportivas, Sourcefield llevaba una máscara completa —como la de un ninja— y una larga capa negra. Algunos Épicos adoptaban todo eso del papel de poderes inhumanos más que otros. La verdad: estaba ridícula, aunque reluciese un poco en azul y chisporrotease con la energía que se extendía por su cuerpo.

Si tocaba algo, podía transformarse en energía y usarlo para desplazarse. No era realmente teletransportación, pero se le parecía mucho; cuanto más conductor fuese el material, más lejos podía llegar y para ella una ciudad levantada de acero era como el paraíso. Lo sorprendente es que le hubiese llevado tanto tiempo llegar hasta allí.

Y por si la teletransportación no fuese suficiente, sus habilidades eléctricas hacían que fuese inmune a la mayoría de las armas. Era

famosa por los espectáculos luminosos que desprendía. Nunca la había visto en persona, pero siempre había querido observar su trabajo.

Aunque no tan de cerca.

—¡Desecha el plan! —me ordenó Tia—. ¿Profesor? ¡Jon! ¡Informad! ¿Abraham?

Yo prestaba atención a medias mientras un globo de electricidad chisporroteante pasaba junto a mí. Me detuve de golpe y corrí en sentido contrario justo cuando un segundo orbe pasaba justo por donde había estado. Ese dio en la azotea, lo que provocó otra explosión y me hizo trastabillar. Mientras llegaba al borde del edificio los fragmentos de metal me daban en la espalda.

Salté.

No caí mucho antes de dar en el balcón de un ático. Corrí al interior con el corazón desbocado. Al otro lado, junto a la puerta, esperaba una nevera portátil de plástico. Abrí la tapa de golpe y rebusqué en su interior mientras hacía lo posible por mantener la calma.

Sourcefield había llegado a Chicago Nova a principios de la semana. Había empezado a asesinar de inmediato: gente aleatoria, sin ningún propósito perceptible. Igual que había sucedido con Steelheart al principio de su carrera. Luego se había puesto a exigir que los ciudadanos le entregasen a los Reckoners, para poder llevarnos frente a la justicia.

Una forma retorcida de justicia Épica. Mataban a todo el que querían, pero responder a sus ataques era una ofensa tan enorme que apenas podían concebirla. Bien, iba a recibir su ración muy pronto. Hasta aquel momento nuestro plan para acabar con ella no iba demasiado bien, pero éramos los Reckoners. Nos preparábamos para lo inesperado.

De la nevera saqué un globo de agua.

«Será mejor —pensé— que esto salga bien».

Durante el día Tia y yo habíamos hablado de los puntos débiles de Sourcefield. Todo Épico tenía al menos un talón de Aquiles, muy

a menudo aleatorio. Tenías que investigar la historia de un Épico, qué cosas evitaba, para intentar deducir qué sustancias o situaciones podían invalidar sus poderes.

Aquel globo contenía lo que creíamos que podría ser el punto débil de Sourcefield. Me volví, sopesando el globo con una mano y el rifle en la otra. Miraba fijamente la puerta y esperaba a que viniese a por mí.

—¿David? —me dijo Tia.

—¿Sí? —susurré, ansioso, listo para lanzar el globo.

—¿Por qué miras hacia el balcón?

¿Por qué...?

¡Ah, cierto! Sourcefield podía atravesar las paredes.

Sintiéndome idiota, di un salto hacia atrás justo cuando Sourcefield atravesaba el techo, con la electricidad zumbando a su alrededor. Llegó al suelo y apoyó una rodilla. Tenía la mano, donde crecía una bola de electricidad, extendida y provocaba sombras frenéticas a su alrededor.

Lo único que sentí cuando lancé el globo fue un subidón de adrenalina. Le dio justo en el pecho y su ráfaga de energía se apagó de inmediato. El líquido rojo del globo salpicó las paredes y el suelo a su lado. Era demasiado poco denso para ser sangre. Se trataba de una antigua bebida con sabor a fruta que venía en polvo que mezclabas con agua y azúcar. La recordaba de mi infancia.

Y era su punto débil.

Con el corazón desbocado, cogí el rifle. Sourcefield se miraba el torso mojado como si estuviese sufriendo una conmoción, aunque la máscara negra me impedía ver su expresión. Había líneas eléctricas que todavía se movían por su cuerpo, como diminutos gusanos relucientes.

Apunté el rifle y apreté el gatillo. El estruendo del disparo en el interior casi me deja sordo, pero lancé una bala directamente a la cara de Sourcefield.

Esa bala explotó al atravesar su campo energético. Incluso empapada de zumo en polvo, su protección seguía activa.

Me miró. Su electricidad recuperaba la vida y se volvía más violenta, más peligrosa. Iluminó la estancia como si fuese una pizza calzone rellena de dinamita.

«Uff...».

2

Llegué como pude al pasillo mientras la puerta estallaba a mi espalda. La explosión me lanzó de cara contra la pared y oí un crujido.

Por una parte, me sentía aliviado; el crujido indicaba que el Profesor seguía vivo: sus habilidades Épicas me ofrecían un campo de protección. Por otra parte, venía a por mí una máquina asesina y malvada.

Me aparté de la pared y corrí por el pasillo de metal, iluminado por el móvil que llevaba sujeto al lado. «La tirolina —pensé frenético—. ¿Por dónde? Creo que a la derecha».

—He encontrado al Profesor —dijo la voz de Abraham en mi oído—. Está encerrado en una especie de burbuja de energía. Parece frustrado.

—Échale zumo instantáneo a la burbuja —dije jadeante. Me metí por un pasillo lateral mientras una explosión eléctrica destrozaba el pasillo que acababa de abandonar. ¡Chispas! Estaba furiosa.

—Voy a abortar la misión —dijo Tia—. Cody, baja y recoge a David.

—Roger —dijo Cody. Por su línea de comunicación se apreciaba un ligero golpeteo: el sonido de las hélices de un helicóptero.

—¡Tia, no! —dije, entrando en una habitación. Me eché el rifle al hombro y agarré una mochila llena de globos de agua.

—El plan está fallando —dijo Tia—. Se supone que la avanzadilla es el Profesor, David, no tú. Además, acabas de

demostrar que los globos no sirven.

Cogí un globo y me volví. A continuación aguardé durante un latido hasta que se formó electricidad en una pared, lo que anunciaba la llegada de Sourcefield. Apareció un segundo después y le lancé el globo. Soltó una maldición, se hizo a un lado y el rojo cubrió la pared.

Me volví y corrí, atravesé la puerta para llegar a un dormitorio y me dirigí al balcón.

—Teme el zumo, Tia —dije—. Mi primer globo contrarrestó una ráfaga de energía. Hemos acertado con su punto débil.

—Pero aun así detuvo la bala.

Cierto. Salté al balcón buscando la tirolina.

No estaba.

Tia soltó un maldición.

—¿Para eso corrías? La tirolina está dos apartamentos más arriba, bobo.

¡Chispas! En mi defensa debo decir que cuando todo está hecho de acero, las habitaciones y los pasillos parecen todos iguales.

Podía oír que el helicóptero estaba cerca; Cody casi había llegado. Apretando los dientes salté al antepecho y me lancé hacia el siguiente balcón. Me así a la barandilla, con el rifle, que se balanceaba, colgado de un hombro y la mochila en el otro, y me encaramé.

—David... —dijo Tia.

—¿El punto trampa primario sigue en activo? —pregunté. Trepé sobre unas sillas de jardín que habían sido congeladas en acero. Llegué al otro lado del balcón y subí a la barandilla—. Voy a aceptar el silencio como un sí —dije. Salté.

Me di un buen golpe contra la baranda de acero del siguiente balcón. Me agarré a una de las barras y miré abajo: colgaba doce pisos sobre el suelo. Me tragué la ansiedad y, con esfuerzo, me levanté.

Sourcefield miró de reojo el balcón que yo acababa de abandonar. Tenía miedo; estaba bien, pero también tenía su parte

negativa. Para la siguiente parte del plan necesitaba que fuese descuidada, lo que, por desgracia, significaba que debía provocarla.

Salté al balcón, cogí un globo de zumo y se lo lancé. Luego, sin molestarme en comprobar si el globo había dado en el blanco, salté sobre la barandilla y agarré el extremo de la tirolina para luego alejarme de un golpe.

El balcón estalló.

Por suerte, la tirolina estaba fijada a la azotea, no al balcón, y el cable aguantó. A mi alrededor volaron los trozos de metal fundido mientras yo descendía ganando velocidad. Resulta que las tirolinas son mucho más rápidas de lo que parecen. A mi lado pasaban los rascacielos como manchas. Me sentía como si realmente estuviese cayendo.

Logré dar un grito entre el miedo y el éxtasis antes de que todo temblara a mi alrededor, me diese contra el suelo y me quedara rodando por la calle.

—¡Hala! —exclamé, levantándome. La ciudad daba vueltas como un trompo ladeado. Me dolía el hombro y, aunque al golpearme había oído un crujido, no había sido muy intenso. Se agotaba el campo de protección que me había concedido el Profesor. Había un límite a lo que podían soportar antes de que yo tuviese que renovarlos.

—¿David? —dijo Tia—. ¡Chispas! Sourcefield cortó la tirolina con uno de sus ataques. Por eso acabaste cayendo.

—El globo hizo efecto —dijo una nueva voz. El Profesor. Poseía una voz potente, alterada pero sólida—. Estoy libre. No he podido informar antes; la burbuja de energía provocaba interferencias con la señal.

—Jon —le dijo Tia—, se suponía que no lucharías contra ella.

—Sucedió —respondió secamente—. David, ¿estás vivo?

—Más o menos —dije, esforzándome por ponerme de pie y recoger la mochila, que se me había soltado al caer. De la parte de abajo salía el zumo rojo—. Pero no estoy tan seguro con respecto a los globos. Da la impresión de que hay algunas bajas.

El Profesor gruñó.

—¿Puedes hacerlo, David?

—Sí —dijo convencido.

—En ese caso, corre al punto de trampa primario.

—Jon —dijo Tia—. Si estás libre...

—Sourcefield ha pasado de mí —dijo el Profesor—. Ha sido como aquella vez con Mitosis. No quieren pelear contra mí; os quieren a vosotros. Tenemos que acabar con ella antes de que dé con el equipo. ¿Recuerdas el camino, David?

—Claro —dijo mientras buscaba el rifle.

Se había roto, partido por la mitad en medio del cilindro. ¡Chispas! Tenía pinta de que también había logrado cargarme el seguro del gatillo. Tardaría en volver a dispararlo. Comprobé la pistolera del muslo y la pistola. Parecía estar bien. Vale, todo lo bien que puede estar una pistola. Las odio.

—Destellos en las ventanas de ese complejo de apartamentos, descendiendo —dijo Cody desde el helicóptero—. Se teletransporta siguiendo el muro exterior, en dirección al suelo. Te persigue, David.

—No me gusta la situación —dijo Tia—. Creo que deberíamos abortar.

—David cree que puede lograrlo —dijo el Profesor—. Y yo confío en él.

A pesar del peligro, sonreí. Antes de unirme a los Reckoners no comprendía lo solitaria que había sido mi vida. Oír palabras así...

Era agradable. Muy agradable.

—Soy el cebo —les dije a los demás. Me situé para esperar a Sourcefield y busqué globos intactos en el interior de la mochila—. Tia, sitúa las tropas en posición.

—Roger —dijo renuente.

Bajé a la calle. De las antiguas e inútiles farolas cercanas colgaban lámparas, lo que me daba algo de luz. Así pude ver algunos rostros que miraban desde las ventanas. Las ventanas no tenían vidrio, solo unas antiguas persianas de madera que habíamos cortado y encajado.

A todos los efectos, al asesinar a Steelheart, los Reckoners habían declarado la guerra total contra los Épicos. Algunas personas habían huido de Chicago Nova, temiendo las consecuencias; pero la mayoría de los habitantes se habían quedado y habían llegado muchos nuevos. En los meses tras la caída de Steelheart la población de Chicago Nova casi se había duplicado.

Hice un gesto a los que me miraban. No les diría que se refugiasen. Nosotros, los Reckoners, éramos sus campeones, pero llegaría el día en que esa gente tendría que plantar cara a los Épicos; quería que mirasen.

—Cody, ¿tienes contacto visual? —pregunté por el móvil.

—No —dijo Cody—. Debería aparecer en cualquier momento...

Pasó por encima la sombra negra de su helicóptero. Control, la fuerza policial de Steelheart, había pasado a ser nuestra. Seguía sin estar seguro de qué sentimientos me provocaba tal hecho. En más de una ocasión, Control había dedicado todos sus esfuerzos a intentar asesinarme. Eso no se supera con facilidad.

Es más, habían matado a Megan. Se había recuperado. Casi. Palpé la pistola. Había sido una de sus armas.

—Estoy situándome en posición con las tropas —dijo Abraham.

—¿David? ¿Señales de Sourcefield? —preguntó Tia.

—No —dije, mirando la calle desierta. Sin gente, iluminada por unas pocas lámparas solitarias, casi parecía la ciudad de la época de Steelheart. Desierta y oscura. ¿Dónde estaba Sourcefield?

«Puede teletransportarse por las paredes —pensé—. ¿Qué haría yo en su situación?». Nosotros teníamos los tensores, que, en esencia, nos permitían cavar un túnel allí donde quisiéramos. ¿Qué haría yo en aquel momento si tuviese uno a mano?

La respuesta resultaba evidente. Descendería.

La tenía debajo.

3

—¡Ha bajado a las vías subterráneas! —dije mientras sacaba uno de los dos globos de agua que me quedaban—. Reaparecerá cerca, intentando pillarme por sorpresa.

Mientras lo decía el rayo se movió por la calle y una figura reluciente se materializó a través del suelo.

Lancé el globo y eché a correr.

Lo oí reventar y luego una maldición de Sourcefield. Durante un momento ninguna ráfaga de energía intentó freírme, por lo que asumí que había dado en el blanco.

—¡Voy a acabar contigo, hombrecito! —aulló Sourcefield—. ¡Voy a destrozarte como a un pañuelo de papel en un huracán!

—¡Vaya! —Alcancé una intersección y me oculté tras un buzón de correos antiguo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tia.

—Esa metáfora ha sido buena de verdad.

Me volví a mirar a Sourcefield. Recorría la calle con el cuerpo iluminado por la electricidad. Algunas líneas saltaban hasta el suelo, a los postes cercanos y a las paredes de los edificios al acercarse. Tanto poder. ¿Así sería Edmund, el bondadoso Épico que daba energía a Chicago Nova para nuestro beneficio, si no se dedicase a ceder sus habilidades?

—¡Me niego a creer —gritó la mujer— que matases a Steelheart!

«Mitosis dijo lo mismo», pensé. Otro Épico llegado recientemente a Chicago Nova. No podía creer que un hombre normal hubiese

matado a un Épico tan poderoso que incluso aquellos como Sourcefield lo temían.

Su aspecto era espléndido, toda ataviada de negro con una capa que se agitaba, con la electricidad saltando en forma de chispas y destellos. Por desgracia, no me valía espléndida. La necesitaba furiosa. Algunos miembros de Control aparecieron desde un edificio cercano, con los rifles de asalto a la espalda y los globos de zumo en las manos. Les hice un gesto en dirección al callejón. Asintieron y se retiraron a la espera.

Era el momento de mofarme de un Épico.

—¡No solo maté a Steelheart! —le grité—. He matado a docenas de Épicos. ¡A ti también te mataré!

Una ráfaga de energía dio contra el buzón. Me lancé a ocultarme tras un edificio y otra ráfaga golpeó el suelo a poca distancia de donde me agazapaba. Al rozar el suelo con el brazo, una sacudida me recorrió el cuerpo y me provocó un calambre. Solté un taco mientras pegaba la espalda a la pared y agité la mano. Luego me asomé con cuidado por la esquina del edificio. Sourcefield corría hacia mí.

¡Genial! Y a la vez aterrador.

Corrí hacia una puerta al otro lado de la calle. Justo al entrar en el edificio, Sourcefield giró la esquina.

Dentro había un camino abierto que atravesaba lo que en su momento había sido algún concesionario de automóviles. Lo recorrí y Sourcefield me siguió, teletransportándose a toda velocidad a través de la pared frontal.

Atravesé estancia tras estancia, siguiendo el patrón que habíamos planeado.

«Derecha, métete en esa habitación.

»Izquierda y recorrer un pasillo.

»Otra vez a la derecha».

Para abrir puertas habíamos usado otro de los poderes del Profesor —el que disfrazaba como una tecnología llamada tensor—. Sourcefield me siguió de cerca, atravesando las paredes en forma

de destellos de luz. No estuve frente a ella el tiempo suficiente como para que pudiese darme. Era perfecto. Sourcefield...

Sourcefield redujo la velocidad.

Me detuve junto a la puerta situada en la parte posterior del edificio. Había dejado de seguirme. Estaba de pie al final de un largo pasillo que llevaba a mi puerta. La electricidad saltaba de su cuerpo hasta las paredes de acero.

—Tía, ¿estás viéndolo? —susurré.

—Sí. Da la impresión de que algo la ha asustado.

Respiré profundamente. Estaba muy lejos de ser la situación ideal, pero...

—Abraham —susurré—, que entren las tropas. Ataque total.

—Estoy de acuerdo —dijo el Profesor.

Las tropas de Control, que habían estado a la espera, entraron en torrente por la parte delantera del concesionario. Algunas bajaron los escalones desde la parte superior; oí el estruendo de sus pisadas. Sourcefield miró a dos soldados que entraban en el pasillo completamente equipados, con cascos y armaduras futuristas. El efecto era muy chulo, pero se les estropeó al caerles encima globos de agua de un naranja intenso.

Sourcefield colocó la mano sobre la pared que tenía a su lado para, a continuación, transformarse en electricidad, fundirse con el acero y desaparecer. Los globos se rompieron, inútiles, en el suelo del pasillo.

Sourcefield reapareció, lanzando chorros de energía por el pasillo. Cerré los ojos con fuerza cuando los disparos dieron a los dos soldados, pero sí que oí sus gritos.

—¿Eso es lo mejor que pueden hacer los tristemente famosos Reckoners? —gritó Sourcefield al tiempo que entraban más soldados lanzando globos de agua en todas direcciones.

Me obligué a mirar y saqué la pistola cuando Sourcefield desaparecía en el suelo. Reapareció en medio del pasillo, tras un grupo de soldados. Los hombres gritaron cuando la electricidad

acabó con ellos. Apreté los dientes. Si sobrevivían, el Profesor podría curarlos afirmando emplear tecnología Reckoner.

—Los globos no sirven de nada —dijo Tia.

—Sí que sirven —siseé viendo que uno daba a Sourcefield. Sus poderes se resentían. Disparé una vez, al igual que tres tiradores de Control que se encontraban en el otro extremo del pasillo.

Las cuatro balas dieron en el blanco; las cuatro quedaron atrapadas y destruidas en el campo de energía. Los globos servían, pero no tanto como queríamos.

—Todas las unidades en el extremo sur del pasillo —dijo la voz de Abraham—. Retirada. Inmediata.

Escapé por la puerta justo cuando una súbita descarga de balas agitaba el edificio. Abraham, que se había situado en la otra punta del pasillo, detrás de los tiradores de Control, disparaba con su minipistola gravatónica XM380.

Saqué el móvil y me conecté a la fuente de vídeo de Abraham. Podía verlo todo desde su perspectiva; el arma destellaba en la oscuridad y las balas rebotaban por el pasillo de acero saltando chispas. Todas las que llegaban hasta Sourcefield seguían quedando atrapadas o las desviaba el campo eléctrico. Un grupo de hombres y mujeres situado tras Abraham lanzaba globo tras globo. Por encima, los soldados levantaron una trampilla del techo y vertieron un cubo de zumo instantáneo.

Sourcefield dio un salto y lo esquivó. Retrocedió paso a paso para alejarse del líquido. Temía a aquella sustancia, pero no surtía todo el efecto deseado. Se suponía que el punto débil de un Épico neutralizaba sus poderes por completo, pero eso no era lo que estaba sucediendo.

Estaba bastante seguro de saber por qué.

Sourcefield lanzó una cortina de ráfagas de energía hacia Abraham y los demás. Abraham lanzó una maldición y cayó, pero su campo de protección —regalo del Profesor disimulado como una chaqueta con un campo de fuerza tecnológico— lo protegió a él y a

los que tenía detrás. Oí gruñidos a través de la transmisión, pero no podía ver nada. La desconecté.

—¡No sois nada! —gritó Sourcefield.

Volví a fijar el móvil al brazo y regresé al pasillo a tiempo de verla lanzar una oleada de electricidad a través del techo hacia los que tenía encima. Gritos.

Sopesé el último globo que tenía y lo lancé. Le explotó contra la espalda.

Sourcefield se volvió hacia mí. ¡Chispas! Una gran Épica en toda su gloria, la energía destellando... ¿Realmente podía sorprender que criaturas así diesen por supuesto que podían gobernar?

Escupí a sus pies. A continuación me giré y salí corriendo por la puerta trasera.

Gritaba mientras me perseguía.

—Unidades superiores, calle Haven —me anunció Tia al oído—, listas para lanzar.

En la azotea del edificio del que acababa de salir aparecieron personas que lanzaron globos de agua justo cuando Sourcefield surgía para ir a por mí. Me siguió y pasó de ellos. Si acaso, los globos la enfurecieron aún más. Sin embargo, cuando se rompieron junto a ella dejó de gritar.

«Vale», pensé sudoroso, entrando con fuerza en el edificio que había al otro lado de la calle. Se trataba de un pequeño complejo de apartamentos. Recorrí la entrada a toda prisa y entré en el primer apartamento.

Sourcefield me siguió convertida en una tormenta de energía y furia. No se detenía frente a las paredes. Las atravesaba convertida en destellos de luz.

«¡Solo un poco más!», me animé en silencio mientras cerraba una puerta. El complejo estaba habitado y habíamos reemplazado muchas de las puertas inmóviles de acero por otras de madera que funcionaban.

Sourcefield atravesó la pared justo cuando yo saltaba sobre un sofá de acero y entraba en la siguiente habitación, que se

encontraba totalmente a oscuras. Cerré la puerta de un portazo.

Al entrar Sourcefield me cegó la luz. Su aura me golpeó y la pequeña sacudida que me había dado antes pareció minúscula. Me recorrió la electricidad e hizo que se me debilitaran los músculos y que me dieran espasmos. Alargué la mano para pulsar el botón grande de la pared, pero los brazos no acababan de responderme.

Así que le di con la cara.

Me desplomé, rendido a su sacudida de energía. Además, el techo de la pequeña estancia oscura, que en su momento había sido un baño, se abrió y dejó caer sobre nuestras cabezas varios cientos de litros de zumo. Por encima, las duchas se activaron y esparcieron líquido rojo.

La energía de Sourcefield se redujo radicalmente. La electricidad le recorría los brazos en forma de cintas cortas, si bien no dejaban que se cortocircuitara. Alargó la mano hacia la puerta, pero yo la había atrancado al entrar. Soltó una maldición y alzó el puño; intentaba reunir energía para teletransportarse, pero la lluvia constante de líquido trastocaba sus poderes.

Me esforcé por ponerme de rodillas.

Se volvió hacia mí y gruñó. Luego me agarró de los hombros.

Levanté las manos y cogí la máscara por la parte delantera antes de arrancarla como un protector de esquíador. En la parte delantera tenía una pieza de plástico que se ajustaba sobre la nariz y la boca. ¿Algún tipo de filtro?

Bajo la máscara me encontré una mujer de mediana edad y pelo castaño rizado. El líquido seguía cayendo y le corría a chorros por las mejillas y los labios. Le entraba en la boca.

Su luz se apagó por completo.

Gruñí, esforzándome por ponerme de pie mientras Sourcefield gritaba aterrada y luchaba por llegar a la puerta. Tiró de ella para abrirla. Toqué mi móvil e iluminé la estancia con su débil luz blanca.

—Lo siento —dije, pegando la pistola de Megan a su cabeza.

Sourcefield me miró con los ojos bien abiertos.

Apreté el gatillo. Esta vez la bala no rebotó. Cayó al suelo y un líquido rojo más intenso fue acumulándose a su alrededor y se mezcló con el que caía. Bajé el arma.

Me llamo David Charleston.

Mato a personas con superpoderes.

4

Abrí la puerta y salí del baño chorreando zumo de fruta de imitación. En la habitación había un grupo de soldados con las armas listas. Al verme las bajaron. Hice un gesto por encima del hombro y Roy, el capitán del equipo de Control, mandó dos agentes a examinar el cuerpo.

Estaba agotado y tembloroso. Me hicieron falta dos intentos para volver a guardar el arma de Megan. No dije nada cuando varios soldados me saludaron al pasar. Me miraban con una combinación de asombro y reverencia, y uno susurró: «Steelslayer». Llevaba menos de un año con los Reckoners y ya había matado a casi media docena de Épicos.

Pero ¿qué hubieran dicho esos hombres si supiesen que debía la mayor parte de mi reputación a los poderes de otro Épico? El campo de fuerza que me protegía de las heridas y me sanaba hasta el punto de volver casi de la muerte formaban parte del conjunto de poderes del Profesor, que los disfrazaba de tecnología. Era lo que llamábamos un dador, un Épico que podía ceder a otra persona sus extraordinarios poderes. Por algún motivo, tal acción le permitía no corromperse: otros podían usar sus poderes, pero emplearlos él mismo podría destruirlo.

La verdad sobre el Profesor solo la conocía un puñado de personas. Entre ellas no estaba la gente normal de Chicago Nova. Un grupo de esa gente normal se había reunido fuera; como los

soldados, me contemplaban con reverencia y emoción. Para ellos yo era famoso.

Agaché la cabeza y me abrí paso entre la multitud, sintiéndome incómodo. Los Reckoners siempre habían sido un grupo en la sombra y no me había unido a ellos para lograr la fama. Por desgracia, era preciso que nos viesen para que los habitantes de la ciudad supiesen que alguien se resistía, lo que, con suerte, les inspiraría a luchar. El equilibrio resultaba complicado; puedo garantizar que no me apetecía ser objeto de adoración.

Más allá de los espectadores entreví una figura familiar. De piel oscura y musculoso, Abraham vestía un uniforme militar negro y gris: camuflaje para una ciudad de acero. Tenía la ropa rota y manchada; era consciente de que el campo de protección cedido por el Profesor había estado al límite de su aguante. Abraham puso el pulgar hacia arriba y luego inclinó la cabeza hacia un edificio cercano.

Fui en aquella dirección mientras, a mi espalda, Roy y su equipo sacaban a la Épica muerta para exhibir su cuerpo. Era importante que la gente viese que los Épicos eran mortales, pero yo no quería regodearme en su muerte; no como había hecho en otros tiempos.

«Estaba tan asustada al final —pensé—. Podría haber sido Megan, o el Profesor, o Edmund, simplemente una persona normal atrapada en todo este embrollo, a la que poderes que no había pedido la habían impulsado a cometer actos horribles».

Saber que los poderes literalmente corrompían a los Épicos había cambiado mi perspectiva de la situación. Un gran cambio.

Entré en el edificio y subí los escalones, hasta llegar a una habitación del segundo piso, iluminada por una solitaria luz en una esquina. Como había previsto, allí estaba el Profesor, mirando por la ventana con los brazos cruzados. Vestía una fina bata negra de laboratorio que le llegaba hasta las pantorrillas. En el bolsillo, unas gafas protectoras. Cody esperaba al otro lado de la habitación a oscuras, una silueta delgada vestida con una camisa de franela sin mangas, con el rifle de francotirador al hombro.

El Profesor, también conocido como Jonathan Phaedrus, fundador de los Reckoners. Luchábamos contra los Épicos. Los matábamos. Y, sin embargo, uno de ellos era nuestro líder. Cuando lo descubrí, fue difícil aceptar la verdad. Prácticamente me había criado adorando a los Reckoners y despreciando a los Épicos. Descubrir que el Profesor era las dos cosas había sido como descubrir que Santa Claus era un nazi en secreto.

Lo había superado. En su momento, aquella idea de mi padre de que llegarían Épicos buenos me había parecido de risa. Ahora, tras conocer no a uno, sino a tres Épicos buenos, el mundo era un lugar diferente. O puede que fuera el mismo lugar pero yo lo viera con más precisión.

Me acerqué a la ventana y me situé junto al Profesor. Alto, pelo entrecano, rasgos afilados. Allí de pie parecía tan sólido, con los brazos a la espalda. Un elemento estable, inmóvil, como los edificios de la ciudad. Cuando me puse a su lado, elevó el brazo y me agarró el hombro, y luego asintió. Un asentimiento de respeto y aprobación.

—Buen trabajo —dijo.

Sonreí con tristeza.

—Pero parece como si hubieses salido del infierno —añadió.

—Dudo que en el infierno haya tanto zumo de fruta sintético —respondí.

Refunfuñó, volviendo a mirar por la ventana. Habían acudido más personas y algunas nos ovacionaban por la victoria.

—Nunca me imaginé —dijo en voz baja— lo paternal que acabaría sintiéndome con esta gente. Quedarme en un lugar, proteger la ciudad. Me ha resultado muy útil recordar por qué lo hacemos. Gracias por animarme. Hoy has hecho algo extraordinario.

—¿Pero...? —pregunté al reconocer el cambio en el tono del Profesor.

—Pero ahora debemos cumplir la promesa que le hicimos a esta gente. Seguridad. Una buena vida. —Se volvió hacia mí—. Primero Mitosis, luego Instabam, ahora Sourcefield. Sus ataques siguen

cierto patrón y tengo la impresión de que alguien intenta llamar mi atención. Alguien que sabe lo que soy y envía Épicos contra mi equipo en lugar de atacarme a mí.

—¿Quién? —¿Quién podría saber qué era el Profesor? La mayoría de los miembros de los Reckoners ni siquiera sabían de él. El secreto solo lo conocía el equipo de Chicago Nova.

—Tengo mis sospechas —dijo el Profesor—. Pero no es momento de comentarlas.

Asentí. Sabía que insistir no me llevaría a ningún sitio, así que en vez de hacerlo, miré a la multitud y a la Épica muerta.

—Sourcefield te pilló, Profesor. ¿Cómo lo hizo?

Cabeceó.

—Me atrapó directamente con esa burbuja eléctrica. ¿Sabías que era capaz de producirlas?

Negué con la cabeza. No tenía ni idea.

El Profesor gruñó.

—Para liberarme hubiese tenido que usar mis poderes.

—¡Ah! —dije—. Bien... quizá deberías usarlos. Quizá podríamos practicar, comprobar si hay una forma de ser un Épico sin... ya sabes. Es decir, puedes ofrecerlos sin que se produzca corrupción, así que puede que haya algún secreto para usarlos tú mismo. Megan...

—Megan no es tu amiga, muchacho —dijo el Profesor, interrumpiéndome con firme delicadeza—. Es una de ellos. Siempre lo ha sido.

—Pero...

—No. —El Profesor me apretó el hombro—. Debes comprenderlo, David. Cuando un Épico permite que sus poderes lo corrompan, se convierte en el enemigo. Así hay que verlo. La alternativa conduce a la locura.

—Pero has hecho uso de tus poderes —dije— para salvarme. Para luchar contra Steelheart.

—Y las dos veces que lo he hecho casi me destruye. Tengo que ser firme conmigo mismo, debo ser más cuidadoso. No puedo

permitir que las excepciones se conviertan en la realidad.

Tragué y asentí.

—Sé que para ti esta tarea ha sido siempre una venganza — continuó el Profesor—. Es un motivo poderoso y me alegro de que hayas sido capaz de darle buen uso, muchacho. Pero yo no los mato por venganza; ya no. Lo que hacemos... para mí es como sacrificar un perro rabioso. Es una forma de compasión.

Su forma de expresarlo me incomodó. No porque no creyese lo que decía o porque me desagradase... ¡chispas!, puede que sus motivos fuesen más altruistas que los míos. Era solo que sabía que pensaba en Megan. Se sentía traicionado por ella y, la verdad, probablemente tenía todo el derecho a sentirse así.

Pero Megan no era una traidora. No sabía lo que era, aunque tenía toda intención de averiguarlo.

En la calle, un coche se acercó a la multitud. El Profesor le echó un vistazo.

—Ve a tratar con ellos —dijo—. Nos reuniremos en el escondite.

Me volví y vi a la alcaldesa bajar del coche, acompañada de algunos miembros del consejo municipal.

«Genial», pensé.

La verdad, hubiese preferido enfrentarme a otro Épico.

5

Salí del edificio con los soldados abriéndome paso hasta la alcaldesa Briggs. Llevaba un traje pantalón blanco y un sombrero a juego, similar al de otros miembros del consejo municipal. Ropa con personalidad, con estilo. Contrastaba con la gente corriente, que vestía... bueno, lo que encontraran.

Durante los primeros días de Chicago Nova había sido asombrosamente difícil conseguir ropa. Durante la Gran Transfiguración, todo lo que no estuviese sobre el cuerpo de una persona se había convertido en acero. Sin embargo, con los años, los equipos de recuperación de Steelheart habían recorrido los suburbios, donde vaciaban almacenes, viejos centros comerciales y casas abandonadas. Ya había lo suficiente para vestir, pero con una extraña mezcla de estilos.

Sin embargo, la clase alta aspiraba a destacar. Evitaban la ropa práctica, como los vaqueros, que aguantaban un tiempo bastante sorprendente con apenas algún remiendo aquí y allá. Durante el reinado de Steelheart se habían hecho fabricar la ropa y habían escogido diseños arcaicos. Ropas de una época más sofisticada, o eso decían. No era el tipo de ropa que fueses a encontrar tirada por ahí.

Habíamos decidido que yo sería el enlace entre Briggs y el resto. Yo era el único nativo de Chicago Nova entre los Reckoners y queríamos limitar el acceso al Profesor. Los Reckoners no

administrábamos Chicago Nova, solo la protegíamos. Era una diferencia que considerábamos muy importante.

Atravesé la multitud, sin hacer caso a los que susurraban mi nombre. Confieso que tanta atención me avergonzaba. Todas aquellas personas me adoraban, pero apenas recordaban a hombres como mi padre, que habían muerto luchando contra los Épicos.

—Parece cosa tuya, Charleston —dijo la alcaldesa Briggs tocando con el pie el cadáver en el suelo—. Steelslayer se gana otra muesa en el fusil.

—Se me ha roto el rifle —dije. Demasiado seco. La alcaldesa era una mujer importante y había logrado maravillas organizando la ciudad. La cuestión era que se trataba de una de ellos: la clase alta de Steelheart. Yo había dado por supuesto que todos acabarían expulsados, pero de alguna forma, a través de maniobras políticas que no podía comprender, Briggs había terminado al mando de la ciudad en lugar de en el exilio.

—Estoy segura de que podremos conseguirte otro —me miró de arriba abajo sin sonreír. Le gustaba proyectar una actitud de «sin tonterías». A mí me resultaba más bien una actitud sin personalidad.

—Pasea un poco conmigo, David —me dijo Briggs, volviéndose para alejarse—. No te importa, ¿verdad?

Me importaba, pero asumí que era una de esas preguntas que no debes contestar; aunque tampoco estaba completamente seguro. Yo no era un ratón de biblioteca, por supuesto, pero me había pasado buena parte de mi juventud estudiando a los Épicos, así que no tenía demasiada experiencia en lo que a interacción social se refería. Me mezclaba con la gente normal más o menos como un cubo de pintura se mezcla con un saco lleno de jerbos.

—Vuestro líder —dijo Briggs al apartarnos un poco de la multitud—, hace tiempo que no le veo.

—El Profesor está ocupado.

—Me lo imagino. Y debo añadir que agradecemos sinceramente la protección que ofrecéis, él y vosotros, a la ciudad. —Miró por

encima del hombro en dirección al cadáver y arqueó una ceja—. Sin embargo, tengo que decir que no estoy segura de comprender todo el plan.

—¿Perdón?

—Tu líder permitió que los engranajes de la política me situasen al mando de Chicago Nova, pero apenas sé nada de los objetivos de los Reckoners para esta ciudad... de hecho, para todo el país. Estaría bien saber qué planeáis.

—Es sencillo —dije—. Matar Épicos.

—¿Y si se junta una banda de Épicos para atacar la ciudad todos a la vez?

Sí; eso sería un problema.

—Sourcefield —continuó— nos aterrizó durante cinco días mientras vosotros planificabais frenéticamente. Cinco días es mucho tiempo para que la ciudad se encuentre bajo el yugo de otro tirano. Si se juntaran cinco o seis Épicos decididos a provocar el exterminio, no acabo de comprender cómo podríais protegernos. Seguro que podríais eliminarlos uno a uno, pero antes de acabar con todos, Chicago Nova sería un erial.

Briggs dejó de caminar y se volvió hacia mí, cuando nos habíamos alejado y ya no podían oírnos. Me miró a los ojos y noté algo en su expresión. ¿Qué era? ¿Miedo?

—Por tanto, pregunto —dijo en voz baja—. ¿Cuál es vuestro plan? Después de años ocultándoos y atacando exclusivamente a Épicos de poca monta, los Reckoners se manifestaron y acabaron con el mismísimo Steelheart. Eso significa que el objetivo es aún mayor, ¿no es así? Habéis declarado la guerra. Conocéis el secreto para ganarla, ¿correcto?

—Yo... —¿Qué podía decir?! Aquella mujer, que había superado el reinado de uno de los más poderosos Épicos del mundo y que tras su caída había logrado el control, me miraba con un ruego en los labios y con terror en los ojos—. Sí —respondí—. Tenemos un plan.

—¿Y...?

—Y es posible que hayamos dado con una forma de detenerlos a todos, alcaldesa —dije—. A cualquier Épico.

—¿Cómo?

Sonreí con lo que esperaba que pareciese confianza.

—Secreto de Reckoners, alcaldesa. Confíe en mí. Sabemos lo que hacemos. Nunca declararíamos una guerra si pensáramos que vamos a perder.

Asintió, aparentemente satisfecha. Volvió a su modo «sin tonterías» y, como yo le prestaba atención, tenía una docena de preguntas para el Profesor, que en su mayor parte intentaban situarlo, a él y a los Reckoners, políticamente. La influencia de Briggs sobre la élite de Chicago Nova se incrementaría enormemente si se dejase ver con el Profesor como amigo. Por eso, en parte, nos manteníamos a distancia.

Presté atención, pero me distraía lo que acababa de decirle. ¿Los Reckoners teníamos un plan? En realidad, no.

Pero yo sí.

Finalmente volvimos al cuerpo de Sourcefield. Había aparecido todavía más gente, incluso algunos miembros de la escasa prensa de la ciudad hacían fotos. Por desgracia, también me hicieron algunas a mí.

Atravesé la multitud y me arrodillé junto al cadáver. Como había dicho el Profesor, no era más que un perro rabioso. Matarla había sido un acto de misericordia.

«Vino a por nosotros —pensé—. Y este es el tercero que evita enfrentarse al Profesor».

Mitosis había venido a la ciudad mientras el Profesor estaba ausente. Instabam había intentado alejarse del Profesor durante la persecución y había ido a por Abraham. Al final, Sourcefield había capturado al Profesor, pero lo dejó y me persiguió a mí.

El Profesor tenía razón. Algo estaba pasando.

—¿David? —preguntó Roy. Se arrodilló, vestido con la protección negra y gris de Control.

—Sí.

Roy me mostró algo en la mano cubierta por el guante negro. Pétalos de flor en un arcoíris de vibrantes tonos; cada pétalo cambiaba entre tres y cuatro colores, como una mezcla de pinturas.

—Los llevaba en el bolsillo —dijo Roy—. No encontramos nada más.

Le hice un gesto a Abraham y le mostré los pétalos.

—Son de Babilar —dijo—, la ciudad que se llamaba Nueva York.

—Allí actuaba Mitosis antes de venir aquí —dije en voz baja—; ¿una coincidencia?

—Lo dudo mucho —dijo Abraham—. Creo que hay que enseñárselos al Profesor.

6

Todavía manteníamos una base secreta oculta en las entrañas de Chicago Nova. Aunque cada día visitaba el apartamento de encima para ducharme, dormía abajo, como los otros. El Profesor no quería que nadie supiese dónde estábamos. Sonaba razonable, teniendo en cuenta que los últimos Épicos que habían ido a visitarnos habían intentado matarnos.

Abraham y yo recorrimos un largo pasillo oculto que atravesaba directamente el suelo metálico. Los laterales del túnel tenían el aspecto liso creado por los tensores. Cuando uno de nosotros ejercía los poderes de desintegración del Profesor, podíamos convertir en cenizas cualquier cuerpo sólido, de metal, roca o madera, lo cual le daba al túnel aspecto de haber sido esculpido, como si el acero fuese barro que hubiéramos ahuecado con las manos.

Cody vigilaba la entrada al escondrijo. Después de una operación siempre establecíamos vigilancia. El Profesor daba por supuesto que el Épico no era más que un señuelo, un cebo para que lo matáramos mientras otro Épico más poderoso observaba e intentaba averiguar cómo seguirnos.

Era más que posible.

«¿Qué haremos si un grupo de Épicos decide acabar con la ciudad?», me pregunté, estremeciéndome, cuando Abraham y yo entramos en el escondrijo. Iluminado por bombillas amarillas enroscadas directamente a las paredes, era un complejo de tamaño

medio formado por habitaciones de acero. Tia estaba sentada tras una mesa, al fondo. Pelirroja y de mediana edad, llevaba gafas, una blusa blanca y vaqueros. El escritorio era un mueble muy elegante de madera que había montado unas semanas antes. Me había resultado una señal extraña, un símbolo de permanencia.

Abraham se le acercó y dejó caer los pétalos sobre la mesa. Tia alzó una ceja.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el bolsillo de Sourcefield —respondí.

Tia recogió los pétalos.

—Es el tercer Épico seguido que viene a intentar destruirnos —dije—. Y cada uno tenía una conexión con Babilonia Restaurada. Tia, ¿qué está pasando?

—No estoy segura.

—El Profesor parece saberlo. Prácticamente me lo dijo, pero no me ofreció ninguna explicación.

—Entonces dejaré que te lo diga cuando esté listo —me replicó—. Por ahora, sobre la mesa hay un informe para ti. Lo que pediste.

Hacía lo posible por distraerme. Dejé la mochila, las piezas del rifle sobresalían por la parte superior y me crucé de brazos. Pero no pude evitar mirar hacia la mesa, donde había una carpeta con mi nombre escrito en la parte superior.

Tia se alejó y entró en la habitación del Profesor, dejándonos a Abraham y a mí solos en la sala principal. Abraham se acomodó frente al banco de trabajo y colocó el arma con un golpe. Los gravatónicos relucían en verde al fondo, pero uno parecía roto. Abraham cogió unas herramientas de la pared y se puso a desmontar el arma.

—¿Qué es lo que no nos cuentan? —pregunté mientras cogía la carpeta de la mesa de Tia.

—Muchas cosas —dijo Abraham. Su ligero acento francés hacía que sonase pensativo—. Así tiene que ser. Si nos capturan, no podemos contar lo que no sabemos.

Gruñí, apoyándome en la pared de acero junto a Abraham.

—Babilar... Babilonia Restaurada. ¿Has estado allí?

—No.

—¿Ni siquiera antes? —pregunté mientras hojeaba las páginas que me había dejado Tia—. ¿Cuando se llamaba Manhattan?

—Nunca —dijo Abraham—. Lo siento.

Eché un vistazo a la mesa de Tia. Había un montón de carpetas que me resultaban familiares. Mis viejos archivos de Épicos, los que había preparado para cada Épico que conocía. Me incliné y abrí uno.

«Regalia. Anteriormente Abigail Reed», decía el primero. La Épica que en aquel momento gobernaba Babilar. Saqué una fotografía de una mujer afroamericana de aspecto distinguido y algo mayor. Me resultaba familiar. ¿No había sido jueza hacía mucho tiempo? Sí, y después había sido la protagonista de su propio programa de telerrealidad: Jueza Regalia. Repasé las páginas para refrescar la memoria.

—David... —me advirtió Abraham mientras yo pasaba las páginas.

—Son mis notas —sentencié.

—Sobre la mesa de Tia. —Siguió con su arma sin mirarme.

Suspiré y cerré la carpeta. En su lugar, me puse a leer el informe que Tia me había dejado. Dentro solo había una página: estaba dirigida a Tia de parte de uno de sus contactos, un erudito; jerga Reckoner para referirse a alguien que estudia a los Épicos.

En ocasiones resulta muy complicado descubrir quiénes eran los Épicos antes de sus respectivas transformaciones, sobre todo con los iniciales. Steelheart es un excelente ejemplo de este caso. No solo perdimos gran parte de lo que en su día estaba registrado en internet, sino que él hizo todo lo posible por eliminar a cualquiera que le conociese antes de Calamity. Ahora que conocemos su punto débil, gracias a tu joven amigo, podemos suponer que deseaba deshacerse de cualquiera que lo hubiese conocido, en caso de que no le tuvieran miedo.

No obstante, he logrado recuperar un poco de información. Paul Jackson, Steelheart, era una estrella del atletismo cuando iba al instituto. También tenía fama de matón, razón por la que, a pesar de sus muchas victorias, no logró ninguna beca importante. Hubo incidentes. No he podido dar con los detalles, pero creo que dejó a algunos compañeros de equipo con más de un hueso roto.

Al dejar el instituto, consiguió trabajo de guardia nocturno en una fábrica. Se pasaba los días escribiendo sobre teorías de conspiración en foros, elucubrando sobre la inminente caída del país. No creo que fuese premonitorio; solo que uno más de un gran grupo de excéntricos a los que no les convencía el funcionamiento de Estados Unidos. Con frecuencia repetía que no creía que la gente corriente fuera capaz de votar a favor de lo que más les convenía.

Básicamente eso es todo. Aunque voy a admitir, sin embargo, que siento curiosidad por saber para qué quieres conocer el pasado de un Épico muerto. ¿Qué estás investigando, Tia?

Debajo, con la letra de Tia, las palabras:

Sí, David, yo también tengo curiosidad por saber qué andas buscando. Ven a hablar conmigo.

Bajé la hoja y me dirigí a la habitación del Profesor. En el escondrijo no usábamos puertas, solo cortinas. Podía oír las voces.

—David... —dijo Abraham.

—En las notas dice que vaya a hablar con ella.

—Dudo que quisiese decir ahora mismo.

Vacilé en la entrada.

—... estas flores indican claramente que Abigail está implicada —decía Tia en la otra habitación, en voz baja. Apenas podía oír.

—Es muy probable que así sea —respondió el Profesor—, pero los pétalos en sí son demasiado evidentes. Me hace plantearme si no será que un Épico rival intenta desviar la atención hacia ella o...

—¿O qué?

—O ella misma intenta burlarse para que vayamos. No puedo evitar verlo como que nos lanza un guante, Tia. Abigail quiere que yo vaya a enfrentarme a ella; y no dejará de enviar gente para intentar matar a mi equipo hasta que yo decida ir. Es la única razón que se me ocurre para que reclutase a Firefight, precisamente.

Firefight.

Megan.

Entré en la habitación sin hacer caso del suspiro de resignación de Abraham.

—¿Megan? —exigí—. ¿Qué pasa con Megan?

Tia y el Profesor estaban cara a cara y los dos se volvieron para mirarme como si yo fuese un moco pegado en el parabrisas tras un estornudo. Alcé la barbilla y los miré a los dos. Yo era un miembro de pleno derecho del equipo, podía ser parte de...

¡Chispas! Esos dos sí que sabían sostener la mirada. Me di cuenta de que estaba sudando.

—Megan —repetí—. ¿La habéis... encontrado?

—Asesinó en Babilar a un miembro de un equipo Reckoner —dijo el Profesor. Las palabras fueron como un golpe en el estómago.

—No fue ella —decidí—. No importa lo que creáis saber, no tenéis todos los hechos. Megan no es así.

—Se llama Firefight. La persona que llamas Megan no fue más que una mentira que creó para engañarnos.

—No —dije—. Esa *era* su yo real. Lo vi en ella. La conozco. Profesor, ella...

—David —el Profesor me interrumpió bruscamente, exasperado—, es una de *ellos*.

—¡Tú también! —le grité—. ¿Crees que podemos seguir así, con lo que estamos haciendo? ¿Qué pasará cuando un Épico como Backbreaker u Obliteration venga aquí? ¿Alguien que pueda limitarse a vaporizar toda la ciudad para dar con nosotros?

—¡Por eso nunca habíamos llegado tan lejos! —fue el grito de respuesta del Profesor—. Por eso manteníamos a los Reckoners en secreto, discretos, ¡y nunca atacábamos a Épicos demasiado

poderosos! Si la ciudad fuese destruida, sería culpa tuya, David Charleston. ¡El peso de decenas de miles de muertes recaería sobre tus hombros!

Di un paso atrás, conmocionado. Había comprendido de pronto lo que estaba haciendo. ¿Realmente discutía con Jon Phaedrus, jefe de los Reckoners? ¿Un gran Épico? Mientras me gritaba parecía que el aire se retorció a su alrededor.

—Jon —dijo Tia cruzándose de brazos—. Eso ha sido injusto. Tú aceptaste atacar a Steelheart. La culpa es de todos.

La miró y parte de la furia abandonó sus ojos.

—Necesitamos una forma de salir de esta, Tia. Si tenemos que luchar en una guerra, nos harán falta armas para enfrentarnos a ellos.

—Otros Épicos —dije, recuperando la voz.

El Profesor me miró con furia.

—Puede que tenga razón —dijo Tia. El Profesor le dedicó su mirada de furia—. Lo que hemos logrado —continuó Tia— lo hemos logrado gracias a tus poderes. Sí, David acabó con Steelheart, pero sin tu protección nunca habría sobrevivido el tiempo suficiente para lograrlo. Quizá sea hora de empezar a plantearnos nuevas preguntas.

—Megan estuvo con nosotros todos esos meses —dije— y nunca nos atacó. La vi emplear sus poderes; y sí, después estaba un poco de malhumor, pero seguía siendo buena, Profesor. Y durante la pelea con Steelheart, al verme volvió a ser ella misma.

El Profesor negó con la cabeza.

—No empleó sus poderes contra nosotros porque espiaba para Steelheart y no quería descubrirse —dijo—. Y admito que puede que eso la hiciese ser más razonable, más ella misma, durante el periodo que pasó con nosotros. Pero ya no tiene ninguna razón para no usar sus habilidades; los poderes ya la habrán consumido, David.

—Pero...

—David —dijo el Profesor—, mató a un Reckoner.

—¿Hubo testigos?

El Profesor vaciló.

—Todavía no dispongo de todos los detalles. Sé que al menos hay una grabación, que se registró cuando peleaba contra uno de los nuestros, al que luego encontraron muerto.

—No fue ella —dije, tomando una decisión súbita—. Iré a Babilar para encontrarla.

—Ni en sueños —dijo el Profesor.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —pregunté mientras me volvía para irme—. Es el único plan que tenemos.

—No es un plan —dijo el Profesor—. Son las hormonas.

Me detuve en la puerta, sonrojándome, y miré atrás con furia.

El Profesor recogió los pétalos de flor que Tia había dejado sobre el aparador. La miró. Tia, todavía de pie con los brazos cruzados, se encogió de hombros.

—Yo voy a Babilonia Restaurada —dijo al fin el Profesor—. Allí tengo asuntos pendientes con una vieja amiga. Tú puedes acompañarme, David. Pero no por que quiera que reclutes a Megan.

—Entonces ¿por qué? —exigí.

—Porque eres uno de los ganchos más capaces que tengo y me harás falta. Ahora mismo, lo mejor que podemos hacer para proteger Chicago Nova es evitar que los Épicos se obsesionen con esta ciudad. Hemos derrocado a un emperador y al hacerlo lanzamos una declaración: que el día de los tiranos Épicos ha pasado y que ningún Épico, por poderoso que sea, está a salvo. Tenemos que cumplir esa promesa. Tenemos que asustarlos, David. En lugar de una única ciudad libre hay que mostrarles todo un continente en rebelión.

—Así que derrocamos a los tiranos de otras ciudades —dije, asintiendo—. Y empezamos por Regalia.

—Si podemos —dijo el Profesor—. Probablemente Steelheart fue el más poderoso de los Épicos vivos, pero te juro que Regalia es la más taimada; lo que la convierte en igual de peligrosa o incluso más.

—Ha estado enviando Épicos para intentar matar a los Reckoners —comenté—. Te teme.

—Es posible —aceptó el Profesor—. En cualquier caso, al enviar a Mitosis y los demás, Regalia ha declarado la guerra. Por esa razón iremos a matarla, igual que hicimos con Steelheart. Igual que tú hoy con Sourcefield. Igual que haremos con cualquier Épico que se nos enfrente.

Me miró directamente a los ojos.

—Megan no es como los otros —dije—. Ya lo verás.

—Quizá —dijo el Profesor—. Pero si tengo razón, muchacho, te quiero allí para que aprietes el gatillo. Si hay que sacrificarla, que sea un amigo.

—Un acto de misericordia —dije con la boca seca.

Asintió.

—Prepara tus cosas. Partimos esta noche.

7

Marcharnos. Abandonar Chicago Nova.

Yo nunca... es decir...

Marcharnos.

Acababa de manifestar mi intención de ir. Había sido en medio de la emoción del momento. Mientras Tia y el Profesor salían, yo me quedé en la puerta; me daba cuenta de toda la dimensión de lo que acababa de hacer.

Jamás había salido de la ciudad. Ni siquiera había pensado dejarla. En la ciudad había habido Épicos, pero en el exterior solo había caos. Chicago Nova era todo lo que conocía. Y en aquel momento me iba.

«Para encontrar a Megan —pensé, enfrentándome a mis ansiedades y siguiendo a Tia y al Profesor a la otra sala—. Solo será por un tiempo».

Tia se acercó a la mesa y se puso a reunir las notas. Aparentemente, si el Profesor iba a Babilar, ella también iba. El Profesor empezó a dar órdenes a Cody y Abraham. Quería que se quedasen en Chicago Nova para protegerla.

—Sí —dije—. Coger mis cosas. Abandonar la ciudad. Claro. Era justo lo que pretendía hacer. Suena divertido.

Nadie me prestó atención. Con las mejillas rojas me fui a preparar la bolsa. No tenía mucho. Mis cuadernos de notas, que Tia había copiado por si acaso. Dos mudas de ropa. La chaqueta. El arma...

El arma. Dejé la mochila en el suelo y saqué el rifle roto. Me dirigí a Abraham y se lo ofrecí como se le presenta un niño herido a un cirujano. Lo examinó y me miró.

—Te conseguiré otro.

—Pero...

Me colocó la mano en el hombro.

—Es un arma vieja y te ha sido muy útil. Pero ¿no crees que deberías actualizarte, David?

Miré el arma rota. El P31 era un rifle excelente, basado en el viejo M14, uno de los mejores de la historia. Armas extraordinarias, diseñadas antes de que todo se volviese moderno, mono y estéril. Cuando era niño fabricábamos los P31 en la fábrica de munición de Steelheart. Eran rifles seguros y de confianza. Pero Steelheart no los había usado para equipar a sus propios soldados. El P31 había sido fabricado estrictamente para vender a otros. Steelheart no tenía intención de dar equipo moderno a enemigos en potencia.

—Sí —dije—. Vale. —Dejé el rifle. No es que le tuviese apego. En realidad no era más que una herramienta.

Abraham me apretó el hombro como gesto de simpatía y luego me llevó a la sala de equipamiento, donde se puso a rebuscar en las cajas.

—Querrás algo de alcance medio. ¿Un 5,56 te parece bien?

—Supongo.

—¿AR-15?

—¡Qué asco! ¿AR-15? Preferiría un arma que no se rompiese cada dos semanas. —Cualquier aspirante y hasta su perro tenía alguna variante del M16 o del M4.

—G7.

—No es lo suficientemente preciso.

—¿FAL?

—¿Un 7,62? Quizá —dije—. Aunque odio los gatillos.

—Tan exquisito como una mujer con los zapatos —gruñó Abraham.

—¡Eh! —exclamé—. Eso ha sido insultante. —Conocía a muchas mujeres que eran todavía más exquisitas con las armas que con los zapatos.

Abraham rebuscó y sacó un rifle.

—Toma. ¿Qué tal?

—¿Un Gottschalk? —dije escéptico.

—Claro. Es muy moderno.

—Es alemán.

—Los alemanes fabrican armas muy buenas —replicó Abraham—. Tiene todo lo que puedas necesitar. Ajustes automáticos, de ráfagas y semiautomáticos, fuego remoto, mira retractable electrocomprimida, cargadores enormes, la capacidad de disparar balas modernas y rápidas. Muy preciso, buena mira, gatillo sólido, ni demasiado ni demasiado poco recorrido.

Cogí el rifle con vacilación. Es que era tan... negro.

Me gustaban las armas con alguna parte de madera, un arma que pareciese natural. Como si sirviera para cazar en lugar de usarla solo para matar gente. Aquel rifle era todo plástico y metal negro. Era como las armas que llevaban en Control.

Abraham me dio una palmada en el hombro como si todo estuviese ya decidido y fue a hablar con el Profesor. Sostuve el rifle por el cañón. Todo lo que había dicho Abraham era cierto. Yo sabía de armas y la Gottschalk era buena.

—Tú —le dije—, estás a prueba. Será mejor que me impresiones.

Genial. Ahora le hablaba a las armas. Suspiré y me la puse al hombro. Luego me guardé algunos cargadores.

Salí de la sala de equipo mirando mi pequeño conjunto de posesiones. No me había llevado mucho tiempo recoger toda mi vida.

—El equipo de Devin, de San Luis, ya está en camino —le contaba el Profesor a Cody y Abraham—. Os ayudarán a defender Chicago Nova. No permitáis que alguien se entere de que me he ido. Tampoco os enfrentéis a los Épicos antes de que llegue el

nuevo equipo. Mantened el contacto con Tia y comunicadle todo lo que pase.

Abraham y Cody asintieron. Estaban acostumbrados a que el equipo se dividiese y se desplazase por ahí. Yo seguía sin saber cuánta gente en total había en los Reckoners. A veces los miembros hablaban como si el nuestro fuese el único equipo, pero sabía bien que no era más que una afectación destinada a confundir a cualquier espía.

Abraham me dio la mano. A continuación sacó algo del bolsillo y me lo ofreció; una cadenita de plata de cuyo extremo había un colgante en forma de S estilizada. Era la marca de los fieles, la religión de Abraham.

—Abraham... —dije.

—Sé que no crees —dijo—. Pero ahora mismo estás viviendo la profecía, David. Es como dijo tu padre. Los héroes llegarán. En cierta forma, así ha sido.

Miré a un lado, hacia donde el Profesor dejaba una bolsa de tela para Cody. Cerré la mano alrededor del colgante de Abraham y asentí. Él y los suyos creían que los Épicos malvados eran una prueba de Dios, que si la humanidad aguantaba, los buenos Épicos acabarían llegando.

Una ingenuidad. Sí, yo mismo empezaba a considerar cómo podrían ayudarnos los buenos Épicos, como el Profesor, pero no me tragaba todas esas tonterías religiosas. Aún así, Abraham era mi amigo y me ofrecía el regalo con sinceridad.

—Gracias —dije.

—Aguanta —dijo Abraham—. Esa es la verdadera prueba de la valía de un hombre; aguantar cuando los otros se vuelven complacientes.

Abraham levantó el equipaje de Tia. Ella y el Profesor no habían tardado mucho más que yo en prepararse. Cuando eras un Reckoner acababas aprendiendo a vivir con poco. Desde que yo estaba con ellos ya habíamos cambiado cuatro veces de escondite.

Antes de irnos, me colé en la habitación de Edmund para decirle adiós. Estaba sentado y leía un libro, una vieja novela de ciencia ficción de hojas amarillentas, a la luz de una lámpara. Era el Épico más extraño que pudiese imaginar. De habla tranquila, delgado, envejecido. Al ponerse en pie tenía en los labios una sonrisa sincera.

—¿Sí? —preguntó.

—Me voy por un tiempo —dije.

—¡Ah! —No nos había oído. Edmund pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en aquella pequeña estancia. Parecía dar por supuesto que tenía una posición subordinada, pero también parecía disfrutar su vida tal y como era. Se trataba de un dador, como el Profesor. En el caso de Edmund, cedía sus poderes a hombres y mujeres de Control, que a su vez los usaban para recargar las células de energía que mantenían en funcionamiento la ciudad.

—Edmund —le pregunté mientras le daba la mano—, ¿conoces tu punto débil?

—Ya os he dicho antes que no parece que lo tenga —respondió, encogiéndose de hombros.

Sospechábamos que mentía. El Profesor no había insistido. En todo lo demás Edmund nos obedecía.

—Edmund, podría ser importante para detener a los Épicos —dije en voz baja—; a todos. —Había muy pocos Épicos con los que alguien hubiese mantenido una conversación, sobre todo sobre sus poderes.

—Lo siento —dijo Edmund—. Durante un tiempo creí saber cuál era, pero me equivocaba. Ahora estoy tan confuso como los demás.

—Bien, ¿qué creías que era?

—Estar cerca de un perro —dijo—, pero la verdad es que no me afecta como pensaba.

Me sorprendió y decidí contárselo al Profesor. Era más de lo que le habíamos sacado nunca antes.

—Gracias de todas formas —dije—. Y gracias por todo lo que haces por Chicago Nova.

Edmund volvió al sillón y cogió el libro.

—Siempre me controlará algún otro Épico, sea Steelheart o Limelight. La verdad es que no importa. No quiero estar al mando. —Se sentó y siguió leyendo.

Suspiré y volví al espacio principal. El Profesor se echaba una mochila al hombro y me uní a él. Fui el último en salir. Entramos en las catacumbas bajo Chicago Nova.

Mantuvimos una breve conversación mientras caminábamos la media hora que se tardaba en llegar a uno de los garajes ocultos cerca de la carretera que salía desde las calles subterráneas y penetraba en la ciudad. Allí, Abraham y Cody cargaron nuestras cosas en un jeep. Había tenido la esperanza de que usáramos uno de los helicópteros, pero eso hubiese sido llamar demasiado la atención.

—En el viaje cuidaos de los pucas, chicos —dijo Cody, dándonos la mano—. Podrían tomar la forma de cualquier cosa que haya ahí fuera.

—Una vez más —dijo Tia, acomodándose en el asiento frente al mío—: esos pertenecen a la mitología irlandesa, bobo.

Cody se limitó a guiñarme el ojo y me lanzó su gorra de béisbol de camuflaje.

—Cuidaos.

Nos hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Luego él y Abraham volvieron a las calles subterráneas.

Y fue así como, minutos después, me encontré sentado en la parte trasera de un jeep, el viento agitándome el pelo, con un arma nueva y contemplando como mi hogar durante los diecinueve años de mi vida iba quedando atrás. Apenas había visto el oscuro horizonte de edificios; incluso antes de Calamity, casi siempre había estado entre los edificios o debajo de ellos.

¿Quién era yo si no estaba en Chicago Nova? La sensación era similar al vacío que sentía en mi interior algunas noches cuando me preguntaba qué se suponía que debía hacer con mi vida ahora que

él se había ido. Ahora que había ganado y mi padre había sido vengado.

La respuesta empezaba a instalarse en mí como se acomoda un dinosaurio en su nido. Mi vida ya no estaba dedicada a una ciudad o a un Épico; estaba dedicada a una guerra. Estaba dedicada a descubrir la forma de detener a todos los Épicos.

Para siempre.

SEGUNDA PARTE

8

Mientras corríamos por la autopista los papeles se me agitaban entre las manos. Habíamos llegado a una zona relativamente intacta de asfalto, aunque de vez en cuando dábamos con un tramo más irregular. Nunca habría imaginado que una carretera como esa pudiese deshacerse con tanta rapidez. Desde Calamity apenas habían pasado trece años, pero la autopista ya estaba salpicada de socavones y plantas que sobresalían entre las grietas como dedos zombis queriendo escapar de la tumba.

Muchas de las ciudades junto a las que pasábamos se habían deteriorado considerablemente, y tenían las ventanas destrozadas y los edificios desmoronándose. Entreví algunas ciudades en mejor estado de reparación, iluminadas en la distancia por las hogueras, pero en su mayoría parecían más bien pequeños búnkeres, rodeadas de murallas y con campos fuera de ellas: feudos gobernados por algún Épico.

Viajábamos de noche y, aunque vi algún fuego, no vislumbré ni un solo resplandor de luz eléctrica. Chicago Nova era una anomalía. No solo porque el acero hubiese preservado los altos rascacielos y la línea elegante de edificios, sino porque el reinado de Steelheart había mantenido en funcionamiento los servicios básicos.

El Profesor viajaba con las gafas protectoras puestas, ya que los faros del jeep habían sido reemplazados por focos ultravioletas, invisibles si no llevabas el equipo adecuado. Yo permanecí sentado en el asiento trasero del jeep y pasé el tiempo leyendo las notas y

los artículos que me había entregado Tia. Sostenía las hojas en una pequeña caja apoyada en el regazo. La caja tenía una lámpara en el interior y servía para enmascarar la luz.

El vehículo redujo la velocidad, luego subió y bajó mientras el Profesor sorteaba con cuidado una zona de asfalto deteriorado. A los lados de la carretera se veían coches abandonados como los cuerpos huecos de enormes escarabajos; primero habían consumido toda la gasolina y luego los habían desmontado para aprovechar las piezas. Por suerte, habían modificado nuestro vehículo para funcionar con una de las células de energía de Edmund.

Mientras pasábamos lentamente sobre los escombros, oí algo en la noche, como una rama que se partía. El asiento trasero del jeep no era grande, pero no tenía techo, así que sin problema pude dejar la caja y operar con mi nuevo rifle. Me lo puse sobre el hombro y le di al botón que hacía salir la mira automática. Tengo que admitir que funcionaba muy bien; pasaba él solo a visión nocturna y me permitía hacer zoom hacia la fuente del sonido.

Por las miras holográficas pude ver a unos pocos merodeadores con ropas raídas ocultos en la oscuridad tras uno de los coches abandonados. Parecían salvajes, de largas barbas y ropa que apenas se sostenía. Los observé quitando el seguro, buscando armas, hasta que apareció otra cabeza. Una niña pequeña, de unos cinco años. Uno de los hombres la hizo callar y la empujó para ocultarla; luego seguí observando el coche hasta que abandonamos la zona deteriorada, ganamos velocidad y los dejamos atrás.

Bajé el arma.

—Aquí las cosas están realmente mal.

—En cuanto una ciudad empieza a actuar unida —dijo Tia desde el asiento delantero— un Épico decide gobernarla o destruirla por completo.

—Es peor aún —dijo en voz baja el Profesor— cuando uno de ellos desarrolla poderes.

Los Épicos nuevos eran muy poco habituales, pero sucedía. En una ciudad como Chicago Nova, aparecía uno nuevo cada cuatro o cinco años. Resultaban muy peligrosos. Un Épico que manifestaba poderes por primera vez casi siempre se volvía un poco loco al principio y hacía uso de sus habilidades sin ton ni son para destruir. Steelheart se había dado prisa en capturar a esos individuos y someterlos. Allá fuera no habría nadie para impedir tal destrucción inicial.

Me acomodé, inquieto, pero al rato volví a la lectura. Era nuestra tercera noche de viaje. Al amanecer tras la primera, el Profesor nos había llevado a una casa segura oculta. Por lo visto los Reckoners disponían de muchas de ellas a lo largo de las principales carreteras. Normalmente eran huecos abiertos en la roca con los tensores, protegidos por puertas ocultas.

No le había insistido demasiado al Profesor sobre los tensores. Incluso conmigo se refería a ellos como si fuesen tecnología, aunque era una tapadera para sus poderes. Solo permitía que los usaran los Reckoners de su equipo personal, lo que tenía sentido. La mayoría de los poderes de los Épicos tenían un alcance definido. Por lo que había logrado determinar, debías encontrarte a menos de unos veinte kilómetros del Profesor para que funcionase la cesión de tensores o campos de energía.

Lo que hacía que la situación fuese todavía más confusa es que los Reckoners *efectivamente* disponían de tecnología para emular los poderes de los Épicos. Por ejemplo, la pistola Gauss. Yo la había usado para luchar contra Steelheart. Y el brazalete zahorí, un dispositivo que empleábamos para determinar si alguien era un Épico o no. Yo había sospechado que secretamente esos aparatos eran también resultado de los poderes del Profesor, pero él me había garantizado que no lo eran. Era posible matar a un Épico y luego hacer uso de algún aspecto de su ADN para diseñar máquinas que imitasen sus poderes. Eso hacía que el engaño del Profesor fuese tan creíble. ¿Por qué pensar que el líder de tu equipo

es un Épico cuando hay una explicación tecnológica perfectamente creíble para las cosas que puedes hacer?

Pasé las páginas para llegar a la última de las hojas grapadas que me había dado Tia. Allí di con el perfil de Sourcefield, que habíamos reunido poco después de su llegada a Chicago Nova. «Emiline Bask. Anteriormente recepcionista de hotel. Aficionada al cine pulp asiático. Obtuvo sus poderes Épicos dos años después de Calamity», decía.

Repasé su historia. Había pasado periodos en Detroit, Madison y Little Blackstone. Durante unos años fue aliada de Static y su banda de Épicos. Luego había desaparecido durante un tiempo antes de aparecer en Chicago Nova para matarnos. Un detalle interesante, pero no era lo que buscaba. Quería conocer su historia antes de ser Épica, en concreto, su personalidad antes de cambiar. ¿Había causado problemas como Steelheart?

Sobre ese asunto solo había un par de párrafos. Después del suicidio de su madre la había criado una tía, pero las páginas no daban detalles sobre su personalidad. Al final había una nota: «Evidentemente el trauma de la madre está relacionado con los abuelos».

Me incliné hacia delante mientras el jeep ganaba algo de velocidad.

—¿Tia?

—¿Mmm? —murmuró, apartando la vista del datapad, que ocultaba en una cajita como la mía para tapar la luz.

—¿Qué significa esto? ¿Algo de que el trauma de la madre de Sourcefield está relacionado con sus abuelos?

—No estoy segura —respondió—. Lo que te entregué es parte de un informe más largo compilado por Jori; solo nos envió la información relevante.

Mis propios informes no daban muchos detalles sobre Sourcefield. Volví a leer la frase, iluminada dentro de la caja.

—¿Te importaría pedirle el resto de la información?

—¿Qué tienen los Épicos muertos que te fascinan tanto? —preguntó Tia.

El Profesor siguió mirando al frente, pero pareció prestarnos atención.

—¿Recuerdas a Mitosis? —pregunté—. ¿El que intentó conquistar Chicago Nova hace unos meses?

—Por supuesto.

—Su punto débil era la música rock —dije—. En concreto, su propia música. —Antes de obtener poderes Épicos había sido una estrella menor del rock.

—¿Y?

—Que es una coincidencia demasiado grande, ¿no? ¿Que su propia música negase sus poderes? Tia, ¿y si hubiese un patrón en los puntos débiles y no hemos sabido verlo?

—Alguien se habría dado cuenta —dijo el Profesor.

—¿Eso crees? —pregunté—. Al principio, nadie sabía que los puntos débiles existían. Los Épicos no tenían ganas de cantarlos a los cuatro vientos. Además, el caos era total.

—¿Al contrario que ahora? —preguntó Tia.

—Ahora... vivimos en un caos institucionalizado —dije—. A ver, ¿cuánto hace que empezaron a actuar los Reckoners? ¿Cuánto hace que los eruditos empezaron a reunir datos sobre el talón de Aquiles de los Épicos? Solo han pasado unos años, ¿no? Y la idea más extendida es que las debilidades de los Épicos son extrañas y aleatorias. Solo que ¿y si no es así?

Tia tocó el datapad.

—Supongo que vale la pena estudiarlo. Te conseguiré más información sobre el pasado de Sourcefield.

Asentí, mirando entre sus cabezas hacia el este a lo largo de la carretera. La oscuridad me impedía ver muy bien, aunque una neblina en el horizonte me pilló por sorpresa. ¿Era luz?

—¿Ya amanece? —pregunté, comprobando el móvil.

—No —dijo el Profesor—. Es la ciudad.

Babilonia Restaurada.

—¿Tan pronto?

—David, llevamos más de dos días de viaje —dijo Tia.

—Sí, ¡pero Babilar está en la otra punta del país! Supuse que... no sé, que al menos nos llevaría una semana; o dos.

El Profesor resopló.

—Cuando las carreteras estaban en buen estado, podías recorrer fácilmente esta distancia en un día.

Me acomodé en el asiento, preparándome para los baches mientras el Profesor aceleraba. Era evidente que quería llegar antes de que amaneciese. Cada vez había más suburbios, pero aun así, todo estaba tan... vacío. Había imaginado edificios por todas partes, con alguna granja entre ellos. La verdad es que el paisaje fuera de Chicago Nova parecían estar lleno de... bueno, de un buen montón de nada.

El mundo era al mismo tiempo un lugar mucho mayor y mucho más pequeño de lo que yo había imaginado.

—Profesor, ¿de qué conoces a Regalia? —le solté.

Tia me miró fijamente. El Profesor siguió conduciendo.

—¿Qué recuerdas de Regalia, David? —preguntó Tia, quizá para romper el silencio—. De tus notas.

—He estado repasándolas —dije, animado—. Es una de los Épicos más poderosos y una de los más misteriosos. Manipulación del agua, proyección remota, indicios de al menos otro gran poder.

Tia resopló.

—¿Qué? —pregunté.

—Tu tono de voz —respondió Tia—. Suenas como un fan hablando de su película favorita. —Me puse rojo—. Pensaba que odiabas a los Épicos.

—Así es. —Claro, a todos excepto a la Épica de la que me había encariñado. Y al Profesor. Y supongo que a Edmund—. Es complicado. Odiaba a Steelheart. De verdad odiaba a Steelheart y supongo que por eso a todos los demás. Pero también llevaba toda la vida estudiándolos, aprendiendo cosas sobre ellos...

—No te puedes sumergir en algo —dijo el Profesor en voz baja— sin acabar respetándolo.

—Sí —admití.

Cuando era niño, me encantaban los tiburones. Leía todos los libros que podía, incluso los relatos más desagradables relacionados con muertes por tiburones. Me encantaba leer sobre ellos precisamente porque eran tan peligrosos, tan mortales, tan raros. Lo mismo pasaba con los Épicos, solo que mucho más. Las criaturas como Regalia, misteriosas, dinámicas, poderosas, eran fascinantes.

—No has respondido a mi pregunta sobre cómo conoces Regalia —comenté.

—No —dijo el Profesor—. No he respondido.

Sabía que tenía que dejarlo. Al cabo de poco llegamos a las ruinas de una ciudad mayor, pero no parecía que fuera Babilonia; al menos, no habíamos llegado a la neblina de luz. El lugar estaba completamente a oscuras, sin fuegos y menos aún electricidad. Lo que había entrevisto antes estaba más allá, en la distancia; ni siquiera eran realmente luces. Más bien un tenue resplandor en el aire, como el que podría producir un montón de zonas iluminadas, aunque no podía distinguir luces concretas. Todavía estábamos demasiado lejos y los edificios me bloqueaban la vista.

Cogí el rifle y contemplé el paisaje a través de la mira de visión nocturna. Casi todo estaba oxidado y se desmoronaba, aunque la ciudad era más grande que las otras por las que habíamos pasado. Además, por alguna razón me parecía que nada era correcto. Tan gris, tan destruido. Tan... ¿falso?

«Porque parece un escenario de película», comprendí, pensando en las películas que había visto con los otros niños de la Fabrica. Todos vivíamos en Chicago Nova, una ciudad de puro acero. Carteles difuminados, paredes de ladrillo, montones de madera... artefactos de otro mundo. Antes solo lo había visto en las películas.

Cruzamos durante un buen rato aquella ciudad muerta, siguiendo todavía la autopista, pero a menor velocidad. Di por

supuesto que el Profesor no quería hacer ruido. Finalmente tomamos una salida y nos metimos en la ciudad oscura.

—¿Estamos en Babilar? —pregunté en voz baja.

—No —dijo el Profesor—. Esto es... era Nueva Jersey. Concretamente, Fort Lee.

Me sentí nervioso. Cualquiera podría estar observándonos desde aquellos cascarones huecos de edificios. El lugar estaba abandonado; una enorme tumba de la época anterior a Calamity.

—¡Tan vacío! —susurré mientras el Profesor subía una calle.

—Murió mucha gente luchando contra los Épicos —susurró Tia a modo de respuesta—. Y murió mucha más cuando los Épicos decidieron contraatacar en serio. Pero la mayoría murió en el caos posterior, cuando la civilización se... rindió.

—Mucha gente evita las ciudades —dijo el Profesor—. Aquí es difícil hacer crecer nada y atraen la peor calaña de merodeadores. Sin embargo, la tierra no está tan vacía como crees. —Giró una esquina. Me percaté de que Tia tenía la pistola en el regazo, aunque nunca la había visto disparar un arma—. Además —añadió el Profesor—, la mayoría de los ocupantes de esta zona ya ha llegado a la isla.

—¿Es mejor allí la vida? —pregunté.

—Eso depende —detuvo el jeep en medio de una carretera oscura y se volvió hacia mí—. ¿Hasta qué punto confías en los Épicos?

Sonaba a pregunta capciosa, teniendo en cuenta quién me la hacía. Bajó del jeep. Sus botas sonaron contra el asfalto. Tia bajó por el otro lado y se pusieron a caminar hacia un edificio imponente.

—¿Qué es? —les pregunté. Me puse en pie en la parte posterior del jeep—. ¿Dónde está la carretera a Babilar?

—No podemos ir conduciendo hasta Babilar —dijo el Profesor, deteniéndose junto a la puerta del edificio.

—¿Demasiado evidente? —pregunté mientras bajaba de un salto para unirme a ellos.

—Sí —contestó el Profesor—, pero, sobre todo, porque la ciudad no tiene calles. Vamos. Es hora de conocer a tu nuevo equipo.
Abrió la puerta.

9

Seguí al Profesor y a Tia al interior del edificio. Daba la impresión de ser un pequeño garaje mecánico, con enormes puertas en la fachada; y olía... demasiado limpio, en absoluto mohoso como las cámaras olvidadas de las calles subterráneas de Chicago Nova. Pero estaba totalmente a oscuras y producía una sensación inquietante. No podía distinguir nada excepto unas enormes formas negras que bien podrían haber sido vehículos.

Cogí el rifle mientras sentía que el pelo de la nuca se erizaba. ¿Era una trampa? ¿Se había preparado el Profesor para esa eventualidad? Yo...

Las luces se encendieron de golpe. Cegado, lancé una maldición y salté a un lado; me golpeé la espalda contra algo grande. Alcé el rifle.

—¡Vaya! —dijo una voz femenina—. ¡Ay!, lo siento, lo siento, lo siento. Demasiado brillante.

Cerca, el Profesor lanzó un gruñido. Con el rifle bien apoyado contra el hombro, parpadeé hasta poder ver que nos encontrábamos en una especie de taller. Nos rodeaban los bancos cubiertos de herramientas y algunos coches en distintos estados de desmontaje, incluyendo un jeep igualito al nuestro.

Oí que la puerta se cerraba detrás de mí y apunté en esa dirección. Una mujer hispana alta de unos treinta años la había cerrado. Tenía rasgos angulares y pelo oscuro con un mechón

teñido de violeta sobre la cara. Vestía camisa roja, chaqueta y una corbata negra.

—Mizzy —soltó la mujer—, la idea de apagar las luces hasta que entrasen era evitar que todo el barrio se enterara de que este edificio dispone de electricidad, lo cual no sucede si enciendes las luces cuando la puerta está completamente abierta.

—¡Lo siento! —gritó la misma voz de antes. El sonido rebotó en la enorme estancia.

La mujer hispana me miró.

—Baja esa arma antes de que le hagas daño a alguien, chico. — Me dejó atrás y le dedicó un saludo militar descuidado al Profesor, que extendió la mano.

—Val.

—Jon —correspondió ella aceptando la mano—. Me sorprendió recibir tu mensaje. No esperaba que volvieres tan pronto.

—Teniendo en cuenta lo sucedido —dijo el Profesor—, supuse que planeabas una respuesta impulsiva.

—¿Ha venido a detenerme, señor? —preguntó Val con voz helada.

—¡Chispas!, no —contestó el Profesor—. He venido a ayudar.

La expresión de Val se fracturó, como si un intento de sonrisa tirara de las comisuras de sus labios. Hizo un gesto en mi dirección.

—¿Ese es Steelslayer?

—Sí —respondió el Profesor mientras yo abandonaba mi posición defensiva.

—Estupendos reflejos —dijo Val valorándome de arriba abajo—. Un sentido de la moda horrible. Mizzy, ¿dónde demonios estás!

—¡Lo siento! —volvió a decir la voz de antes, seguida de choques metálicos—. ¡En camino!

Me situé junto a Tia y observé a una joven negra que bajaba desde la pasarela superior. Llevaba al hombro un rifle de francotirador. Saltó al suelo y corrió hacia nosotros, con alegría en el paso. Vestía tejanos y una chaqueta corta, con una ajustada camiseta blanca debajo. La parte superior de la cabeza la llevaba

cubierta de trenzas y el resto del pelo explotaba encrespado hacia atrás.

Tia y el Profesor miraron a Val; Tia alzó una ceja.

—Mizzy es muy capaz —dijo Val—. Solo que un poco...

Al venir hacia nosotros, Mizzy intentó pasar por debajo de la parte delantera de un jeep a medio montar colocado en posición elevada, pero su rifle sobresalía demasiado y chocó con estruendo contra la parte posterior del jeep, echándola hacia atrás. Boqueó y cogió el jeep como si quisiese estabilizarlo, aunque no se había movido. Luego le dio una palmadita como si fuese una disculpa.

Tendría más o menos diecisiete años, una cara agradable de rasgos redondeados y la piel de un marrón cremoso. «Sonríe demasiado para ser una refugiada —pensé al verla acercarse corriendo y saludar al Profesor—. ¿Dónde habrá estado viviendo que no le han arrancado ese carácter vivaracho?», me pregunté.

—¿Dónde está Exel? —preguntó Tia.

—Vigilando el bote —dijo Val.

El Profesor asintió y luego señaló a Val.

—David, te presento a Valentine, líder de esta célula de Reckoners. Ella y los suyos llevan dos años viviendo en Babilonia Restaurada, vigilando a Regalia. Obedece sus órdenes como si fuesen mías. ¿Comprendido?

—Entendido. Val, ¿haces de gancho?

La expresión de Val se oscureció.

—Operaciones —dijo, sin dar muestras de que mis palabras la hubiesen ofendido—. Aunque si Tia se une a este equipo...

—Así es —dijo Tia.

—En ese caso —dijo Val—, probablemente ella se encargue de operaciones. La verdad es que yo prefería estar en el campo. Pero no ser el gancho. Me encargo de armas pesadas y vehículos de apoyo.

El Profesor asintió con un gesto hacia Mizzy.

—Y esta es Missouri Williams, ¿no es así?

—¡Encantada de conocerlo, señor! —dijo Mizzy. Parecía de las que estarían encantadas de casi cualquier cosa—. Soy la nueva francotiradora del grupo. Antes me dedicaba a reparaciones y equipo, y tengo experiencia en demolición. ¡Me estoy entrenando para ser gancho, señor!

—Ni en sueños —dijo Val—. Se le da bien el rifle, Profesor. Digamos que Sam la había adoptado.

«Probablemente la persona que perdieron hace poco», pensé, interpretando la expresión rígida del Profesor y la mirada de tristeza de Tia. Sam. Supuse que había sido el gancho, el que cargaba con la mayor parte del peligro al interaccionar con los Épicos y llevarlos a las trampas.

Era mi trabajo en el equipo. El de Megan antes de que se fuese. No conocía a Sam, pero no me resultaba difícil sentir simpatía por el compañero caído. Había muerto peleando. Pero Megan no había sido la responsable. Dijera lo que dijera el Profesor.

—Encantados de tenerte con nosotros, Mizzy —dijo el Profesor sin expresar nada con la voz. Percibí que le despertaba escepticismo, pero me di cuenta porque lo conocía muy bien—. Mete el jeep en el garaje. David, ve con ella, vigila por si acaso.

Alcé una ceja. Él me dedicó una mirada neutra. «Sí —decía la mirada—, me estoy librando de ti durante unos minutos. Supéralo».

Suspiré y seguí a Mizzy por la puerta lateral, apagando las luces de camino. Los otros se quedaron a oscuras, pero así evitábamos que fuese tan evidente que las puertas se abrían y se cerraban.

Cogí mi nuevo rifle, extendí la mira nocturna y acompañé a Mizzy hasta el jeep. Detrás, una de las puertas del garaje se abrió sin emitir apenas sonido. Dentro, bajo la débil luz de las estrellas, vi que el Profesor, Tia y Val mantenían una conversación en voz baja.

—¡Chispas! —dijo Mizzy en voz baja—, intimidada de verdad.

—¿Quién? —pregunté—. ¿El Profesor?

—Sí —dijo. Llegamos al jeep—. ¡Guau! Phaedrus en persona. No quedé como demasiado de tonta, ¿verdad?

—Mmm... No. —No más que yo en varias ocasiones tras conocer a Jon. Sabía lo intimidante que podía ser.

—Bien. —En la oscuridad Mizzy miró al Profesor y frunció el ceño. Luego se volvió hacia mí y me ofreció la mano—. Soy Mizzy.

—Nos acaban de presentar.

—Lo sé —dijo—, pero yo no pude presentarme a mí misma. Eres David Charleston, el tipo que mató a Steelheart.

—Lo soy —dije, aceptando su mano con vacilación. Era una chica un poco rara.

Me estrechó la mano y se acercó más.

—Eres asombroso —dijo en voz baja—. ¡Chispas! Dos héroes en un mismo día. Voy a tener que escribir algo en mi diario —subió al jeep y lo arrancó. Yo examiné la zona con el rifle para comprobar si nos habían visto. No vi nada, así que volví a entrar en el garaje siguiendo al jeep.

Intenté no prestar demasiada atención al hecho de que el Profesor le había pedido a ella, y no a mí, que metiera el jeep. Yo era más que capaz de aparcar un jeep sin pegármela. ¡Chispas! Ya ni siquiera chocaba al girar en las esquinas; la mayor parte de las veces.

Mizzy bajó la puerta del garaje y lo cerró todo. El Profesor, Tia y Val concluyeron su charla reservada. A continuación Val nos llevó al fondo del taller y luego por un túnel bajo las calles. Yo supuse que caminaríamos durante un rato, pero no fue así; pocos minutos después pasamos por una trampilla y volvimos al exterior.

El agua lamía un muelle, y un río muy ancho salía de la ciudad y se perdía en una bahía oscura. En la distancia, al otro lado, se veían luces coloridas. Cientos y cientos. Antes de partir había mirado unos mapas y podía deducir dónde nos encontrábamos. Era el río Hudson y lo que estaba al otro lado era la vieja Manhattan: Babilonia Restaurada. Parecía que disponían de electricidad y esa era la fuente de la neblina iluminada que había visto. Pero ¿por qué las luces tenían tantos colores? ¿Y estaban tan extrañamente atenuadas?

Entorné los ojos para intentar distinguir los detalles, pero las luces me parecían nubes de motas. Seguí al equipo por el muelle y enseguida me concentré en el agua. A pesar de vivir en Chicago Nova, nunca había estado tan cerca de una masa grande de agua. Steelheart había convertido una buena parte del lago Michigan en acero de forma que yo nunca había llegado a la orilla. Algo en esas profundidades tenebrosas me hacía sentir incómodo.

Frente a nosotros, al final del muelle, se encendió una linterna e iluminó una lancha motora de tamaño medio con un hombre enorme sentado en la parte posterior, vestido con una camisa roja de franela en la que cabrían cinco personas. Era barbudo y tenía el pelo rizado. Nos saludó con una sonrisa. Chispas, era un tipo grande. Como si un leñador se hubiese comido a otro leñador y sus poderes se hubiesen combinado para formar un leñador gordo de verdad. Se puso de pie mientras Val subía. Le dio la mano al Profesor y a Tia. A mí me sonrió.

—Exel —dijo en voz baja para presentarse. Hizo una breve pausa entre las sílabas, como si estuviese diciendo X-L. Me pregunté cuál sería su función en el equipo—. ¿Eres Steelslayer?

—Sí —dije, dándole la mano. Con suerte la oscuridad ocultaría mi vergüenza. Primero Val, luego este tipo que me llamaba así—. Pero no hace falta que me llames por ese nombre.

—Es un honor —me dijo, y retrocedió.

Esperaban que subiese al bote. No debería haber problema, ¿no? Me di cuenta de que estaba sudando, pero me obligué a subir al inestable vehículo. Se agitó mucho más de lo que me hubiese gustado y se agitó más al subir Mizzy. ¿De veras íbamos a cruzar aquel río enorme en un vehículo tan pequeño? Me senté, incómodo. Había mucha agua.

—¿Estamos todos, señor? —preguntó Exel una vez que estuvimos a bordo.

—Estamos todos —confirmó el Profesor. Se acomodó en la proa—. Vamos.

Val se situó en la parte posterior, cerca del pequeño motor fueraborda. Lo arrancó y emitió un traqueteo bajo. Nos alejamos del muelle y entramos en las inquietas aguas negras.

Yo me agarré con fuerza, mirando fijamente el agua. Toda aquella negrura debajo. ¿Qué podría haber allí? Las olas no eran enormes, pero nos movían. Una vez más me pregunté si no deberíamos navegar en algo mayor. Me moví más cerca del centro del bote.

—Entonces, ¿habéis preparado al nuevo? —preguntó Val, gobernando la barca.

—No —dijo el Profesor.

—Ahora puede ser un buen momento, teniendo en cuenta que... —dijo Val haciendo un gesto hacia las luces lejanas.

El Profesor se volvió hacia mí. Casi toda su forma estaba oculta en las sombras. El viento movió su bata negra de laboratorio. Todavía no había superado del todo el asombro de la primera vez que lo vi. Sí, ahora éramos íntimos, pero en ocasiones regresaba aquella impresión: era Jonathan Phaedrus, fundador de los Reckoners. Un hombre al que había adorado durante gran parte de mi vida.

—La que gobierna esta ciudad —me dijo— es una hidromante.

Asentí deseoso de saber.

—Rega... —empecé a decir.

—No pronuncies su nombre —me interrumpió el Profesor—. ¿Qué sabes de sus habilidades?

—Vale —dije—, parece ser que es capaz de enviar una proyección de sí misma, de forma que cuando la ves puede que se trate de un duplicado. También tiene el catálogo completo de poderes de un Épico de agua normal. Puede hacer que suba y baje el agua, controlarla con la mente... esas cosas.

—También puede ver desde cualquier superficie abierta de agua —dijo el Profesor—. Y oír lo que se dice cerca del agua. ¿Te haces una idea de las ramificaciones?

Miré las aguas abiertas que nos rodeaban.

—Vale —dije con un escalofrío.

—Podría estar observándonos en cualquier momento —dijo Exel—. Debemos actuar dándolo por supuesto; y con el consiguiente miedo.

—¿Cómo seguís con vida? —pregunté—. Si puede ver...

—No es omnisciente —me dijo el Profesor, hablando con firmeza—. Solo puede dedicar su atención a un lugar cada vez y no le resulta especialmente fácil. Mira en un plato de agua que tenga en las manos y puede usarlo para ver desde cualquier superficie de agua que toque el aire.

—Como una bruja de cuento —dije.

—Claro, justo eso —Exel se rio—, pero dudo que tenga caldero.

—En cualquier caso —dijo el Profesor—, tiene grandes poderes, pero no le facilitan examinar y encontrar cosas aleatoriamente. Necesita que algo le llame la atención.

—Por eso evitamos decir su nombre —añadió Val desde la popa—. A menos que lo susurremos por la red móvil.

El Profesor tocó su auricular. Yo activé el móvil, con amplificación de voz, y lo conecté a mi auricular inalámbrico.

—Así —susurró el Profesor, y en mi oído sonó claramente. Asentí—. Ahora mismo —siguió— estamos a su merced. Flotamos en aguas abiertas. Si supiese que estamos aquí, podría invocar tentáculos de agua y hundir este bote hasta las profundidades. En esta ciudad, como en la mayoría, los Reckoners existimos porque tenemos cuidado, nos mantenemos en silencio y nos ocultamos. Que nuestra forma de actuar en Chicago Nova no te haga descuidado aquí. ¿Entendido?

—Sí —dije, susurrando igual que él y confiando en que el sensor de mi auricular captase mi voz y la transmitiese—. Menos mal que pronto abandonaremos el agua, ¿no?

El Profesor se volvió hacia la ciudad y guardó silencio. Pasamos junto a algo, un enorme y elevado fragmento de acero. Fruncí el ceño. ¿Qué era eso y por qué lo habían construido en medio de un río? En la distancia veía otro.

«Las partes superiores de las torres de un puente de suspensión». Lo comprendí al ver cables que se hundían en el agua. Habían hundido todo el puente.

O... el agua se había elevado.

—¡Chispas! —susurré—. Nunca vamos a abandonar las aguas abiertas, ¿no es así? Ha hundido la ciudad.

—Sí —dijo el Profesor.

Estaba anonadado. Había oído que Regalia había elevado el nivel del agua alrededor de Manhattan, pero esto era mucho más de lo que había podido suponer. En su día ese puente debió elevarse treinta o más metros sobre el río; ahora estaba bajo la superficie, solo eran visibles sus torres.

Me volví y miré hacia el agua que habíamos dejado atrás. Ahora apreciaba una inclinación sutil en la superficie líquida. El agua se abombaba y teníamos que movernos hacia arriba por una pendiente para llegar a Babilar, como si trepásemos por una colina de agua. ¡Qué disparate! Al acercarnos a la ciudad comprobé que, efectivamente, estaba hundida por completo. Los rascacielos salían del agua como centinelas de piedra. Las calles se habían convertido en canales.

Y mientras contemplaba esa extraña visión, me di cuenta de algo todavía más extraño. Las luces relucientes que había visto en nuestra aproximación no venían de las ventanas de los rascacielos; venían de los muros de los rascacielos. Las luces surgían por zonas, brillantes y fluorescentes, como si fueran luces de emergencia.

¿Pintura fluorescente? Eso es lo que me parecía. Me agarré al lateral del bote, frunciendo el ceño. No era lo que había esperado.

—¿De dónde sacan la electricidad? —pregunté por el móvil.

—No tienen —dijo Val en mi oído, susurrando, pero con un sonido perfectamente claro para mí—. En la ciudad no hay electricidad excepto la de nuestra base secreta.

—Pero ¡las luces! ¿Cómo funcionan?

De pronto los laterales del bote se pusieron a brillar. Di un salto y miré hacia abajo. El resplandor era como una luz apagada que lentamente iba ganando intensidad. Azul... pintura. Habían pintado los laterales del bote. Era también lo que cubría los edificios. Pintura en espray... de la de los grafitis. En todos los colores, el grafiti relucía vivamente, como musgo de colores.

—¿Cómo funcionan las luces? —preguntó Val—. Me gustaría saberlo —redujo la velocidad del bote y pasamos por entre dos grandes edificios. Su parte superior relucía y entornando los ojos distinguí los bordes pintados con espray que delimitaban las azoteas. Relucían con rojos, naranjas y verdes vivos.

—Bienvenido a Babilonia Restaurada, David —dijo el Profesor desde la proa—. El mayor enigma del mundo.

10

Val apagó el motor y nos pasó remos a Mizzy, a Exel y a mí, y ella se quedó con uno. Nos pusimos a remar. Salimos de entre los dos edificios más altos y nos aproximamos a una serie de estructuras más bajas, que apenas sobresalían unos metros del agua.

Puede que en su momento fuesen edificios de apartamentos, pero estaban sumergidos excepto, más o menos, por el piso superior de cada uno. En las azoteas vivía gente, en su mayoría en tiendas coloridas que relucían por la pintura de espray que las marcaban con símbolos y dibujos descuidados. Algunas de las pintadas eran hermosas mientras que en otras no se veía ni la más mínima destreza. Incluso vi resplandores bajo el agua: grafitis que habían quedado sumergidos. Así que la pintura en espray vieja relucía tan bien como la nueva de lo alto de los rascacielos.

La ciudad estaba tan viva... Entre los soportes de las tiendas había cuerdas tendidas de las que colgaba ropa puesta a secar. Los niños se sentaban en los laterales de los edificios más bajos y chapoteaban con los pies en el agua, a vernos pasar. Un hombre pasó a nuestro lado remando en una balsa que parecía construida con un montón de puertas de madera atadas entre sí. Cada una estaba pintada con círculos de distintos colores.

Después del viaje solitario y vacío hasta aquella ciudad, me impactó una sensación súbita de incontrolable actividad. Tanta gente. Miles de personas formando pequeñas aldeas en las azoteas de edificios hundidos. Y mientras nos adentrábamos más en la

ciudad comprendí que aquellas tiendas y edificios no eran chabolas o lugares temporales para gente de paso. Todo se disponía demasiado bien colocado y muchas de las azoteas estaban unidas entre sí por puentes de cuerda bien formados. Me pareció que algunas de aquellas personas vivían allí desde hacía años.

—¿Deberíamos exponernos de esta forma? —pregunté incómodo.

—Babilar es una ciudad muy ajetreada —dijo el Profesor—, sobre todo por la noche, cuando se activan las luces. Seríamos todavía más evidentes si intentásemos entrar sin ser vistos. Ahora mismo no somos más que otra barca.

—Pero no podemos usar el motor —comentó Exel—. En la ciudad no hay muchos motores que funcionen.

Asentí, viendo como unos jóvenes remaban en una canoa brillante.

—Parecen tan...

—¿Desposeídos? —preguntó Mizzy.

—Normales —dije—. Viven su vida, sin más.

En Chicago Nova no podíamos limitarnos a vivir. Trabajabas largas horas en las fábricas para producir armas que Steelheart pudiese vender. Cuando no trabajabas mirabas al suelo, siempre atento a la presencia de Control. Cuando oías un ruido fuerte, dabas un salto, porque podría ser uno de muchos Épicos en busca de diversión.

Sin embargo, aquella gente se reía, jugaba en el agua. Aquella gente... holgazaneaba. De hecho, muy pocas personas parecían estar haciendo algo productivo. Quizá fuese porque ya era tarde. Otro asunto extraño: ya era noche cerrada, pero incluso los niños estaban levantados y haciendo cosas.

Pasamos remando junto a un gran edificio, que se levantaba unos tres pisos sobre el agua. A través de los vidrios rotos de las ventanas vi lo que me parecieron plantas que crecían en el interior del edificio.

Las plantas estaban repletas de frutos que brillaban con un verde amarillento y sus hojas tenían la misma textura pintada de los pétalos que habían encontrado en el bolsillo de Sourcefield.

—¡En nombre de Calamity!, ¿qué está pasando en esta ciudad? —susurré.

—No tenemos ni idea —dijo Val—. Estoy aquí clavada desde hace más de dos años; llegué seis meses después de que Regalia dejase su tiranía y decidiese adecentar este lugar y tengo la impresión de saber menos que cuando llegué. —Como ya había comentado antes, Val no parecía tener problema en pronunciar el nombre de Regalia siempre que lo susurrase por los auriculares—. Sí, hay plantas creciendo dentro de los edificios, y no parecen requerir cuidados, ni lámparas solares, ni ningún tipo de atención humana. Los árboles producen flores, frutos y hortalizas en cantidad, tanta que aquí a nadie le falta la comida; siempre que una de las bandas no lo haya monopolizado todo.

—Regalia acabó con esa situación —susurró Mizzy mientras metía el remo en el agua—. Antes, a nosotros las cosas nos iban muy mal. Antes de que llegase.

—¿Nosotros? —pregunté.

—Soy de Manhattan —dijo Mizzy—, nacida y criada. No tengo muchos recuerdos de los primeros días, pero recuerdo Calamity. Los resplandores aparecieron inmediatamente después; todo lo pintado con espray, viejo o nuevo, brillaba; pero solo funciona con pintura en espray. Las plantas empezaron a crecer en aquel momento; entonces crecían en las calles y nadie daba con la explicación, excepto atribuírselo a Dawnsight.

—¿Un Épico? —pregunté.

—¿Es posible? —dijo Mizzy, encogiéndose de hombros—. Algunos lo creen así. Dawnsight es como llamamos a la persona, fuerza, Épico o lo que sea que provocó todo esto. Excepto el agua, claro. Eso fue después, tras la llegada de Regalia. Anegó las calles y hundió los edificios. Así perdimos a mucha gente.

—Mató a miles de personas —añadió el Profesor en voz baja—. Luego durante años dejó que mandasen las bandas. Hace poco decidió rescatar la ciudad. Ahora controla las bandas, aunque ya no causan terror; vigilan.

—Sí —dijo Val, mirando a un grupo de personas que bailaba en lo alto de un edificio. Los tambores producían un ritmo agradable—. Es aterrador.

—¿Aterrador? —preguntó Exel—. ¿Que un Épico quiera hacer algo bueno para variar? Creo que lo que pasa aquí es maravilloso —saludó con un gesto afable a la gente que pasábamos.

Al mirar atentamente a la gente que le devolvía el saludo me di cuenta de que lo conocían. Había dado por supuesto que no sabían quién era en realidad, que su misión en aquel lugar implicaba la creación de una identidad falsa para mezclarse con la gente.

—No, Exel —dijo el Profesor por el móvil, su voz convertida en un susurro duro—. Regalia planea algo. Me preocupa su supuesta benevolencia, sobre todo porque ha estado enviando Épicos a eliminar mi equipo de Chicago Nova. Tampoco olvides que es la jefa de la... persona que mató a Sam.

Val, Exel y Mizzy lo miraron.

—¿Así que por eso estás aquí? —preguntó Val—. ¿Por fin vamos a acabar con Regalia?

Miré al Profesor. Conocía a Regalia; la conocía personalmente. Cada vez estaba más seguro de ello. Quizás hacía mucho tiempo habían sido amigos. Me hubiera gustado sacarle más información, pero así era el Profesor. Años de secreto, de dirigir a los Reckoners, le habían enseñado a ser circunspecto.

—Sí —susurró—. Estamos aquí para acabar con ella. Y con todo Épico aliado con ella. —Me miró directamente, como desafiándome a hacer un comentario sobre Megan.

No dije nada. Primero tenía que saber más.

—¿Está seguro, Profesor? —preguntó Exel—. Quizá Regalia se haya decidido al fin a preocuparse de esta gente. Ha estado mandando licores y lo ha repartido gratis. No permite que ninguna

banda impida la recolección de fruta. Quizá sea un intento sincero de crear una utopía. Quizás un Épico haya decidido cambiar y por una vez ser bueno.

Algo explotó en una azotea cercana.

Una erupción de fuego iluminó el aire y provocó gritos de terror y dolor. A nuestro alrededor la gente golpeó el agua y se produjo otra explosión.

El Profesor miró a Exel y negó con la cabeza. Me puse en pie, pasando de ese intercambio. Me habían alterado tanto las explosiones que apenas presté atención a que al ponerme en pie se bamboleaba el bote. A lo que sí presté atención fue a los gemidos lejanos de dolor; miré al equipo.

—¿Qué pasa?

Exel, Val y Mizzy parecían igualmente sorprendidos. Fuera lo que fuera, no era lo habitual en aquella ciudad.

—Debemos ayudar —dije.

—Esto no es Chicago Nova —dijo Tia—. ¿No te acuerdas de lo que dijo Jon? Tenemos que mantenernos ocultos.

A nuestra espalda, otra explosión, esta vez más cercana. Pude sentir la onda expansiva, o creí percibirla. Endurecí la expresión y me acerqué al borde del bote. No iba a quedarme sin hacer nada mientras moría gente.

Pero me detuve al ver el agua que me separaba del edificio más cercano.

—Tia, David tiene razón —dijo al fin el Profesor—. Sea lo que sea, no podemos permitir que siga pasando sin ver si podemos ayudar. Investigaremos, pero con cuidado. Val, ¿la gente va armada en esta ciudad?

—Es posible —respondió Val.

—Entonces podemos llevar las armas. Pero no hagáis nada a menos que yo lo ordene. Siéntate, David. Te necesitamos en el remo.

Renuente me senté y remé hacia el edificio más cercano. Sobre nuestras cabezas la gente corría por los puentes, huyendo de las

explosiones, y se atropellaban unos a los otros al intentar escapar. La azotea a la que llegamos estaba bastante baja, menos de un piso sobre el agua, de forma que pude saltar en cuanto nos acercamos, cogirme de la cornisa y subirme.

Desde aquel lugar podía ver mejor. Estaba en la azotea de un enorme edificio de apartamentos que tenía un gemelo al otro lado. Tenían la misma forma y solo los separaba una estrecha zona de agua. Las explosiones se habían producido en la otra, donde había tiendas de campaña a medio quemar. Los vivos se arrodillaban junto a sus seres queridos carbonizados. Otros gemían de dolor, cubiertos de quemaduras. Sentí náuseas.

El Profesor se alzó junto a mí y resopló, furioso.

—Tres explosiones —dijo en voz baja—. ¿Qué está pasando?

—Tenemos que ayudar —dije con ansiedad.

El Profesor se arrodilló en silencio.

—Profesor...

—Tia, Exel —susurró al móvil—, preparaos para socorrer a los heridos. Llevad el bote. Val, David y yo atravesaremos esta azotea y os daremos apoyo desde aquí. Hay algo que no me cuadra: hay demasiado fuego y pocos restos. Esto no ha sido una bomba.

Asentí. Val también subió y luego los tres corrimos por la azotea hacia la que ardía. Tia y los otros dos maniobraban el bote junto a nosotros.

El Profesor hizo que nos detuviéramos junto al puente de cuerda que llevaba al siguiente edificio. La gente nos empujaba para pasar, los rostros cenicientos, la ropa chamuscada. El Profesor agarró por el brazo a uno que no parecía muy herido.

—¿Qué ha sido? —preguntó en voz baja.

El hombre agitó la cabeza y se soltó. El Profesor me señaló para indicarme que ofreciese apoyo. Me arrodillé junto a una chimenea de ladrillo, con el rifle en la mano, para cubrir a Tia y Exel mientras maniobraban con el bote junto al edificio en llamas. Luego subieron con algo que supuse que sería un equipo de primeros auxilios.

Me senté, viendo como Exel se ponía a vendar a los heridos. Tia cogió otra cosa: el pequeño dispositivo que llamábamos reparador, es decir, la caja falsa de la que salían cables y de la que afirmábamos que servía para sanar gente. En realidad era el Profesor el que lo hacía todo; antes de venir conmigo a la azotea debió de cederle a Tia parte de esos poderes.

Tia tenía que usarlos con moderación, solo para evitar que muriesen los heridos más graves, ya que las curaciones milagrosas llamarían demasiado la atención. ¡Chispas! Es posible que de todas formas llamásemos demasiado la atención. Era evidente que estábamos organizados y armados, y que teníamos entrenamiento. Si no teníamos cuidado, podríamos acabar desbaratando las tapaderas de Exel y Val.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Mizzy por el móvil. La joven seguía esperando en el bote, que se movía en las aguas oscuras al lado del edificio en llamas—. ¿Profesor, señor?

—Vigila el bote —le respondió.

—Yo... —Mizzy sonaba decepcionada—. Sí, señor.

Me concentré en mi tarea: proteger a Tia y a Exel de cualquier amenaza en la azotea en llamas, pero en mi corazón sentía pena por la chica. Sabía lo que era sufrir la desconfianza del Profesor. Podía ser un hombre duro; más duro todavía desde hacía un tiempo. Pobre niña.

«Tú también la tratas de esa forma. Probablemente no tenga ni un año menos que tú», me dije. No era justo considerarla una niña. Era una mujer, y muy guapa.

«Concéntrate».

—¡Ah!, aquí estás, Jonathan. Muy rápido.

La voz, que hablaba en tono normal, me hizo pegar un bote. Me giré hacia la fuente del sonido, apuntando con el rifle.

Junto al Profesor había una mujer negra. Tenía la piel arrugada y el pelo blanco recogido en un moño. Pañuelo al cuello, elegante, pero a la vez con un aire de abuela; chaqueta blanca sobre una blusa y pantalones.

Regalia, emperadora de Manhattan. De pie justo allí.
Le planté una bala en la cabeza.

11

El disparo no tuvo mucho efecto. Vale, hizo estallar la cabeza de Regalia, así que por esa parte bien; pero explotó convertida en agua. De inmediato, brotó más agua del cuello en forma de gigantesca burbuja y volvió a formar la cabeza. El color reapareció y pronto tenía exactamente el mismo aspecto que antes.

Parecía que las proyecciones de Regalia estaban conectadas con sus poderes de manipulación del agua. No se me había ocurrido, pero tenía sentido.

Para matarla tendríamos que dar con su cuerpo real, estuviese donde estuviese. Por suerte, la mayoría de los Épicos que creaban proyecciones debían permanecer en algún tipo de trance para poder hacerlo, lo que significaba que en algún lugar era vulnerable.

El avatar de Regalia me miró y se volvió hacia el Profesor. Se trataba de uno de los Épicos más poderosos que hubiese existido jamás. ¡Chispas! Con las manos sudorosas y el corazón desbocado seguí apuntándole con el arma, aunque no serviría de mucho.

—Abigail —dijo el Profesor con voz tranquila.

—Jonathan —respondió Regalia.

—¿Qué has hecho? —El Profesor hizo un gesto hacia la destrucción y los heridos.

—Tenía que llamar tu atención de alguna forma, querido —dijo con dicción sofisticada, como si estuviese en una película antigua—. Supuse que un Épico desbocado te interesaría.

—¿Y si no hubiera llegado todavía a la ciudad? —exigió saber el Profesor.

—En ese caso, saber de esta destrucción habría hecho que te apresuraras —contestó Regalia—. Pero estaba casi segura de que llegarías esta noche. Después de que mi última... tarjetita de visita llegase a Chicago, estaba claro que vendrías a por mí. Conté los días y aquí estás. Entre todas tus virtudes, Jonathan, se encuentra la de ser predecible.

Cerca de nosotros otra ráfaga de fuego iluminó la noche, desde otra azotea. Me giré, maldiciendo, y apunté en esa dirección.

—Vaya —dijo Regalia sin expresar emoción—. Parece que está sobrepasando mis instrucciones.

—¿Quién? —dijo el Profesor con voz tensa.

—Obliteration.

Casi dejé caer el arma.

—¿Has traído a Obliteration? ¡Calamity! ¿Estás loca?

Obliteration era un monstruo, más una fuerza de la naturaleza que una persona. Dejó Houston convertida en ruinas, y asesinó a gente corriente y a Épicos por igual. Después fue Albuquerque. Luego San Diego.

Ahora estaba allí.

—Abigail... —dijo el Profesor con la voz cargada de dolor.

—Será mejor que lo detengáis —dijo Regalia—. Está descontrolado. Vaya, vaya. ¡Qué he hecho, qué horrible!

El avatar perdió el color y se cayó, volviendo otra vez al agua. Usé la mira del rifle para examinar la destrucción. Algunas personas se alejaban nadando de las azoteas en llamas, gritaban y ocupaban los puentes. Otro destello de luz llamó mi atención y entreví una figura vestida de negro que se movía entre las llamas.

—Ahí está, Profesor —dije—. ¡Chispas! No mentía. Es él.

El Profesor soltó un exabrupto.

—Has estudiado a los Épicos. ¿Cuál es su punto débil?

¿La debilidad de Obliteration? Rebusqué frenéticamente en mi memoria, intentando recordar todo lo que sabía de él.

—Yo... Obliteration... —respiré profundamente—. Gran Épico. Lo protege un sentido del peligro relacionado con sus poderes de teletransportación: si algo va a hacerle daño, se teletransporta de inmediato. Es un poder reflejo, aunque también puede usarlo a voluntad, lo que hace que resulte muy difícil acorralarlo. No se trata de un poder menor que permite atravesar las paredes, como el de Sourcefield, Profesor. Se trata de teletransportación instantánea y completa.

—Su punto débil —insistió el Profesor mientras otra explosión iluminaba la noche.

—Se desconoce su verdadera debilidad.

—¡Maldita sea!

—Es miope —añadí—. No tiene relación con sus poderes, pero podría ser útil. Además, cuando está en peligro su teletransportación se activa y lo manda lejos. Eso lo protege, pero también podría ser útil, sobre todo porque creo que sus poderes de teletransportación tienen un periodo de recuperación.

El Profesor asintió.

—Buen trabajo. —Tocó el móvil—. ¿Tia?

—Aquí estoy.

—Abigail acaba de presentarse ante mí —dijo el Profesor—. Ha traído a Obliteration a esta ciudad. Es el que provoca la destrucción.

La respuesta de Tia fue una retahíla de tacos.

Miré al Profesor, apartando la vista de la mira del rifle. Aunque el cielo estaba oscuro, toda la pintura en spray —que relucía a mi alrededor desde ladrillos, puentes de madera y tiendas— iluminaba su cara. ¿Íbamos a enfrentarnos a Obliteration o nos marcharíamos? Como mínimo era una trampa. Regalía estaría observando para ver qué hacíamos.

Lo inteligente era salir corriendo. Era justo lo que los Reckoners habrían hecho un año atrás, antes de Steelheart. El Profesor me miró y por su expresión supe que se debatía. ¿Podría dejar que toda aquella gente muriese?

—Ya hemos desvelado el secreto —le dije al Profesor con tranquilidad—. Regalia sabe que estamos aquí. ¿Qué ganaríamos echando a correr?

Vaciló; luego asintió y habló por el móvil.

—Ahora mismo no tenemos tiempo para atender a los heridos. Tenemos que acabar con un Épico. Reuníos conmigo en el centro de la primera azotea en llamas.

Llegaron todas las confirmaciones a la vez. Val y el Profesor caminaron por el puente de cuerda hacia Tia y Exel, y yo los seguí, nervioso al pasar por el puente. Habían pintado las tablas con colores fluorescentes alternos, lo que hacía que destacara aún más la negrura del agua que me miraba fijamente desde abajo. Cogí el móvil y lo metí en el bolsillo del hombro de la chaqueta. Se suponía que era un bolsillo estanco a prueba de agua. Aunque no es que lo hubiese probado más allá de la lluvia habitual de Chicago Nova.

El agua reflejaba las luces fluorescentes y me encontré agarrando con fuerza las cuerdas laterales del puente. ¿Debería contarle al Profesor que no sabía nadar? Tragué saliva. ¿Por qué se me había secado la boca?

Llegamos al otro lado y me obligué a tranquilizarme. El aire olía completamente a humo. Cruzamos corriendo la azotea y nos reunimos con los otros, a los que ya acompañaba Mizzy. Una tienda cercana había quedado completamente fundida; la tela contenía los huesos de los que habían quedado atrapados; su carne se había vaporizado en el estallido de destrucción. Sentí náuseas.

—Jon... —dijo Tia—. Estoy preocupada. No tenemos suficiente control de la ciudad ni de la situación para enfrentarnos a un Épico como Obliteration. Ni siquiera conocemos su punto débil.

—David dice que es miope —dijo el Profesor, agachándose.

—Bien, David suele tener razón con esos detalles, pero no creo que sea suficiente para...

Otro estallido de luz. Alcé la vista, igual que el Profesor. Obliteration se había movido, probablemente por teletransportación, y estaba a dos azoteas de nosotros.

Desde allí llegaban gritos.

—¿Plan? —pregunté con prisa.

—Destello y golpe —dijo el Profesor. Era el nombre de una maniobra que consistía en que un equipo llamaba la atención de un Épico y otro equipo lo rodeaba. Alargó la mano y me agarró por el hombro.

Tenía la mano cálida y, ya sabiendo en qué concentrarme, sentía un ligero cosquilleo. Me había cedido algunos poderes de protección y cierta habilidad de vaporizar objetos sólidos.

—Aquí los tensores no servirán de mucho —me dijo—, porque no se pueden hacer muchos túneles. Pero tenlos a mano, por si acaso.

Miré a Exel y a Val. No sabían que el Profesor era un Épico; y se esperaba que yo mantuviese la estratagema.

—Vale —dije, sintiéndome mucho más seguro al tener algo del poder de protección del Profesor.

El Profesor señaló hacia un puente que conectaba la azotea donde estábamos con el siguiente.

—Atraviesa ese puente, luego dirígete hacia Obliteration. Busca la forma de distraerlo y mantenerlo ocupado. Val, tú y yo usaremos el bote. El motor en marcha, porque ahora no tiene sentido intentar ocultarse de Regalia, y nos situaremos detrás de Obliteration. Planificaremos más de camino.

—Vale —dije. Miré a Mizzy—. Pero debería llevar a Mizzy para cubrirme. Es posible que Obliteration venga a por Tia y querrás que a ella la cubra alguien con más experiencia.

Mizzy me miró fijamente. Merecía la oportunidad de participar en la acción. Yo sabía exactamente lo que se sentía cuando te dejaban de lado en momentos así.

—Buena idea —dijo el Profesor, corriendo hacia el bote. Val fue tras él—. Exel, tú protege a Tia. David, Mizzy, ¡moveos!

—Vamos —dije, corriendo hacia otro puente de cuerda que llevaba hasta la última explosión de Obliteration.

Mizzy corrió detrás de mí.

—Gracias —dijo con el rifle al hombro—. Si me llega a tocar quedarme vigilando otra vez creo que hubiese vomitado.

—Es posible que quieras reservarte el agradecimiento —dije, saltando al puente— hasta que hayamos sobrevivido a lo que suceda a continuación.

12

Con el rifle bastante por encima de la cabeza, me crucé con mucha gente que huía por el estrecho puente de cuerda. Hice lo posible por no mirar al agua.

El puente subía ligeramente y al salir me encontré en lo alto de una enorme azotea repleta de tiendas. La gente se refugiaba en el interior de su improvisado hogar o en la periferia del tejado. Otros huían por canales entre edificios o por los puentes a otros edificios.

Mizzy y yo corrimos por la azotea. Le habían pintado con espray una secuencia de líneas amarillas y verdes que refulgían como luz fantasma y hacían destacar los caminos. Cerca del centro pasamos junto a un grupo de personas que, curiosamente, ni se escondían ni huían.

Rezaban.

—¡Confiad en Dawnsight! —gritaba una mujer situada justo en medio—. El que trae la luz y la paz, la fuente del sustento. ¡Confiad en El Que Sueña!

Mizzy se detuvo a mirarlos. Solté un taco y tiré de ella. Obliteration estaba en la azotea siguiente.

Podía verlo claramente moviéndose por entre las llamas, la gabardina revoloteando. Tenía una cara estrecha, el pelo largo y liso, gafas y perilla. Era justo el tipo de persona que había aprendido a evitar en Chicago Nova, de esas que no parecen peligrosas hasta que las miras a los ojos y comprendes que ahí dentro falta algo muy importante.

Incluso entre los Épicos, aquel hombre era un monstruo. Aunque al principio había gobernado una ciudad, como muchos Épicos de alto nivel, con el tiempo había decidido *destruirla* por completo; hasta el último habitante de Houston. Se trataba de un asesino ciego. Yo empezaba a creer que era posible reformar a algunos Épicos, pero en su caso no había ni la más mínima posibilidad.

—Coge posición junto a esa cornisa —le dije a Mizzy—. Espera instrucciones. ¿Haces demoliciones para el equipo?

—Por supuesto.

—¿Llevas algo encima?

—Nada grande —dijo—. Unos mezcladores para horno de barro.

—¿Unos... qué?

—¡Ah! Lo siento. Es como llamo a los...

—No importa —interrumpí—. Sácalos y prepárate. —Bajé el rifle y apunté a Obliteration.

Se volvió para mirarme.

Disparé.

Se teletransportó en medio de un estallido de luz, como si se hubiese convertido en cerámica y luego hubiese explotado. Se dispersaron por el suelo fragmentos de su figura como de un jarrón roto.

Teletransportación preventiva. Actuaba justo como decían.

Mizzy corrió en la dirección que le había indicado. Me arrodillé, con el rifle al hombro, y aguardé. La azotea donde había estado Obliteration seguía ardiendo. Su poder principal era la manipulación del calor. Con un simple toque podía eliminar el calor de lo que fuese, incluso de la gente, para luego expulsarlo, ya fuera en forma de aura, ya fuera transfiriéndolo a algo que tocara.

Había fundido Houston. Literalmente. Se había pasado semanas en el centro de la ciudad, con el torso desnudo, como si fuese un dios antiguo, extrayendo calor del aire con sus baños de sol. Había almacenado el calor para luego liberarlo todo de una vez. Yo había visto fotos y había leído las descripciones. El asfalto se convirtió en sopa. Los edificios ardieron. La piedra se convirtió en magma.

Decenas de miles de muertos en unos momentos.

Por lo que recordaba de mis notas, tenía algo de tiempo antes de su reaparición. Solo podía usar la teletransportación cada pocos minutos y...

Obliteration apareció a mi lado.

Sentí el calor antes de verlo y me volví en esa dirección. El sudor me caía por la frente, como si durante una noche fría me hubiese acercado a un fuego en un cubo de basura.

Volví a disparar.

De sus labios salió una maldición y una vez más explotó en forma de fragmentos de luz. El calor desapareció.

—Ten cuidado, David —dijo Tia en mi oído—. Si reúne calor y aparece justo a tu lado, esa aura puede sobrepasar tu campo Reckoner y freírte antes de que puedas disparar.

Asentí, alejándome de donde había estado, con el rifle todavía al hombro y la mira lista.

—Tia —susurré—, ¿tienes acceso a mis notas?

—Las tengo aquí mismo, junto con las de otros eruditos.

—¿No se supone que sus poderes de teletransportación tienen un tiempo de recarga?

—Sí —dijo—. Al menos dos minutos antes de...

Obliteration apareció de nuevo y en esa ocasión lo vi venir, como una luz que fuese adquiriendo forma. Antes de manifestarse por completo yo ya había disparado en su dirección. Una vez más le salvó la teletransportación, como sabía que sucedería. Yo no era más que una distracción. Para ser sinceros, no tenía ni idea sobre cómo íbamos a matarlo, pero al menos podría incomodarlo y así evitar que matase inocentes.

—Mis notas están mal —dije, con el sudor corriéndome por la cara—. Entre sus teletransportaciones apenas hay unos segundos. —Chispas. ¿En qué más me había equivocado?

—Jon —dijo Tia—. Vamos a necesitar un plan. Y rápido.

—Estoy pensando —respondió el Profesor con voz entrecortada—, pero nos hace falta más información. —En la otra azotea, donde

había estado atacando Obliteration antes de teletransportarse hacia mí, el Profesor trepó por unos escombros y se refugió—. David, cuando se transporta, ¿se lleva consigo todo lo que toca automáticamente, o tiene que elegir lo que se lleva, por ejemplo la ropa?

—No estoy seguro —dije—. Hay poca información sobre Obliteration. Él...

Me detuve porque había aparecido a mi lado y alargaba la mano para tocarme. Salté para echarme a un lado y sentí que me recorría el cuerpo una oleada de calor.

Se oyó un disparo y Obliteration se transportó antes de poder tocarme. Igual que antes, durante unos segundos dejó un perfil reluciente colgando en el aire. La figura explotó en fragmentos que rebotaron en mi cuerpo y luego se vaporizaron por completo.

A medida que el destello de luz se desvanecía de mis ojos, vi al Profesor en la otra azotea, bajando el rifle.

—Estate alerta, muchacho —dijo el Profesor por el móvil con voz tensa—. Mizzy, prepara algunos explosivos. David, ¿hay algo más, lo que sea, que puedas recordar sobre sus poderes?

Sentí un escalofrío. Probablemente el campo de energía del Profesor me había salvado del calor de Obliteration. Si era así ya me había salvado la vida dos veces.

—No —dije, sintiéndome inútil—. Lo siento.

Esperamos, pero Obliteration no reapareció. En su lugar, oí gritos lejanos. El Profesor soltó una maldición y me indicó que siguiese el ruido. A eso fui, con el corazón desbocado, pero sintiendo, a la vez, ese extraño aplomo que te da estar en medio de una operación.

Tenía tiendas a un lado y gente nadando al otro. Siguiendo los gritos llegué hasta un edificio más alto. Con mucha vegetación reluciendo tras las ventanas rotas, se elevaba unos diez pisos o más sobre la superficie del agua. Había fogonazos de luz en uno de los pisos superiores y vi a Obliteration pasar delante de una abertura.

Apunté con el rifle y lo vi sonreír, como si me desafiase. Disparé, pero ya se había apartado de mi campo de visión.

De dentro seguían saliendo los gritos de la gente. Obliteration sabía que no le hacía falta venir a por nosotros, que nosotros iríamos a por él.

—Voy a entrar —dije, corriendo hacia un puente de cuerda que llevaba al edificio más alto.

—Ten cuidado —me recomendó el Profesor. Podía verlo moverse por su puente, dirigiéndose al mismo sitio—. Mizzy, ¿puedes preparar un amor de madre con algo peligroso?

—Eh... creo que sí.

Amor de madre era otra manera de decir *madre e hijo*. Una bomba que permanecería inactiva siempre que recibiese una señal regular de radio. Cuando la señal desaparecía, la bomba estallaba. Una especie de disparador del hombre muerto electrónico.

—Ingenioso —susurré, atravesando en la oscuridad el puente raquítico, con las aguas tenebrosas abajo—. Fijarle la bomba, hacer que se transporte con ella. Volarlo por los aires allí donde vaya.

—Sí —dijo el Profesor—. Suponiendo que salga bien. Se lleva la ropa, así que es evidente que puede teletransportar los objetos que lleva encima. Pero ¿es automático o puede elegir conscientemente?

—No estoy segura de que podamos fijarle algo —dijo Tia—. Es posible que su sentido del peligro provoque una teletransportación incluso al intentar tocarlo.

Una buena objeción.

—¿Tenemos un plan mejor? —preguntó el Profesor.

—No —dijo Tia—. Hazlo, Mizzy.

—Estoy en ello.

—Prepara un plan de extracción, Tia —dijo el Profesor—. Por si acaso.

Apreté los dientes, todavía en el puente. ¡Chispas! Me resultaba imposible hacer como si el agua no estuviese. Me desplazé más deprisa porque deseaba llegar al edificio, donde al menos no la

vería. El puente no llevaba a la azotea, sino a una vieja ventana rota en el piso donde había visto a Obliteration.

Llegué hasta la ventana y me agaché antes de entrar, con cuidado de no mostrarme mucho para no ofrecer un buen blanco. En el interior, los frutos relucientes se agitaban en las ramas, las flores colgaban y los pétalos se veían coloreados como remolinos de pintura. Aquello era una verdadera selva; el resplandor de las ramas y los frutos fantasmas proyectaba una luz sobrenatural. Desagradable, como encontrarse un sándwich de hace tres semanas tras la cama, cuando hubieses jurado que te lo habías comido entero.

Miré por encima del hombro. Mizzy se había situado al otro lado del puente, para ofrecerme apoyo, pero tenía la cabeza inclinada sobre la mochila, donde preparaba los explosivos.

Aparté la vista y, con el rifle al hombro, atravesé la ventana; con un movimiento rápido y usando la mira, comprobé los dos lados. Del techo colgaban enredaderas y los helechos crecían del suelo, desplazando la moqueta de lo que en su época había sido un bonito edificio de oficinas. Los escritorios, apenas visibles, se habían convertido en maceteros. Los monitores de ordenador estaban cubiertos de musgo. Había mucha humedad en el aire, como en las calles subterráneas tras la lluvia. Aquellos frutos relucientes a duras penas iluminaban el lugar, así que me desplazé por un mundo de sombras en movimiento y me aproximé al lugar donde había oído gritos por última vez, aunque ya habían parado.

Pronto salí a un pequeño claro con tiendas quemadas y algunos cadáveres humeantes. Obliteration no estaba. «Escogió deliberadamente este lugar —pensé, examinando la sala a través de la mira del rifle—. No podemos cubrirnos aquí dentro y revelaremos nuestra posición por el ruido».

Chispas. No había esperado que Obliteration fuese tan listo. Prefería la imagen de él que tenía en la cabeza, la de un monstruo lunático y estúpido.

—¿Profesor? —susurré.

—Estoy dentro —dijo—. ¿Dónde estás?

—Cerca del lugar donde atacó —dije, preparándome para ver los cadáveres—. Ya no está aquí.

—Ven hacia mí —dijo el Profesor—. Avanzaremos juntos. Será muy fácil acabar con nosotros si estamos separados.

—Vale —regresé a la pared exterior y la seguí hasta donde el puente del Profesor daba con el edificio.

Intenté moverme en silencio, pero crecer en una ciudad de acero no es que te prepare para un lugar repleto de hojas y ramas. La naturaleza no dejaba de crujir y aplastarse bajo mis pies.

Oí un chasquido a mi espalda. Me giré, con el corazón desbocado, y vi que se agitaba el follaje. Allí había algo. ¿Obliteration?

«Te habría matado de inmediato», pensé. Entonces ¿qué había sido? ¿Un pájaro? No, demasiado grande. ¿Quizás uno de los babilarianos que vivían en aquella selva?

Qué lugar tan inquietante. Volví a avanzar, intentando mirar al mismo tiempo a todas partes, y me moví a buen ritmo hasta oír la maldición del Profesor.

Disparos.

Entonces corrí. Probablemente fuese una decisión estúpida. Tendría que haberme puesto a cubierto. El Profesor sabía dónde estaba yo y evitaría disparar hacia allí, pero en un lugar cerrado como aquel las balas podían rebotar hacia cualquier sitio.

Así que, de todas maneras, corrí. De repente entré en otro claro y me encontré al Profesor de rodillas junto a la pared, con un hombro sangrándole. Llovía polvo —el techo abombado por las enredaderas atravesando el yeso— donde había impactado una bala perdida. Cerca, había fragmentos de luz que se evaporaban en el suelo y desaparecían. Obliteration se había teletransportado justo antes de mi llegada.

Le di la espalda al Profesor y miré la selva tenebrosa.

—¿Tiene un arma? —pregunté.

—No —dijo el Profesor—. Una espada. El bufón va por ahí con una maldita espada.

Vigilé mientras el Profesor se vendaba. Podría usar sus poderes Épicos para curarse, pero cada uso lo acercaría a las tinieblas. Anteriormente lo había compensado empleando solo un poco de poder para sanar las heridas; eso aceleraba el proceso, pero no provocaba demasiada oscuridad. Podía soportar un uso mínimo ocasional.

—Chicos —intervino la voz de Val—. Estoy montando vigilancia de infrarrojos en el edificio. Pronto tendré información que daros.

—¿Estás bien, Jon? —preguntó Tia.

—Sí —susurró—. Luchar aquí es una locura. Es probable que nos disparemos unos a otros. Mizzy, ¿cómo va la bomba?

—Lista, señor.

El Profesor se puso en pie y apoyó el rifle en el hombro bueno, el que Obliteration no había pinchado con la espada. El Profesor no solía llevar armas, tampoco hacía de gancho a menudo. Ahora sabía que al estar en el campo de operaciones corría el riesgo de usar sus poderes para salvarse.

—David —me dijo—, ve a buscar la bomba.

—No quiero dejarte solo.

—Regalia dice que tú mataste a Steelheart.

Nos quedamos helados. La voz venía de la oscuridad de la selva. Entró una brisa por las ventanas y agitó las hojas.

—Está bien —añadió la voz—. Algún día, supongo, tendría que haberme enfrentado a él. Has eliminado un obstáculo de mi camino. Por esa razón, te bendigo.

El Profesor empleó dos dedos para hacer un gesto cortante hacia un lado. Asentí y me moví en la dirección que me indicaba. Teníamos que estar lo bastante cerca para cubrírnos, pero a una distancia que no permitiese a Obliteration aparecer entre los dos y freírnos de un solo ataque. No sabía cuánto tiempo aguantaría el campo del profesor contra el calor de Obliteration y no es que me muriese de ganas de averiguarlo en persona.

—Le he dicho a Regalia —añadió Obliteration— que algún día también la mataré a ella. No parece importarle.

¿De dónde venía la voz? Me pareció ver una sombra moverse cerca de un árbol inclinado por el peso de los frutos.

—Chicos —nos dijo Val al oído—, está ahí, justo delante de David. Veo su señal de calor.

Obliteration surgió de entre las sombras. Tocó un árbol, que de inmediato quedó congelado y con las hojas retorcidas. Murió en un parpadeo mientras Obliteration absorbía su calor.

Esa vez no le disparé. Me arriesgué y disparé al techo.

Llovió polvo.

El Profesor también disparó. *Disparó* al suelo, cerca de los pies de Obliteration.

El Épico nos miró, confundido, y alzó la mano con la palma hacia fuera.

Un disparo atravesó la ventana, pasó sobre mi hombro y dio en la frente a Obliteration; o al dibujo reluciente de su frente que quedó mientras él desaparecía. Miré por la ventana. Mizzy saludó distante desde su posición en una azotea cercana, con el rifle de francotirador.

—¿Qué ha sido eso? —exigió saber el profesor—. ¡Fallar así!

—Polvo de la azotea —respondí—. Le cayó encima y le cubrió los hombros. Tia, si repasas mi grabación de vídeo, sabrás si el polvo se ha transportado con él. Eso responderá a la pregunta sobre la bomba, Profesor: si se teletransporta automáticamente con lo que lleva encima o tiene que elegir.

—Inteligente —masculló.

—¿Y tu disparo a los pies? —pregunté.

—Quería comprobar si su sentido del peligro se activaba cuando él cree estar en peligro o si se dispara cuando lo está realmente. No se ha transportado cuando no intentaba darle.

Le sonreí al Profesor desde el otro lado de la habitación.

—Sí —dijo—, somos muy parecidos. Ve a por la bomba de Mizzy, tarugo.

—Sí, señor —examiné la habitación una vez más y salí por la ventana. El Profesor me cubría. Pero nos habíamos alejado del puente, lo que me situó en una cornisa ancha suspendido a unos tres metros sobre el agua.

Miré aquellas aguas oscuras. El estómago me daba vueltas y me vi obligado a arrastrarme hasta el puente. Las azoteas cercanas se habían convertido en pueblos fantasmas. Todos habían huido y había dejado tiendas humeantes y pintura reluciente.

Llegué al puente y lo crucé con rapidez. Me puse a cubierto junto a Mizzy. Me pasó un guante e introduje la mano en él. Lo siguió un paquete de aspecto inocente, cuadrangular, más o menos del tamaño de un puño.

—No lo dejes caer —dijo Mizzy.

—Vale. —Dejar caer el explosivo: malo.

—No por lo que crees —dijo Mizzy—. Está cubierto de adhesivo. El guante no se pega, pero se pegará a cualquier cosa que toque la bomba, por ejemplo, al tipo malo.

—Suená bien.

—Tengo la señal madre; no te alejes a más de tres o cuatro azoteas de mí.

—Vale.

—Buena suerte. No vuelés por los aires.

—¡Como si fuese a volarme otra vez por los aires!

—¿Otra vez?

—Una larga historia. —Le dediqué una sonrisa—. Cúbreme cuando vuelva.

—Espera un segundo —dijo, señalando—. Desde el edificio de al lado tengo mejor posición.

Asentí y ella se fue por un puente de cuerdas de aspecto bastante precario. Me volví hacia el edificio donde se encontraba el Profesor, el que tenía una selva dentro. Empleando la mira y su visión nocturna, lo que no era fácil con una sola mano, examiné la zona.

No había ni rastro de él ni de Obliteration. Era de esperar que el Profesor no estuviese herido.

«Es prácticamente inmortal —me recordé—. No es de él de quien tienes que preocuparte».

Miré por encima del hombro y vi a Mizzy llegar al final del puente, y luego oí gritos; del edificio al que acababa de llegar Mizzy.

—David —dijo la voz de Mizzy en el auricular—, aquí pasa algo. Ahora mismo vuelvo. —Desapareció de mi vista.

—Espera, Mizzy —dije.

Me puse de pie.

Y me encontré a Obliteration de pie a mi lado.

13

Con una mano levanté el rifle, pero Obliteration lo hizo saltar de un golpe y me agarró por la garganta. Me elevó por el cuello.

¡Chispas! Tenía fuerza superior. Eso tampoco aparecía en ninguno de los perfiles. Estaba tan asustado que no sentía ni dolor, solo terror.

A pesar de todo, logré alargar la mano y pegar la bomba de Mizzy en el pecho de Obliteration. No se desvaneció. Se limitó a mirarla con curiosidad.

Me resistí, cada vez más agitado a medida que apretaba para estrangularme. Le agarré los dedos en un intento infructuoso de escapar mientras despreocupadamente Obliteration lanzaba mi arma al otro lado de la azotea. Me quitó el auricular y lo tiró. Rebuscó en mis bolsillos hasta dar con el móvil y lo aplastó con dos dedos. Oí cómo se rompía dentro del bolsillo. Me resistí y me agité todavía más frenético al tiempo que intentaba respirar.

¿Dónde estaba Mizzy? Se suponía que me cubriría. ¡Chispas! El Profesor todavía seguiría en el interior de la selva, en busca de Obliteration, con la ayuda de Val. Si no podía contactar con Tia...

Tenía que salvarme a mí mismo. «Haz que se desvanezca. La bomba estallará». Le golpeé la cabeza.

Pasó de mis lamentables esfuerzos.

—Así que eres tú —dijo pensativo—. Ella me habló de ti. ¿De verdad lo mataste? ¿Un muchacho, que todavía no es un hombre?

Me soltó. Quedé de rodillas en la azotea. El cuello me ardió cuando inhalé una bocanada de aire.

Obliteration se agachó a mi lado.

«Polvo de yeso en los hombros —pensó una parte de mí—. Cuando se transporta, se lleva con él lo que esté tocándolo». Daba esperanzas con la bomba.

—¿Bien? —preguntó—. Respóndeme, pequeñín.

—Sí —boqueé—. Lo maté. A ti también te mataré.

Obliteration sonrió.

—Fijaos también en los barcos —susurró—, siendo tan grandes e impulsados por vientos tan recios, se dirigen con un timón pequeñísimo. No lamentos el final de los días, pequeñín. Haz las paces con tu creador. Hoy te entregas a la luz.

Cogió la camisa bajo la gabardina, se la arrancó, bomba incluida, y la tiró a un lado. Curiosamente, debajo tenía una venda alrededor del pecho, como si no hiciera mucho tiempo que hubiera sobrevivido a una herida grave.

Yo no tenía tiempo para pensar. ¡Chispas! Mi mano volvió hacia el arma de Megan, pero Obliteration me agarró por el brazo y me elevó en el aire.

El mundo giró a mi alrededor, pero estaba lo suficientemente lúcido para darme cuenta de que me sostenía sobre el agua. La miré y me resistí todavía más.

—Temas las profundidades, ¿no es así? —preguntó Obliteration—. ¿La mismísima morada del Leviatán? Bien, todo hombre debe enfrentarse a sus miedos, asesino de dioses. No se me ocurriría enviarte al país ignoto sin algo de preparación. Gracias por acabar con Steelheart. Estoy seguro de que recibirás una buena recompensa.

Luego me dejó caer.

Golpeé el agua con un chof.

Me agité en la oscuridad fría, debilitado por la casi estrangulación, sin saber dónde estaba arriba y dónde abajo. Por suerte, logré aferrarme a la consciencia y salir a la superficie

convertido en un loco que escupía agua. Me agarré a los ladrillos del edificio, luego, respirando desesperadamente, me puse a trepar hacia la azotea, que estaba como a medio piso de altura.

Agotado, con la ropa chorreando, pasé un brazo por el borde de la azotea. Di gracias de que Obliteration se hubiese ido. Pasé una pierna por un lado, y me encaramé. ¿Por qué me dejaría caer para luego...?

Un relámpago de luz a mi lado. Obliteration. Se agachó sosteniendo algo metálico en la mano. ¿Un grillete? ¿Con una cadena?

Una bola con cadena, como en la antigüedad, como las que llevaban los prisioneros. ¡Chispas! ¿Qué tipo de persona tenía algo así a mano, listo para su uso? Me la puso en el tobillo.

—Dispones de un campo para protegerte del calor —dijo Obliteration—. Así que por esa parte estás preparado. Pero sospecho que no lo estás para esto.

Lanzó la bola fuera de la azotea.

Solté un gruñido al caer la bola, que me tiraba de la pierna y amenazaba con hacerme caer de la azotea. Me agarré al saliente de piedra. ¿Cómo escapar? Sin rifle, sin bomba. Tenía la pistola de Megan, pero si me soltaba la bola me llevaría al agua. Sentía pánico, gruñía, los dedos se me resbalaban sobre la piedra.

Obliteration se inclinó junto a mi cara.

—Y vi un ángel que descendía de los cielos —susurró—, con la llave del Abismo y sosteniendo en la mano una pesada cadena...

Levantó las manos, me empujó por los hombros y me tiró de la azotea. Al caer se me rompieron las uñas y me raspé la piel contra los ladrillos. Volví al agua, en esa ocasión con un enorme peso tirando de mi pierna, como si las aguas tenebrosas estuviesen deseosas de acogerme.

Al hundirme agité los brazos, buscando lo que fuese que pudiese evitar mi descenso, y agarré un borde de ventana sumergida.

«Oscuridad a mi alrededor».

Me agarré mientras arriba se veía un destello de luz. ¿Obliteration se iba? La superficie parecía muy lejos, aunque no podía estar a más de metro y medio.

«Oscuridad. ¡Rodeándome por completo!».

Me agarré, pero tenía los brazos débiles y el pecho a punto de estallar por las ganas de respirar. Se me oscureció la visión. Aterrorizado, tuve la impresión de que las aguas me aplastaban.

«Esta horrible profundidad oscura».

No podía respirar... iba a...

«¡No!».

Logré un estallido de fuerza y lancé la mano hacia arriba, para agarrar un saliente de ladrillo en el lateral del edificio. Me elevé hacia la superficie, pero en la oscuridad de la noche no sabía a qué distancia del aire me encontraba. El peso era demasiado fuerte. La oscuridad me rodeaba.

Se me soltaron los dedos.

Algo cayó al agua a mi lado. Sentí algo que me rozaba, dedos en la pierna.

El peso desapareció.

No malgasté tiempo en pensar. Con lo que me quedaba de fuerzas me elevé siguiendo el edificio sumergido y salí al aire abierto, boqueando. Durante un momento muy largo me aferré al lateral del edificio, respiré profundamente, con un escalofrío, incapaz de pensar o hacer nada que no fuese disfrutar del oxígeno.

Al fin, subí el metro y medio que, más o menos, había hasta la azotea. Pasé la pierna y me dejé rodar sobre la piedra, tendido de espalda, completamente agotado. Estaba tan débil que no podía ni ponerme en pie, y menos aún agarrar mi pistola, por lo que fue una suerte que Obliteration no volviese.

Me quedé tendido un rato. No sé cuánto tiempo. Luego oí algo cerca. ¿Pisadas?

—¿David? ¡Ay, Chispas!

Abrí los ojos y me encontré a Tia arrodillada a mi lado. Exel se encontraba a un metro, mirándome ansioso, con el rifle de asalto

entre las manos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tia.

—Obliteration —dije, tosiendo. Con su ayuda pude sentarme—. Me ha tirado al agua con una cadena en la pierna. Yo... —Callé, mirando la pierna—. ¿Quién me ha salvado?

—¿Te ha salvado alguien?

Miré las aguas tranquilas. No había salido nadie, ¿no?

—¿Ha sido Mizzy?

—Mizzy está con nosotros —dijo Tia ayudándome a ponerme en pie—. No sé de qué hablas. Luego nos informas.

—¿Qué ha pasado con Obliteration? —pregunté.

—Se ha ido. Por ahora —dijo Tia.

—¿Cómo?

—Jon... —Dejó de hablar, mirándome fijamente. No dijo nada, pero comprendí el significado.

El Profesor había empleado sus poderes.

Tia indicó el bote, que se movía lentamente en las aguas cercanas. Allí estaban Mizzy y Val, pero no había ni rastro del Profesor.

—Un segundo... —agarré el arma, todavía mareado por la tortura. Cerca encontré tirados los explosivos de Mizzy, que todavía seguían pegados a la camisa de Obliteration. No explotarían a menos que se alejase demasiado de la señal de radio. Enrollé la bomba en los restos de la camisa y me dirigí al bote. Exel me ofreció la mano para ayudarme a subir a bordo.

Me coloqué junto a Mizzy, que me miró y, de inmediato, bajó la vista. No era fácil darse cuenta por la piel oscura, pero creo que enrojecía de vergüenza. ¿Por qué no me había protegido cuando había dicho que lo haría?

Val arrancó el motor. Daba la impresión de que ya no le importaba llamar la atención. Regalia nos había localizado, se había presentado ante nosotros. No tenía sentido ocultarse.

«Ahí queda la discreción», pensé.

Mientras nos alejábamos del escenario de la batalla, vi que la gente empezaba a salir de sus escondites. Con los ojos muy abiertos, comenzaron a llegar a las tiendas rotas y las azoteas humeantes. No se trataba más que de una pequeña sección de la ciudad y la destrucción no era total, pero aun así tenía la sensación de que habíamos fallado. Sí, habíamos alejado a Obliteration, pero solo temporalmente, y solo lo habíamos logrado recurriendo a las habilidades del Profesor.

Lo que no podía entender era cómo lo había hecho. ¿Cómo era posible que los campos de fuerza o la habilidad de desintegrar metal pudiesen alejar a Obliteration?

A juzgar por la postura cabizbaja de los demás, se sentían igual que yo: aquella noche habíamos fracasado. Pasamos junto a las azoteas sin decir nada. Me puse a observar a la gente que se había reunido. La mayoría parecía pasar de nosotros; probablemente durante el caos se habían ocultado y no se habían enterado de los detalles. Cuando había un Épico cerca aprendías a agachar la cabeza. Para aquellas personas, con suerte, no éramos más que otro grupo de refugiados.

Pero vi a algunos que nos observaban pasar. Una mujer mayor, que sostenía a un niño contra el pecho, asentía con lo que parecía respeto. Un joven que miraba por encima del borde de una azotea cerca de un puente quemado, preocupado, como si temiese que Obliteration fuese a aparecer en cualquier momento para destruirnos por habernos atrevido a enfrentarnos a él. Una joven vestida con una chaqueta roja con capucha miraba desde un grupo pequeño, la ropa mojada...

Ropa mojada. Me concentré de inmediato y al mirarme entreví su cara bajo la capucha.

Megan.

Me miró un momento. Era Megan... Firefight. Un segundo más tarde se volvió y desapareció entre el grupo de ciudadanos, perdida en la noche.

«Así que estás aquí», pensé, recordando la caída y la sensación de una mano en la pierna en el momento antes de liberarme.

—Gracias —susurré.

—¿Qué? —preguntó Tia.

—Nada —dije. Me acomodé en el bote y sonreí a pesar del agotamiento.

Seguimos en la oscuridad y llegamos a una parte de la ciudad que estaba menos habitada. Los edificios todavía surgían del agua como si fuesen islas diminutas. Los frutos relucían en los pisos superiores, pero los colores de pintura se habían difuminado o no existían y no había puentes que conectaran las estructuras. Probablemente los edificios estaban demasiado separados.

La zona se fue haciendo cada vez más oscura al abandonar la parte de la ciudad que tenía pintura reluciente. Me resultó muy inquietante navegar por aquellas aguas tenebrosas, solo con la luz de la luna. Por suerte, Val y Exel activaron sus móviles y los dos juntos producían una luz lo bastante intensa como para ofrecernos algo de iluminación.

—Bien, Missouri —dijo Val desde el fondo del bote—. ¿Te importaría explicarnos por qué has dejado solo a David? Estaba sin apoyo cuando lo han atacado y casi lo matan.

Mizzy miró al suelo del bote. El motor traqueteaba tranquilamente.

—Yo... —dijo al fin—. Había fuego en el interior de mi edificio. Oí gritos. Intentaba ayudar...

—Tendrías que ser capaz de actuar mejor —dijo Val—. No dejas de insistir en que quieres aprender a ser gancho y luego vas y haces algo así.

—Lo siento —dijo la joven. Parecía sentirse fatal.

—¿Los has salvado? —pregunté. Mizzy me miró—. A la gente del edificio —añadí. ¡Chispas!, tenía el cuello dolorido. Mizzy me miraba, así que evité manifestar el dolor o el agotamiento.

—Sí —respondió ella—. Pero no les hacía mucha falta. Me he limitado a desatracar una puerta. Se habían refugiado dentro y el fuego había llegado hasta su piso.

—Bien —dije.

Tia me miró.

—No debería haber abandonado su puesto.

—No digo que haya hecho bien, Tia —respondí, mirándola a los ojos—. Pero seamos sinceros; no estoy seguro de que yo hubiera podido dejar que un montón de gente muriese quemada. —Miré a Mizzy—. Probablemente fue un error, pero estoy seguro de que esa gente agradece que lo hiciera. Y yo conseguí liberarme, así que todo ha salido bien. Buen trabajo. —Levanté el puño para chocarlo.

Mizzy chocó los nudillos conmigo, vacilando pero sonriente.

Tia suspiró.

—Nuestra mayor responsabilidad es, a veces, tomar decisiones difíciles. Arriesgar el plan para salvar una vida puede provocar la muerte de cientos de personas. Recordadlo los dos.

—Claro —dije—. Pero ¿no deberíamos hablar de lo que acaba de suceder? Dos de los Épicos más poderosos y arrogantes del mundo están colaborando. ¿Cómo, por Calamity, pudo Regalia reclutar a Obliteration, justo a él?

—Fue fácil —dijo Regalia—. Le ofrecí que le permitiría destruir mi ciudad.

Di un saltó para intentar alejarme del Épico que estaba formándose junto al bote a partir del agua. El líquido adoptó su forma y su color, y se acomodó con un pie en el borde del bote, las manos plegadas sobre el regazo y el otro pie todavía fundido con la superficie junto al bote.

Su aspecto era elegante y matriarcal, como una dulce abuelita que se hubiese engalanado para visitar la gran ciudad. Una ciudad que, por lo visto, planeaba destruir. Nos examinó y, aunque cogí el

rifle, no pude disparar. No era más que una proyección, una creación de agua. La verdadera Regalia podría estar en cualquier parte.

«No. No en cualquier parte», pensé. Por lo general esos poderes de protección tenían un alcance muy limitado.

Regalia nos inspeccionó, con los labios hacia abajo. Parecía que algo la confundía.

—¿Qué pretendes, Abigail? —exigió Tia.

«Así que tú también la conoces», pensé, mirando a Tia.

—Lo acabo de decir —dijo Regalia—. Voy a destruir la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque sí, cariño. Porque eso es lo que hacemos. —Regalia agitó la cabeza—. Lo siento, ya no puedo controlarme.

—¡Venga ya! —exclamó Tia—. ¿Quieres que me crea que tú, de entre todos los Épicos, estás fuera de control? ¿Cuál es tu verdadera motivación? ¿Por qué nos has atraído hasta aquí?

—Ya he dicho...

—Sin tonterías, Abigail —le espetó Tia—. Esta noche no tengo paciencia. Si vas a dedicarte a soltar mentiras, vete ahora mismo y ahórrame el dolor de cabeza.

Regalia bajó la cabeza y se quedó en silencio un momento. Luego se irguió y se movió cuidadosa y deliberadamente. Se colgó del borde del bote y me pareció que era translúcida por efecto del agua que formaba su figura.

El mar que circundaba el bote se agitó y aparecieron burbujas.

—¡¿Por quién me tomas?! —dijo Regalia en voz muy baja.

Los tentáculos de agua rompieron la superficie. Exel soltó una maldición y yo me giré. Pasé el rifle a modo automático y descargué contra el tentáculo más cercano una lluvia de balas que hicieron saltar agua, pero no impidieron que se moviese.

Los tentáculos de agua se movían a nuestro alrededor, como los dedos de una inmensa bestia de las profundidades. Uno me agarró por el cuello, y otro avanzó y me envolvió la muñeca con una fuerza fría e incongruente.

Los otros gritaron y se resistieron a medida que nos atrapaban uno a uno. Exel descargó su pistola sobre Regalia antes de que lo agarrasen y levantasen como si fuese un globo con barba al final de un cordel de agua.

—¿Creéis que soy un Épico de baja categoría con el que podéis jugar? —preguntó Regalia en voz baja—. ¿Os parece que podéis ponerme condiciones?

Me resistí a los tentáculos, que levantaban todo el bote. El sonido del motor fuera borda se convirtió en un lamento y luego se paró. Los chorros de agua se retorcían a nuestro alrededor, formando barrotes e impidiéndonos ver el cielo.

—Podría partiros el cuello como si fuera una ramita —dijo Regalia—. Podría hundir este bote hasta el fondo abisal y aprisionarlo allí, de tal forma que ni vuestros cadáveres pudiesen volver a ver la luz. Esta ciudad me pertenece. Las vidas de los que viven aquí son mías y puedo hacer con ellas lo que me plazca.

Me giré para mirarla. Mi valoración de que parecía una abuela sonaba de risa. A su alrededor se retorcían las aguas y ella nos miraba con los ojos bien abiertos y los labios dibujando una mueca de odio. Tenía los brazos extendidos, como garras que controlasen el agua como si se tratase de una titiritera enloquecida. No era una abuelita amable; era una gran Épica en toda su gloria.

No dudé ni por un momento que podría hacer exactamente lo que decía. El corazón me palpitaba con fuerza; miré a Tia.

Estaba perfectamente tranquila.

Era fácil infravalorar a Tia como uno de los Reckoners menos peligrosos. Sin embargo, en aquel momento, no manifestaba ni la más mínima muestra de miedo, a pesar de estar envuelta en los tentáculos de agua de Regalia. Miraba directamente a los ojos de la gran Épica y sostenía algo en la mano; parecía una botella de agua llena de algo blanco.

—¿Crees que tengo miedo de tus truquitos? —preguntó Regalia.

—No —dijo Tia—. Pero estoy más que segura de que tienes miedo de Jonathan.

Las dos se miraron durante un momento. De pronto, los tentáculos de agua desaparecieron y nos dejaron caer sobre el bote, que a su vez chocó contra el agua. Me di un buen golpe, gemí y me empapé.

Regalia suspiró en voz baja y bajó los brazos.

—Dile a Jonathan que estoy cansada de los hombres y su vida sin sentido. He oído a Obliteration y estoy de acuerdo con él. Destruiré a todos los habitantes de Babilonia Restaurada. No sé durante cuánto tiempo podré contenerme. Eso es todo.

Desapareció de golpe, su cuerpo convertido en agua volvió a la superficie del océano. Me encontré apretujado entre Val y Exel, con el corazón desbocado. El mar se tranquilizó alrededor del bote.

Tia se retiró el agua de los ojos.

—Val, llévanos a la base. Rápido.

Valentine luchó por llegar a la parte posterior del bote y arrancó el motor.

—¿Qué sentido tiene ocultarse? —pregunté en voz baja cuando empezamos a movernos—. Puede mirar en cualquier parte, puede estar en cualquier lugar.

—Regalia no es omnisciente —dijo Tia. Parecía tan decidida a destacar ese hecho como lo había estado el Profesor—. ¿Viste lo confundida que estaba cuando apareció? Creía que Jon estaría con nosotros y le sorprendió que no fuese así.

—Sí —dijo Exel, ofreciéndome la mano para ayudarme a acomodarme. Su masa ocupaba como tres espacios delante de mí—. Hemos logrado ocultarnos de ella durante casi dos años; o eso creemos.

—Tia —dijo Val alarmada—, las cosas acaban de cambiar en esta ciudad. Nos vio. A partir de ahora todo será diferente. No estoy segura de poder seguir confiando en nada de Babilar.

Exel asintió, con aspecto preocupado, y recordé lo que había dicho antes: «Podría estar observándonos en cualquier momento. Debemos actuar dándolo por supuesto; y con el consiguiente miedo». Pues ya estábamos seguros de que nos vigilaban.

—No es omnisciente —repitió Tia—. No puede ver en el interior de los edificios, por ejemplo, a menos que dentro haya una masa de agua que pueda usar para mirar.

—Pero si entramos en un edificio y no salimos —dije—, estará claro que tenemos la base dentro.

Los otros no dijeron nada. Suspiré y me recosté. Era evidente que enfrentarse a Regalia los había dejado conmocionados. Era comprensible. Pero ¿por qué me atenazaba a mí también el silencio?

Val guio el bote hasta un edificio al que le faltaba buena parte del muro exterior. La estructura se correspondía a uno de los enormes edificios de oficinas tan habituales en Babilar, así que había un hueco lo suficientemente ancho como para pasar un bus y solo ocupaba una fracción de la pared. Val llevó el bote dentro y Exel empleó un largo gancho para llegar a lo alto en la pared lateral. Sobre el agujero cayeron un montón de cortinas negras y nos aislaron del mundo.

Val y Exel usaron sus móviles para iluminar con un tímido resplandor blanco la cámara medio sumergida. Val condujo el bote hasta un lado de la estancia, cerca de unas escaleras, y yo me dispuse a desembarcar y subir; me moría por salir del bote. Pero Tia me agarró de un brazo y negó con la cabeza.

Sacó la botella de antes, la que tenía algo blanco dentro. La agitó y la vertió sobre el agua. Los otros sacaron botellas similares de una caja del fondo de la barca y también las vertieron. Mizzy echó al agua toda una nevera portátil de aquella sustancia.

—¿Jabón? —pregunté al ver la espuma.

—Lavavajillas —confirmó Val—. Cambia la tensión superficial del agua, lo que hace imposible que ella pueda controlarla.

—También distorsiona su visión —precisó Exel.

—Asombroso —dije—. ¿Es su punto débil?

—Por lo que sabemos, no —dijo Mizzy ansiosa—. Solo un efecto sobre sus poderes. Es como lanzar un montón de agua sobre un

Épico de fuego: solo hace que sus habilidades no actúen bien. Pero es muuuy útil.

—Útil, pero posiblemente irrelevante —dijo Val, agitando los restos de la botella—. Habíamos usado este método solo como precaución. Tia, nos ha visto. Estoy segura de que nos ha identificado a todos.

—Ya lidiaremos con eso —dijo Tia.

—Pero...

—Fuera luces —dijo Tia.

Val, Mizzy y Exel se miraron. Apagaron los móviles y nos quedamos a oscuras. Parecía otra buena precaución: si Regalia lograba mirar, no vería más que oscuridad.

El bote se agitó. Agarré a Mizzy del brazo, preocupado. Parecía que pasaba algo. ¿Entraba agua por algún sitio? ¡Chispas! ¿Se hundía el edificio? O peor, ¿Regalia había dado con nosotros?

Se detuvo, pero la quietud, durante un segundo, fue todavía más angustiosa. Con el corazón martilleándome, me imaginé estar de nuevo en el agua, con la cadena en la pierna. Hundiéndome hacia las profundidades.

Mizzy me tiró del brazo. Salíamos del bote, pero en la dirección equivocada: hacia el agua. Pero... Oí como su pie daba contra algo sólido. ¿Qué? Dejé que me sacase del bote y pisé algo metálico y liso. ¿Me había dado la vuelta? No, caminábamos sobre algo que había surgido del agua. ¿Una plataforma?

Tras llegar a la escotilla y bajar la escalerilla a tientas, lo entendí de pronto. No era una plataforma.

Era un submarino.

15

Vacilé, plantado en la oscuridad, agarrado a la escalerilla que entraba en un submarino que todavía no podía ver.

No me había dado cuenta de que todo eso del agua iba a causarme problemas. Es decir... la mitad del mundo es agua, ¿no? Y encima nosotros somos mitad agua. Así que entrar en el submarino debería ser como si una oveja se cayera sobre una montaña de lana.

Solo que no fue así. La impresión era como si una oveja se cayera sobre una montaña de clavos. Clavos mojados. En el fondo del océano.

Pero no iba a permitir que los otros Reckoners me viesan sudar, aunque la verdad es que no podían verme en la oscuridad. ¿Oírme sudar? ¡Bah! Daba igual, tragué saliva y bajé al submarino guiándome a tientas. Oía las pisadas de Exel, que iba detrás de mí. Se oyó un golpe y di por supuesto que estaba cerrando la escotilla, aislándonos.

El interior estaba tan oscuro como el carbón a medianoche. Vale, tan oscuro como una uva a medianoche, o casi como cualquier cosa a medianoche. Palpando llegué a un asiento cuando la máquina se ponía a ronronear para luego hundirse en silencio.

—Toma —dijo Mizzy, poniéndome algo en la mano. Una toalla—. Seca toda el agua que puedas haber traído.

Contento por tener algo que hacer, sequé el asiento, luego el suelo, que estaba enmoquetado. Me dieron otra toalla y me sequé el

cuerpo lo mejor que pude. Evidentemente, ocultarse de Regalia exigía garantizar que no había ninguna superficie de agua cerca.

—¿Listo? —preguntó Mizzy minutos más tarde.

—Bien —respondió Val.

Mizzy activó el móvil, bañándonos con luz, lo que me permitió ver dónde estábamos. A ambos lados había filas de bancos acolchados con plástico naranja bajo ventanillas que habían cubierto con gruesas telas negras. Me di cuenta de que, contra lo que había esperado, no se trataba de un submarino militar. Era algún tipo de vehículo turístico, como los que se usaban para ir a visitar los arrecifes. Era evidente que la moqueta la habían instalado posteriormente, para evitar la formación de charcos de agua.

Exel dedicaba su atención a buscar cualquier charco que se nos hubiese pasado en la oscuridad.

—Se supone que Regalia necesita cinco centímetros más o menos para poder mirar —me dijo—, pero preferimos no arriesgarnos.

—¿Eso funciona? —pregunté—. ¿No puede mirar bajo las olas y dar con nosotros?

—No —dijo Tia.

Se había acomodado en el último asiento del submarino, cerca de lo que parecía un baño en el que había un cartel que decía: BÚNKER DE EXPLOSIVOS DE MIZZY. ENTRA EN PAZ. SAL HECHO AÑICOS. El cerrojo estaba roto y la puerta no dejaba de abrirse y cerrarse.

—Imagina que contactas conmigo vía móvil —añadió Tia—. En tu pantalla ves mi cara y yo veo la tuya en la mía. ¿Podrías tú, si quisieses, girar tu perspectiva y mirar en el interior de mi móvil?

—Claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque no funciona de esa forma —dije—. La pantalla mira hacia fuera.

—Así actúan sus poderes —dijo Tia—. Para ella, una superficie de agua expuesta al aire es como una pantalla y puede mirar por

ella. No puede mirar en la otra dirección. Bajo la superficie, somos invisibles para ella.

—Seguimos bajo su poder —comentó Val desde el asiento del piloto en la parte delantera—. Elevó el agua para inundar Manhattan, así que llegar hasta aquí y destruir el submarino no sería ningún problema. Habíamos contado con que no supiese que estamos aquí abajo.

—Podría habernos matado en el bote —dijo Tia—. En vez de eso nos dejó ir, lo que indica que por el momento no nos quiere muertos. Ahora que estamos bajo la superficie no sabrá dónde dar con nosotros. Por ahora somos libres.

Todos parecieron aceptar aquel punto de vista; o no tenía mucho sentido discutirlo. Mientras navegábamos, o lo que sea que hace un submarino, me cambié a un sitio junto a Tia.

—Sabes mucho sobre sus poderes —le dije en voz baja.

—Más tarde te informaré.

—¿El informe incluirá cómo sabes todo eso?

—Dejaré que Jon decida qué es preciso compartir —respondió. Se puso de pie y se fue a proa para hablar discretamente con Val.

Me acomodé bien y procuré no pensar en el hecho de que nos encontrábamos bajo el agua. Probablemente no pudiésemos bajar más, ya que se trataba de un vehículo de recreo, pero eso no me tranquilizaba. ¿Qué pasaría si algo salía mal? ¿Si el submarino tenía una fuga? ¿Si dejaba de moverse y se hundía hasta el fondo del océano con nosotros atrapados en su interior?

Me removí incómodo y salió un tintineo de mi bolsillo. Hice una mueca, metí la mano y saqué el móvil; o lo que quedaba de él.

—¡Hala! —dijo Exel, sentándose a mi lado—. ¿Cómo lo has hecho?

—Enfureciendo a un Épico —respondí.

—Dáselo a Mizzy —dijo, señalando a la joven—. Te lo arreglará o te conseguirá uno nuevo. Pero, te lo advierto: lo que te dé puede que venga con algunas... modificaciones.

Alcé una ceja.

—Todo añadidos muy buenos y *útiles* —replicó Mizzy. Me había cogido la bomba y estaba desarmándola en su asiento.

—Entonces —dije, volviéndome hacia Exel—, Mizzy se encarga de reparaciones y equipo...

—Y gancho —me interrumpió ella.

—... y otras cosas —añadí—. Val es operaciones y apoyo. He estado intentando deducir tu ocupación en el equipo. No eres gancho. ¿Qué haces?

Exel puso los pies en el asiento que tenía enfrente y apoyó la espalda sobre la ventanilla cubierta.

—En general hago lo que Val no quiere hacer..., como hablar con la gente.

—Yo hablo con la gente —respondió Val de inmediato desde el asiento del piloto.

—Les gritas, cariño —apostilló Exel.

—Es una forma de hablar. Además, no solo grito.

—Cierto, a veces refunfuñas. —Exel me sonrió—. Somos un equipo infiltrado y secreto, Steelslayer. Lo que implica mucha observación e interacción con la gente de la ciudad.

Asentí. Tenía un aire encantador, con sus mejillas sonrosadas y aquella espesa barba marrón. Alegre, amistoso.

—Y también entierro los cadáveres —remató.

Vaaaaaale...

—Tendrás buen aspecto en el ataúd —dijo—. Buena estructura ósea, cuerpo delgado. Un poco de algodón bajo los párpados, algo de fluido de embalsamar en las venas y listo. Es una lástima que tengas la piel tan blanca; se verán mucho los moratones. Pero nada que no pueda resolver con maquillaje, ¿eh?

—¿Exel? —dijo Val desde la parte delantera.

—¿Sí, Val?

—Deja de meter miedo.

—No meto miedo. Todos morimos, Val. ¡No pensar en ello no hará que deje de ocurrir!

Aproveché la oportunidad para alejarme un poco más de Exel, lo que me acercó a Mizzy, que estaba guardando la bomba.

—No le hagas caso —me dijo mientras Exel y Val seguían hablando—. Antes de todo esto se dedicaba a las pompas fúnebres.

Asentí, pero no pregunté más. En los Reckoners, cuanto menos sabemos sobre los familiares y demás de los otros, menos podemos contar si un Épico nos tortura.

—Gracias por defenderme —dijo Mizzy en voz baja—; delante de Tia.

—A veces es muy exigente, tanto ella como el Profesor. Pero son buena gente. Puede quejarse todo lo que quiera, pero en tu lugar dudo que cualquiera de ellos hubiese dejado morir a esa gente. Hiciste lo que tenías que hacer.

—¿Incluso si eso ponía tu vida en peligro?

—Salí del atolladero, ¿no?

Mizzy me miró la garganta. La palpé, recordando el dolor. Me molestaba al respirar.

—Vale —dijo—. Estás siendo amable, pero te lo agradezco. No esperaba que fueses amable.

—¿Yo?

—¡Claro! —Parecía estar recuperando parte de su alegría natural—. Steelslayer, el tipo que convenció a Phaedrux para atacar a Steelheart. Pensaba que serías intimidante y taciturno, en plan «mataron a mi padre», y serio y todo lo demás.

—¿Cuánto sabes de mí? —pregunté sorprendido.

—Probablemente más de lo que debiera. Se supone que valoramos el secreto por encima de todo, pero no puedo evitar hacer preguntas, ¿sabes? Y... bueno, puede que estuviese escuchando cuando Sam le contó a Val lo que planeabais en Chicago Nova.

Me ofreció una especie de sonrisa de disculpa y se encogió de hombros.

—Vale, confía en mí —dije—. Soy más serio de lo que parezco. Soy tan intenso como naranja es un león.

—Entonces, como... ¿más o menos serio? Es que los leones son tirando a marrones.

—No, son de color naranja. —Fruncí el ceño—. ¿No lo son? No he visto ninguno.

—Creo que los tigres son de color naranja —dijo Mizzy—. Pero aun así, solo a medias; tienen franjas negras. Quizá deberías ser tan serio como naranja es una naranja.

—Demasiado evidente. Soy tan serio como un león es de marrón. —¿Sonaba bien? No es que fuese muy fluido.

Mizzy inclinó la cabeza, mirándome.

—Eres un poco raro.

—No, no, es solo porque esa metáfora no funciona. Ya lo tengo. Soy serio como...

—Está bien, no hay problema —dijo Mizzy, sonriendo—. Me gusta.

—Sí —intervino Exel, riéndose—. Cuando tenga que hacer tu panegírico recordaré eso del naranja.

Genial. Unas horas con el nuevo equipo y los había convencido de que Steelslayer era un excéntrico adorable. Suspiré y volví a mi asiento.

Viajamos durante un rato, una hora o más. Tanto que ya no estaba seguro de que siguiésemos en Babilar. El submarino redujo la marcha. Momentos después todo el aparato se sacudió y una especie de abrazaderas lo fijaron desde el exterior.

A donde fuera que íbamos, ya habíamos llegado. Exel se levantó y sacó toallas. Le hizo un gesto a Val, que subió por la escalerilla.

—Apagad la luz —dijo.

Obedecimos. Val abrió la escotilla. Entró agua, pero, por lo que pude oír, Exel la secó con rapidez.

—Fuera —me susurró Mizzy. Subí la escalerilla a tientas, dejando que los otros fuesen por delante. Los oí charlar fuera, por lo que sabía que cuando Tia llegase a la escalerilla sería la última.

—¿El Profesor? —pregunté en voz baja.

—Los otros no saben qué sucedió exactamente —susurró—. Les conté que el Profesor alejó a Obliteration, pero que estaba bien y que se reuniría con nosotros.

—¿Y qué sucedió en realidad?

No me respondió.

—Tia —dije—. Solo nosotros dos sabemos lo del Profesor. Puedes usarme de recurso. Puedo ayudar.

—Ahora mismo no necesita la ayuda de ninguno de nosotros dos —dijo—. Solo necesita tiempo.

—¿Qué hizo?

Suspiró.

—Se dejó dar con un ataque de fuego. Una persona normal no habría sobrevivido a eso. Mientras Obliteration se regodeaba, Jon se curó, dio un salto y le arrancó las gafas de la cara. ¿Eso de que Obliteration es miope? Pues resulta que era verdad.

—Bien.

—Jon dice que se llevó un buen susto —susurró Tia—. Obliteration se transportó y no regresó. Jon se encuentra a salvo; todo está bien. Así que puedes dejar de preocuparte.

No insistí. No todo estaba bien. Si el Profesor se mantenía a distancia era porque temía cómo actuaría en nuestra presencia. Con renuencia me colgué la mochila y el rifle y subí hasta la sala a oscuras.

—¿Has salido, David? —resonó la voz de Val en la oscuridad.

—Sí —contesté.

—Por aquí.

Seguí la voz. Me agarró del brazo y me guio por una puerta cubierta por una tela negra. A continuación ella. Luego cerró una puerta antes de abrir la siguiente, dejando entrar la luz para que yo pudiese ver al fin el cuchitril que los Reckoners usaban de base en Babilar.

Resultó no ser un cuchitril en absoluto.

Era una mansión.

16

Excelente moqueta roja. Madera oscura. Sillones. Cristal que reflejaba la luz del móvil de Val. Espacio abierto. Mucho espacio abierto.

Me quedé tan boquiabierto que mi mandíbula chocó contra el suelo. Bueno, técnicamente contra la puerta. Me di contra ella al entrar en la sala y girarme para intentar mirar a la vez en todas las direcciones. Parecía el palacio de un rey. No, no, parecía el palacio de un *Épico*.

—¿Cómo...? —Llegué al centro—. ¿Seguimos bajo el agua?

—Mayormente —dijo Val—. Nos encontramos en el búnker subterráneo de algún tipo rico en Long Island. Howard Righton. Lo construyó con sistema hermético de filtrado de aire, en caso de guerra nuclear. —Dejó la mochila sobre la barra—. Por desgracia para él, no predijo el apocalipsis real. Un *Épico* derribó su avión en vuelo cuando volvía con su familia de Europa.

Miré atrás hacia el estrecho pasillo que llevaba a la sala del submarino. Exel cerró la puerta, lo que dejó a oscuras el pasillo. Tenía la vaga impresión de que habíamos salido por el suelo de la sala, que probablemente tuviese algún tipo de mecanismo de ataque. Pero ¿cómo había atracado el submarino bajo un búnker construido en el suelo?

—Sótano de almacenamiento —explicó Exel al pasar—. Debajo del búnker de Righton hay una enorme cámara destinada a almacenar comida. Ahora está inundada. Rompimos un lado y así

quedó una especie de cueva en la que podemos meter el submarino. Hace unos años el Profesor atravesó el suelo e instaló el sistema de cierre.

—A Jon le gusta tener lugares seguros en todas las ciudades que pueda visitar —dijo Tia, sentándose en uno de los sofás con el móvil en la mano. Allí podría usarlo; los móviles funcionaban en las catacumbas de Chicago Nova, o sea que casi seguro que funcionarían en cualquier parte.

La verdad, sin el móvil me sentía un poco desnudo. Lo había comprado tras años de ahorro trabajando en la Fábrica. Ya no tenía mi rifle y con el móvil destruido, descubrí que no tenía mucho de aquella época de mi vida.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora esperamos a que Jon termine su reconocimiento —dijo Tia— y luego enviamos a alguien a recogerlo. Missouri, muéstrale a David su cuarto. —«Así dejará de hacerme preguntas», daba a entender su tono de voz.

Me puse la mochila al hombro. Mizzy me hizo un gesto y empezó a andar por un pasillo iluminándolo con una linterna. De pronto me di cuenta de lo cansado que estaba. A pesar de que habíamos realizado el viaje de noche, no había logrado cambiar las noches por días. Para mí había sido una novedad vivir a la luz los últimos meses; y me había encantado.

Bien, parecía que la oscuridad volvería a ser la norma. Seguí a Mizzy por un pasillo cubierto de fotografías artísticas de agua coloreada lanzada al aire. Supuse que la intención era dar una impresión moderna y elegante. En mi caso solo lograban recordarme que me encontraba en el fondo del océano.

—No puedo creer lo agradable que es este lugar —dije, mirando hacia una biblioteca repleta de libros, más de los que había visto en toda mi vida. En la mayoría de las estancias había pequeñas luces de emergencia brillando en las paredes, por lo que parecía que había electricidad.

—Sí —dijo Mizzy—. La gente de Long Island sabía vivir, ¿no? Playas, mansiones. Veníamos cuando era pequeña y jugábamos en la arena. Pensábamos en cómo sería vivir en una de estas mansiones. —Mientras caminábamos pasaba el dedo por la pared—. Una vez llevé el submarino frente a mi viejo apartamento. Fue una risa.

—¿Fue duro verlo como está ahora?

—Nada. Apenas recuerdo la época anterior a Calamity. Durante la mayor parte de mi vida viví en el Pueblo Pintado.

—¿El qué?

—El barrio del centro —dijo—. Un buen lugar. No había demasiadas bandas. Y por lo general teníamos comida.

Seguí a Mizzy todavía más al fondo del pasillo y me señaló una puerta.

—Baño. Ve por la primera puerta y ciérrala siempre. Luego atraviesa la siguiente. No hay luz; tendrás que moverte a tientas. Hay instalaciones y un lavabo. Es toda el agua corriente que hay. Nunca saques nada; ni siquiera una taza para beber.

—¿Regalia?

Mizzy asintió.

—Estamos fuera de su alcance, pero aunque pocas veces se mueve, es mejor ir sobre seguro. Si da con este sitio estamos todos muertos.

No estaba seguro. Como había dicho Tia, Regalia podría habernos matado en la superficie y no lo había hecho. Parecía estar resistiéndose a la oscuridad, como el Profesor.

—Las bandas —dije siguiendo a Mizzy, que volvía a caminar—. ¿Regalia se libró de ellas?

—Sí —dijo Mizzy—. La única que queda es la de Newton y ha estado muy relajada últimamente, para tratarse de una Épica.

—Así que Regalia es buena para la ciudad.

—Bueno, aparte de inundarla y de matar a decenas de miles de personas en ese proceso... Pero supongo que en comparación a lo

horrible que solía ser, ahora no es tan mala. El perro que te muerde el tobillo no es tan horrible como el que antes se comía tu cabeza.

—Buena metáfora —comenté.

—Aunque sorprendentemente escasa en leones —dijo Mizzy, entrando en otra sala grande. ¿Qué tamaño tenía aquel sitio? La sala era circular y tenía un piano en un lado, solo los había visto en películas, y en el otro extremo, muchas bonitas mesas de comedor. El techo estaba pintado de negro y...

No. No era negro. Era agua.

Boqueé y me encogí al comprender que el techo era de vidrio y que daba a las aguas oscuras. Pasaron algunos peces formando un pequeño banco y juraría que vi pasar algo más grande. Una sombra.

—Este tipo se construyó un refugio a prueba de bombas ¿con tragaluz?

—Resina acrílica de quince centímetros de grosor —respondió Mizzy, cubriendo la linterna—; con un panel de acero que se puede mover. Y antes de que preguntes, no, Regalia no puede ver a través de ese material. Primero, como ya te he dicho, nos encontramos tan lejos de la ciudad que debemos de estar fuera de su alcance. Segundo, necesita una superficie de agua expuesta al aire. —Vaciló—. Dicho lo cual, me gustaría que pudiésemos cerrarlo, pero la maldita placa está atascada.

Atravesamos rápidamente aquella horrible sala y entramos en otro agradable pasillo sin ventanas. Al poco Mizzy abrió una puerta e indicó un dormitorio grande.

—¿Lo comparto con Exel? —pregunté mirando adentro.

—¿Compartir? —preguntó Mizzy—. Aquí hay doce dormitorios. Si quieres, puedes tener dos.

Perplejo contemplé los estantes de madera oscura, la espesa moqueta roja, la cama, tan grande como una tostada inmensa de verdad. En Chicago Nova, tener un piso de una habitación para mí solo me había costado todos mis ahorros. Aquel dormitorio era cuatro veces más grande, por lo menos.

Entré y dejé la mochila. Parecía diminuta en semejante espacio.

—Ahí tienes una linterna —dijo Mizzy, iluminándola con el móvil—. Tus amigos de Chicago Nova no han mandado otra remesa de células de energía.

Me acerqué y probé la cama.

—¿La gente duerme en una superficie tan blanda?

—Bueno, también tienes el suelo, si te gusta más. Los interruptores de la luz no funcionan, pero algunos de los enchufes sí: si quieres recargar el móvil, Pruébalos y alguno habrá con electricidad.

Cogí el móvil destrozado.

—¡Ay, es verdad! —exclamó—. Mañana te consigo algo nuevo.

Volví a probar las mantas. Se me caían los párpados como borrachos descontrolados tambaleándose en la calle y buscando un callejón en el que vomitar. Tenía que dormir. Pero había tantas cosas que no sabía...

—El Profesor os tiene observando en este lugar —le dije a Mizzy, sentándome en la cama—; desde hace tiempo, ¿no?

—Sí. —Se apoyó en el quicio.

—¿Os ha dicho por qué?

—Siempre he supuesto que es porque quiere toda la información posible sobre Regalia —dijo Mizzy—. Para cuando decidiese atacar.

—Lo dudo. Antes de Steelheart, el Profesor nunca atacaba a Épicos tan importantes. Además, los Reckoners jamás realizan observaciones largas. Normalmente entran y salen de la ciudad en menos de dos meses y dejan algunos cuerpos.

—¿Y sabes tanto sobre cómo operan otras células de Reckoners? —Lo dijo riendo, como si fuese una tontería.

—Sí —respondí sinceramente—. Bastante.

—¿Sí?

—Yo... a veces me obsesiono un poco con las cosas. —Pero no era un ratón de biblioteca, a pesar de lo que dijese Megan—. Te lo contaré en otro momento. Creo que voy a acostarme.

—En ese caso, dulces sueños —dijo Mizzy. Se volvió y se fue, llevándose la luz con ella.

«El Profesor lo sabía —pensé metiéndome en la cama—. No atacó a Regalia porque sabía que intentaba ser mejor persona. Debí de preguntarse... si habría una forma de lograrlo. Controlar los poderes que destruían a las personas que los usaban».

Bostecé, pensando que tenía que quitarme la ropa...

Pero me atrapó el sueño.

TERCERA PARTE

Desperté en la oscuridad.

Solté un gruñido y di la vuelta en aquella cama demasiado blanda. Era como nadar en nata montada. Al fin logré llegar al borde y sentarme. Me pasé la mano por el pelo. Los reflejos me hicieron buscar el móvil y palpé la mesilla de noche hasta que recordé que lo había roto y se lo había dado a Mizzy.

Me sentí perdido. ¿Qué hora era? ¿Cuánto había dormido? Cuando vivía en las calles subterráneas a menudo recurría al móvil para saber la hora. La luz del día no era más que un recuerdo, como los parques cubiertos de hierba y la voz de mi madre.

Salí de la cama como pude. Aparté con el pie la chaqueta, que me había quitado en algún momento de la noche, y a tientas llegué a la puerta. El pasillo estaba iluminado en una dirección y se oían débiles voces distantes. Bostezando, me dirigí hacia la luz; por fin llegué al vestíbulo: aquel sitio con el piano y el techo de cristal. Estaba iluminado con una débil fluorescencia azul que venía de arriba.

La luz del sol filtrada indicaba que nos encontrábamos a unos quince metros de profundidad. El agua estaba más turbia de lo que había previsto; no era en absoluto un azul cristalino, sino un color más oscuro y opaco. Allí se podía esconder cualquier peligro.

Podía oír mejor las voces. El Profesor y Tia. Atravesé el vestíbulo, evitando mirar hacia arriba, y me los encontré en la biblioteca.

—Sus dudas sonaban sinceras, Jon —dijo Tia mientras me aproximaba—. Está claro que te quería en Babilar, en eso tienes razón, pero podría habernos matado y no lo hizo. Creo que quiere que la detengas.

No quería escuchar a escondidas, así que metí la cabeza en la estancia. El Profesor estaba cerca de la pared de libros, apoyado con un brazo en un estante, y Tia estaba sentada a la mesa, con un portátil a su lado y rodeada de libros. Sostenía una especie de bebida cerrada de la que salía una pajita: comprendí que era una forma de beber sin arriesgarse a ofrecer una superficie líquida por la que pudiese mirar Regalia. Conociendo a Tia, la bolsa estaría llena de refresco de cola.

El Profesor hizo un gesto en mi dirección, así que entré.

—Creo que Tia tiene razón —dije—. Regalia se resiste a usar sus poderes y a corromperse.

—Abigail es taimada —dijo el Profesor—. Si crees que conoces sus motivos, probablemente te equivocas. —Tocó el estante con el dedo—. Que Exel vuelva de su reconocimiento, Tia, y monta la sala de reuniones. Es hora de discutir un plan.

Tia asintió. Cerró el portátil y salió de la sala.

—Un plan —dije acercándome al Profesor—. Pretendes matar a Regalia. —Asintió—. Después de observarla durante tanto tiempo, ¿vas a asesinarla sin más?

—David, ¿cuánta gente murió ayer en el ataque de Obliteration? ¿Sabes la cifra? —Negué con la cabeza—. Ochenta —dijo el Profesor—. En cuestión de minutos ochenta personas quemadas hasta morir. Porque Regalia soltó ese monstruo en la ciudad.

—Pero se resiste —dije—. Está luchando contra su lado oscuro.

—No es así —respondió cortante el Profesor, pasando a mi lado—. Te equivocas. Prepárate para la reunión.

—Pero...

—David —dijo el Profesor desde la puerta—, hace diez meses viniste a mí con un ruego y un razonamiento. Me convenciste de que era preciso acabar con Steelheart. Te escuché; y ahora quiero que

tú me prestes atención a mí. Regalia se ha pasado. Es hora de detenerla.

—Erais amigos, ¿no es así? —dije.

Se giró y me dio la espalda.

—¿No crees —dije— que al menos deberías considerar la posibilidad de salvarla?

—Hablas de Megan, ¿no?

—¿Qué? No...

—No me mientas, chaval —me interrumpió el Profesor—. En lo que a Épicos se refiere, eres el hombre más sediento de sangre. Lo he visto en tu interior; eso lo compartimos.

Volvió a acercarse a mí. La verdad, el Profesor podía imponerse físicamente cuando lo pretendía; como si fuese una estela fúnebre a punto de caer sobre una flor recién salida. Se quedó así un momento, luego suspiró, alargó la mano y me la puso en el hombro.

—Tienes razón, David —dijo el Profesor en voz baja—. Éramos amigos, pero ¿de verdad piensas que debería contenerme solo porque resulta que Abigail me cae bien? ¿Crees que nuestra relación anterior justifica sus asesinatos?

—Yo... No. Pero si está controlada por sus poderes, puede que no sea culpa suya.

—Las cosas no son así, muchacho. Abigail tomó una decisión. Podría haber permanecido limpia. No lo hizo. —Me miró a los ojos y vi sinceridad. No era furia. Su expresión era demasiado relajada y su rictus, de dolor. Era pena.

Quitó la mano de mi hombro y se volvió para salir.

—Quizá, como dices, está resistiéndose a sus poderes. Si es así, entonces sospecho que su razón última para atraerme hasta aquí es que busca a alguien que la mate. Alguien que la salve de sí misma. Me hizo venir para que la ayudase a dejar de matar gente, y eso es lo que voy a hacer. No será el primer amigo con el que acabo.

Antes de que yo pudiera responder, salió y le oí desplazarse por el pasillo. Me apoyé en la pared, agotado. Las conversaciones con

el Profesor siempre eran muy intensas.

Me puse a buscar una forma de darme una ducha. Resultó que tenía que hacerlo a oscuras y con agua fría. No había problema. En la época de la Fábrica, me permitían una ducha cada tres días. Agradecía cualquier mejora.

Media hora más tarde entré en la sala de reunión, una cámara que se encontraba a unas puertas del dormitorio. Toda una pared era de cristal y daba a las aguas profundas. Maravilloso. Y todos estaban sentados mirándola. No es que me diese miedo; es que no me gustaba que me recordasen que estábamos sumergidos bajo toda aquella agua. Una pequeña fuga y acabaríamos ahogados.

Exel estaba sentado en una silla de aspecto bastante cómodo y tenía los pies levantados. Mizzy trasteaba con su teléfono y Val estaba de pie, con los brazos cruzados, junto a la puerta. La mujer hispana parecía no tener intención de sentarse y relajarse. Se tomaba la vida en serio; eso me gustaba. Intercambiamos un gesto al entrar y me senté junto a Mizzy.

—¿Cómo va la ciudad? —le pregunté a Exel.

—Muchos funerales —respondió—. Fui a uno muy bonito cerca del centro. Flores en el agua y un discurso fúnebre muy bonito. El proceso de embalsamado horrible, aunque supongo que no es culpa de ellos, dada la falta de recursos.

—¿Fuiste de reconocimiento a un funeral? —pregunté.

—Claro —dijo—. A la gente le gusta charlar en los funerales. Es una situación muy emotiva. Vi a algunos lacayos de Newton vigilando en la distancia.

Mizzy alzó la vista.

—¿Qué hicieron?

—Mirar —dijo Exel, agitando la cabeza—. La verdad, no entiendo a ese grupo. En algún momento tendremos que infiltrarnos en él.

—Dudo que las bandas estén reclutando cuarentones regordetes, Exel —dijo Val desde la puerta.

—Me haré pasar por cocinero —dijo Exel—. Toda organización necesita buenos cocineros y buenos embalsamadores. Las dos grandes constantes de la vida: comida y muerte.

Poco después entraron Tia y el Profesor. El Profesor cargaba con un caballete bajo el brazo. Tia se sentó en la silla que quedaba mientras el profesor colocaba el caballete con papel justo delante de la ventana de acuario. Maravilloso. Yo no iba a poder apartar la vista del agua.

—Todavía no está instalado el sistema de imagen —dijo el Profesor—. Así que lo haremos a la antigua. Mizzy, eres la última en el escalafón del equipo; tú tomas nota.

Mizzy saltó de la silla y pareció estar emocionada con la idea. Cogió un rotulador y escribió «El superplán de los Reckoners para acabar con Regalia» en la parte superior de la hoja. La *i* tenía un corazón en lugar de punto.

El Profesor la miró sin ninguna expresión y luego siguió.

—Al matar a Steelheart, los Reckoners hicieron una promesa, y tenemos que cumplirla. Los Épicos poderosos no están fuera de nuestro alcance. Regalia ha demostrado que no respeta la vida humana y nosotros somos la única ley capaz de hacer justicia. Es hora de erradicarla.

—Eso me preocupa —dijo Exel moviendo la cabeza—. Últimamente Regalia ha mantenido una campaña de relaciones públicas muy efectiva. Los habitantes de la ciudad no la adoran, pero tampoco la odian. ¿Está seguro de que eso es lo que debemos hacer, Profesor?

—Ha pasado los últimos cinco meses enviando asesinos para intentar matar a mi equipo en Chicago Nova —respondió el Profesor con voz helada—. Sam murió por orden suya, recuérdalo también. Es personal, Exel. Tenga una buena campaña de relaciones públicas o no, en esta ciudad mata sin contemplaciones. Acabaremos con ella. No es negociable.

Me miró al decirlo.

Mizzy apuntó «Muy importante» y «Sí que tenemos que hacerlo», con tres grandes flechas que señalaban al título. Luego, tras un momento, añadió «Chico, ya está en marcha» en letras más pequeñas.

—Vale —dijo Val desde la puerta—. Entonces tendremos que dar con su punto débil, que es algo que jamás hemos podido hacer. Dudo que baste con el jabón.

El Profesor miró a Tia.

—Abigail no es un gran Épico —dijo Tia.

—¿Qué? —dijo Exel—. Claro que lo es. Nunca me he encontrado con un Épico tan poderoso como Regalia. Hizo que subiera el nivel del agua de toda la ciudad para inundarla. Trasladó millones de toneladas de agua, ¡y la mantiene toda en su sitio!

—No he dicho que no sea poderosa —dijo Tia—. Solo he dicho que no es un gran Épico, lo que significa que no es un Épico cuyos poderes impidan que la maten por medios convencionales.

Mizzy apuntó: «Regalia puede recibir su merecido».

—¿Qué hay de la capacidad predictiva de Regalia? —le pregunté a Tia.

—Exagerada —dijo Tia—. Apenas llega a clase F, a pesar de lo que hace creer a los demás. Apenas puede interpretar lo que ve y lo cierto es que no la elevan al estatus de gran Épico por su naturaleza protectora.

—En mis notas apunté una teoría sobre ese aspecto —dije, asintiendo—. ¿Estás segura de que es cierto?

—Muy segura.

Exel levantó la mano.

—Vamos a ver, que me he perdido. ¿Alguien más se ha perdido? Porque yo estoy perdido.

Mizzy escribió «Exel tiene que prestar más atención a su trabajo».

—Regalia no posee directamente ningún poder protector —le expliqué—, que es justo lo que te convierte en gran Épico. La piel de Steelheart era impenetrable; Clapper deformaba el aire a su

alrededor de forma que todo lo que le pinchaba o le impactaba era teletransportado al otro lado de su cuerpo; Firefight se reencarna al morir. Regalia no tiene ningún poder similar.

—Abigail es poderosa —dijo el Profesor—, pero, en realidad, muy frágil. Si podemos dar con ella, podremos matarla.

Era verdad. Comprendí que había estado pensando en Regalia como había pensado acerca de Steelheart. Era un error. Matarlo a él había sido sobre todo una búsqueda de su punto débil. El punto débil que podría inhabilitar los poderes de Regalia no era, ni de lejos, tan importante como dar con el lugar donde ocultaba su forma física.

—Por tanto —dijo Tia, tras darle un sorbo a la cola—, ese probablemente deba ser el aspecto primordial del plan. Tenemos que localizar a Regalia. Os he dicho que el rango funcional de sus habilidades es de menos de ocho kilómetros. Esa información tiene que ayudarnos a descubrir con exactitud dónde se oculta.

Mizzy obedientemente apuntó: «Primer paso: dar con Regalia; luego hacerla explotar de veras. Mucho y mucho».

—Siempre me he preguntado —dijo Val mirando a Tia— cómo sabes tanto de sus poderes. ¿Por los eruditos?

—Sí —respondió Tia, totalmente en serio. ¡Chispas!, sabía mentir.

—¿Estás segura de que no hay más? —pregunté.

El Profesor me miró con furia y yo le devolví la mirada. No iba a soltar directamente lo que me había dicho en confianza, pero ocultarle información al equipo me hacía sentir incómodo. Los otros debían saber, al menos, que el Profesor y Regalia compartían pasado.

—Bien —dijo Tia renuente—. Probablemente debáis saber que Jon y yo conocimos a Regalia en los años anteriores a su conversión en Épico. Fue antes de los Reckoners.

—¿Qué? —dijo Val, avanzando—. ¡No me lo contaste!

—No era relevante —respondió Tia.

—¿No era relevante? —inquirió Val—. ¡Sam está muerto, Tia!

—Os contamos lo que creíamos que podríais usar contra ella.

—Pero... —empezó a decir Val.

—Déjalo, Valentine —dijo el Profesor—. Hay secretos que no te hemos contado. Y así seguirá siendo si creo que es lo mejor.

Val rezongó con los brazos cruzados y de pie junto a mi silla. No dijo nada, aunque Mizzy escribió: «Paso dos: cambiar a Val a descafeinado». No estaba del todo seguro de lo que quería decir.

Val respiró hondo y luego se sentó.

Mizzy siguió: «Paso tres: Mizzy se gana una galleta».

—¿Yo también puedo coger una galleta? —preguntó Exel.

—No —respondió cortante el Profesor—. Esta reunión no va a ninguna parte. Mizzy, apunta... —Dejó de hablar al mirar por primera vez al papel y ver que Mizzy ya lo había llenado por completo con sus comentarios.

Mizzy se ruborizó.

—¿Por qué no te sientas? —le dijo el Profesor—. Puede que tampoco nos haga falta la hoja.

Mizzy corrió a su sitio con la cabeza gacha.

—Nuestro plan —dijo el Profesor— consiste en localizar la base de operaciones de Regalia, entrar y matarla, preferiblemente cuando esté dormida y no pueda contraatacar.

Mi estómago dio un salto al oírlo. ¿Dispararle a la cabeza a alguien mientras duerme? No sonaba muy heroico. Pero no dije nada ni tampoco ninguno de los otros. En el fondo éramos asesinos y nada más. ¿Matar a una persona que dormía era muy diferente a atraerlos hasta una trampa y matarlos allí?

—¿Propuestas? —dijo el Profesor.

—¿Está seguro de que encontrar la base saldrá bien? —pregunté—. Steelheart se movía mucho y dormía cada noche en un lugar diferente. Sé de muchos Épicos que mantienen varias residencias, precisamente para evitar que suceda algo así.

—Regalia no es Steelheart —dijo el Profesor—. No es ni de lejos tan paranoica como él y le gustan sus lujos. Habrá escogido un

lugar y se habrá encerrado en él, y dudo que se mueva muy a menudo.

—Se está haciendo mayor —corroboró Tia—. Cuando la conocimos, se pasaba días enteros sentada en el mismo sitio recibiendo a sus visitas. Estoy de acuerdo con la interpretación de Jon. Abigail preferiría tener una base, bien protegida, que una docena de escondrijos menores. Seguro que tiene una segunda base, pero no la usará a menos que tenga claro que la primera ya no es segura.

—Lo he pensado alguna vez —dijo Exel pensativo—. Un radio de ocho kilómetros significa que podría estar en casi cualquier lugar de Babilar y todavía tener influencia. Incluso podría tener la base en la vieja Nueva Jersey.

—Sí —dijo Tia—, pero cada vez que aparece se reducen las posibilidades. Como solo puede proyectarse ocho kilómetros desde su base, con cada aparición tenemos un dato más para localizarla.

Asentí lentamente.

—Como una catapulta gigantesca que lanza uvas enormes. — Todos me miraron—. En serio, prestad atención —continué—. Si tienes una catapulta de uvas y se le da bien lanzarlas, pero de vez en cuando las lanza a una distancia diferente, puedes dejarla disparar durante mucho tiempo; e incluso instalar algún tipo de giro automático. Luego, aunque alguien se lleve la catapulta, por el patrón de las uvas lanzadas se puede deducir dónde estaba. Pues es lo mismo. Las proyecciones de Regalia son las uvas, ¡y su base es la catapulta!

—Eso... casi tiene sentido —dijo Exel.

—¿Puedo ser yo la que dispara la catapulta? —preguntó Mizzy—. Suena divertido.

—Dejando de lado esa analogía tan imaginativa —dijo Tia—, podremos hacerlo si conseguimos suficientes datos. Y no nos harán falta, ni mucho menos, tantas de esas uvas que ha comentado David. Escogemos lugares predeterminados y montamos situaciones que provoquen la aparición de Regalia por medio de una

de sus proyecciones. Si aparece, conseguimos un dato. Si no aparece, es posible que esté fuera de su alcance. Estoy segura de que si lo repetimos suficientes veces, podremos deducir su posición.

—Tenemos que causar conmoción en la ciudad y ver si podemos hacer que Regalia salga e interaccione con nosotros —añadí asintiendo con la cabeza.

—Exacto —dijo Tia.

—¿Qué hay del alcance de sus otros poderes? —pregunté—. Si ha hecho subir el agua alrededor de la ciudad, ¿no podemos usar el límite de esa habilidad para localizarla?

Tia miró al Profesor.

—Su capacidad de manipular el agua tiene dos versiones —dijo—. Los pequeños tentáculos, que habéis visto, y el empuje a gran escala de enormes cantidades de líquido. Los pequeños tentáculos solo llegan a donde ella puede ver, así que sí: verla usar los tentáculos nos sirve para el plan. Sus poderes a gran escala no nos dan mucha información; son más bien como mareas. Puede elevar el agua en una zona enorme y puede hacerlo a una escala enorme. Esa habilidad exige menos precisión y puede usarla desde mucho más lejos. Así que no podemos deducir dónde está escondida a partir de la forma del agua en Babilar.

—Dicho lo cual —añadió Tia—, estamos razonablemente seguros de que Abigail no sabe que hemos descubierto el límite de sus poderes a pequeña escala, así que tenemos ventaja. Podemos aprovecharla para dar con ella. La clave está en inventar formas de llamar su atención: acciones tan importantes que venga a enfrentarse a nosotros o que su ausencia nos permita estar razonablemente seguros de que no pudo hacerlo.

—¿Formas seguras de llamar su atención? —dije.

—Sí —respondió Tia—. Preferiblemente ejecutadas de tal modo que no resulte evidente que pretendemos llamar su atención.

—Bien, eso es fácil —dije—. Atacamos a Épicos. —Los otros me miraron—. A ver, de todas formas en algún momento tendremos que matar a Obliteration —dije—. Regalia lo emplea como una especie

de pistola contra nuestras cabezas, una amenaza para toda la ciudad. Si lo eliminamos, eliminamos una de sus herramientas primarias, por lo que atacarlo a él probablemente la atraiga para detenernos. Si tenemos éxito, habremos limitado a Regalia, habremos acabado con los asesinatos y habremos conseguido un dato que podremos usar para ayudar a localizar su base. Además, evitaremos despertar sospechas, porque estaremos haciendo lo que siempre hacen los Reckoners.

—Tiene razón, Jon —dijo Tia.

—Quizá —dijo el Profesor—, pero no sabemos dónde atacará Obliteration. Tendremos que reaccionar sobre la marcha, lo que hace difícil tenderle una trampa. También hace más difícil escoger un lugar que nos dé información sobre Regalia; si aparece.

—Podríamos probar con Newton —ofreció Exel—. Ella y sus lacayos tienden a patrullar alrededor de la ciudad y son bastante predecibles. Para Regalia, Newton es una especie de mano derecha. Si está en peligro, seguro que aparece Regalia.

—Solo que Newton, en realidad, ya no es una amenaza —dijo Val—. Sus bandas están controladas. Es posible que hostiguen un poco a la gente, pero no han estado matando a nadie. Estoy de acuerdo con Steelslayer; Obliteration es un asunto serio. No quiero que Babilar acabe como Houston.

El Profesor se paró un momento a pensar mirando el reluciente azul del agua.

—Val, ¿tu equipo tiene planes operativos para acabar con Newton?

—Sí, pero...

—¿Pero?

—El plan depende de tener a Sam y el espiril.

—¿El espiril? —pregunté.

—Ahora está roto —dijo Val—. Es inútil.

De su tono de voz deduje que se trataba de una cuestión delicada.

—Trabaja con Tia y David —le dijo el Profesor—. Repasa tus planes y preséntame varias opciones para acabar con Newton, luego prepara también varios planes para acabar con Obliteration. Ejecutaremos el plan de David y usaremos los ataques contra Newton y Obliteration para hacer salir a Regalia. Dame también una lista de lugares donde tu equipo confirma que ha visto las proyecciones de Regalia.

—Por supuesto —dijo Val—. Pero no hay muchos de esos. Solo la hemos visto una o dos veces, aparte de anoche.

—Aunque solo sean dos puntos nos darán una base para empezar el trabajo de localizarla —dijo Tia—. Exel, haz una exploración de la ciudad y reúne todos los rumores de aparición de Regalia o de uso evidente de sus poderes. Es posible que algunos no sean ciertos, pero quizá podamos usarlos para crear un mapa inicial.

—Dentro de dos días voy a ver a gente que podría saber algo —dijo Exel—. Podemos empezar por ahí.

—Muy bien —dijo el Profesor—. Poneos a ello. Reunión terminada. Todos menos tú —me señaló.

Tia se quedó en su sitio cuando salieron los otros. Me di cuenta de que yo estaba sudando. Aparté esa sensación y me obligué a ponerme de pie y acercarme al Profesor, que estaba sentado junto al ventanal lleno de interminable agua azul.

—Tienes que tener más cuidado, muchacho —dijo el Profesor en voz baja—. Tú sabes cosas que los demás no saben. He depositado mi confianza en ti.

—Yo...

—Y no creas que no me he dado cuenta de que intentabas desviar la conversación de la idea de matar a Regalia para centrarnos en la eliminación de Obliteration.

—¿No estás de acuerdo en que es mejor atacarlo a él primero?

—No. No te he llevado la contraria porque tienes razón. Tiene sentido atacar primero a Obliteration, y quizás a Newton, para

reducir los recursos de Regalia y ayudar a arrinconarla. Pero te recuerdo que ella es el objetivo principal.

—Sí, señor —dije.

—Retírate.

Salí de la estancia, molesto por haber sido el único que recibió aquel tratamiento. Recorrí el pasillo y, por alguna razón, no pude evitar pensar en Sourcefield. No la poderosa Épica, sino la persona normal privada de sus poderes, mirándome con creciente terror y total confusión.

Nunca había tenido problemas en matar Épicos. Seguía sin tenerlo cuando tuviera que hacerlo. Pero eso no me impedía imaginar, al apretar el gatillo, la cara de Megan en lugar de la de Sourcefield.

Hubo un tiempo en el que odiaba a los Épicos con toda mi alma. Me di cuenta de que ya no me sentía así, tras haber conocido al Profesor, a Megan y a Edmund. Quizá por eso me rebelaba contra la idea de matar a Regalia. Me parecía que ella intentaba luchar contra su naturaleza de Épico. Y quizás eso indicase que podríamos salvarla.

Todas esas dudas me llevaban a una elucubración peligrosa. ¿Qué haríamos si capturábamos un Épico en aquel lugar, como habíamos hecho con Edmund en Chicago Nova? ¿Si conseguíamos retener a alguien como Newton, u Obliteration, y luego empleábamos su punto débil para bloquear para siempre sus poderes? ¿Cuánto tiempo sin usarlo haría falta para que volviesen a actuar como personas normales?

Si Newton y Obliteration no sufriesen la influencia de sus poderes, ¿nos ayudarían como nos ayudaba Edmund? ¿Y eso, a su vez, no demostraría que podríamos hacer lo mismo con Regalia? ¿Y con Megan?

Al llegar a mi dormitorio me encontré valorando aquella idea, que cada vez me gustaba más.

18

Caía la tarde cuando Mizzy, Exel y yo salíamos del submarino en el edificio oscuro y lleno de agua. Nos desplazamos a tientas hasta el pequeño bote Reckoner. Una vez acomodados, Mizzy le dio a un botón de su móvil y el submarino se hundió silenciosamente.

No estaba seguro de lo efectivo de aquella parafernalia para ocultarse de Regalia. Con suerte las precauciones le impedirían localizar con precisión nuestra base, incluso si descubría lo del submarino. Cogimos los remos, encendimos las luces de los móviles y recorrimos la calle inundada.

Se acercaba el ocaso, dos días después de la reunión en la que habíamos decidido matar a Regalia, y para cuando llegamos a las azoteas pobladas el sol ya se ponía. Salimos del bote y Exel le lanzó una botella de agua al anciano que vigilaba varios botes ya atados. En la ciudad era difícil conseguir agua pura; había que llevarla desde Jersey. Una botella no era muy valiosa, pero sí lo suficiente como para pagar por pequeños servicios.

Los otros recorrieron la azotea, pero yo me quedé para ver la puesta de sol. Había pasado casi toda mi vida atrapado en las tinieblas del reinado de Steelheart. ¿Por qué la gente de Babilar solo salía de noche? Podían conocer la luz de cerca, pero elegían la oscuridad. ¿No eran conscientes de la suerte que tenían?

El sol se hundió como un gigantesco trozo dorado de mantequilla que se fundía sobre el maíz de Nueva Jersey. ¡Uy!, un momento. La

ciudad abandonada se asemejaba más a las espinacas que al maíz. Así que el sol se hundió en las espinacas de Jersey.

Y Babilar revivió.

Los grafitis se iluminaron con colores eléctricos y vibrantes. Un mosaico, imperceptible con la luz del sol, saltó a mis pies: una imagen de la luna con el nombre de alguien en una firma de grandes y gruesas letras blancas en la parte inferior. Tenía que admitir que poseía cierta cualidad esplendorosamente orgánica. En Chicago Nova no habíamos tenido grafitis, porque se consideraban una señal de rebelión y la rebelión se castigaba con la muerte. Claro que en Chicago Nova hasta meterse el dedo en la nariz podría haberse considerado señal de rebelión.

Corrí tras Mizzy y Exel. Me sentía desnudo sin el rifle, aunque llevaba en el bolsillo la pistola de Megan y portaba el escudo Reckoner, lo que, básicamente, significaba que el Profesor me había cedido parte de la energía de su campo de fuerza. No estaba seguro de por qué Mizzy y Exel me habían pedido que los acompañase en aquella misión de reconocimiento. No me importaba; lo que fuese con tal de salir al aire libre, pero ¿no habría sido Val más adecuada para reunirse con los informadores e interpretar lo que dijese?

Caminamos durante un rato. Pasamos puentes y dejamos atrás grupos de personas que cargaban con cestos de frutos relucientes. Nos saludaban afablemente, lo cual era escalofriante. ¿No se suponía que tenían que andar con la mirada baja, preocupados por si alguien de los que se cruzaban era un Épico?

Sabía que había algo que no funcionaba bien en mi cabeza y me llevaba a pensar aquel tipo de cosas. Tras la caída de Steelheart, había pasado meses en Chicago Nova intentando ayudar a levantar una ciudad en la que la gente no tuviese miedo todo el tiempo. ¿Y ahora me preocupaba que gente se mostrase tan abierta y amistosa?!

Pero no podía controlar los sentimientos y mi instinto me decía que algo le pasaba a la gente de aquella ciudad. Atravesamos una azotea baja y dejamos atrás a babilarianos que se remojaban los

pies en el agua. Otros descansaban, tendidos de espaldas, comiendo fruta reluciente como si no tuviesen ninguna preocupación. ¿No habían oído lo que había hecho Obliteration en la parte alta de la ciudad unos días antes?

Miré abajo al pasar por otro puente de cuerda y me puse nervioso cuando vi a un grupo de jóvenes nadando y riéndose. Las personas de la ciudad no parecían manifestar la actitud de derrota que había sido tan habitual en Chicago Nova, pero una dosis saludable de paranoia nunca iba mal, ¿no?

Mizzy me vio mirar a los nadadores.

—¿Qué? —preguntó.

—Parecen tan...

—¿Despreocupados? —preguntó.

—Idiotizados.

Mizzy sonrió.

—Babilar tiende a producir una actitud relajada.

—Es la forma de vida —corroboró Exel, que andaba un poco más adelante, como guía que nos guiaba hacia los informadores—. Más concretamente, es la religión, si la quieres llamar así, de Dawnslight.

—¿Dawnslight? —pregunté—. Es una Épica, ¿no?

—Quizá —dijo Exel encogiéndose de hombros—. Todos atribuyen la comida y la luz a Dawnslight, pero hay grandes controversias sobre quién o qué era.

—Un Épico, evidentemente —dije, mirando a un edificio cercano iluminado con frutos relucientes que se veían a través de las ventanas rotas. Sin embargo, en mis notas no se mencionaba a aquel Épico. Era desconcertante saber que de alguna forma me había saltado a un Épico tan poderoso.

—Bueno, en cualquier caso, mucha gente ha aprendido a dejarlo estar —añadió Exel—. ¿Qué se gana estresándose todo el rato por este o aquel Épico? No puedes hacer nada. Muchas personas decidieron que era mejor disfrutar de la vida y aceptar que un Épico podría matarlos en cualquier momento.

—Es una estupidez —dije.

Exel me miró, alzando una ceja.

—Si aceptas a los Épicos —dije—, ya han ganado. Ese fue el error inicial; por eso nadie se resistió.

—Sí, supongo. Pero relajarse un poco no tiene nada de malo, ¿sabes?

—Acarrea todo tipo de consecuencias indeseables. La gente relajada no consigue nada.

Exel se encogió de hombros. ¡Chispas! Hablaba como si realmente creyese todas aquellas tonterías. Dejé pasar el tema, aunque no me sentía más tranquilo. No era solo que fuéramos pasando junto a gente con su sonrisa amistosa. Era el hecho de estar expuesto, estar en el escaparate. Con tantas azoteas y ventanas rotas, un francotirador podría acabar fácilmente conmigo. Iba a estar muy contento cuando llegásemos donde estaban los informadores. A esos tipos les gustaban las puertas cerradas y las habitaciones ocultas.

—Oye, esto... —le dije a Mizzy al entrar en otra azotea y pasar por otro puente. A los lados había niños sentados, moviendo las piernas al unísono. Se reían porque lograban que el puente se agitase lentamente de un lado a otro—; en la reunión Val mencionó el... ¿espiril?

—Era de Sam —dijo Mizzy en voz baja—. Equipo especial que compramos a la Fundación Knighthawk.

—Entonces ¿era un arma?

—Bueno, algo así —dijo Mizzy—. Un derivado de los Épicos, construido para imitar sus poderes. El espiril manipulaba el agua; Sam lo disparaba a sus pies y se propulsaba por el aire, lo que le permitía moverse fácilmente por la ciudad.

—¿Una mochila propulsora de agua...?

—Sí, algo así.

—Una mochila propulsora de agua. ¿Y no la usa nadie? —Estaba asombrado—. Yo podría...

—Está rota —dijo Mizzy antes de terminar—. Cuando recuperamos a Sam... —tuvo que parar un momento—. En cualquier caso, al recuperar su cuerpo, al espiril le faltaba el motivador.

—¿Que es...?

Me miró mientras recorríamos el puente; parecía confundida.

—¿El motivador? Ya sabes, es lo que hace funcionar la tecnología derivada de los poderes de un Épico.

Me encogí de hombros. Que la tecnología se derivara de los poderes de un Épico era una novedad para mí desde que me había unido a los Reckoners. A pesar de opciones como el escudo y el reparador, que eran falsos, teníamos tecnología que no se derivaba de los poderes del Profesor. Se suponía que en su origen los habían montado aprovechando material genético tomado de los cadáveres de Épicos. Cuando los matábamos era frecuente que recogiéramos células que luego usábamos como divisa de mucho valor para negociar con comerciantes de armas.

—Entonces ponedle otro de esos motivadores —dije.

—No va así —dijo Mizzy riendo—. ¿De verdad no sabes nada de esto?

—Mizzy —dijo Exel desde el puente, más adelante—. David hace de gancho. Se pasa el día disparando a Épicos, no arreglando cosas en un taller. Para eso tenemos a gente como tú.

—Cieeerto —dijo Mizzy, mirándome con los ojos en blanco—. Gracias. Bien visto. Vamos allá. David, los motivadores derivan de la investigación sobre Épicos y cada uno está ajustado al dispositivo individual. —Sonaba entusiasmada al contarlo. Evidentemente ella había leído mucho sobre el tema—. Le hemos pedido un repuesto a Knighthawk, pero eso puede que lleve bastante tiempo.

—Vale —dije—. Siempre que cuando lo arregles yo sea el primero en probarlo.

Exel se rio.

—¿Estás seguro de querer, David? Usar el espiril implica nadar mucho.

—Sé nadar.

Me miró directamente y arqueó una ceja.

—¿Te importaría comentar lo que dijiste del agua cuando íbamos de camino a la ciudad? Daba la impresión de que pensabas que te iba a morder.

—También pienso que las armas son peligrosas —repliqué—, pero ahora mismo llevo una.

—Si tú lo dices... —dijo. Se volvió y guio el camino.

Lo seguí, taciturno. ¿Cómo había deducido lo mío con el agua? ¿Era así de evidente para todos? Yo ni siquiera me había dado cuenta hasta que llegué a aquella ciudad inundada.

Recordé la sensación de hundimiento, el agua que se cerraba a mi alrededor, la oscuridad y el pánico absoluto del agua entrándome en la boca y la nariz. Y...

Me recorrió un escalofrío. Además, ¿los tiburones no vivían en aguas como aquellas? ¿Por qué los nadadores no tenían miedo?

«Están locos —me dije—. Tampoco temen a los Épicos». Vale, yo no iba a dejarme comer por un tiburón, pero tenía que aprender a nadar. Tendría que buscar solución para los tiburones. ¿Quizá pinchos en los pies?

Finalmente nos detuvimos en el extremo bajo de un puente que se extendía hacia lo alto hasta una azotea reluciente situada allá arriba.

—Hemos llegado —comentó Exel, que se puso a trepar aquella tremenda inclinación.

Lo seguí, curioso. ¿Quizá fuésemos a encontrar a los informadores ocultos en las selvas de ese edificio? Al subir oí extraños sonidos que llegaban de arriba. ¿Música?

Sí que lo era. Me envolvió al acercarnos: el sonido de tambores y violines. De un lado a otro se balanceaban formas de neón vestidas con ropas pintadas y bajo la música se oía la charla de la gente.

Me detuve en el puente e hice que Mizzy se parase justo delante de mí.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una fiesta —dijo.

—¿Y los informadores están ahí?

—¿Informadores? ¿De qué hablas?

—La gente que Exel viene a ver. Para comprar información.

—¿¿Comprar... David...?! Exel, tú y yo vamos a mezclarnos y charlar con la gente de la fiesta para ver qué podemos descubrir.

¡Ahhh!

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, claro, por supuesto que lo estoy. —Seguí avanzando y adelanté a Mizzy de camino a la azotea.

Una fiesta. ¿Qué iba a hacer yo en una fiesta?

Tenía la sensación de que me iría mucho mejor en el agua. Con los tiburones.

Me quedé de pie al borde de la enorme azotea, concentrándome en respirar metódicamente y afrontando un ligero ataque de pánico mientras Mizzy y Exel entraban en la fiesta.

Había gente moviéndose a un ritmo frenético, vestida con ropa reluciente y pintada; algunos bailaban mientras que otros disfrutaban de la variedad de fruta amontonada sobre mesas siguiendo el perímetro. La música impactaba con sonidos abrumadores de percusión y violines.

Parecía un motín. Un motín rítmico y bien aprovisionado de comida. Y la mayoría de los presentes tenían mi edad.

Claro que había conocido a otros adolescentes. Los había a patadas en la Fábrica de Chicago Nova donde había trabajado y vivido desde los nueve años. Pero en la Fábrica no organizábamos fiestas, a menos que contemos las noches de cine cuando veíamos películas antiguas; y no me había relacionado mucho con los demás. El tiempo libre lo había dedicado a mis notas sobre los Épicos y a los planes para acabar con Steelheart. No es que fuese un ratón de biblioteca. Simplemente era el tipo de chaval que pasa mucho tiempo solo, concentrado en un único y acaparador interés.

—¡Venga! —dijo Mizzy, saliendo de la fiesta como una semilla escupida por la boca de una máscara reluciente. Me cogió de la mano y me arrastró al caos.

La tempestad de luz y sonido me rodeó. ¿Las fiestas no eran para hablar con los demás? Apenas podía oírme a mí mismo, con

tanto ruido y música. Seguí a Mizzy, que me guio hasta una de las mesas de comida, rodeada por un pequeño grupo de babilarianos vestidos con ropa pintada.

Me di cuenta de que tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta y que agarraba la pistola de Megan. Estar entre aquella masa de cuerpos era incluso peor que estar expuesto. Con tanta gente a mi alrededor no podía vigilarlos a todos por si había pistolas o cuchillos.

Mizzy me situó frente a la mesa y se metió en la conversación de un grupo de adolescentes de más edad.

—Este —anunció, levantando las manos para presentarme como quien presenta una lavadora nueva— es mi amigo David Charleston. Es de fuera.

—¡Vaya! —dijo un tipo alto de pelo azul—. Jamás lo habría deducido de su ropa aburrida y su cara bobalicona.

Lo odié de inmediato.

Mizzy le dio un golpe en el hombro.

—Este es Calaka —me dijo. Luego señaló a los otros tres de la mesa, alternos: chica, chico, chica—. Infinity, Marco y Lulu. —Prácticamente tuvo que gritar para hacerse oír por el ruido.

—Bien, ¿de dónde eres, chico nuevo? —preguntó Calaka tomando un sorbo de una bebida de zumo brillante. Aquello no parecía seguro—. Supongo que de algún lugar pequeño, teniendo en cuenta lo abiertos que tienes los ojos y la expresión abrumada.

—Sí —dije—. Pequeño.

—Tu ropa es aburrida —dijo una de las chicas, Infinity. Rubia y vivaracha, agarró una lata de debajo de la mesa y la agitó. Pintura en espray—. Venga, vamos a arreglarlo.

Di un salto atrás y saqué la mano izquierda mientras con la otra agarraba mejor la pistola. Todos los habitantes de aquella ciudad podían ir por ahí brillando todo lo que quisiesen, pero yo no iba a permitir que me convirtiesen en un blanco mejor por la noche.

Los cuatro se apartaron de mí con los ojos muy abiertos. Mizzy me agarró del brazo.

—No hay problema, David. Son amigos. Relájate.

Otra vez aquella palabra: relájate.

—Es que no quiero que me pinten —dije, intentando calmarme.

—Tu amigo es raro, Mizzy —comentó Marco. Era un tipo bajito con pelo de un castaño claro tan rizado que parecía que se había puesto musgo sobre la cabeza. Estaba apoyado en la mesa con una postura despreocupada y le daba vueltas al vaso entre dos dedos.

—Me cae bien —dijo Lulu evaluándome con la mirada—. Un tipo tranquilo. Alto, profundo, seductor.

¿Profundo?

Un momento: ¿seductor?

Me concentré en ella. Voluptuosa, piel oscura, brillante pelo negro que reflejaba la luz. En parte la razón de ir a fiestas era conocer chicas, ¿no? Si le causaba buena impresión podría pedirle información sobre Dawnsight y Regalia.

—Entoncesss —dijo Mizzy, apoyándose en la mesa y quitándole la bebida a Marco—. ¿Alguien ha visto a Steven?

—No creo que esté aquí —dijo Calaka—. Al menos, todavía no he oído un sonido como de alguien siendo abofeteado.

—Creo que estuvo —dijo Infinity, con un tono que se volvía dulce—. El otro día. En la parte alta.

—Mal asunto ese —dijo Marco.

Los otros asintieron.

—Bien —dijo Calaka—. Entonces, supongo que será mejor brindar por el viejo Steve. Aunque era un perverso, si los Épicos al final lo pillaron se merece una despedida adecuada.

Marco alargó la mano para recuperar su bebida, pero Mizzy la retiró, la hizo chocar con la de Calaka y luego bebió. Infinity y Lulu también levantaron las copas.

Agacharon las cabezas mientras Marco cogía unas uvas relucientes de un plato y regresaba. Yo también agaché la cabeza. No conocía al tal Steven, pero había caído ante un Épico y eso lo convertía en una especie de compañero.

Marco se puso a lanzar las uvas a varios miembros del grupo. Pillé una. Las uvas, de las que no relucían, habían sido poco

habituales en Chicago Nova. En la Fábrica no nos moríamos de hambre, pero la mayoría de la comida era de la que se almacenaba bien. La fruta era para los ricos.

Me la eché a la boca. Tenía un sabor fantástico.

—La música de hoy es buena —comentó Marco comiéndose una uva.

—Esto ha mejorado —admitió Infinity sonriendo—. Creo que el alboroto le vino bien.

—Esperad —los interrumpí—. ¿No os preocupa Obliteration? ¿Después de lo que le hizo a vuestro amigo? ¿Os vais a limitar a beber y seguir adelante?

—¿Qué deberíamos hacer? —dijo Marco—. Hay que seguir viviendo.

—Los Épicos pueden aparecer en cualquier momento —estuvo de acuerdo Calaka—. Pueden llevarte hoy, pueden llevarte mañana. Pero también un ataque al corazón. No es razón para no ir de fiesta mientras puedas.

—Anoche les dispararon —dijo Mizzy, hablando con mucho cuidado—. Algunas personas se resisten.

—Idiotas —dijo Calaka—. Empeoran las cosas.

—Sí —dijo Infinity—. La mitad de los muertos seguirían con vida si dejasen a los Épicos hacer lo que quieran. Al final siempre se aburren y pasan a otra cosa.

Los otros asintieron. Marco maldecía por lo bajo a los «jodidos Reckoners».

Parpadeé. ¿Era una especie de chiste de mal gusto? Pero no, no había alegría, aunque vi que Mizzy se relajaba visiblemente. Parecía que a pesar de que hubiésemos contraatacado, a ella no la habían reconocido. No me sorprendía. En el caos de la destrucción causada por Obliteration, probablemente no hubiese sido muy de fiar la información sobre lo que había sucedido y quién estaba implicado.

El grupo se puso a hablar sobre música y yo me sentí incómodo y triste. No era de extrañar que los Épicos estuviesen ganando si la

gente tenía aquella actitud.

«Al menos se lo pasan bien —dijo una parte de mi mente—. Es posible que no haya nada que ellos puedan hacer. ¿Qué sentido tiene ser tan duro?».

Pero si algunos nos esforzábamos tanto, todos deberían reconocer nuestra labor, por lo menos. Luchábamos por la libertad de gente como aquella. Éramos sus héroes.

¿O no?

A medida que la conversación avanzaba, Lulu se me acercó con un vaso de zumo brillante en la mano.

—Esto es aburrido —dijo. Se estiró y se acercó para hablarme al oído—: Vamos a bailar, guapo.

¿Guapo?

Ni siquiera había podido responder cuando Lulu le pasó el vaso a Marco y me arrastraba lejos de la mesa. Mizzy me despidió con la mano, pero, por lo demás, me abandonó totalmente mientras me arrastraban por entre la multitud. Al baile.

Supongo que así lo llamaban. Era como si todos tuviesen la camisa llena de insectos e intentasen librarse de ellos. Había visto bailar en las películas y daba la impresión de ser algo mucho más... coordinado que lo que hacían allí.

Lulu me arrastró al centro. Yo no iba a admitir que nunca había bailado, así que me puse a moverme imitando lo que hacían e intentando mezclarme con los demás. Aunque me sentía como una magdalena en un plato de solomillo, los otros estaban tan absortos en lo que hacían que quizá no se diesen cuenta.

—¡Eh! —gritó Lulu—. ¡Eres bueno!

¿Lo era?

Ella era mejor. Parecía que se anticipaba a la música y que fluía con ella. En medio de un movimiento, se lanzó hacia mí, me rodeó con los brazos y se acercó. Fue inesperado, pero no fue desagradable.

¿Se suponía que debía moverme con ella? Tenerla tan cerca me resultaba desconcertante. Apenas me conocía. «¿Es posible que

sea una asesina?», se preguntó una parte de mí.

No. Era una persona normal. Y parecía que yo le caía bien, lo que me resultaba desconcertante. Mi única experiencia real con chicas había sido con Megan. ¿Cómo se suponía que debería reaccionar a una que no parecía querer dispararme de inmediato?

Una pequeña parte de mí dedujo que debería preguntar por Dawnsight y Regalia, pero sería demasiado evidente, ¿no? Decidí que la mejor opción era ser natural por el momento e intentar sonsacarle algo más tarde.

Así que bailé. Lulu me había llamado el silencioso. Eso lo podía hacer, ¿no? Seguimos durante un rato, lo suficiente para empezar a sudar mientras intentaba deducir la forma correcta de bailar. No parecía haber ningún método; Lulu alternaba entre girar alrededor y pegarse a mí para que pudiésemos movernos juntos. Pasaron varias canciones, cada una diferente pero de alguna forma iguales.

Todos parecían estar divirtiéndose enormemente. Para mí fue estresante. Quería hacerlo bien y que no se viera a las claras que no lo había hecho nunca antes. Lulu era atractiva: rostro agradable, un pelo genial, curvas en todas las partes donde debía haber curvas. No era Megan, ni de lejos, pero estaba allí; y cerca. ¿Debería hablarle? ¿Decirle que era bonita?

Abrí la boca para hablar, pero el comentario falleció en mis labios. Descubrí, en aquel momento, que en realidad no quería hablar con otra chica. Era una estupidez: Megan era un Épico. Era probable que hubiese estado engañándonos todo el tiempo que pasó con los Reckoners. Manipulándonos. Lo cierto es que ni siquiera la conocía.

Pero todavía cabía la posibilidad de que fuese sincera, ¿no?

Dudaba que Lulu llevase granadas de mano en el sujetador, aunque era grande. No sabría de armas como Megan. Lulu no tenía la fortaleza necesaria para acabar con Épicos, y aquella sonrisa suya era excesivamente seductora. Megan había sido dura de roer, difícil hacerla sonreír. Eso, a su vez, hacía que fuesen todavía más valiosos los momentos en los que sonreía.

«Para. El Profesor tiene razón. Tienes que sacarte a Megan de la cabeza. Disfruta de lo que tienes ahora mismo», pensé para mí.

Un tipo cercano agarró de pronto a Lulu por el brazo y la llevó hacia él. Ella se rio mientras la multitud se retorció bajo la exigente música. Y así se fue.

Me quedé quieto allí mismo. Buscando por entre la muchedumbre de figuras medio luminosas di al fin con Lulu. Bailaba con otro. ¡Chispas! ¿Esperaba que la siguiese? ¿Era alguna forma de prueba? ¿O era un rechazo? ¿Por qué la escuela de la Fábrica no impartía clases de materias importantes, como, por ejemplo, comportarse en una fiesta?

Allí de pie, sintiéndome estúpido por estar solo en medio de una pista de baile, vi algo más. Un rostro que creí reconocer. Una mujer asiática, vestida a lo punk, como antigua. Y...

Era Newton. Líder de las bandas de Babilar. Épica. Estaba de pie a un lado de la pista de baile, junto a una mesa cargada de fruta que le iluminaba la cara.

«¡Ah, gracias!», pensé con una impresionante sensación de alivio. Era estresante bailar... pero sabía tratar con semidioses asesinos.

Con la mano en el bolsillo, aferrándome a la pistola, atravesé la multitud para ver mejor.

Rápidamente hice memoria de todo lo que sabía de Newton. «Redirección de fuerza —pensé—; ese es su poder principal». Si le dieses un golpe a Newton, nada de esa energía se transferiría a su persona: todo se volvería contra ti. También podía moverse de una forma inhumanamente rápida. En mis notas había algunos detalles sobre su pasado y su familia, pero no los recordaba. Durante un segundo pensé en llamar a Tia, pero con la música a ese volumen no estaba convencido de que ella me oyese; ni yo a ella.

Newton se puso a recorrer el perímetro de la zona de baile con paso tranquilo; nada de supervelocidad por el momento. Yo mantuve el paso, atravesé una zona entre los apretujones de la gente y llegué a un lugar donde la multitud era menos densa.

Ella caminaba como quien sabe que tiene en la mano la pistola más grande de la sala: con confianza, sin preocupación. Sobre la ropa, por lo demás chillona, no llevaba ni una mota de pintura: chaqueta de cuero, enormes pendientes con forma de cruz, piercings en la nariz y en el labio. Pelo corto de color violeta. Daba la impresión de tener unos dieciocho años, pero me parecía recordar que su edad era engañosa.

«Podría matar a todos los presentes —pensé estremecido—. Sin consecuencias. Nadie se lo echaría en cara. Es una Épica. Tiene derecho a hacerlo».

¿Qué hacía allí? ¿Paseaba y observaba? Por supuesto, no me molestaba en absoluto que no estuviese haciendo una carnicería,

pero seguro que estaba allí por algo. Saqué el nuevo móvil, el que me había dado Mizzy. Me parecía que había dicho que...

Sí, había cargado fotos de todos los miembros conocidos de la banda de Newton. Algunos eran Épicos menores y quería prepararme. Repasé las fotos con rapidez sin dejar de prestar atención a Newton. ¿Estaría en la fiesta algún otro de la banda?

No vi a ninguno. ¿Hacía eso más o menos probable que Newton tramase algo? Me acerqué, pero una mano me agarró del hombro.

—¿David? —Era Mizzy—. ¡Chispas!, ¿qué haces?

Bajé el móvil y me giré para tapar a Mizzy, por si Newton miraba en nuestra dirección.

—Épico —le informé—; justo delante.

—Sí, es Newton —dijo Mizzy—. ¿Por qué la sigues? ¿Quieres morir?

—¿Qué hace aquí? —pregunté, inclinándome para oírla mejor.

—Es una fiesta.

—Lo sé. Pero ¿por qué está ella aquí?

—Déjame pensar... ¿por la fiesta?

Reflexioné. ¿Los Épicos iban a fiestas?

Sabía, claro está, que a veces los Épicos interaccionaban con los inferiores. En Chicago Nova, los favoritos de Steelheart servían a los Épicos, trabajaban para ellos e, incluso, en el caso de los más atractivos, salían con Épicos, pero no me imaginaba que alguien como Newton anduviera por ahí de fiesta. Los Épicos eran monstruos. Máquinas de matar.

Viendo como Newton se acercaba a la barra, donde la atendieron de inmediato, pensé: «No, las criaturas como Obliteration son máquinas de matar. Hay Épicos que son diferentes». Steelheart aspiraba a tener una ciudad para gobernar, con ciudadanos que lo venerasen. Nightwielder se reunía con traficantes de armas y llevaba sus ayudantes. Muchos Épicos se comportaban como personas normales, excepto por su absoluta ausencia de ética.

Los de ese tipo no mataban por que disfrutasen, sino porque se enfadaban. O, como Deathpoint, el Épico que había atacado el

banco el día de la muerte de mi padre, mataban porque decidían que era mucho más fácil que las alternativas.

Newton cogió la bebida y se apoyó en la barra, observando la multitud. Su mirada pasó por Mizzy y por mí, pero no se detuvo. O Regalia no le había proporcionado a Newton una descripción de nosotros o no le importaba que hubiese Reckoners en la fiesta.

Los babilarianos le dejaban espacio y desviaban la vista cuando los miraba. No se inclinaban ni ofrecían ninguna otra señal evidente de sometimiento, pero estaba claro que sabían quién era. Era un león entre gacelas; solo que en aquel momento el león no tenía hambre.

—Vamos —dijo Mizzy, llevándome de nuevo hacia el baile.

—¿Qué sabes de ella? —pregunté—. Me refiero a su pasado. ¿Quién era antes de Calamity? —Por suerte, la canción que sonaba era un poco menos apabullante que la anterior, con un ritmo más lento y sin tanto ruido.

—Yunmi Park —dijo Mizzy—. Su nombre real. Hace mucho tiempo, antes de todo esto, era una oveja negra de lo más normal. Una delincuente juvenil hija de padres triunfadores que no sabían qué hacer con ella.

—¿Así que entonces ya era malvada? —pregunté.

Mizzy se puso a bailar. Ni tan frenéticamente ni tan seductora como Lulu. Algunos movimientos simples. Probablemente bailar fuese buena idea, porque no queríamos llamar la atención. Hice lo mismo.

—Sí —dijo Mizzy—. Malvada sin paliativos. Había cometido un asesinato, por lo que cuando llegó Calamity ya estaba en el reformatorio. Luego, de golpe, superpoderes. Ese día debió de ser un asco trabajar de guardia en el centro de detención, la verdad. Pero ¿por qué nos importa cómo fuera Newton?

—Quiero saber qué proporción de Épicos eran malvados antes de conseguir sus poderes —dije—. También intento relacionar sus puntos débiles con acontecimientos de su vida anterior.

—¿Nadie lo ha hecho?

—Hay mucha gente que lo ha intentado —respondí—, pero, en general, no tenían tantos datos como yo o no disponían del acceso a los Épicos que tengo gracias a pertenecer a los Reckoners. La conexión, si la hay, no es evidente, pero creo que existe. Solo tengo que encontrar el punto de vista adecuado.

Bailamos durante unos minutos. Podía dar el pego con aquel baile; había menos movimientos de brazos.

—¿Cómo fue? —preguntó Mizzy—. Matar a Steelheart.

—Bueno, nos establecimos en el Campo del Soldado —contesté—. Todavía no habíamos acabado de deducir su punto débil, pero había que intentarlo de todas maneras. Así que montamos un perímetro y...

—No —me interrumpió Mizzy—. ¿Qué sentiste al matarlo? Quiero decir en tu interior. ¿Cómo fue?

—¿Tiene eso algo que ver con nuestra misión actual? —pregunté frunciendo el ceño.

Mizzy se ruborizó y apartó la vista.

—Vaya. Información personal. Lo siento.

No había sido mi intención avergonzarla. Lo dije porque pensé que había algo que se me escapaba. Me había concentrado demasiado en la misión en lugar de pensar en charlar y en la interacción personal.

—Fue estupendo —dije en voz baja. Mizzy se volvió a mirarme.

»Siempre había oído que la venganza no compensaba. Que cuando finalmente logras lo que pretendías, la experiencia resulta insatisfactoria y deprimente. Eso es una soberana estupidez. Me sentí genial matando a aquel monstruo, Mizzy. Vengué a mi padre y liberé Chicago Nova. Nunca me he sentido mejor.

Mizzy asintió.

Lo que no dije es que tras matar a Steelheart no sabía qué hacer a continuación. La súbita y repentina desaparición de mi meta absoluta era como ser un pastel de crema y que alguien sorbiera toda la crema. Vale, podía poner crema nueva. Lo único que pasaría era que, en el proceso, las manos me quedarían un poco pegajosas.

Pasé a matar a más Épicos, como Mitosis y Sourcefield, lo que planteaba otros problemas. Había interaccionado con Épicos, incluso me había enamorado de una de ellos. Ya no podía considerarlos a todos monstruos.

Todavía me atormentaban los ojos de Sourcefield mientras le disparaba. Su mirada había sido tan normal, tan asustada...

—Te tomas muy en serio todo esto, ¿no? —me preguntó Mizzy.

—¿No lo hacemos todos?

—Sí, pero tú eres un poco diferente —sonrió—; y me gusta. Eres lo que debería ser todo Reckoner.

«Al contrario que yo», parecía dar a entender.

—Me alegro de que tengas una vida, Mizzy —dije. Hice un gesto a la fiesta—. Me alegra que tengas amigos. No tienes que ser como yo. Fiestas, vida real... En cierta forma, por esto luchamos. Para recuperar ese mundo.

—¿A pesar de creer que Babilar es falsa? —dijo Mizzy—. ¿Aunque esta ciudad, y todo lo que contiene, no sea más que una tapadera para un plan de Regalia?

—Incluso así —le respondí.

Mizzy sonrió, moviéndose todavía al ritmo de la música. Era tan adorable... Para nada como Lulu, que era exigentemente atractiva. Mizzy era... una compañía agradable. Sincera, divertida. Real.

Llevaba toda la vida manteniéndome lejos de gente como ella. No había querido ataduras, o eso me había dicho a mí mismo. En realidad, me había concentrado tanto en mi labor que todos me habían dado por raro. Pero Mizzy... ella me creía un héroe.

Podría aprender a disfrutar de algo así. No es que me gustara Mizzy, no de esa forma y no especialmente con Megan en la cabeza, pero empezaba a necesitar hacer amistad entre la gente de mi edad.

Mizzy parecía distraída. Quizás estuviese pensando algo similar. O...

—Tengo que ser más como tú —afirmó—. Soy demasiado confiada.

—Me gustas como eres.

—No —dijo Mizzy—. Ni siquiera he matado a un Épico. Esta vez será diferente. Voy a hacer lo que tú hiciste. Voy a dar con ese monstruo.

—¿Qué monstruo? —pregunté.

—Firefight —me contestó Mizzy—. La que mató a Sam.

¡Ah!

Megan estaba lejos de ser un monstruo, pero no podía explicárselo a Mizzy hasta no tener alguna prueba. Cambié de tema.

—Bien, ¿qué has descubierto con tus amigos? Hemos venido a buscar información, ¿no? ¿Alguna pista que nos lleve hasta... lo que estamos buscando? —No quería decirlo en voz alta, aunque con la música, y sin agua expuesta por los alrededores, era poco probable que Regalia estuviese espiando.

—Sigo buscando, pero he descubierto algo interesante. Parece que Regalia ha estado trayéndose a científicos.

—¿Científicos? —Fruncí el ceño.

—Sí. Parece que todo tipo de chicos listos. Marco oyó que un cirujano de Great Falls, que formaba parte del equipo de Revokation, se ha mudado aquí. Es raro porque en la ciudad no tenemos mucho personal formado. Babilar tiende a atraer a los que prefieren la comida gratis y el fatalismo. No a investigadores.

Curioso.

—Entérate de si han venido hace poco algunos otros profesionales: contables, expertos militares...

—¿Por qué?

—Una corazonada —le contesté.

—Vale. Volveré a espiar. —Mizzy dudó—. Para ti todo es trabajo, ¿no?

Ni de lejos. No obstante, asentí.

—Voy a dar con la Épica que asesinó a Sam —afirmó Mizzy—. Voy a matarla.

Chispas. Tenía que limpiar el nombre de Megan; y rápido. Mizzy asintió para sí, con resolución, al alejarse de la zona de baile.

Me fui a vigilar a Newton todo lo sigilosamente que pude. La Épica seguía en el bar; estaba bebiendo y destacaba como un guitarrista punk en una banda de mariachis. Siguiendo la barra improvisada, compuesta en su mayoría por viejas cajas de madera, Exel hablaba con unas mujeres. Se rieron de uno de sus comentarios y todas parecían sinceramente interesadas en él.

Chispas. ¿Exel era un ligón? Al menos él se ceñía al plan. Pensé por un momento en la posibilidad de buscar a Lulu y preguntarle si alguna vez había visto a Regalia. En vez de eso acabé acercándome al puente que había en el borde del edificio; luego salí a la noche para poder estar un rato a solas con mis pensamientos.

Empezaba a gustarme Babilar.

Sí, los colores eran chillones, pero no podía evitar admirarla un poco, sobre todo en contraste con toda la desolación que había entre ella y Chicago Nova. En Babilar todas las líneas brillantes que coloreaban paredes y azoteas eran una marca de humanidad. Lo que había a mi alrededor era una mezcla entre pintura rupestre y tecnología moderna, sacada de un bote y rebosante de vivacidad.

Recorrí un puente diferente al que habíamos usado a la ida. Me llevó hasta una azotea tranquila, donde solo había algunas tiendas y chabolas que parecían desiertas. Daba la impresión de que, en general, la gente prefería las azoteas más cercanas al nivel del agua. Aquella estaba un poco demasiado alta.

No tenía muy claro por qué no vivía más gente dentro de los edificios. ¿No sería más seguro? Claro está, en el interior los edificios eran selvas húmedas, tenebrosas y claramente no naturales. Quizá las azoteas eran lugares que la gente podía reclamar.

Paseé durante un rato. Quizá debería haberme preocupado por el peligro, pero ¡chispas!, Regalia nos había atrapado a todos para luego dejarnos escapar. Aquello no era Chicago Nova, donde Steelheart nos habría matado sin pestañear de haber dado con nosotros. En Babilar la situación era complicada. En Babilar los Épicos y la gente vivían en un ecosistema extraño, en el que los humanos aceptaban que podían morir en cualquier momento y aun

así organizaban fiestas; fiestas a las que los propios Épicos podían asistir.

Chicago Nova era más fácil de comprender. Steelheart en lo alto, debajo Épicos menores, servidos por los escogidos. Los demás se ocultaban en las esquinas. ¿Qué sentido tenía aquel lugar?

«Regalia ha controlado las bandas de la ciudad y de alguna forma se ha ganado la lealtad de Épicos poderosos. Permite que la gente normal tenga toda la comida que quiera y ha logrado atraer a, al menos, un especialista muy preparado», pensé.

Todo aquello indicaba que se trataba de alguien que planeaba imitar a Steelheart en la creación de una poderosa ciudad Estado. Regalia hacía que la ciudad atrajese a gente del exterior y luego se ganaba la lealtad de varios Épicos para componer su aristocracia. Pero si tal era la situación, ¿por qué desatar a Obliteration? ¿A qué construir una ciudad como aquella, imponer leyes y buscar la paz para luego destruirla? No tenía sentido.

Pasos.

Crecer en las calles subterráneas de Chicago Nova te enseñaba algunos trucos. El primero era moverte en cuanto pensabas que alguien se te acercaba a hurtadillas. Si tenías suerte, no sería más que un ladrón. Si no tenías suerte, estabas muerto.

Pagué la espalda contra la pared de una chabola de madera y me agaché para ocultarme. Detrás de mí brillaba la pintura azul. «Imbécil —pensé—. No estás en Chicago Nova. Aquí es normal que la gente pasee». Probablemente no había razón para ocultarse tan rápido. Eché un vistazo.

Y allí estaba Newton, atravesando la azotea a buen ritmo. Pasó casi en completo silencio. Su forma oscura contra el suelo pintado. Parecía que no me había visto.

Volví a agacharme, sudando. ¿Adónde iba? Vacilé un segundo, analicé qué opciones tenía y miré. La vi atravesar la azotea.

La seguí.

«Esto es una tontería», pensó una parte de mí. No me había preparado y no tenía ningún plan para anular sus poderes. Era un

gran Épico, o sea que sus poderes la protegían de todo daño. Si mi vigilancia no funcionaba, no podría limitarme a dispararle, porque mis balas me volverían rebotadas.

Pero trataba directamente con Regalia. Newton formaba parte de lo que fuese que de verdad estaba pasando en aquella ciudad, así que seguirla podía ofrecernos información valiosa. Me displacé agachado, ocultándome tras viejas chabolas para poder seguirla. Al tener que salir a un espacio abierto me moví deprisa y solo una vez se me adelantó bastante. Todos los edificios de aquella zona tenían una altura similar y los habían construido muy juntos, de manera que hacían falta puentes para pasar de uno a otro, aunque algunos estaban conectados por rampas allí donde había un salto de más de medio metro.

Me mantuve a su altura y al hacerlo vi algunas personas apoyadas en el lateral de un edificio por lo demás abandonado. Sus ropas brillaban de pintura verde y me miraron de forma extraña antes de mirar a Newton.

Luego corrieron a ocultarse. ¡Chispas! Me alegraba que tuviesen algo de sentido común, pero no quería que sus movimientos rápidos llamasen la atención de Newton. Me oculté junto a una pared derrumbada.

Newton se volvió hacia un puente largo de cuerda. ¡Chispas!, iba a ser difícil atravesarlo sin ser visto. ¿Cómo iba a seguirla? Pero en lugar de ir por el puente, Newton saltó por el muro lateral del edificio. Fruncí el ceño, luego respiré profundamente y me deslicé hasta el borde de la azotea. Debajo había un pequeño balcón con una puerta abierta que daba al interior del edificio.

Muy bien. El interior del edificio. Donde yo tendría visibilidad limitada y podría caer en una trampa. Por supuesto. Me descolgué por la pared y descendí con cuidado; luego miré a través de la entrada.

Habían recogido hacía poco la fruta reluciente de su interior, probablemente para la fiesta de la que me había salido, por lo que aquel lugar estaba a oscuras; solo unas pocas piezas inmaduras de

fruta ofrecían luz. Olía a humedad, ese extraño olor de plantas y tierra que resultaba tan diferente del acero inmaculado de Chicago Nova.

Un sonido de hojas en la distancia me indicó la dirección por la que había ido Newton. Entré por la entrada rota y la seguí con cuidado. A juzgar por la cama cubierta de enredaderas que llegaban al suelo, aquello había sido un dormitorio. Miré por la otra puerta y me encontré con un pasillo estrecho. No, no era un dormitorio; una habitación de hotel.

El espacio era claustrofóbico: las habitaciones no habían sido muy grandes y el pasillo lleno de árboles no mejoraba las cosas. ¿Cómo vivían aquellas plantas? Me adelanté sigilosamente, por encima de raíces amontonadas, cuando un fruto a medio crecer me dio en un lado de la cabeza.

Luego se puso a parpadear.

Me detuve de inmediato y me volví a mirar el extraño fruto. Parecía una pera y parpadeaba como la luz de neón de una vieja película. ¿Qué...?

—Estaban en la fiesta —dijo una voz femenina.

¡Chispas! Venía de la habitación que tenía justo delante. Casi me la salto sin ver la puerta abierta. Pasé de la fruta y me acerqué para escuchar.

—Tres de ellos. Steelslayer se fue pronto. Lo seguí, pero lo perdí.

¿Hablaba Newton?

—¿Lo perdiste? —La voz profunda me resultaba conocida. Obliteration—. Creía que eso no te pasaba.

—No me pasa. —El tono era de frustración—. Es como si se hubiese desvanecido.

Chispas. Sentí un escalofrío que me subía por los brazos y me inundaba el cuerpo. ¿Newton había estado siguiéndome a mí?

Consciente de que empezaba a mostrar síntomas de locura, eché un vistazo a la habitación. En el interior habían retirado el follaje y habían cortado las plantas, de manera que la pequeña

habitación de hotel había quedado despejada y se podían usar la cama y la mesa. Incluso una de las ventanas todavía tenía el vidrio intacto, aunque la otra estaba abierta al aire.

Estaba oscuro, pero algo de pintura alrededor de la ventana ofrecía luz suficiente para ver a Obliteration. De pie, cubierto por su larga gabardina negra, con las manos a la espalda, mirando por la ventana hacia la ciudad cubierta de pintura de neón y repleta de gente de fiesta. Newton se apoyó contra la pared, haciendo girar una catana en la mano.

¿Por qué a la gente de aquella ciudad le gustaban tanto las espadas?

—No deberías haber permitido que se te escapase —dijo Obliteration.

—¿Por qué a ti se te dio tan bien matarlo? —respondió Newton—. Desobedeciendo las órdenes, añadido.

—No obedezco las órdenes de ningún hombre, mortal o Épico —dijo Obliteration en voz baja—. Soy el fuego purificador.

—Claro; lo que tú digas, friki.

Obliteration levantó un brazo lateralmente, como sin pensar, con una pistola de buen cañón. Por supuesto que iba a tener una 357. Me tapé los oídos cuando le vi accionar el gatillo.

La bala se desvió. Pude verlo y eso no me lo esperaba. Salió un pequeño destello de luz desde Newton, y un cajón de la mesa que estaba cerca de Obliteration reventó y esparció trozos de madera. La mujer punk se puso erguida con cara de enfado mientras Obliteration le disparaba cinco veces más. Cada uno de los tiros rebotó sin causar daño.

Observaba fascinado y mi miedo racional se evaporó. ¡Qué poder tan increíble! Hawkham en Boston había usado desvío de fuerza, pero las balas que rebotaban, por lo general, se rompían en el aire. En este caso, las balas de verdad cambiaban de dirección y se alejaban de la original, como disparadas al contrario. ¿Por qué no se deformaban ante el cambio súbito de trayectoria?

Por lo que había visto, no volaban bien. Las balas no estaban diseñadas para viajar hacia atrás.

Obliteration bajó el arma.

—¿Qué coño te pasa? —exigió Newton.

—¿A quién me voy a dirigir, a quién conjurar y que escuche? —dijo Obliteration impertérrito—. Tienen el oído incircunciso y son incapaces de entender.

—Estás loco.

—Y tú sabes usar una espada —dijo Obliteration en voz baja—. Admiro tu habilidad.

Fruncí el ceño. ¿Qué? Dio la impresión de que a Newton el comentario también le parecía extraño, porque vaciló y bajó la catana mientras le miraba.

—¿Has acabado de dispararme? —dijo al fin Newton, sonando alterada. Me alegraba saber que yo no era el único que consideraba a Obliteration totalmente inquietante—. Es que quiero volver. Me muero de hambre y la comida de la fiesta era lamentable. Solo había fruta.

Obliteration no la miró. Susurró algo e intenté escuchar. Me incliné hacia delante.

—Corruptos —susurró Obliteration—. Todos los hombres son corruptos. En el interior de cada uno de ellos yace la semilla del Épico, y, por tanto, todos deben morir. Mortales e inmortales. Todos.

Resbalé.

Aunque me recuperé con rapidez, rocé una corteza con la bota. Obliteration se volvió de golpe y Newton se irguió, agarró la catana y la levantó.

Obliteration me miró directamente.

Pero no pareció que viera.

Frunció el ceño, mirando más allá de mi escondrijo, y cabeceó. Se acercó a Newton y la agarró de un brazo. A continuación, los dos se teletransportaron. Un estallido de luz dejó atrás figuras brillantes que acabaron convertidas en nada.

Me levanté. Por la cara me corría el sudor. Tenía el corazón desbocado.

De alguna forma había logrado librarme de Newton sin darme cuenta de que me seguía. No me acababa de creer que fuera porque me había ocultado muy deprisa; no si de verdad me seguía.

—Vale, Megan —dije—. Sé que estás ahí. —Silencio.

»Tengo tu pistola —dije, sacándola—. Es un arma muy buena. P226, empuñadura a medida, ajustada a los dedos, algo gastada por los lados. Da la impresión de que te tomaste muchas molestias para adaptarla a tu mano.

Silencio.

Me acerqué a la ventana y sostuve el arma en el exterior.

—Probablemente también se hunde muy bien. Sería una pena que...

—Si la dejas caer, idiota —dijo la voz de Megan desde el pasillo—, te arranco la cara.

¡Megan! ¡Chispas!, qué agradable era oír su voz. La última vez que la había oído ella me apuntaba con un arma.

Salió de entre las sombras del pasillo. Estaba maravillosa.

La primera vez que la vi —cuando yo intentaba unirme a los Reckoners— vestía un elegante vestido rojo y el pelo rubio le caía sobre los hombros. El colorete y la sombra de ojos acentuaban sus finos rasgos, todo resuelto con un lazo de carmín rojo en los labios. Ahora llevaba vaqueros y una chaqueta de estilo militar, que parecía bastante resistente. El pelo lo llevaba recogido en una cola. Y estaba mucho más hermosa. Esta era la Megan real, con una pistolera bajo un brazo y otra en la cadera.

Verla me trajo recuerdos; de una persecución por Chicago Nova, de disparos y helicópteros explotando; de una huida desesperada, cargando con ella herida en brazos, seguida de un rescate imposible.

De todas formas había muerto, pero no, como había descubierto, definitivamente. No podía evitar sonreír al verla. Ella levantó una nueve milímetros y me la puso contra el pecho.

Bien, eso al menos era familiar.

—Te has dado cuenta de que he estado interfiriendo —dijo Megan—. Lo que implica que me he vuelto predecible. Eso o es que sabes demasiado. Siempre supiste demasiado.

Miré al arma. Nunca te acostumbras a que te apunten. De hecho, cuanto más sabes de armas, más desconcertante resulta

encontrarte con una en la cara. Sabes exactamente lo que le pueden hacer a una persona y sabes que una profesional como Megan no apunta si no está dispuesta a disparar.

—Mmm... ¿yo también me alegro de verte? —le dije. Recogí de la ventana el brazo con su pistola y dejé caer el arma en el suelo de la forma menos amenazadora posible. Luego la empujé con cuidado hacia ella—. No estoy armado. Puedes dejar de apuntarme, Megan. Solo quiero hablar.

—Debería dispararte —dijo Megan. Sin dejar de apuntarme se agachó para recoger la pistola con la mano izquierda. Se la metió en un bolsillo.

—¿Qué sentido tendría hacerlo? —pregunté—. Después de salvarme de morir ahogado y de nuevo esta noche cuando Newton me seguía. Por cierto, gracias por las dos ocasiones.

—Newton y Obliteration te consideran peligroso —dijo Megan.

—¿Y no estás de acuerdo?

—Vale, eres peligroso. Pero no de la forma que ellos, o tú, creen. Eres peligroso porque haces que la gente crea en ti, David. Haces que presten atención a tus ideas demenciales. Por desgracia, el mundo no puede ser lo que tú quieres que sea. No vas a derrocar a los Épicos.

—Derrocamos a Steelheart.

—Con la ayuda de dos Épicos —respondió Megan—. ¿Cuánto tiempo habríais sobrevivido tú y tu equipo en Chicago Nova sin los escudos del Profesor y su poder curativo? ¡Chispas! Solo llevas un par de días en Babilar y sin mi ayuda ya estarías muerto. No puedes luchar contra ellos, David.

—Bien —dije, dando un paso al frente a pesar del arma que me apuntaba—. Me parece que tus ejemplos precisamente demuestran que podemos luchar contra los Épicos; siempre que tengamos la ayuda de otros Épicos.

Cambió de expresión, apretó los labios y endureció la mirada.

—Eres consciente de que Phaedrux se volverá contra vosotros. Habéis contratado al león para protegeros de los lobos, pero

cualquiera de los dos estará encantado de devoraros en cuanto se le acabe la comida.

—Yo...

—¡No sabes cómo es por dentro! No deberías confiar en nosotros. En ninguno de nosotros. Incluso lo poco que acabo de hacer, protegerte de esos dos, amenaza con destruirme. —Vaciló—. No recibirás más ayuda por mi parte. —Se volvió y regresó al pasillo.

—¡Megan! —dije sintiendo un pánico súbito. Había ido hasta allí para encontrarla. ¡No podía dejar que se fuera! La seguí al pasillo.

Se alejó de mí, una silueta oscura apenas visible a la luz de los escasos frutos.

—Te he echado de menos —dije.

No se detuvo.

No me había imaginado que el encuentro fuese así. No se suponía que fuese a estar centrado en el Profesor o los Épicos; se suponía que estaría pensando en ella. Y en mí.

Tenía que decir algo. ¡Algo romántico! Algo que la hiciese detenerse.

—¡Eres como una patata! —le grité—. En un campo de minas.

Se detuvo en el acto. Se giró hacia mí con el rostro iluminado por un fruto medio maduro.

—Una patata —dijo sin emoción—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? ¿En serio?

—Tiene sentido —contesté—. Presta atención. Caminas por un campo de minas, temiendo volar por los aires. Pisas algo y piensas «estoy muerto». Pero no es más que una patata. Y sientes alivio al dar con algo tan maravilloso cuando creías que iba a ser horrible. Eso eres tú. Para mí.

—Una patata.

—Claro. ¿Fritas? ¿Puré? ¿A quién no le gustan las patatas?

—A mucha gente. ¿Por qué no puedo ser algo dulce, como un pastel?

—Porque un pastel no crecería en un campo de minas. Es evidente.

Me miró un momento. Luego se sentó en unas raíces que habían crecido desproporcionadamente.

Chispas. Parecía que lloraba. «¡Idiota! —me dije a mí mismo, atravesando el follaje—. Romántico. Se suponía que tenías que ser romántico, ¡imbécil!». Las patatas no son románticas. Debería haber escogido la zanahoria.

Llegué hasta Megan en medio del pasillo oscuro y vacilé, sin saber si debía tocarla. Me miró, y aunque tenía lágrimas en los ojos, no lloraba.

Se reía.

—Eres un idiota completo, David Charleston. Me gustaría que además no fueses tan encantador.

—Eh... ¿gracias?

Suspiró y para acomodarse mejor sobre el montón de raíces, levantó los pies y se sentó en el hueco del tronco. Parecía una invitación, así que me senté frente a ella, con las rodillas delante de mí y la espalda contra la pared del pasillo. Podía ver bastante bien, aunque aquel lugar era inquietante, con sus plantas extrañas y las sombras de las enredaderas.

—No sabes cómo es, David —susurró.

—Cuéntamelo.

Me miró fijamente. Luego alzó la vista.

—Es como volver a ser niña. ¿Recuerdas cómo era cuando eras muy joven y eras el centro del mundo? Nada más importaba, excepto tus necesidades, tus deseos. Pensar en los demás es imposible... simplemente no entran en tu cabeza. Los demás son molestias, una frustración. Te impiden el paso.

—Ya lo has resistido antes.

—No, no lo hice. Con los Reckoners estaba obligada a evitar el uso de mis poderes. No me resistí a los cambios. Nunca lo sentí cuando estaba con vosotros.

—Pues hazlo así otra vez.

Negó con la cabeza.

—Apenas lo logré antes. Cuando morí estaba a punto de volverme loca por la necesidad de usar mis habilidades. Empezaba a buscar excusas y eso hacía que cambiara.

—Ahora parece estar bien.

Jugaba con el arma, poniendo y quitando el seguro, y miraba al techo.

—Es más fácil cuando estoy contigo. No sé la razón.

Bien, ya era algo. Me hizo pensar.

—Quizás esté relacionado con tu punto débil.

Me miró directamente.

—Piénsalo —dije con cuidado. No quería estropear aquel momento—. Podía ser importante.

—Crees que eso es lo que me hace comportarme como soy —respondió bruscamente—. Crees que de alguna forma estar contigo dispara mi punto débil y eso me hace normal. Las cosas no son así, David. Si estar cerca de ti anulara mis poderes, no podría haberte salvado y tampoco podría haberme ocultado entre los Reckoners. ¡Chispas! Si fuese así, siempre que se activase un punto débil, el Épico se pondría en plan: «¡Venga ya! ¿Por qué soy malvado? Vamos a llevarnos bien, chicos. Vamos a los bolos o algo así».

—Vale, no hace falta que te pongas sarcástica.

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Ni siquiera debería estar aquí contigo. ¿Qué estoy haciendo?

—Hablas con un amigo —dije—. Es probable que tal como están las cosas te haga falta. —Me miró y apartó la vista.

»No tenemos que hablar de esto en concreto; ni sobre Chicago Nova, los Reckoners o cosas similares. Solo hálame, Megan. ¿Eso es una 24/7?

Levantó el arma.

—Sí.

—¿Tercera generación?

—Segunda generación compacta, nueve milímetros —gruñó—. Me gusta más el tacto de la G2 que el de la G3, pero a estas

¡chispas! es difícil encontrarles piezas de recambio. Tengo que usar algo pequeño; no puedo permitir que los otros sepan que necesito una pistola. Por aquí eso se consideraría una debilidad.

—¿En serio?

Megan asintió.

—Los Épicos de verdad matan con sus poderes de la forma más espectacular posible. Les gusta exhibirse. He tenido que aprender a usar bien el arma para poder falsear mis poderes de matar gente; a veces.

—Guau —dijo—. Así que cuando luchamos contra Fortuity, en aquella época, y lo derribaste de un disparo...

—Sí. Ni trampa ni cartón. No poseo hiperreflejos ni nada similar. Como Épica soy de lo más lamentable.

—Eh... puedes volver de la muerte. Eso no es lamentable, por si no lo sabes.

Sonrió.

—¿Tienes idea de lo mucho que fastidia que tu estatus de gran Épica te lo dé la reencarnación? Morir duele. Y borra muchos recuerdos de lo que ocurrió justo antes del suceso. Todo lo que recuerdo es morir, el dolor, la oscuridad, la nada helada. A la mañana siguiente me despierto con la agonía y el terror dominando mis pensamientos. —Se estremeció—. Preferiría tener un campo de fuerza o algo para protegerme.

—Sí, pero si tus campos de fuerza se hiciesen un Vincin, estarías definitivamente muerta. La reencarnación es mucho más de fiar.

—¿Vincin? —dijo—. ¿Como la marca de pistolas?

—Sí, son...

—Siempre se encasquillan —dijo Megan asintiendo—. Y son menos precisas que un ciego orinando durante un terremoto.

—¡Hala! —jadeé. Me miró frunciendo el ceño—. Esa metáfora ha sido genial.

—Venga ya.

—Tengo que apuntarla —dijo, pasando de sus quejas.

Cogí el móvil para teclearla; al terminar alcé la vista y la vi sonreír.

—¿Qué? —pregunté.

—No se nos está dando muy bien no hablar sobre Épicos —dijo—. Lo siento.

—Supongo que era mucho esperar. Quiero decir que eso es lo que eres. Además de asombrosa. Tan asombrosa como...

—¿Una patata?

—... un ciego orinando durante un terremoto —dije, leyendo la pantalla del móvil—. Vaya, no acaba de encajar con la situación, ¿no?

—No, no del todo.

—Entonces tendré que buscar otra oportunidad para usarla. — Sonreí y guardé el móvil. Me puse en pie y le ofrecí la mano.

Megan vaciló; luego se sacó algo del bolsillo y me lo puso en la mano. Un pequeño objeto negro, como una batería de móvil.

Fruncí el ceño.

—La mano era para ayudar a levantarte.

—Lo sé —dijo Megan poniéndose en pie—. No me gusta que me ayuden.

—¿Qué es eso? —pregunté sosteniendo el pequeño cuadrado plano.

—Pregúntale a Phaedrux —me contestó.

Al levantarse se había quedado justo delante de mí, muy cerca. Era alta. Casi tanto como yo.

—Nunca he conocido a nadie como tú —dije en voz baja, dejando caer la mano.

—¿Eso es lo que le dijiste al amasijo de culo y pechos saltarines con el que bailabas en la fiesta?

Hice una mueca.

—¿Lo viste?

—Sí.

—Acosadora.

—Los Reckoners han venido a mi ciudad —replicó Megan—. A cualquier Épico le interesa estar al tanto de lo que hacen.

—Entonces ya sabes que no estaba precisamente divirtiéndome en la fiesta.

—Admito que —dijo dando un paso al frente— me costó decidir si intentabas aplastar una marabunta a tus pies o si realmente bailas fatal.

Ese paso la acercó a mí. Muy cerca. Me miró a los ojos.

Ahora o nunca.

Con el corazón desbocado por completo, cerré los ojos y me incliné. De inmediato sentía algo frío contra la sien.

Abrí los ojos y me encontré que Megan también se había inclinado; sus labios casi tocaban los míos, pero había levantado la pistola para apoyarla contra mi cabeza.

—Lo haces otra vez —dijo con un gruñido—. Distorsionar la verdad, hacer que la gente siga tu locura. Lo que hay entre nosotros no va a salir bien.

—Haremos que salga bien.

—Quizá yo no quiera. Quizá quiera ser dura. Quizá no quiera que me guste la gente. Quizá nunca quise que me gustase la gente. Incluso antes de Calamity.

La miré fijamente como si tuviera una pistola apuntándome. Sonreí.

—Tonterías —dijo. Apartó el arma y se alejó por el pasillo, rozando un helecho—. No me sigas. Tengo que pensar.

Me quedé quieto, aunque la miré hasta que desapareció. Toqueteé el objeto similar a una batería que me había dado y sentí un placer persistente; porque cuando se iba yo había mirado la pistola.

Al apuntarme había puesto el seguro. Si aquello no era amor verdadero, no sé qué lo es.

23

Exel me fijó el espiril. Era más elegante de lo que me había esperado; las únicas partes realmente aparatosas eran dos largos tubos como latas que se fijaban a las pantorrillas. La boquilla sobresalía del reverso de mi mano derecha, con una abertura tan grande como una manguera normal; estaba unida a un guante negro con una fijación en la muñeca. El invento me limitaba un poco el movimiento de la mano.

En la mano izquierda llevaba un guante diferente, con algunos extraños dispositivos en el dorso con la forma de dos rollos de monedas. Los toqué.

—Si fuese tú, evitaría usarlos para pagar —dijo Exel con afabilidad—. A menos que pretendas adelantar tu funeral. Resulta que conozco un lugar maravilloso en Babilar que vende lirios todo el año.

—Eres un hombre extraño —dije, aunque tras la advertencia bajé la mano.

—¿Mizzy? —preguntó Exel.

—Parece estar bien —dijo ella. Dio un paseo alrededor y me examinó.

Se agachó y tiró de la línea que iba desde mi pie hasta la espalda. Asintió. Parecía saber mucho sobre aquel tipo de artilugios, sobre todo sobre tecnología derivada de los Épicos. Cuando regresé con el motivador que Megan me había dado, diciendo que había

seguido a Newton y que esta lo había dejado caer, Mizzy fue la que había hecho las pruebas y había determinado que todo estaba bien.

Los tres nos encontrábamos en una azotea en el norte de Babilar, lejos de zonas pobladas, en un lugar donde solo algún edificio ocasional rompía la superficie del agua. No había puentes conectándolos. Además, era de día, momento en que la mayoría de la gente estaría dormida.

Llevaba un neopreno además del espiril e hice lo posible por no notar lo nervioso que eso me ponía. Antes de aceptar equiparme con el dispositivo, Mizzy había insistido en enseñarme algunos fundamentos de natación. Casi había pasado una semana desde el encuentro con Megan. Empezaba a salirme bien lo de nadar; o, mejor dicho, empezaba a dárseme bastante bien no tener un ataque de pánico cada vez que entraba en el agua. Supongo que esa era la batalla principal.

Todavía no había logrado idear un diseño para las puntas en los pies que evitasen los potenciales ataques de tiburones. Por suerte, no me harían falta.

El Profesor miraba desde el otro lado de la azotea. Vestía su bata de laboratorio negra, con las gafas de protección en el bolsillo. No se creía aquella mentira de que había encontrado el motivador del espiril en la habitación después de espiar a Obliteration y Newton. Sentía la tentación de contarle lo de Megan. Pronto encontraría la oportunidad. Cuando Mizzy, Val o Exel no estuviesen por allí. No me parecía que fuesen a reaccionar bien al oír que había mantenido una conversación agradable con la Épica que supuestamente había matado a su amigo.

«No lo hizo; por mucho que tuviese el motivador del espiril», pensé para mí por milésima vez mientras Mizzy apretaba las sujeciones del brazo.

—Vale —dijo Mizzy al fin—. ¡Listo!

—Felicidades —dijo Exel—. Ahora mismo llevas puesto el equipo más peligroso que tenemos.

—¿Dónde están los demás tubos? —pregunté frunciendo el ceño. Latas y guantes estaban conectados por medio de pequeños cables, a su vez fijados de forma segura a los brazos y las piernas, hasta un dispositivo circular situado en la espalda, donde Mizzy había instalado el motivador.

—No hacen falta tubos —dijo Mizzy.

—¿Ninguno? ¿Ni bombas ni mangueras?

—No.

—Estoy convencido de que eso no tiene sentido.

—Y yo estoy convencida de que llevas puesta un arma extraña derivada de los Épicos —dijo Mizzy—. Los tensores vaporizan el metal. Comparado con eso, esto es un paseo por el parque. Ciertamente, nuestro parque local está completamente bajo el agua.

Levanté la mano derecha y cerré el puño. El neopreno que me cubría el brazo crujió al moverme. Su explicación me inquietaba. ¿No deberíamos saber cómo funcionaban de verdad las cosas? Claro está, tampoco comprendía el funcionamiento de ordenadores y móviles, y eso no me molestaba. Pero también era verdad que esos dispositivos no llevaban misteriosos motivadores, y no se habían diseñado tras estudiar las células de Épicos muertos.

Y además, por lo que sabía, no violaban las leyes de la física.

Probablemente fuesen preguntas para otro día. Por el momento, tenía que concentrarme en la tarea: aprender a usar el espiral.

—Bien, ¿cómo funciona?

—Esto —dijo Mizzy, cogiéndome la mano izquierda y dándole a un interruptor— es el rayo-tractor. Apuntas con él hacia el agua y cierras el puño.

—¿Rayo-tractor? —pregunté inexpresivo.

—Me he inventado el nombre —dijo Mizzy, toda alegre.

Examiné el guante. Uno de los dispositivos cilíndricos del dorso parecía un puntero láser. Avancé hasta el borde de la azotea y apunté la mano izquierda al agua. Cerré el puño.

De mi mano izquierda salió disparado un brillante láser rojo. A pesar de estar a plena luz del día, sin tener nada de humo o polvo

en el aire, podía ver claramente el rayo. El dispositivo que llevaba en la espalda empezó a zumbiar.

—El rayo-tractor atrae agua —dijo Exel, dándome una palmada en el hombro—. Bueno, teletransporta el agua hasta ti; o algo así.

—Es una broma.

—Para nada.

—Bien, ten cuidado —dijo Mizzy—, ya que tu otra mano controla el flujo. Tienes que...

Cerré el puño derecho. De mis pies surgieron chorros de agua, que me lanzaron al aire mientras me daba la vuelta. Di un grito y agité los brazos. El rayo-tractor giró hacia el cielo y se apagó en cuanto abrí la mano. Los chorros desaparecieron de inmediato.

El mundo dio vueltas a mi alrededor. Por todas partes se esparcían gotas de agua. Entonces recibí el impacto del océano cuando choqué con él. Fue toda una conmoción, incluso teniendo el campo de fuerza del Profesor para protegerme. El agua salada me entró en la boca y la nariz. Durante un breve y aterrador momento mi mente estuvo convencida de que iba a morir ahogado.

Me resistí, recordando cuando me fui al fondo con un peso al tobillo. El pánico iba acompañado de un terror más profundo y ancestral: un miedo primigenio a ahogarme combinado con el miedo a lo que podría estar acechando en las profundidades.

Luché por llegar a la superficie, escupí agua y nadé como pude hasta la azotea. Me agarré al alféizar parcialmente sumergido y me limpié la cara. Intenté recuperar el aliento y tranquilizarme. A pesar del neopreno sentía frío.

Se oyó una risa atronadora. Exel. Alargó la mano. Yo se la cogí y dejé que me ayudase a salir del agua. Me senté en el borde de la azotea y subí las piernas. No tenía sentido darle al tiburón, que estaba seguro rondaba por allí, nada que morder.

—¡Bien, funciona! —dijo Exel.

—Déjame comprobar la tasa de flujo —dijo Mizzy arrodillándose a mi lado. Llevaba los vaqueros acompañados de una blusa rematada en la parte inferior por volantes. Detrás de ellos dos, el

Profesor se mantenía con expresión tenebrosa y los brazos cruzados.

—¿Señor? —le dije.

—Seguid entrenando —dijo volviéndose—. Tengo asuntos que atender. Exel y Mizzy, ¿podéis ocuparos?

—Claro que sí —dijo Exel—. Yo adiestré a Sam las primeras veces. Pero nunca lo he probado.

Tenía sentido. Supuse que harían falta chorros muy potentes para elevar a Exel.

El Profesor subió a nuestro bote, que estaba anclado junto a la azotea y cogió un remo.

—Cuando queráis que os recoja contactad con Val por el móvil —dijo. Luego se marchó remando hasta el lugar donde habíamos ocultado el submarino.

—¿Qué le pasa últimamente? —preguntó Exel.

—¿Le pasa? —preguntó Mizzy a mi espalda mientras trasteaba con el dispositivo—. Por lo que veo, siempre es así. Taciturno. Enigmático. Misterioso. —Noté cierta timidez en su voz y se escondió un poco más.

—Cierto —dijo Exel—. Pero últimamente la parte misteriosa va acompañada con un extra de inquietud. —Negó con la cabeza y se acomodó a mi lado—. David, cuando manejes el espiril, tienes que mantener el rayo-tractor apuntando al agua. Si dejas de hacerlo, pierdes acceso al propulsor y eso te hace estrellarte.

—Vale. Al menos el aterrizaje será suave, ¿no? —Indiqué el agua con un gesto de la cabeza.

—Nunca te has tirado de barriga, ¿verdad? —preguntó.

—¿De barriga?

Exel se frotó la frente con sus dedos carnosos.

—Vale. A ver, David, el agua no se comprime. Si chocas contra ella a gran velocidad, sobre todo si lo haces exponiendo mucho cuerpo, la sensación es la de chocar contra algo sólido. Si te caes de treinta metros más o menos, se te rompen los huesos. Posiblemente mueras.

Sonaba muy desconcertante, pero la verdad es que no importaba mientras dispusiese de los campos de fuerza del Profesor para protegerme, en la forma falsa de pequeña cajita electrónica fijada al cinturón del neopreno. Como a menudo dividía aquel poder entre varios Reckoners, con el tiempo desaparecería y lo atravesarían puntos de entrada concentrados, como las balas. Pero caer sobre el agua no debería ser un problema.

—¿Treinta metros, dices? —pregunté—. ¿Puedo elevarme tanto?

Exel asintió.

—Y más todavía. Sam no podía llegar a lo alto de los rascacielos más elevados, pero podía llegar a muchos de los de altura mediana.

Mizzy dejó de trastear con la parte de atrás.

—He reducido los flujos —dijo—. Así que al principio podrás practicar sin tanta potencia.

—No hace falta que me cuides —dije.

Exel me miró muy serio y me agarró el hombro con una mano.

—Bromeo sobre la muerte, David. Es un efecto del trabajo; cuando te rodea por todas partes aprendes a reírte de ella. Pero ya hemos perdido a un gancho de este equipo. ¿No sería una tontería perder a otro durante el entrenamiento? Lo que sucedió hace un momento bien podría haber acabado contigo lanzado al aire, para luego caer a gran velocidad de cabeza contra la azotea.

Respiré hondo. Me sentía tonto.

—Efectivamente. Tienes razón. —Las protecciones del Profesor eran buenas, pero no infalibles—. Me lo tomaré con calma al principio.

—Entonces levántate, Steelslayer, y a la tarea.

24

Resultó que la dificultad para usar el espiral no estaba relacionada con su potencia. Después de media hora hicimos que Mizzy incrementase la fuerza de los chorros, porque de esa forma ofrecían mejor apoyo.

El problema era el equilibrio. Intentar mantenerse estable con dos chorros de agua que salían de tus piernas era como intentar mantener en equilibrio un caldero lleno de ranas sobre la punta de dos espaguetis a medio cocer. Y encima tenía que hacerlo apuntando al agua con el brazo izquierdo para no perder el empuje. Por suerte, podía emplear para estabilizarme la mano derecha. En ella llevaba lo que Mizzy llamaba un chorro de mano. Así podía lanzar chorros de agua para ajustar el equilibrio, pero a menudo yo me pasaba con él.

Era todo bastante complicado. Tenía que apuntar al agua con el rayo-tractor de la mano izquierda. Abriendo y cerrando la mano derecha ajustaba la fuerza del agua que salía de los pies, y con el pulgar derecho controlaba la potencia del chorro de mano. Pero no podía usarlo para estabilizarme si no me acordaba de apuntar en la dirección en la que caía, lo que es más fácil de decir que de hacer cuando intentas jugar mentalmente con todos esos elementos.

Finalmente conseguí flotar estable a unos cinco metros del agua. Vacilé un poco y usé la propulsión manual para enviar un chorro hacia atrás que me impidiera caerme si me inclinaba en esa dirección.

—Muy bien —gritó Exel—. Es como caminar sobre zancos flexibles, ¿eh? Así lo expresó Sam.

Vale, estaba bien si pretendías ser pedestre con tus metáforas.

Perdí el equilibrio y caí al agua, así que relajé la mano derecha para detener los chorros. Salí a la superficie escupiendo agua, pero me dejé flotar durante un momento. Exel y Mizzy me miraban.

Me fastidiaba caerme una y otra vez, pero no iba a permitirme el desánimo. Para manejar los tensores había tenido que entrenarme semanas.

Algo me rozó la pierna.

Sabía que lo más probable era que se tratase de un trozo de basura empujado por la corriente, pero contraí la pierna y cerré el puño instintivamente; así que el agua salió del pie y yo salí disparado como una lancha rápida de carne y hueso. Casi al instante aflojé la mano, sorprendido de lo fácil que había sido moverme.

Me volví, mirando al frente y con las piernas hacia atrás, de forma que estaba horizontal sobre la tripa, y probé otra vez. Tuve cuidado con la potencia hasta moverme a una velocidad decente, tan rápido como había nadado Mizzy el día anterior al instruirme. Comprobé las gafas y las protecciones de los oídos para asegurarme de que estaban bien colocados.

Luego incrementé la velocidad.

Por alguna razón, a pesar de que los pies apuntaban directamente atrás, salí del agua y volé justo sobre la superficie. Fue rápido y solo duró unos segundos antes de caer de cara en el agua.

«¡Hala!», pensé, mientras llegaba a la superficie. Luego salí del agua salpicando.

Relajé la mano para reducir el impulso y me puse recto. La pequeña fuerza de los chorros hizo que mi cuerpo saliera hasta la cintura por encima de la superficie, donde el agua se removía a mi alrededor como formando un dónut.

Había logrado ir muy rápido. ¿Podría ir todavía más deprisa? Me dejé hundir, volví a colocar los pies rectos y activé los chorros al

máximo; salí disparado como un torpedo. El agua saltaba de mi cuerpo a medida que me acercaba y me separaba, enloquecido por la velocidad. Había logrado dominar lo de la natación impulsada mucho más rápido que lo de flotar; me divertía tanto que casi olvido que estaba en el agua.

Finalmente nadé hasta los otros y apagué los chorros. En la azotea, Mizzy estaba boquiabierta.

—Eso ha sido —dijo con lágrimas en los ojos— uno de los espectáculos más *ridículos* que he visto nunca.

—Pronuncias mal la palabra *impresionante* —gruñí—. ¿Has visto lo rápido que iba?

—Eras como una marsopa —dijo Mizzy.

—¿Una marsopa *impresionante*?

—Claro —dijo riendo.

Exel sonreía a su lado. Se agachó para ayudarme a salir del agua, pero yo activé los chorros y salí en ángulo. Logré aterrizar a su lado en la azotea sin darme de bruces, aunque tuve que agitar mucho los brazos.

Mizzy volvió a reírse y me lanzó una toalla. Me acomodé en una de las sillas, temblando. Puede que se acercase la primavera, pero el aire seguía un poco frío. Acepté la taza de té caliente que me ofreció Exel mientras se situaba a mi lado y se ajustaba el auricular. Hice lo mismo.

—Esa agua —dije, hablando bajo como los Reckoners de Babilar— no parece estar tan fría como debiera. —En aquel momento me di cuenta de que estaba fuera y temblaba, o sea que el agua estaba más caliente que el aire.

—Así es —dijo Exel—. Y está todavía más caliente en las zonas meridionales de Babilar. Hay corrientes que recorren las calles y ponen el agua a temperatura tropical incluso en pleno invierno.

—Eso suena a... —dejé de hablar.

—¿Imposible? —me ofreció Exel.

—Sí —dije—. Pero ya comprendo que es una estupidez, teniendo en cuenta todo lo que sucede en esta ciudad.

Exel asintió y nos quedamos sentados un rato. Me comí un sándwich que saqué de la mochila.

—Bien —dijo Exel—. ¿Hemos acabado por hoy?

—No —dije, tragándome el último trozo del sándwich—. Solo llevamos una o dos horas. Quiero aprenderlo bien. Déjame descansar un minuto y volveré a probar.

Mizzy se sentó y comprobó el móvil.

—Val informa de que Newton está ahora mismo en Eastborough. No se mueve en esta dirección. No parece que nos hayan visto.

Asentí y mientras pensaba bebí un sorbo de té. Estaba más dulce de como lo tomaba habitualmente.

—Tendremos que descubrir su punto débil.

—Preferiría dar con el de Obliteration —dijo Exel—. Me da miedo.

—Debe darte miedo.

Me había pasado la semana pensando en Megan, pero puede que fuera Obliteration el que tenía que ocupar todo mi tiempo. ¿Por qué de pronto había decidido vaporizar Houston? ¿Qué había cambiado y por qué me había equivocado respecto al periodo refractario de sus poderes de teletransporte?

Saqué mi nuevo móvil y repasé la versión digital de mis notas. No era muy diferente a mi antiguo móvil, aunque algunas de las mejoras de Mizzy, como un panel solar en la parte posterior que lo cargaba lentamente, parecían útiles.

Me detuve en una foto de Obliteration que habían sacado en Houston poco antes de que la destruyese. En la Fábrica le había dado a un chico durante dos semanas la mitad de mi ración para conseguir una copia de aquella foto, que un amigo le había enviado.

En ella se veía a Obliteration sentado en medio de la plaza municipal, con las piernas cruzadas, bajo el sol con los ojos cerrados y la cara hacia el cielo. Unos días después, Houston ya no existía... y eso me había sorprendido. Asumía que seguiría siendo durante años emperador de la ciudad, como Steelheart en Chicago.

Nada de lo que había leído sobre él me había preparado para algo así.

Mis notas acerca de Obliteration eran equivocadas, no solo en lo que respectaba a sus poderes, sino también sobre sus motivos e intenciones. Pensé un momento, luego busqué el número de Val y la llamé.

—Dime —dijo en voz baja.

—Mizzy dice que sigues de vigilancia —dije.

—Sí. ¿Qué necesitas?

—¿Alguien ha visto a Obliteration sentado al sol? —pregunté—. Quiero decir, ¿en esta ciudad?

—No lo sé —dijo Val—. Hay muchos rumores sobre él, pero muy poca información concreta.

Miré a Exel sentado en una silla a mi lado. Se encogió de hombros.

—Puedo intentar descubrir algo, si quieres —se ofreció.

—Gracias —dije—. Val, mantén los ojos abiertos, ¿vale? Creo que Obliteration necesita cargarse de esa forma; así actuó en las otras ciudades antes de destruirlas. Querremos saber si se pone a hacerlo aquí.

—De acuerdo. —Val colgó.

—Te preocupas demasiado por él —dijo Mizzy. Estaba sentada al borde de la azotea, echando al agua sin pensar pequeños trozos de ladrillo.

Exel se rio por lo bajo y dijo por el móvil:

—Bien, probablemente sea él quien intente fundir la ciudad, Missouri.

—Supongo. Pero ¿qué hay de Firefight? —Mizzy miró al agua, con el ceño fruncido de una forma muy poco habitual en ella—. Mató a Sam. Se infiltró en los Reckoners. También es un Épico de fuego, como Obliteration. ¿Por qué no hablamos de cómo matarla?

Épico de fuego. Estaba casi seguro de que no era verdad. En realidad, ella era algún tipo de Épico de ilusión, aunque, sinceramente, yo no sabía lo que podía hacer. Había algo extraño

en las imágenes que creaba, pero no podía dar con el quid de la cuestión.

—¿Qué os dijo el Profesor sobre Firefight? —les pregunté con curiosidad a Mizzy y a Exel.

Mizzy se encogió de hombros.

—Tengo los informes Reckoner sobre ella, aunque creían que ella era él. Épico de fuego; tiene un aura de fuego a su alrededor con la que puede fundir balas. Puede volar y lanzar fuego.

Nada de eso era cierto y el Profesor lo sabía. ¿Por qué no les había contado que Megan era una ilusionista y que no poseía poderes para manipular el fuego? Yo no iba a aclararlo, sobre todo sin saber por qué el Profesor no lo había contado. Además, mientras Mizzy pretendiese cazar a Megan, era más seguro que el equipo no conociese su verdadera naturaleza.

—Pero los informes no dicen nada sobre su punto débil —dijo Mizzy mirándome con esperanza.

—No tengo ni idea de cuál es —dije—. No parecía muy mala cuando estuvo con nosotros.

—Os engañó bien engañados —dijo Mizzy, con simpatía—. Sí, supongo que tenemos suerte de que no lo intentase con nosotros. Sería mucho más difícil si primero hubiese sido nuestra amiga para luego ponerse a matarnos. —Todavía parecía furiosa. Se sirvió una taza de té.

Me levanté y dejé la toalla a un lado. Aún tenía el espiral instalado, propulsores en la parte posterior de las pantorrillas, guantes en las manos.

—Voy a practicar un poco más ese truco de natación.

—Ten cuidado con la gente —dijo Exel—. No dejes que te vean, no queremos acabar con la reputación de los Reckoners por hacer el tonto.

—lil, lii —Mizzy chilló como un delfín.

—Genial —dije, intentando no ruborizarme—. Gracias. Me da muchos ánimos. —Me quité el auricular y lo metí en el bolsillo

hermético del neopreno, luego volví a ponerme las gafas y los tapones de la nariz.

Salté al agua y di un par de vueltas más a la azotea. Era divertido, aunque fuese en el agua. Además, imaginé que me movía demasiado rápido para que me atrapase un tiburón.

Al cabo de un rato, cuando creí que ya lo tenía controlado, me alejé de la azotea y me aventuré en las aguas abiertas que cubrían lo que en su día había sido Central Park. En aquel momento era una enorme extensión de la que no salía nada a la superficie, lo cual era perfecto para mí porque así no corría el riesgo de caer al agua y pegarme contra una azotea o una columna sumergidas.

Cerré la mano derecha en un puño y gané velocidad, luego me puse a saltar por el agua, saliendo y entrando una y otra vez. Al principio resultaba emocionante, pero al poco se volvió monótono. Me obligué a seguir. Tenía que dominar el dispositivo. Íbamos a necesitar cierta ventaja.

La energía del campo de fuerza del Profesor parecía protegerme. Sospechaba que sin su ayuda mi cara y mi cabeza estarían recibiendo un buen castigo; con él apenas lo sentía. Tras atravesar el parque entero en unos minutos, me disparé hacia arriba y me alejé de la superficie; luego conseguí mantener el equilibrio de los chorros de agua y me quedé estable en un punto a unos cuatro metros sobre el océano. Al empezar a inclinarme levanté la otra mano y usé el chorro pequeño del dorso de la mano derecha, controlado por el pulgar, para volver a mi sitio.

Emocionado porque había logrado mantenerme en equilibrio, sonreí y, sin querer, me pasé con el chorro de mano. Volví a estrellarme contra el océano, pero ya estaba acostumbrándome. Sabía que tenía que reducir la potencia y ascender gradualmente. Salí del agua y me permití flotar un momento, satisfecho con mi aprendizaje.

Luego recordé dónde estaba. Estúpida agua, que estropeaba mi momento de disfrutar de la natación. Usé el chorro para dirigirme hacia una pequeña azotea que sobresalía de la superficie y me

encaramé a ella. Allí me quedé sentado, con las piernas colgando en el borde, casi sin pensar que las tenía en el agua, para descansar unos minutos.

Un momento después Regalia apareció frente a mí.

Me puse en pie de un salto mientras se manifestaba la imagen a partir del agua que se elevaba. Eché mano para coger la pistola, que, por supuesto, no llevaba. Tampoco es que me hubiese servido de mucho.

Sabíamos que podría estar vigilándonos. En Babilar siempre había que contar con ello. Podríamos habernos alejado de su alcance para el entrenamiento, pero ¿qué sentido hubiese tenido? Ya sabía de la existencia del espiril y estábamos bastante seguros de que no nos quería muertos. Al menos, no por el momento.

Dio un paso y entró en la azotea, todavía conectada al mar por un hilo de líquido. Sostenía una delicada taza de té y se sentó en una silla, que se formó tras ella a partir del agua. Como en otras ocasiones, vestía un formal traje de chaqueta con camisa, con el pelo blanco recogido en un moño. Su piel oscura afroamericana estaba surcada de arrugas.

—¡Ay!, tranquilo —me dijo Regalia por encima de su taza de té—. No voy a hacerte daño. Solo quería mirarte bien.

Vacilé. Podía imaginármela como miembro del jurado en un concurso televisivo: distinguida pero cruel. Su voz sonaba como la de una madre sabia que se había visto obligada a intervenir en las pequeñas disputas de sus inmaduros hijos.

«También fue predicadora —recordé de mis notas—. ¿Y Obliteration no había citado la Biblia?». ¿Cuál era la conexión?

Mi parte Reckoner se moría por saltar al agua y alejarse lo más rápidamente posible. Se trataba de una Épica muy peligrosa. Jamás había interaccionado de esa forma con Steelheart; nos habíamos mantenido muy alejados de él hasta el momento de hacer saltar la trampa.

Pero Regalia gobernaba las aguas. Si saltaba al mar todavía estaría más a su merced.

«No te quiere muerto —me repetí—. A ver qué puedes descubrir». Era lo contrario de lo que me decía mi instinto, pero parecía la mejor opción.

—¿Cómo se las arregló Jonathan para matar al Épico que tenía esos poderes? —preguntó Regalia señalándome a las piernas—. Normalmente hay que asesinar al Épico para crear un dispositivo así. Siempre me he preguntado cómo lo lograron los Reckoners en el caso de esos chorros.

Permanecí en silencio.

—Lucháis contra nosotros —continuó Regalia—. Afirmáis que nos odiáis. Pero luego os vestís con nuestra piel. Lo que realmente odiáis es que no podéis domesticarnos, como el hombre ha domado las bestias. Así que nos asesináis.

—¿Te atreves a darme lecciones sobre asesinatos? —la interpele—. ¿Después de lo que hiciste al invitar a Obliteration a esta ciudad?

Regalia me examinó con rostro neutro. Dejó la taza a un lado y se fundió con el no ser que ya era parte de su proyección. Estuviese donde estuviese, la que había estado sentada en una silla era de verdad, así que intenté recordar su aspecto. No era más que un sencillo asiento de madera, sin adornos en los laterales ni en la parte posterior, pero quizá pudiese darme alguna pista sobre la localización de su base.

—¿Jonathan te ha contado lo que es? —preguntó Regalia.

—Amigo tuyo —dije sin comprometerme—. De hace años. Sonrió.

—Sí. Los dos nos convertimos en Épicos más o menos al mismo tiempo —me contó—. ¿No te sorprende oír que es un Épico? Así que lo sabes. Había dado por supuesto que todavía seguía con la farsa.

—¿Sabes —le respondí— que si un Épico deja de usar sus poderes vuelve a su personalidad original? No hace falta que te matemos, Regalia. Simplemente deja de usar tus poderes.

—¡Ay!, si de verdad fuese tan sencillo...

Agitó la cabeza como si le divirtiese mi inocencia. Señaló hacia el agua en la bahía de Central Park. Se agitó y se formaron en la superficie pequeñas olas que cambiaban tan rápido como la expresión en el rostro de un niño atrapado en arenas movedizas de caramelos.

—Se te ha dado bien ese dispositivo —dijo Regalia—. Vi entrenarse al otro y a él le llevó mucho más tiempo acostumbrarse a sus poderes. Parece que las habilidades se te dan bien.

—Regalia... —dije dando un paso al frente— Abigail. No tienes que ser así. Tú...

—No hagas como si me conocieses, jovencito —dijo Regalia. El tono era tranquilo pero firme.

Me quedé en mi sitio.

—Has matado a Steelheart —añadió Regalia—. Solo por eso debería destruirte. Nos quedan muy pocos rasgos de civilización ¿y vas y haces caer la que no solo tiene electricidad sino también cuidados médicos avanzados? Orgullo en su forma más elevada, niño. Si estuvieses en mi tribunal, te encerraría de por vida. Si pertenecieses a mi congregación, haría algo todavía peor.

—Por si no te has dado cuenta —le repliqué—. A Chicago Nova le va perfectamente sin Steelheart. Igual que le irá a Babilar cuando no estés. ¿No es por eso por lo que obligaste al Profesor a venir aquí? ¿Por qué quieres que te mate?

Vaciló al oírlo y me di cuenta de que quizás había dicho demasiado. ¿Acababa de revelar que el Profesor conocía su plan? Pero si ella de verdad quería que él la detuviera, contaría con que él

descubriera sus intenciones, ¿no? Yo tenía que andar con más cuidado. Regalia no solo era un Épico; también era abogada. Como echarle curry a la salsa picante. Podía confundirme totalmente con su retórica.

Pero ¿cómo podría sacarle información sin decir nada? Tomé una decisión rápida y salté de la azotea; activé el espiral y recorrí las aguas de la bahía de Central Park. Minutos después emergí del agua y aterricé en otra azotea al norte de la primera.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que estás haciendo esa maniobra? —dijo Regalia, extendiéndose a partir del agua. No estaba del todo formada cuando habló.

Grité como si me asustara. Salté del edificio y fui por el agua hasta el extremo norte de la bahía. Allí, agotado, volví a salir del agua y me quedé en una azotea. Me chorreaba agua por la frente.

—¿Has terminado? —preguntó Regalia al tiempo que se formaba su silla igual que antes. Cogió la taza de té—. Puedo aparecer en cualquier sitio, tontín. Me sorprende que Jonathan no te lo haya dicho.

«En cualquier sitio, no —pensé—. Tu alcance es limitado».

Y acababa de regalarme dos puntos más que ayudarían a Tia a determinar su posición real. Fui de la azotea al agua, con la intención de hacerlo otra vez y ver si lograba que me siguiese de nuevo.

—Se te da bien el dispositivo —comentó Regalia—. ¿Conociste a Waterlog, el Épico que tenía esos poderes? Lo creé yo, ¿sabes?

Me quedé inmóvil en el agua junto al edificio, congelado como un escarabajo que acaba de descubrir que a su madre se la ha comido una mantis.

Regalia bebió un sorbo de té.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—¡Ah!, eso te interesa, ¿no? Su nombre original era Georgi y era un pequeño matón de Orlando. Era prometedor. Lo convertí en Épico.

—No seas ridícula —dije, riéndome. Nadie podía crear Épicos. Ciertamente, de vez en cuando aparecía uno nuevo. Pero la gran mayoría de ellos estaban presentes desde un año, más o menos, antes del ascenso de Calamity. Conocía a algunos Épicos notables que habían manifestado sus poderes recientemente; pero nadie sabía por qué ni cómo.

—Estás muy seguro de negarlo —me dijo Regalia, negando con la cabeza—. Crees saber mucho sobre el mundo, David Charleston. ¿Sabes cómo funciona todo?

Dejé de reír, pero no la creí ni un momento. De alguna forma jugaba conmigo. ¿Qué pretendía?

—La próxima vez que lo veas, pregúntale a Obliteration —dijo ella tranquilamente—; suponiendo que vivas lo suficiente. Pregúntale por lo que les hice a sus poderes, lo fuertes que son ahora a pesar de todo lo que le he quitado.

La miré, frunciendo el ceño.

—¿Quitado? —¿Qué quería decir? ¿Qué le iba a quitar a un Épico? Y dejando eso de lado, ¿daba a entender que había mejorado los poderes de Obliteration? ¿Por eso no tenía periodo refractario al teletransportarse?

—No puedes luchar contra mí —dijo—. Si lo haces, acabarás muerto; y solo. Intentarás respirar por última vez en la selva de uno de esos edificios, a un paso de la libertad. Lo último que verás será una pared desnuda en la que alguien salpicó café. Un final mísero y patético. Piénsalo.

Desapareció.

Subí a la azotea y me quité agua de los ojos. Me senté. Aquello había sido una experiencia totalmente surrealista. Mientras descansaba reflexioné sobre lo que me había contado. Había muchos detalles que cuanto más pensaba sobre ellos más inquietantes resultaban.

Al cabo de un rato, salté al agua y volví con los otros.

Dos días más tarde andaba merodeando en la biblioteca de la base submarina, solo, mirando el mapa de Tia. Los puntos donde yo había visto a Regalia estaban marcados con alfileres rojos y pequeños signos de exclamación escritos directamente en el papel. Sonreí al recordar la emoción de Tia al colocar aquellos alfileres. Aunque el aspecto matemático de lo que hacía no me atraía especialmente, el resultado final sí que me interesaba mucho.

Me moví para irme y luego me detuve. Me había ido bastante bien con la formación en matemáticas de la Fábrica, a pesar de no haber disfrutado de la asignatura. No podía permitirme ser vago solo porque otra persona lo tuviese controlado. Quería entender por mí mismo. Me obligué a volver y descifrar las anotaciones de Tia. Por lo que pude deducir, los puntos que yo había proporcionado habían sido de mucha ayuda, pero nos hacían falta más datos de la parte sur de la ciudad para poder determinar la base central de Regalia.

Me sentía satisfecho y salí de la biblioteca. Sin tener nada que hacer.

Lo que resultaba raro. Allá en Chicago Nova, siempre tenía algo de lo que ocuparme; ya se encargaban de ello Abraham y Cody. En cuanto me veían sin hacer nada me asignaban un proyecto. Limpiar las armas, cargar cajas, practicar con los tensores, lo que fuese.

En aquel momento no era así. Allí abajo no podía trabajar con el espiral y solo podía salir a entrenarme durante unas expediciones concretas planeadas de antemano. Además, me dolía todo el

cuerpo por las horas que ya había pasado nadando a toda potencia por la ciudad. Los campos de fuerza del Profesor habían evitado que me magullase, pero no protegían los músculos del esfuerzo.

Fui a ver qué hacía Tia. Tenía la puerta entreabierta y supe, por la expresión de concentrada y por las seis bolsas vacías de cola junto al asiento, que no debía molestarla. Mizzy estaba con Val en el taller, ayudándola a reparar uno de nuestros botes. Cuando llegué allí para hablar con ellas recibí de inmediato un gesto frío por parte de Val. Me paré en la misma puerta, congelado por la mirada. Estos días Val parecía estar de peor humor que lo habitual.

Mizzy se encogió de hombros. Agitaba las manos e hizo que Val le pasase una herramienta. ¡Chispas! Me volví y las dejé. ¿Ahora qué? Debería hacer algo. Suspiré y me dirigí a mi cuarto, donde una vez más podría repasar las notas sobre Épicos. Pasé frente a la puerta de Tia y me sorprendió que me llamase.

—¿David?

Vacilé en la puerta y la abrí del todo.

—¿Sí?

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Tia, con la cabeza agachada sobre el bloc digital, en el que tecleaba algo a toda velocidad—. Lo de Sourcefield.

Sourcefield. La Épica que había matado antes de irme de Chicago Nova. Me decidí a dar un paso adelante, deseoso de colaborar.

—¿Has descubierto algo más? ¿Sobre su pasado?

—Acabo de descubrir la verdad sobre sus abuelos —dijo Tia asintiendo—. Intentaron matarla.

—¡Qué triste!, pero...

—Envenenaron su bebida.

—¿Zumo de fruta instantáneo?

—Sí —dijo Tia—. Sus abuelos eran muy raros. Estaban fascinados por las sectas y las viejas historias. Fue un asesinato de imitación, o un intento, basado en una antigua tragedia ocurrida en Sudamérica. Lo importante es que Sourcefield, más bien Emiline,

tenía la suficiente edad para comprender que la habían envenenado. Cuando la boca y la garganta empezaron a arderle, se arrastró a la calle y un transeúnte la llevó al hospital. Años más tarde se convirtió en Épico y su punto débil...

—Era justo lo que casi la mata —dije emocionado—. Es una conexión, Tia.

—Quizás una coincidencia.

—No lo crees —dije. ¿Cómo podría creerlo? Era una conexión más, una real, como Mitosis, pero todavía más prometedora. ¿De ahí surgían las debilidades de los Épicos? ¿El talón de Aquiles de cada uno de ellos era algo que casi los había matado?

«¿Pero cómo podría el mal rock matar a alguien?», me pregunté. ¿De gira, quizás? Un accidente. Había que descubrir más detalles.

—Creo que es posible que sea una coincidencia —dijo Tia. Alzó la vista y me miró a los ojos—; pero también creo que vale la pena investigarlo. Buen trabajo. ¿Cómo lo adivinaste?

—Debe haber una lógica, Tia —dije—. Los poderes, los puntos débiles, los Épicos... quién es elegido.

—No sé, David —dijo Tia—. ¿Realmente tiene que haber una lógica? En la antigüedad, cuando se producía un desastre todos intentaban darle sentido, encontrar una razón: los pecados de alguien, dioses furiosos..., pero la naturaleza no siempre nos ofrece una razón, no del tipo que buscamos.

—Vas a investigar más, ¿no? —pregunté—. Esto es como Mitosis; al menos similar. Quizá podamos encontrar una conexión entre Steelheart y su punto débil. Solo podía sufrir daños a manos de alguien que no lo temiese. Quizás había estado a punto de morir a manos de alguien que...

—Lo investigaré —dijo Tia, parándome—. Lo prometo.

—No pareces convencida —insistí. ¿Cómo podía ser tan escéptica? ¡Era emocionante! ¡Una revolución!

—Creía que ya lo habíamos superado. Los eruditos invirtieron los primeros años en buscar una conexión entre los puntos débiles de los Épicos. Decidimos que no existía. —Vaciló—. Aunque

supongo que fue una época complicada, con grandes problemas de comunicación y un Gobierno que se desmoronaba. En aquella época cometimos otros errores. Creo que no me sorprendería descubrir que nos apresuramos demasiado en tomar algunas decisiones. —Suspiró—. Lo investigaré más a fondo, aunque Calamity sabe que hoy en día con lo de Regalia no tengo tiempo.

—Puedo ayudar —dije para dar un paso más.

—Sé que puedes. Te mantendré informado de lo que descubra.

Me quedé donde estaba. Era tozudo y no quería irme tan fácilmente.

—Eso fue una indicación para que te retirases, David.

—Yo...

—La gente con la que trabajo es muy poco confiada —me interrumpió Tia—. He estado dándoles a entender que habría que permitirte unirme a nosotros, pero si lo haces tendrías que renunciar al trabajo de campo. Tener acceso a nuestros conocimientos exige evitar que corras riesgos; no te vayan a capturar e interrogar.

Gruñí molesto. Deseaba conocer algún día a los eruditos de Tia. Pero no iba a renunciar a ser gancho, no mientras quedasen Épicos por matar. Además, ser erudito sonaba a trabajo para un ratón de biblioteca.

Suspiré y me fui, lo que, por desgracia, me dejaba con el mismo problema de antes. ¿Qué hacer? Tia no me dejaría investigar y Val no me quería cerca.

¿Quién hubiese podido pensar que vivir en una asombrosa base submarina pudiese ser tan aburrido?

Fui, lentamente, hacia mi habitación. El pasillo estaba en silencio, excepto por algunos ecos que llegaban de lo más profundo de la zona oscura. Un sonido lejano, con cierta calidad ronca, que me llamaba como la campana de un microondas al terminar de calentar una pizza. Pasé puerta tras puerta hasta llegar finalmente a la habitación de Exel. Tenía la puerta completamente abierta y el interior estaba cubierto de un lado a otro con pósteres de edificios

interesantes. ¿Un fanático de la arquitectura? No lo habría supuesto, pero la verdad es que me costaba acertar con Exel.

Llenaba una enorme silla cerca de una pequeña mesa sobre la que había colocado una antigua máquina. Hizo un gesto en mi dirección para luego seguir trasteando con la máquina. Emitía un zumbido.

Sintiéndome bienvenido por primera vez en todo el día, entré y me acomodé en una silla a su lado.

—¿Una radio? —supuse.

—Concretamente, un escáner —me contestó.

—No sé qué es eso.

—Básicamente permite buscar señales, en su mayoría locales, y comprobar si puedo oírlos.

—¡Qué... anticuado! —dije.

—Puede que no tanto como crees —respondió—. En realidad esto no es realmente una radio. Es solo el mecanismo de control. Estamos a tal profundidad que aquí no llegan las señales; la radio real está arriba.

—¿Radio inmóvil? —Me toqué el móvil—. Tenemos algo mejor.

—Y la mayor parte de la gente en la superficie no lo tiene —dijo Exel, con voz burlona—. ¿Crees que la gente que holgazanea y va de fiesta en esta ciudad tiene recursos para usar móviles? ¿Y nada menos que móviles Knighthawk?

Vacilé. En Chicago Nova los móviles eran comunes. Steelheart había tenido un acuerdo con Fundación Knighthawk. Aunque suena altruista, la verdad es otra. Si todos usábamos móviles, él podía obligarnos a aceptar «programas de obediencia» y otros avisos para mantenernos a raya.

Parecía que Regalia no disponía de algo similar.

—Radios —dijo Exel, tocando el receptor—. Algunas cosas funcionan, así de fácil. La simplicidad manifiesta su propia elegancia. Si estuviese ahí arriba, viviendo una vida relativamente normal, querría una radio en lugar de un móvil. Puedo arreglar una

radio; sé cómo funciona. Solo Calamity sabe lo que sucede en el interior de uno de esos dispositivos modernos.

—Pero ¿cómo se alimenta la radio? —pregunté.

Exel negó con la cabeza.

—Aquí en Babilar las radios funcionan, sin más.

—Quieres decir...

—No hay explicación —dijo encogiendo los enormes hombros—. No hay nada más que funcione sin fuente energética: batidoras, relojes, lo que sea. No funcionan. Pero las radios se encienden, incluso si no tienen batería.

Me estremecí. La idea me inquietaba todavía más que las luces extrañas en la oscuridad. ¿Radios alimentadas por un mecanismo fantasmal? ¿Qué pasaba en aquella ciudad?

A Exel no parecía importarle. Cambió de frecuencia. Cogió el lápiz, se inclinó y escribió. Acerqué mi silla. Por lo que podía deducir, se limitaba a escuchar aleatoriamente las conversaciones de la gente. Tomó algunas notas y cambió. Siguió escuchando aquella frecuencia durante un rato sin tomar notas y luego cambió a la siguiente, de la que tomó apuntes a toda velocidad.

Parecía saber lo que hacía. Sus notas eran precisas y eficientes, y parecía estar buscando si alguien hablaba en código. Cogí una de sus hojas; me miró pero no me lo impidió.

Daba la impresión de estar buscando menciones de Regalia e historias relativas a su aparición directa. Casi todo lo que tenía eran rumores, pero me impresionaba el detalle de las notas y las conclusiones que extraía. Algunas de las notas indicaban que la frecuencia había estado inactiva, o con interferencias, pero había logrado recrear conversaciones enteras: subrayaba las palabras que había conseguido oír y el resto lo añadía.

Levanté la vista.

—Te dedicas a las pompas fúnebres —dije con escepticismo.

—Tercera generación —dijo con orgullo—. Allí estuve para embalsamar a mi propio abuelo. Yo mismo le rellené los ojos con algodón.

—¿Esto lo enseñan en la escuela de embalsamadores? —dije sosteniendo el papel.

—No —dijo Exel sonriendo—. Esto lo aprendí en la CIA.

—¿Eres espía? —dije sorprendido.

—¡Eh!, la CIA también necesita embalsamadores.

—¡Ah, no! Me parece que no.

—Más de los que crees —me advirtió Exel cambiando de frecuencia—. En tiempos había cientos como yo. No todos de pompas fúnebres, claro, pero similares. Gente que vivía su vida normal, con su trabajo normal, por aquí y por allá, en cualquier sitio donde se pudiera echar una mano. Pasé años enseñando técnicas de pompas fúnebres en Seúl y por la noche escuchaba la radio con mi equipo. Todo el mundo imagina que los espías van a cócteles y llevan pajarita, pero la verdad es que de esos no había muchos. La mayoría éramos personas corrientes.

—¿Tú, corriente?

—Dentro de unos límites aceptables de verosimilitud —me contestó Exel.

Sonreí.

—No acabo de entenderte, Exel —dije, cogiendo otra hoja—. El otro día casi parecías sentir simpatía por los vagos que llenan esta ciudad.

—Siento simpatía por ellos —dijo Exel—. Me encantaría no hacer nada. Suena a profesión interesante. Las guerras nunca las empiezan los vagos.

—Dice el antiguo espía.

—¿Antiguo? —dijo Exel agitando el lápiz en mi dirección.

—Exel, si nadie cambia el mundo, si nadie trabaja para mejorar las cosas, entonces nos anquilosaremos.

—Podría vivir con el anquilosamiento —dijo Exel—, si significase que no haya guerras. Ninguna muerte.

No estaba seguro de estar de acuerdo. Quizá fuese un ingenuo, porque jamás había vivido una guerra de humanos contra humanos. Mi vida había estado dominada por el conflicto contra los Épicos.

Pero suponía que el mundo sería muy aburrido si todo siempre siguiese igual.

—La verdad es que no importa —añadió Exel—. No puede ser. Mi trabajo consiste en hacer lo posible para garantizar que la gente pueda vivir la vida tal y como quiere. Si eso incluye tomar el sol y no preocuparse, mejor para ellos. Al menos alguien lo pasa bien en este mundo lamentable.

Siguió escribiendo. Podría haber seguido discutiendo, pero no tenía ánimos. Si eso era lo que le motivaba para luchar contra los Épicos, pues genial. Cada uno tenía sus razones.

Pasé a fijarme en una página de notas relativas a un tema concreto: Dawnsight, el Épico mítico que supuestamente había provocado el crecimiento de las plantas y el brillo de la pintura. La página de Exel estaba repleta de referencias a gente que hablaba de él, bien rezándole, bien maldiciéndole.

Podía entender que la gente sintiese tanto interés por Dawnsight. Sin él, fuese quien fuese, Babilar no podría existir. Pero los informes lo situaban en la ciudad mucho antes de la llegada de Regalia. ¿Me atrevería a pensar que era verdad? ¿Que existía un Épico tan benévolo? ¿Un Épico que no mataba o que ni siquiera dominaba, sino que creaba comida y luz? ¿Quién era esa persona que había creado el paraíso en los edificios de la antigua Manhattan?

—Exel —dije, apartando la vista del papel—, llevas tiempo viviendo aquí.

—Desde que el Profesor nos ordenó que nos infiltrásemos —dijo el hombre grande.

—¿Crees que Dawnsight es una persona real?

Tocó con el lápiz sobre el papel durante un rato. Luego lo dejó a un lado y cogió del respaldo del asiento una bolsa de refresco de naranja; si tenías las conexiones adecuadas, podías hacer que te lo enviasen de Charlotte. Allí había un Épico al que le encantaba el refresco y pagaba por mantener el engranaje.

—Has visto las notas —dijo Exel, indicando la hoja que yo miraba—. Es una página entre muchas. Desde nuestra llegada he prestado atención a las menciones de Dawnslight. Es real. Habla de él demasiada gente para no serlo.

—Mucha gente habla de Dios —dije—; o al menos lo hacía.

—Porque él también es real. ¿Entiendo que no crees?

No estaba seguro. Busqué bajo la camisa para sacar el regalo de Abraham. La S estilizada que era el símbolo de los creyentes. ¿En qué creía yo? Durante años mi religión había sido la muerte de Steelheart. Le había rendido un culto tan ferviente a ese objetivo como el que los monjes de antaño practicaban en su lugar para monjes.

—Vale, nunca he tenido madera de misionero —dijo Exel— y creo que Dios podría ser tema para otro día. Pero en cuanto a Dawnslight, estoy bastante seguro de que es real.

—La gente aquí lo adora como a un dios.

—Bueno, puede que estén un poco locos —dijo Exel levantando la bolsa—; pero son pacíficos, ¿no es así? Bien por ellos.

—¿Y su Épico? ¿Dawnslight es pacífico?

—Eso parece.

La idea me atraía. Tenía que decir lo que pensaba. Me incliné hacia él.

—Exel, ¿crees que es posible que un Épico sea bueno?

—Claro que pueden serlo. Todos tenemos libre albedrío. Es un derecho divino.

Me eché atrás, pensativo.

—Veo que no estás de acuerdo.

—En realidad, sí —dije. Por Megan tenía que creer que los Épicos podían ser buenos—. Quiero encontrar la forma de traer a más Épicos a nuestro bando, pero el Profesor cree que soy tonto. —Me pasé la mano por el pelo—. La mitad del tiempo creo que tiene razón.

—Bien, Jonathan Phaedrus es un gran hombre. Un hombre sabio. Pero una vez le vi perder al póquer frente a un farol, así que

tenemos pruebas empíricas de que no lo sabe todo.

Sonreí.

—Creo que tu meta es válida, Steelslayer —dijo irguiéndose y mirándome a los ojos—. No creo que logremos nosotros solos derrotar a los Épicos. Nos haría falta mucha más potencia de fuego. Quizás el mundo solo necesite que algunos pocos Épicos den un paso al frente y se opongan públicamente a los otros. Nada tan dramático como lo que creen los fieles, nada de una mística aparición de Épicos santos y angelicales. Solo uno o dos dispuestos a decir: «¡Eh, esto no está bien!». Si todos, Épicos incluidos, supiesen que hay otra opción, quizá todo sería diferente.

Asentí.

—Gracias.

—¿Gracias por qué? ¿Por lanzarte mis opiniones a la cara?

—Básicamente. Tenía que hablar con alguien. Tia estaba demasiado ocupada y Val parece odiarme.

—¡Bah, no! Es solo que le recuerdas a Sam. Ya sabes, el espiril era su criatura.

Vale, suponía que así todo tenía cierto sentido; por injusto que fuese.

—Yo...

—Espera un segundo —dijo Exel levantando una mano—. Escucha.

Dirigí mi atención a la radio y me concentré en distinguir las palabras. Durante nuestra conversación solo se habían oído interferencias y no me había dado cuenta de que de fondo había voces tenues.

—... sí, lo veo —dijo una voz—. Está sentado en la azotea de Turtle Bay.

—¿Hace algo? —dijo otra voz entre las interferencias.

—Nada —dijo la primera voz—. Tiene los ojos cerrados. Tiene la cara hacia el cielo.

—Sal de ahí, Miles —dijo la segunda voz asustada—. Es peligroso. Hace un par de semanas asesinó a mucha gente.

—Sí —dijo la primera voz—. Pero ¿qué hace ahí sentado?

Exel me miró a los ojos.

—¿Obliteration? —preguntó.

Asentí, mareado.

—Dedujiste que eso es lo que hace —dijo Exel—. Bien pensado.

—Me gustaría no haber tenido razón —dije. Eché la silla hacia atrás y me levanté—. Tengo que dar con el Profesor.

Obliteration se había puesto a almacenar luz solar, igual que en Houston, Albuquerque y finalmente San Diego.

Si yo tenía razón, la ciudad no sobreviviría a la siguiente acción de Obliteration.

Encontré al Profesor en la sala de conferencias, la estancia con el enorme ventanal que daba al océano. Las aguas estaban más claras que la última vez que había estado allí, y podía apreciar formas distantes, oscuras y cuadrangulares. Eran edificios, un fantasmal paisaje de ciudad bajo el mar.

El Profesor estaba de pie con su bata de laboratorio negra, observando las profundidades con las manos a la espalda.

—¿Profesor? —dije tras entrar corriendo—. Exel acaba de interceptar una conversación. Alguien ha visto a Obliteration. Está acumulando energía.

El Profesor siguió observando las profundidades.

—Como en Houston —le sugerí—. Los días antes de destruir la ciudad... ¿Profesor?

Hizo un gesto hacia la ciudad sumergida.

—Nunca estuviste aquí antes de que se hundiese, ¿verdad?

—No —respondí, intentando hacer caso omiso de la horrible ventana.

—Yo venía a menudo. Para ir al teatro, de compras, a veces solo a caminar. Parecía que incluso la cafetería más humilde de Manhattan servía mejor comida que el más exquisito restaurante de mi ciudad de origen. Y los mejores lugares... Ah, recuerdo el olor.

—Sí, claro. ¿Obliteration?

Asintió cortante y se apartó de la ventana.

—De acuerdo, vamos a echar un vistazo.

—¿Echar un vistazo?

—Tú y yo —dijo el Profesor, avanzando a paso rápido—. Somos ganchos. Si hay peligro, nosotros salimos a mirar.

Corrí tras él. No iba a llevarle la contraria. Me valía cualquier excusa para salir de la base. Pero no parecía propio del Profesor. Le gustaba planear las acciones. En Chicago Nova apenas se movía, ni siquiera en misiones de reconocimiento, sin reflexionar cuidadosamente.

Llegamos al pasillo y pasamos la sala donde Mizzy y Val trabajaban.

—Me llevo el submarino —les anunció el Profesor sin ni siquiera mirarlas. Me apresuré por mantenerme a su altura y eché la vista atrás, alzando los hombros, en dirección a una confundida Mizzy, que había asomado la cabeza para mirarnos.

Aceleré y me adelanté al Profesor para ir a por la pistola del armario de equipo. Vacilé, pero cogí la mochila que contenía el espiral.

—No debería hacernos falta —comentó el Profesor al pasar.

—¿Crees que es mejor que lo deje?

—Claro que no.

Me eché la mochila al hombro y seguí al profesor a la oscuridad de la zona de ataque. Allí unas cuerdas nos guiaron hasta el submarino. «¿Por qué —pensé— me siento como un perro que acaba de tragarse una granada de mano?». No había razón para estar nervioso; estaba con el Profesor. El gran Jon Phaedrus. Salíamos juntos a explorar. Debería sentirme emocionado.

El Profesor abrió la escotilla y entramos. Una vez dentro, la cerré y el Profesor encendió una débil luz amarilla de emergencia. Me indicó con un gesto que me sentase en el asiento del copiloto y arrancó la máquina. Momentos después nos desplazábamos por entre abismos silenciosos y no me quedó más remedio que mirar por otra ventana, la frontal del submarino, al agua.

—¿Necesitas saber adónde vamos? —pregunté al fin.

—Sí. —Iluminada por la luz amarilla, su cara tenía algo de sobrenatural.

—Oímos decir Turtle Bay.

El Profesor hizo que el submarino describiera una lenta curva.

—Missouri me cuenta que mejoras mucho con el espiril.

—Sí. Bueno, es decir, practico. No sé si podría decir que soy bueno, pero supongo que es cuestión de tiempo.

Mi móvil sonó débilmente. Hice una mueca y lo cogí. El nuevo tenía un botón de silencio diferente y siempre olvidaba darle. Usaba mi antiguo patrón, por lo que cualquiera que lo conociese podía llamarme, pero el mensaje de la pantalla venía de un patrón que no reconocía.

Vale, hablemos, decía.

—Eso está bien —dijo el Profesor—. Aquí los tensores no serán muy útiles.

—No sé —dije mientras intentaba deducir quién me escribía—. Cuando luchábamos en el interior de un edificio de oficinas hubiese estado bien pasar inesperadamente por una pared.

—El espiril será más útil —dijo el Profesor—. Por ahora piénsalo así. No queremos mezclar poderes. Podría provocar interferencias.

¿Interferencias? ¿Qué tipo de interferencias? Nunca había oído algo así. Cierto es que no sabía mucho sobre aquella tecnología, pero si esas interferencias podían ser un problema, ¿no habrían afectado a los campos de fuerza cedidos por el Profesor?

El móvil volvió a vibrar. Lo había puesto en silencio, pero no había desactivado la vibración. *¿Está ahí, Knees?*, decía el mensaje.

El corazón me dio un salto en el pecho.

¿Megan?, tecleé.

¿Quién si no, bobo?

El Profesor me miró.

—¿Qué pasa?

—Exel me manda mensajes —mentí—. Con más información sobre cómo dar con Obliteration.

El Profesor asintió y apartó la vista. Rápidamente le mandé un mensaje a Exel, preguntándole si tenía más información sobre Obliteration, por si el Profesor luego le preguntaba. Mi móvil se iluminó casi de inmediato; decía que alguien más había visto a Obliteration. Luego recibí las indicaciones para llegar al edificio.

En medio de todo aquello, Megan volvió a escribirme.

En serio tengo que hablar contigo de algo.

Ahora mismo no es el mejor momento, respondí.

Genial. Vale.

La brusquedad de la respuesta me conmocionó. ¿Estaba apartándola cuando casi le había rogado que hablase conmigo? Miré al Profesor. Parecía absorto en dirigir el submarino y no íbamos muy rápido. Probablemente tuviese tiempo. ¿Levantaría muchas sospechas?

Vale, quizá tengo algo de tiempo para chatear. Le di a «enviar».

No hubo respuesta.

Chispas. ¿Por qué todo tenía que pasar a la vez? Esperé respuesta mientras el motor del submarino ronroneaba. Me caía el sudor por la cara. Desde donde estaba sentado se podía ver todo el mundo subacuático desplegándose ante ti; parecía infinitamente enorme. Pensar en toda esa nada hacía que se me pusiesen los pelos de punta.

Me incliné sobre el móvil y le mandé un mensaje a Megan.

¿Sabes por qué Regalia afirma que puede crear Épicos?

Recibí una respuesta casi inmediata.

¿Dice que qué?

Me contó que había convertido a alguien en Épico, respondí. *Parece que creía que así me asustaría. Creo que su intención era que concluyese que no valía la pena luchar porque ella podía enviar contra nosotros una ristra interminable de Épicos.*

¿Qué le dijiste?, preguntó Megan.

No lo recuerdo con exactitud. Creo que me reí de ella.

Nunca fuiste muy listo, Knees. Esa mujer es peligrosa.

¡Pero en cierto momento nos tuvo literalmente en sus garras!, respondí. Nos dejó ir. No creo que quisiese matarnos. En cualquier caso, ¿por qué crees que iba a decir algo tan ridículo? ¿De verdad pensaba que iba a creerme que puede convertir a alguien en Épico?

No contestó de inmediato.

Tenemos que vernos, me dijo al fin. ¿Dónde estás?

De camino a la ciudad, dije.

Perfecto.

El Profesor está conmigo, añadí.

Uy.

Podrías reunirte con nosotros dos, le escribí. Explicarte. Te prestaría atención.

Es algo más complicado, escribió Megan. Yo espiaba para Steelheart y me infiltré en el mismísimo equipo del Profesor. Cuando se trata de sus queridos Reckoners, Phaedrux es como una mamá oso con sus oseznos.

¿Eh? No, te equivocas.

¿Qué?

No creo que esa metáfora sea buena, Megan. El Profesor es un tío, así que no puede ser una mamá oso.

David, eres un idiota total y absoluto.

Podía ver su sonrisa. ¡Chispas!, la echaba de menos.

Pero un idiota adorable, ¿no?, le escribí.

Una pausa durante la que sudé mucho.

Me gustaría que fuese así de fácil; de verdad me gustaría que lo fuese, dijo finalmente su mensaje.

Puede serlo. ¿Todavía quieres que nos veamos?

¿Y Phaedrux?

Encontraré la forma de darle esquinazo, escribí mientras el Profesor llevaba el submarino a la superficie. Más tarde te mando un mensaje. Luego me guardé el móvil en el bolsillo.

—¿Ya hemos llegado? —pregunté.

—Casi —respondió el Profesor.

—Has estado muy callado durante este viaje.

—He estado intentando decidir si enviarte de vuelta a Chicago Nova o no.

Las palabras fueron como una bala de una 44 Special. Parpadeé en busca de una respuesta.

—Pero... pero cuando llegamos aquí, me dijiste que me traías porque te hacía falta.

—Muchacho —dijo el Profesor en voz baja—, si crees que no puedo matar Épicos sin ti entonces tienes una opinión muy baja de mis habilidades. Si decido que no puedes formar parte de esta operación, quedas fuera. Punto.

—Pero ¿por qué ibas a decidir tal cosa?

El Profesor pilotó en silencio un momento, maniobrando lentamente el submarino alrededor de un enorme trozo flotante; parecía un puesto de perritos calientes.

—Eres un buen gancho, David —dijo el Profesor—. Piensas con rapidez y resuelves problemas. Posees un instinto excelente en momentos difíciles. Eres atrevido y agresivo.

—¡¿Gracias?!

—Y eres exactamente el tipo de persona que he evitado reclutar durante todos estos años.

Fruncí el ceño.

—¿No te habías dado cuenta? —preguntó el Profesor.

Al decirlo pensé en Cody, Exel, Abraham y Mizzy. Incluso Val hasta cierto punto. No eran de los que van corriendo con el arma a disparar a todo. Eran reservados, cuidadosos, de los que actuaban despacio.

—Me he dado cuenta —dije—. Pero no lo había comprendido hasta ahora.

—Los Reckoners no son un ejército —dijo el Profesor—. Ni siquiera una unidad de fuerzas especiales. Ponemos trampas. Somos pacientes y cautelosos. Tú no eres nada de eso. Eres un cartucho de dinamita, siempre deseando estallar, actuar, cambiar el plan. Lo que en cierta forma está bien. Piensas a lo grande, muchacho. Hace falta gente con grandes sueños para lograr

grandes metas. —Se volvió hacia mí, el submarino avanzando lentamente, sin necesitar guía.

»Pero no puedo dejar de pensar que no tienes intención de ceñirte al plan. Quieres proteger a Regalia y sientes simpatía por una traidora. Tienes aspiraciones. Así que me vas a contar, ahora mismo, todo lo que has estado ocultándome. Y luego decidiremos qué hacer contigo.

—¿Ahora mismo? —pregunté.

—Ahora mismo. —El Profesor me miró a los ojos—. Suéltalo todo.

28

El Profesor me miró directamente a los ojos, lo que me hizo sudar. ¡Chispas!, el tipo podía ser intenso. El Profesor quería fingir que nuestro grupo era tranquilo y cuidadoso... y la verdad es que en general así era. Si no lo contabas a él. Él era como yo. Siempre lo había sido.

Y por eso yo sabía que iba absolutamente en serio.

Me humedecí los labios.

—Mi plan consiste en capturar a uno de los Épicos de Regalia —dije—. Cuando atacemos a Newton intentaré neutralizarla en lugar de matarla. Luego quiero capturarla. Como hicimos con Edmund en Chicago Nova.

El Profesor me miró un momento, luego pareció relajarse, como si mi secreto no fuese tan horrible como había temido.

—¿Qué sentido tendría hacerlo?

—Sabemos que Regalia es retorcida. Planea algo más de lo que hemos podido deducir.

—Es posible.

—Es probable. Tú has dicho que es artera. Has dado a entender que es muy cuidadosa y muy lista. ¡Chispas!, Profesor, tienes que pensar que puede que esté manipulándonos, incluso ahora mismo.

Apartó la vista.

—Admito que se me ha pasado por la cabeza. Abigail tiene la costumbre de situar a la gente, incluyéndome a mí, en el lugar donde ella quiere que esté.

—Te conoce. Sabe qué harías tú. —Me animé. Parecía que había conseguido escapar de una muy mala posición—. Por tanto, no va a esperar un intento de secuestro. Es demasiado atrevido, para nada en la línea de la metodología Reckoner. ¡Pero piensa en lo que podríamos lograr! Es posible que Newton sepa qué trama Regalia. Al menos sabrá cómo recluta Regalia a los otros Épicos.

—Dudo que descubramos todo eso —dijo el Profesor—. Abigail no compartiría tanta información.

—Vale, pero, al menos, Newton podría indicarnos los lugares donde se le manifestó Regalia —dije—. Lo que ayudaría a preparar el mapa. Y cabe la posibilidad de que sepa más, ¿no?

El Profesor tocó el timón del submarino. La ventana en forma de burbuja que tenía delante relucía por la luz que se filtraba de la superficie.

—¿Y cómo piensas hacerla hablar? ¿Tortura?

—En realidad tenía la esperanza de evitar que usase sus poderes, ya sabes, la convertimos en buena o algo así. —Arqueó una ceja.

»Eso pasó con Edmund —dije a la defensiva.

—Antes de su transformación Edmund no era un asesino. —Vale, eso era cierto.

»Aparte de eso —dijo el Profesor—, Edmund es bueno porque cede sus poderes, como hago yo. No se convirtió en bueno porque nunca se convirtió en malvado. Lo que pretendías decir, pero no te atreves a pronunciar por miedo a enfurecerme, es que Firefight parecía ser buena mientras estuvo con nosotros. Tienes la esperanza de que si evitas que Newton use sus poderes, demostrarás que hacer lo mismo con Firefight nos devolverá a Megan.

—Quizá —dije, hundiéndome en el asiento.

—Es justo lo que me preocupaba que estuvieses cavilando —dijo el Profesor—. Persiguiendo tus propios fines podrías haber puesto en peligro a todo el grupo, David. ¿Lo comprendes?

—Supongo.

—¿Eso es todo? —me preguntó el Profesor—. ¿No hay más tramas ocultas?

Me estremecí. Megan.

—Eso es todo —contesté casi sin darme cuenta.

—Bien, podría haber sido peor. —El Profesor respiró.

—¿Así que me quedo en Babilar?

—Por ahora —dijo el Profesor—. Calamity. O eres exactamente lo que los Reckoners han necesitado durante años o eres la viva imagen del heroísmo temerario que con gran acierto hemos evitado. No logro decidirme.

Dirigió el submarino hacia un edificio sumergido que tenía a un lado un enorme agujero. Se parecía mucho a nuestro otro ataque, pero en un edificio diferente. Atravesamos la abertura como si fuéramos una enorme palomita de maíz cubierta de mantequilla entrando en la boca de alguna bestia en descomposición. Ya dentro, el Profesor le dio a la palanca que soltaba lavavajillas en el agua para debilitar la tensión superficial e inhibir los poderes de Regalia. Apagó las luces y subió el submarino a la superficie.

Avanzamos a tientas y encontramos cuerdas que nos guiaron a través de un suelo traicionero y a medias sumergido hasta unos escalones. Yo apenas podía ver nada; esa era, precisamente, la idea.

—Sube por esos escalones —me dijo el Profesor por el móvil—. Antes de usar el otro, hicimos un reconocimiento de este edificio pensando en usarlo como base. No lo utilizamos porque al estar lejos de los barrios no hay puentes. La parte superior son pisos de oficinas, lo que debería ofrecernos una buena vista de la azotea en cuestión.

—Entendido —dije, con el rifle en una mano y la mochila sobre el hombro, mientras palpaba la puerta.

—Yo volveré al submarino y lo tendré preparado por si tenemos que salir corriendo —dijo el Profesor—. Hay algo en todo este asunto que me huele raro. Estate preparado para salir huyendo. Te

dejaré abierta la parte superior. —Se detuvo y sentí que me agarraba el hombro—. No hagas ninguna tontería.

—No te preocupes —susurré por el móvil—. Soy experto en tonterías.

—Eres...

—Quiero decir que detecto las tonterías porque las conozco bien. Del mismo modo que un exterminador conoce bien los bichos e identifica dónde han estado. Yo soy así. Un tontoneador.

—Nunca vuelvas a decir esa palabra —dijo el Profesor.

Pues para mí tenía sentido. Me soltó, abrí la puerta y salí. Tras cerrarla, me fijé el móvil al hombro y encendí la luz. La escalera subía formando una inclinación oscura, húmeda y parcialmente podrida. Como las escaleras olvidadas de una película clásica de terror.

Solo que los protagonistas de aquellas películas no iban armados con un rifle de asalto automático marca Gottschalk con sus cargadores electrocomprimidos y mira de visión nocturna. Sonreí, reduje la intensidad de la luz del móvil, alcé el rifle y activé la visión nocturna. El Profesor decía que el edificio estaba abandonado, pero lo mejor era asegurarse.

Subí con cuidado con el rifle al hombro. Todavía no estaba del todo satisfecho con el Gottschalk. Mi antiguo rifle era mejor. Ciertamente, de vez en cuando se atascaba; y no era automático; y al menos una vez al mes había que ajustar la mira. Y... bien, de todas formas era mejor. Así queda.

«Megan se reiría de semejante razonamiento», pensé. ¿Ponerse sentimental con un arma claramente inferior? Solo los tontos hacen algo así. La cuestión es que todos hablamos como si fuésemos racionales, pero luego nos ponemos sentimentales con nuestras viejas armas. Eché la mano a un lado y me di cuenta de que no me gustaba no llevar ya la pistola de Megan. Tendría que buscarme algo que la sustituyera.

Al final de la larga escalera entré en lo que en su momento había sido una recepción muy bien equipada. Estaba totalmente ocupada

por la ubicua vegetación de Babilar, todo tinieblas y enredaderas. No había ventanas que proporcionasen luz y aunque los frutos colgaban de los árboles y cubrían el suelo, ninguno brillaba. Eso solo ocurría al hacerse de noche.

Me acerqué, pasando por encima de viejos informes de gastos y otros documentos administrativos. La sala olía fatal, a descomposición y moho. Me di cuenta de que estaba ligeramente molesto con el Profesor. ¿Qué quería decir con «heroísmo temerario»? ¿No se suponía que éramos héroes?

Mi padre había esperado a los héroes. Creía en ellos. Había muerto porque había creído en Steelheart; en ese aspecto había sido un idiota. Pero de alguna forma, cada vez más, yo descubría que deseaba ser un idiota del mismo calibre. No iba a sentirme culpable por intentar ayudar a la gente. El Profesor podía decir lo que le diese la gana, pero en el fondo pensaba lo mismo. Había aceptado acabar con Steelheart porque sentía que los Reckoners no marcaban realmente la diferencia, no hacían lo suficiente.

Sus decisiones iban a ser buenas. Salvaría a la ciudad. El Profesor era un héroe. El Épico que luchaba a favor de la humanidad. Solo tenía que admitirlo. Y...

Algo crujió bajo mis pies.

Me quedé inmóvil y volví a examinar la estancia con la mira de visión nocturna. Nada. Bajé el arma y encendí la luz. ¡Por la sombra de Calamity, ¿qué era aquello?!

Había pisado unos pequeños objetos que crecían de las enredaderas al pie de los árboles. Los extraños zarcillos salían de debajo de la corteza como pelos en un hombre con máscara. Tuve que mirar más de cerca porque podría jurar que en los extremos había... galletas.

Sí, galletas. Me agaché y rebusqué. Saqué un trozo de papel. «Galletas de la fortuna que crecen de un árbol», pensé.

Le di la vuelta al papel. Leí.

«Ayúdame».

Genial. Había vuelto a la película de terror.

Inquieto, di un paso atrás y me coloqué el rifle en posición. Volví a examinar la estancia, iluminando con el móvil las esquinas en sombra tras los troncos. Nada me saltó a la cara. Una vez convencido de que estaba solo, volví a inclinarme sobre las galletas y busqué entre ellas los papeles para leerlos. Todos decían «Ayúdame» o «Me tiene cautivo».

—¿David? —dijo la voz de Tia en mi auricular—. ¿Ya estás en posición?

Casi pego en el techo del salto.

—¡Uy!, todavía no —dije, guardándome algunos de los papeles y trozos de galleta en el bolsillo—. Acabo de dar con algo. Esto... ¿alguien ha informado alguna vez de que hubiera encontrado galletas creciendo de los árboles?

Silencio.

—¿Galletas? —preguntó Tia—. David, ¿te pasa algo?

—Bueno, últimamente he tenido algo parecido a una indigestión —comenté mientras iba hacia la otra puerta situada tras una mesa medio descompuesta de recepcionista—. Pero no creo que eso me haga alucinar galletas. Por lo general la indigestión se limita a provocar fantasías de tarta de queso.

—Ja, ja —dijo Tia sin humor.

—Toma una muestra —intervino el Profesor—. Sigue avanzando.

—Hecho y hecho —informé mientras prestaba atención junto a la puerta. Luego la abrí y comprobé cada esquina del espacio al otro lado. Estaba vacía y me iluminaban un par de enormes ventanales. Era una oficina de ejecutivo con libros por el suelo y distintos artículos metálicos, como ese juguete de bolas en el que levantas la de un extremo y empiezan a chocar horriblemente todas. Allí solo crecían dos árboles, uno en cada punta de la habitación, que mandaban enredaderas a trepar por las estanterías de las paredes.

Avancé, pasando por encima de los restos y haciendo lo posible por no llamar la atención, hacia los grandes ventanales. Aquel edificio estaba apartado, él solo en medio del océano. Las olas chocaban contra la base, agitando las aguas. En la distancia, sobre

una especie de bahía, otros edificios rompían la superficie del océano. Babilar en sí misma.

Me agaché, dejé la mochila en el suelo y saqué el arma por una zona rota de la ventana. Con el ojo en la mira, aumenté la imagen diez veces. Funcionaba de fábula. Podía ver con facilidad a quinientos metros. Es más, si aumentaba más estaba seguro de poder ver a dos mil metros con suficiente detalle.

Chispas, nunca había disparado así. Se me daba bien usar el rifle, pero no tenía entrenamiento de francotirador. En cualquier caso, dudaba que el Gottschalk tuviese alcance suficiente para hacer aquel disparo, aunque la mira era excelente para echar un vistazo.

—En posición —dije—. ¿Qué edificio es?

—¿Ves uno que acaba en pico? —dijo Exel por el móvil—. ¿Junto a dos azoteas planas?

—Sí —dije, amplificando la imagen. Era una buena distancia, pero no era problema para el excelente aumento del arma.

Y allí estaba él.

Obliteration tenía más o menos el aspecto de las dos veces anteriores, solo que se había quitado la camisa, la gabardina negra y las gafas. Lo había tirado todo en el suelo de la azotea, junto a la espada. Tenía el desnudo pecho vendado y estaba sentado con las piernas cruzadas. La cara con perilla dirigida hacia el cielo. Los ojos cerrados. La postura era serena, como la de un hombre haciendo yoga por la mañana.

Pero la diferencia principal con el aspecto que tenía las veces que lo había visto antes era que relucía con una profunda luz interior, como si algo ardiese justo bajo su piel.

Sentí un súbito ataque de furia. Recordé la paliza dentro del agua, con el grillete en la pierna y arrastrándome a las profundidades. Nunca más.

Me concentré en Obliteration y le apunté con la mira holográfica justo a la cabeza. A continuación toqué un lateral del arma, activé un interruptor y envié al móvil lo que veía la mira para que Tia recibiera la imagen.

—Gracias —dijo Tia observándola—. Mmm... no pinta bien. ¿Piensas lo mismo que yo?

—Sí —contesté—. ¿Puedes buscar mis fotos de Houston?

—Las tengo mejores —dijo Tia—. Al saber que estaba aquí fui preguntando. Te las mando.

Aparté el ojo de la mira y separé el móvil del brazo. Llegó el mensaje de Tia, que llevaba varias fotos tomadas en Houston. Eran

del momento culminante del reinado de Obliteration en aquella ciudad. Como sitio para vivir había sido horrible, pero al igual que Chicago Nova, tuvo cierta estabilidad. Como me había quedado claro en Chicago Nova y Babilar, la gente prefería vivir con los Épicos y su tiranía que consumirse en el caos entre ciudades.

Cuando Obliteration se sentó frente a su palacio, un antiguo edificio gubernamental que había reconvertido, y se puso a brillar, hubo muchos testigos. La mayoría de ellos habían muerto poco después. Pero algunos habían escapado y habían usado los móviles para enviar fotos a sus amigos de fuera de la ciudad.

Las imágenes de Tia, que efectivamente eran mejores que las que yo tenía archivadas, mostraban a Obliteration sentado como yo lo estaba viendo. Otros pantalones, sin venda en el pecho, menos pelo en la cara, pero la misma postura y el mismo resplandor.

—Parecen fotografías del primer día que se puso a acumular energía en las otras ciudades, ¿no te parece? —dijo Tia.

—Sí —respondí. Fui pasando imágenes para ver otra secuencia. Obliteration en San Diego. Misma postura. Comparé el resplandor del primer día de Houston con el de San Diego y luego con su aspecto actual—. Estoy de acuerdo. Acaba de iniciar el proceso.

—¿A alguno de los dos le importaría explicarle al viejo de qué estáis hablando? —preguntó el Profesor por el móvil.

—Su habilidad primaria, la manipulación del calor, es exodinámica —dije.

—Genial —dijo Profesor—. Ya lo entiendo todo.

—Creía que eras un genio —dije.

—Daba clases de ciencia en quinto de primaria —me recordó el Profesor—. Y no es que en mi época enseñásemos fundamentos teóricos de los poderes épicos, precisamente.

—Obliteration —dijo Tia con voz tranquila— necesita absorber el calor de los objetos para luego usarlo en la destrucción. También le vale la luz del sol sobre la piel; no es tan eficiente, pero como es duradera le resulta una fuente cómoda.

—Antes de destruir Houston y las otras ciudades, se sentó a acumular energía durante siete días —le expliqué—. A continuación la liberó en un único estallido. Comparando lo que brilla ahora con las fotos de Houston podemos estimar cuánto tiempo lleva en el proceso.

—Y, teóricamente —añadió Tia—, podemos deducir cuánto tiempo tenemos hasta que pase lo peor.

—Vamos a tener que acelerar los planes —dijo el Profesor en voz baja—. ¿Cuánto tiempo hace falta para preparar el ataque contra Newton?

Seguía siendo el plan: atacar a Newton, obligar a Regalia a manifestarse y emplear esa información para ubicar su base. El tono firme del Profesor parecía ir dirigido a mí. Los Reckoners iban a matar a Newton, no a secuestrarla, y mis planes de hacer lo contrario eran una tontería.

No respondí. Probablemente fuese una tontería intentar secuestrarla. Por el momento, cumpliría con el plan estipulado.

—Será difícil atacar a Newton —dijo Tia—, teniendo en cuenta que no conocemos su punto débil.

—Repele ataques —dijo el Profesor—. Así que ¿mejor la ahogamos? La redirección de fuerza no va a salvarla si se hunde en el mar.

Me estremecí al pensarlo.

—Podría funcionar —dijo Tia—. Prepararé un plan.

—Incluso si el ataque contra Newton no la mata —dijo el Profesor—, probablemente tengamos lo que queremos. El objetivo del ataque es hacer salir a Regalia, localizar su base y matarla a ella. Si Newton vive, pues que así sea.

—¿Y Obliteration? —pregunté. Mi dedo se agitaba nervioso sobre el gatillo del arma. Retiré la mano. No solo me resultaría difícil acertar el tiro con un mínimo de precisión, sino que el sentido del peligro de Obliteration se activaría y lo teletransportaría lejos. Era mejor que estuviese en un sitio fijo donde pudiésemos vigilarlo. Si

nos poníamos a incordiarlo sin mayor plan, era posible que se fuese a acumular energía a un sitio oculto.

—No podemos dejarlo suelto por ahí —admitió el Profesor hablando en voz baja—. David tiene razón. Pronto necesitaremos un plan para lidiar con él.

Usé la mira del rifle para comprobar la zona que rodeaba a Obliteration. Estaba densamente poblada, a juzgar por los puentes en buen estado y las tiendas con la colada tendida. La mayoría de la gente había tenido la precaución de huir al aparecer Obliteration, pero podía ver a algunos rezagados, ocultos cerca del borde de los edificios o mirando desde ventanas cercanas.

Después de todo lo que aquel ser había hecho, la curiosidad traicionaba a la gente. Tras examinar las ventanas concluí que la mayoría de la gente había huido a las habitaciones de abajo y se ocultaban entre árboles y enredaderas.

—Vamos a necesitar su punto débil, Tia —dijo el Profesor—. No podemos depender de explotar pequeños detalles de sus poderes.

—Lo sé —respondió Tia—. Es que la investigación normal no funciona en el caso de Obliteration. La mayoría de los Épicos andan con gente normal o con sus colegas y los secretos se acaban sabiendo, pero él es un solitario; tiende a matar incluso a otros Épicos que se le acercan demasiado.

«No lamentes el final de los días, pequeñín». Recordaba las palabras que me había dirigido. La mayoría de los Épicos, en su megalomanía, presumían de dominar de una manera u otra el mundo. No era sorprendente que Obliteration citase las escrituras y actuase como un agente divino.

Pero eso no hacía que las palabras sonasen menos inquietantes.

Mientras observaba las azoteas vi a alguien de pie en una de ellas, mirando a Obliteration con binoculares. Aumenté el zoom. ¿Me sonaba aquella cara? Cogí el móvil y busqué las fotos de los miembros de la banda de Newton. Sí, era uno de ellos, un matón llamado Knoxx. No era un Épico.

—Veo a uno de la banda de Newton —dije, volviendo a usar la mira—. Me centro en él.

—Mmm... Es una desviación de la rutina diaria de la banda, pero no me sorprende considerando lo que está haciendo Obliteration —dijo Tia.

Asentí. Vi al hombre bajar los binoculares y hablar por el móvil.

—Sí —dijo el Profesor—, probablemente no sea más que...

De pronto el hombre se derritió.

Contuve el aliento y me perdí el resto de la frase del Profesor al ver al hombre convertirse en la forma de una paloma pequeña. Se echó al aire y voló sobre las azoteas más rápido de lo que podía seguirla con la mira. Busqué y finalmente di con el animal en otra azotea cercana, donde volvió a transformarse en hombre.

—Es un Épico —susurré—. Cambia de forma. Las notas de Val indican que se llama Knoxx, pero dicen que no tiene poderes. ¿Lo reconoces, Tia?

—Tendré que repasar los registros y comprobar si algún erudito lo menciona —dijo—. La banda de Newton suele reclutar Épicos menores; quizás el equipo de Val no se dio cuenta de que este tipo tiene algunas habilidades. ¿Está Newton por ahí?

—No... —respondí. Me callé al ver que algo aterrizaba junto a Knoxx—. Espera. Ahí está Newton. Acaba de... ¡Chispas! Ha saltado desde el edificio contiguo. Eso son tranquilamente quince metros.

Los dos se pusieron a charlar; ¡lo que hubiese dado por oír lo que decían! Al final Newton señaló en una dirección y luego en la otra. ¿Establecían un perímetro? Vi que el hombre volvía a transformarse en pájaro y echaba a volar.

Newton desapareció. ¡Chispas! Aquella mujer sabía moverse. Tuve que reducir el zoom para encontrarla corriendo por las azoteas. La velocidad me impresionó; según el panel sobre la mira holográfica, se movía a unos ochenta y cinco kilómetros por hora. Había leído que algunos Épicos podían moverse más rápido, pero ese no era más que su poder secundario.

Newton dio un salto y acabó en el borde de una azotea. Activó su poder de reflejar energía y redirigió hacia abajo la energía con la que había impactado en la azotea; así logró moverse como si estuviese en una cama elástica que conservase la energía. Saltó al aire y, rápida y potente, describió un arco que le permitió cubrir con facilidad el espacio entre los edificios.

—¡Hala! —dijo Tia en voz baja.

—No es tan impresionante como volar —gruñó el Profesor.

—No, en cierta forma es más impresionante —dijo Tia—. Piensa en la maestría y precisión que requiere.

Asentí para expresar que estaba de acuerdo, aunque no podían verme. Seguí a Newton con la mira cuando volvió a saltar. Acabó en la azotea de un gran edificio justo al lado del de Obliteration, sacó su espada y se puso a cortar las cuerdas del puente que llevaba a otra azotea. Repitió el procedimiento con los otros dos puentes del edificio donde se encontraba.

—No es un comportamiento habitual —dijo Tia, con tono de incomodidad.

Mi mano se cerró con más fuerza alrededor del cañón del rifle. Había aislado por completo el edificio junto a Obliteration. Las aguas que rodeaban el edificio se apartaban, como... como la gente de una fiesta que se aleja de un flatulento. El agua se retiró unos tres metros a cada lado y allí se quedó, lo que dejó expuesta la mitad inferior del edificio. Estaba totalmente oxidado y cubierto de balanos.

Le eché un vistazo a Obliteration, sentado y resplandeciente en la azotea del edificio contiguo al que las aguas habían dejado al descubierto. No se había movido. No había reaccionado.

—¡Por la sombra de Calamity! —susurró Tia—. Eso del agua lo ha hecho Regalia, pero ¿por qué?

Volví a mirar al edificio aislado, donde Newton se acercaba a la escalera que descendía de la azotea. Se quitó algo del cinturón y lo lanzó escaleras abajo; luego tiró otros dos de aquellos objetos pequeños a la azotea de al lado. Y después se alejó de un salto.

—Bombas incendiarias —susurré al verlas explotar en rápida sucesión—. Está quemando el edificio. Con la gente dentro.

Tiré el arma al suelo, me alejé de la ventana y salté a la mochila. La abrí y saqué el espiril.

—¿David? —preguntó Tia con urgencia—. ¡Deja la mira en el edificio!

—¿Para ver cómo muere esa gente? —pregunté, desplegando el neopreno. ¡Chispas! No tenía tiempo para hacerlo. Me fui fijando el espiril sobre la ropa, me quité los zapatos y empecé por las piernas.

—Debo observar el comportamiento de Newton —dijo Tia, siempre tan ortodoxa. En ciertos aspectos éramos muy similares, pero ese aspecto nos diferenciaba: yo no sabía desentenderme y limitarme a observar—. Hace años que no mata a nadie —añadió—, exceptuando algunas ejecuciones de rivales o aquellos que amenazan la paz de Regalia. ¿A qué viene cometer ahora un acto tan atroz?

—Regalia está dando ejemplo con esa gente —dijo el Profesor en voz baja—. Está empleando su poder de una forma muy evidente, para dejar claro que se hace su voluntad y para evitar que la gente del edificio salte al agua. La intención es que todos tengan claro que deben mantenerse alejados de Obliteration. Es como colgar un cadáver en las murallas de una ciudad medieval.

—Tiene sentido —dijo Tia—. Va a pasar días sentado, inmóvil, y Regalia no quiere que lo interrumpan.

—Somos testigos de cómo pasa de dictadora benévola pero cruel a tirana dispuesta a destruirlo todo —dijo el Profesor con

tranquilidad.

—Yo no voy a ser testigo de nada —dije, apretando otro cierre—. Voy a detener esto.

—David... —dijo el Profesor.

—Sí, sí —le solté—. Heroísmo temerario. No voy a quedarme aquí sentado.

—Pero *¿por qué?* —dijo Tia con voz más tranquila—. ¿Por qué lo hace Regalia? Podría tragarse la ciudad usando el agua, ¿no es así? ¿Por qué usar a Obliteration? ¡Chispas!, ya puestos, ¿para qué destruir la ciudad? No es propio de Abigail.

—La Abigail que conocimos ha muerto —dijo el Profesor—. Solo queda Regalia. David, si salvas a esa gente, pasará a matar a otros. Se asegurará de transmitir su mensaje.

—No me importa —dije, intentando colocar en su sitio la delgada placa trasera del espiril. Resultaba mucho más difícil sin la ayuda de Exel o Mizzy—. Si dejamos de ayudar a la gente porque tenemos miedo o estamos indecisos, o por cualquier otra razón, entonces ya hemos perdido. Que ellos hagan el mal. Yo los detendré.

—No eres omnipotente, David —dijo el Profesor—. No eres más que humano.

Vacilé un momento, sosteniendo en la mano un elemento del espiril. Los poderes de un Épico muerto. Redoblé mis esfuerzos: me puse los guantes, y encajé los cables en su sitio desde las manos y las piernas hasta la placa. Me puse en pie y activé el rayo-tractor, la línea como un láser que atraería el agua en cuanto apuntara hacia ella. Volví a mirar por la ventana. El fuego ya había prendido. En el aire se retorció el humo negro.

Había olvidado las dimensiones de la bahía que me separaba del edificio en llamas. La mira con zoom hacía que todo pareciese más cercano, pero para llegar a aquel tendría que atravesar mucha agua.

Tenía que actuar con más rapidez. Guardé el auricular y el móvil en el bolsillo hermético de los pantalones. Tomé aliento y salté por la ventana.

Activé los chorros de agua de las piernas, apuntando con el rayo-tractor hacia abajo, lo suficiente para reducir el impacto, y caí en el agua del mar. La conmoción por el frío y el sabor del agua salada fue inmediata. ¡Chispas! Estaba más fría que durante el entrenamiento.

Por suerte, disponía del espiril. Me situé orientado hacia el edificio en llamas y salí disparado. Por desgracia, en aquel momento no disfrutaba de uno de los campos de fuerza del Profesor, así que cada vez que caía sobre el mar como si fuese una marsopa, el agua me golpeaba la cara con toda la fuerza de una amante desdeñada.

Me aguanté. Cada vez que salía del agua hacía lo posible por respirar. ¡Chispas! En aquella zona las olas eran más potentes que en el mar de Central Park, así que, rodeado por ellas, se hacía difícil ver.

Reduje la potencia de los chorros para mirar y sufrí un momento de desorientación total. Estaba en medio del vacío. Con las olas elevándose no podía ver nada de la ciudad y me daba la impresión de encontrarme en un vasto mar interminable. El infinito me rodeaba por todas partes; solo un abismo debajo.

Pánico.

¿Qué hacía allí? ¿Estaba loco? Empecé a hiperventilar y a retorcerme. Cada ola era una amenaza que intentaba llevarme al fondo. Tragué un buen bocado de salmuera.

Por suerte, se activó algún instinto de supervivencia y conecté el espiril, que me sacó del agua.

Allí colgado, con la ropa chorreando, hice lo posible por respirar y cerré los ojos con fuerza. Quería moverme. Tenía que moverme. Pero en aquel momento me habría sido más fácil levantar un camión lleno de pudín.

Aquella agua. Toda aquella agua...

Inspiré profundamente e intenté reducir la respiración. Me obligué a abrir los ojos. Desde mi mejor posición, sostenido por los chorros del espiril, podría ver por encima de las olas. Me había girado, así que tuve que situarme. Había atravesado la mitad de la

distancia y tenía que seguir, pero era muy muy difícil motivarme para apagar el rayo-tractor y caer.

Con esfuerzo lo hice y entré de nuevo en el mar. Como guía empleé el humo negro que se elevaba al cielo. Pensé en la gente dentro del edificio. Al no haber agua a la que saltar, probablemente correrían hacia los pisos inferiores para huir de las llamas; pero eso haría que se ahogaran en cuanto volviese el agua.

Sería una muerte horrible, atrapados en el interior del edificio al volver las aguas de golpe, perversamente retenidos entre el calor de arriba y el abismo frío de abajo.

Me puse furioso y aumenté la velocidad del espiril.

Algo se soltó.

De pronto giraba en un torrente de agua y burbujas. Corté el impulso. ¡Joder! Uno de los chorros de las piernas había dejado de funcionar. Volví a la superficie; tosía y tenía frío. Era muy difícil mantenerse a flote con el peso del ahora inoperativo espiril tirando de mí y con la ropa todavía puesta.

¿Y por qué resultaba tan difícil flotar? Mi cuerpo era en su mayoría agua, ¿no? ¿No debería flotar sin problemas?

Resistiéndome a las olas, intenté bajar la mano y arreglar el chorro. Pero ni siquiera sabía qué había hecho que dejase de funcionar y no se me daba bien nadar sin ayuda. Finalmente sucedió lo inevitable y empecé a hundirme. Tuve que activar el chorro que me quedaba para volver a la superficie.

Me sentía como si ya me hubiese tragado la mitad del océano. Con un ataque de tos, volví a sentir pánico al darme cuenta de lo peligrosas que podían ser las aguas abiertas. Eché hacia atrás la pierna a la que todavía le funcionaba el chorro, activé el espiril a media potencia y me impulsé hacia los edificios distantes.

Solo podía concentrarme en mantenerme vivo y en dirección a la civilización. Iba lento. Demasiado lento. Sentí una profunda vergüenza de haber echado a correr para ser un héroe y haber acabado cojeando y casi creando una nueva crisis en lugar de

resolver la primera. ¿Podía recibir mejor ejemplo de las advertencias del Profesor?

Por suerte, podía controlar mi terror, siempre que dispusiese de aquel chorro del espiril para sentir cierto control sobre la situación. Al acercarme a la ciudad el agua se fue calentando. Al final, afortunadamente, llegué a uno de los edificios externos, que era bajo y tenía la azotea a solo dos pisos del agua. El solitario chorro fue suficiente para empujarme hacia arriba —aunque en un ángulo inesperado— y pude agarrarme al borde de la azotea y subir. Tosía.

A pesar de que era el espiril el que había hecho todo el trabajo, yo estaba agotado. Me dejé caer, oliendo el humo en el aire, y miré al cielo.

Aquella gente. Intenté ponerme en pie. Quizá pudiese...

Cerca ardía el edificio, a solo una calle. Completamente en llamas, la parte superior había ardido. Un infierno. Incluso en la distancia podía sentir el calor. Era algo más que el resultado de una o dos bombas incendiarias. O Newton había seguido lanzándolas o habían preparado el edificio para que ardiese. El agua se movía en remolinos alrededor de la estructura del edificio, lo que dejaba al descubierto una calle rota y mojada.

En el suelo había algunos cadáveres. Gente que había intentado escapar de las llamas.

Mientras miraba, el agua quedó liberada. Golpeó el edificio y el siseo me indicó que el fuego había logrado llegar a los niveles que antes habían estado sumergidos. El impacto provocó la caída al agua de los pisos superiores del edificio, lo que hizo que saliera vapor hacia el aire y que se produjera un ruido horrible.

Me puse en pie como pude; me sentía totalmente derrotado. Vi en una azotea cercana la proyección acuosa de Regalia, de pie con las manos a la espalda. Me miró y luego se fundió con la superficie del mar y desapareció.

Me dejé caer. ¿Por qué? No tenía sentido.

«El Profesor tiene razón: asesinan indiscriminadamente. ¿Por qué creí que cualquiera de ellos puede ser bueno?», pensé.

Me zumbó el pantalón. Suspiré y cogí el móvil. Se había mojado un poco, pero según Mizzy, era a prueba de agua.

Me llamaba el Profesor. Levanté el móvil junto a la cabeza, dispuesto a aceptar la reprimenda. Me di cuenta de qué había provocado el fallo del espiral: no había conectado bien los cables de la pierna izquierda y se habían soltado. Un problema sencillo que no habría tenido si hubiera sido más cuidadoso al montar el equipo.

—Sí —dije al teléfono.

—¿Se ha ido? —preguntó la voz del Profesor.

—¿Quién?

—Regalia. Observaba, ¿no es así?

—Sí.

—Lo más probable es que siga haciéndolo remotamente —dijo el Profesor. Sonaba entrecortado—. De alguna forma tendré que evacuar a esa gente en el submarino.

Me puse en pie.

—¿*Profesor*? —dije emocionado.

—No te pongas demasiado contento —me cortó con un gruñido—. Casi seguro que está mirándote. Actúa como si estuvieses abatido. —De fondo, por el móvil, oí el llanto de un niño—. ¿Puede hacer que se calle? —le soltó el Profesor a alguien.

—Estás en el edificio —dije—. ¡Los... los has salvado!

—David —dijo el Profesor con voz tensa—. Este no es un buen momento para mí. ¿Me entiendes?

«Está manteniendo a raya el agua y las llamas —comprendí—; con campos de fuerza».

—Sí —susurré.

—He dejado el submarino. Para llegar aquí he tenido que correr por el fondo del océano.

No daba crédito a lo que oía.

—¿Eso se puede hacer?

—¿Con una burbuja de campo de fuerza extendida frente a mí? —dijo el Profesor—. Sí. Hace mucho tiempo que no practico —refunfuñó—. Entré en el edificio desde abajo, vaporizando una

sección del suelo y pasando al sótano. Voy a crear un túnel de campo de fuerza para esta gente e iremos al edificio del que salimos tú y yo. ¿Podemos reunirnos allí?

La idea de volver a la bahía me provocaba náuseas, pero no iba a admitirlo.

—Claro.

—Bien.

—Profesor... —dije, intentando parecer hundido, aunque me sentía justo lo contrario—. Eres un héroe. Lo eres de verdad.

—Para.

—Pero has salvado...

—Para.

Guardé silencio.

—Vuelve al edificio —dijo—. Tendrás que pilotar el submarino y llevar a esta gente bien lejos del alcance de Regalia. Luego dejas que se vaya. ¿Me comprendes?

—Claro. Pero ¿por qué no puedes pilotarlo tú?

—Porque —dijo el Profesor, hablando cada vez más bajo— voy a necesitar toda mi fuerza de voluntad durante los próximos minutos para no asesinar a estas personas por incordiarlas.

Tragué saliva.

—Comprendo —dije.

Arreglé el cableado de la bota. Me guardé el teléfono, apunté el rayo-tractor al agua y comprobé que todo funcionase; y aún volví a verificar el cableado para estar seguro.

Finalmente arranqué, aunque esta vez con más cuidado. Me llevó un buen rato, pero llegué. Luego tuve que esperar casi una hora en la sala cercana a donde habíamos atracado el submarino antes de oír sonidos.

Me levanté al abrirse la puerta. Del pasillo surgió un grupo de personas cubiertas de ceniza. El Profesor las había llevado a otra parte del edificio. Corrí a ayudar, a tranquilizarlas. Luego les expliqué que tendríamos que entrar en el submarino a oscuras y

guardando todo el silencio posible. No podíamos arriesgarnos a que Regalia descubriese las acciones del Profesor.

Con esfuerzo logré que todos ellos, mojados, agotados y tosiendo, entrasen en el submarino. Eran como cuarenta, pero cabían todos. A duras penas.

Ayudé a bajar al último, una madre con un bebé. Atravesé el edificio hasta la sala donde me había encontrado con ellos. La iluminé con el móvil para asegurarme de que no me había dejado a nadie.

El Profesor estaba de pie en la puerta opuesta, casi oculto por las sombras. Sus gafas de protección reflejaban la luz, por lo que no pude ver sus ojos. Asintió y luego se volvió y desapareció en las tinieblas.

Suspiré y desactivé el móvil. Regresé a la sala del submarino y me guie usando las cuerdas. Entré y cerré la escotilla; la sellé y bajé al submarino atestado de gente que olía a humo. Me inquietaba la actitud del Profesor, pero no lo suficiente como para hacer desaparecer el calor que sentía por dentro. Lo había hecho. A pesar de sus quejas por mi temeridad, él mismo había ido a salvar a la gente.

Él y yo *éramos* iguales. Solo que él era mucho más competente que yo. Me coloqué en el asiento delantero del submarino y llamé a Val para que me dijese cómo pilotarlo.

Dejé caer la caja de raciones. Luego me levanté y me limpié la frente. Varios de los refugiados babilarianos salvados por el Profesor cogieron las cajas, salieron corriendo con ellas y se fueron a toda prisa a un cercano almacén en ruinas. Durante el día transcurrido desde que los había dejado allí, en los restos derruidos de una pequeña isla en la costa de Nueva York, se habían limpiado parte de la ceniza, pero parecían haber ganado un sano instinto de conservación, que no debía de estar muy escondido antes de todo aquello.

—Gracias —me dijo una mujer llamada Soomi, inclinándose. A pesar de que era de noche sus ropas pintadas no brillaban, así que parecían sucias; viejas.

—Recordad nuestro acuerdo —dije.

—No vimos nada —prometió—. Y tardaremos al menos un mes en volver a la ciudad.

Asentí. Soomi y los suyos creían que los Reckoners los habían salvado empleando tecnología de campos de fuerza. No debían contar a nadie lo que habían visto, pero incluso si lo hacían, con algo de suerte, su relato no dejaría claro que el Profesor era un Épico.

Soomi cogió una de las últimas cajas y fue a unirse a los otros corriendo hacia un grupo del edificio medio derruido sobre el terreno cubierto de hierbas. Era mejor no dejarse ver con comida, por si te veían los merodeadores. Por suerte, la única forma de salir de la isla

era un puente en la parte norte, por lo que tenía la esperanza de que estuviesen seguros.

Se me partía el corazón al verlos sin hogar ni posesiones, a la deriva, pero no podíamos hacer nada más de lo que habíamos hecho; y, posiblemente, fuese más de lo que deberíamos porque Cody tuvo que enviarnos por aire suministros desde Chicago Nova para poder darles raciones de comida.

Me volví y me dirigí hacia una calle vacía y rota, con el rifle al hombro. El paseo hasta el muelle donde había atracado el submarino era corto. Val descansaba, sentada en lo alto. Ella había apilado en el muelle las cajas de raciones mientras los refugiados y yo las metíamos en el edificio.

Vacilé, mirando hacia Babilar, al sudoeste. Relucía con colores surrealistas, como un portal a otra dimensión. Aunque las aguas que se extendían frente a mí parecían planas, yo sabía que tenían una ligera pendiente hacia arriba. Regalia había esculpido con toda intención el aspecto de la ciudad; incluso en distintas zonas de Babilar había distintos niveles de agua, lo que daba lugar a barrios de azoteas y calles hundidas.

«Se preocupa —pensé—. Construyó esta ciudad como si su intención fuese quedarse aquí para gobernar. La hizo acogedora».

Entonces ¿por qué destruirla?

—¿Vienes? —me gritó Val.

Asentí, crucé el muelle y subí al submarino. La zona estaba fuera del alcance de visión de Regalia, en teoría, por lo que podíamos dejar que subiera a la superficie.

—¡Eh! —me dijo Val al pasar—, ¿cuándo vas a contarme cómo los salvaste? Quiero decir, de verdad.

Vacilé en la escotilla, con la luz del interior iluminándome.

—Usé el espiril —dije.

—Sí, pero ¿cómo?

—Apagué el fuego de la sala —dije, recurriendo a la mentira que Tia y yo habíamos inventado. Habíamos dado por supuesto que con el tiempo Exel y Val preguntarían—. Logré reunirlos a todos en la

misma estancia. Luego los mantuve callados y seguros hasta que Regalia pensó que estaban todos muertos. Después los saqué de allí.

Era una buena mentira. Val no sabía que se había desmoronado el edificio tras volver el agua. Era plausible que hubiese logrado sacarlos a todos.

Fuese buena o no la mentira, odiaba contarla. ¿No podía el Profesor ser sincero con los miembros de su propio equipo?

Val me miró y, aunque su cara estaba cubierta en sombras y resultaba difícil de ver, me sentí como la única fresa podrida en el expositor de fresas. Al final se encogió de hombros.

—Bien, buen trabajo.

Bajé a toda prisa. Val me siguió y luego fue a cerrar la escotilla; después fue al asiento delantero. No creía, al menos no por completo, lo que le había dicho. Lo apreciaba en la rigidez con la que se sentó y por el sonido excesivamente controlado de la voz al llamar a Tia y decirle que estábamos de vuelta a la zona de suministros para recoger el siguiente cargamento de cajas y aprovisionar nuestra base.

Estaba nervioso. Nos movimos bajo las olas y durante un rato viajamos en silencio. Al final me obligué a ocupar el sitio del copiloto junto a Val. Todavía no sabía casi nada sobre ella. Quizás algo de conversación agradable calmaría sus sospechas sobre lo sucedido el día anterior.

—He visto que prefieres un Colt 1911 —le dije—. Una buena pistola que ha superado la prueba del tiempo. ¿Va con corredera y armazón Springfield?

—Sinceramente, no lo sé —me contestó echando un vistazo al arma que llevaba en la cadera—. Me la dio Sam.

—Pero tendrás que saberlo para conseguir los repuestos.
Val se encogió de hombros.

—No es más que una pistola. Si se rompe, conseguiré otra.
No es más...

¿No es más que una pistola? ¿Lo había dicho de verdad?

Mientras nos entreteníamos bajo las olas sentía mi boca moverse, pero no surgió ningún sonido. La pistola que llevabas encima era tu vida; si fallaba podías acabar muerto. ¿Cómo podía decir algo así?

«Sé encantador —me dije contundentemente—. Criticarla no hará que se sienta más cómoda en tu presencia».

—Entonces —dije tosiendo en la mano—, debes haber disfrutado esta misión. Una estupenda base submarina, nada de Épicos contra los que luchar, una ciudad llena de gente amable. Debe ser el mejor trabajo al que podrían asignar un equipo Reckoner.

—Claro —dijo Val—; hasta que asesinaron a uno de mis amigos.

Y yo reemplazaba a aquel amigo en el equipo. Genial. Otro recordatorio de que quizá no le cayera bien.

—Hace tiempo que conoces a Mizzy —dije, probando otra táctica—. No te has criado en la ciudad, ¿verdad?

—No.

—¿Dónde estabas antes?

—México. Pero no deberíamos hablar del pasado. Va contra el protocolo.

—Solo intento...

—Sé lo que intentas. No es necesario. Yo cumpliré con mi trabajo. Tú cumple con el tuyo.

—Tienes razón. —Me dejé caer en el asiento—. De acuerdo. —Espera. ¿México? Me recuperé.

»Tú... no participarías en el trabajo de Hermosillo, ¿verdad? —Me miró pero no dijo nada.

»¡El ataque contra Puños de Fuego! —exclamé.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Val.

—¡Ah, qué pasada! ¿Es verdad que os tiró un tanque?

Val mantuvo la vista al frente y tocó un botón en el panel de control del submarino.

—Sí —dijo al final—. Un tanque enterito. Rompió el muro de nuestra base de operaciones.

—¡Hala!

—Es más, yo era la encargada de operaciones.

—Entonces tú...

—Sí. Yo estaba dentro cuando el tanque atravesó la pared. Esquivó a Sam y logró regresar y atacar nuestro centro de operaciones. Todavía no me explico cómo sabía dónde estábamos.

Sonreí, imaginándomelo. Puños había sido un Épico de fuerza bestial, capaz de levantar casi cualquier cosa, incluso objetos que al levantarlos tendrían que haberse roto. No era un gran Épico, pero sí difícil de matar, con vitalidad mejorada y la piel como la de un elefante.

—Nunca descubrí cómo lo derrotasteis —dije—. Solo que el equipo finalmente acabó con él, a pesar de que todo saliese mal.

Val mantuvo la vista al frente, pero en sus labios vi un amago de sonrisa.

—¿Qué? —pregunté.

—Bueno... yo estaba allí —dijo, un poco más animada—, entre los escombros de la base de operaciones, un pequeño edificio de ladrillos en el centro de la ciudad. Él venía a por mí y yo estaba sola, sin apoyo.

—¿Y?

—Pues que allí había un tanque.

—No...

—Sí —dijo Val—. Al principio me metí dentro para esconderme, pero estaba preparado para disparar y él pasó por delante del cañón. El tanque estaba volcado, pero había atravesado la pared hacia delante. Así que pensé, ¿por qué no?

—Le disparaste.

—Sí.

—Con un tanque.

—Sí.

—Es impresionante.

—Fue una estupidez —dijo Val, aunque todavía sonreía—. Si el cañón hubiese estado torcido probablemente me hubiese volado a

mí misma por los aires. Pero... bien, tuve suerte. Sam dijo que encontró el brazo de Puños a varias calles de distancia. —Me miró y pareció darse cuenta de con quién hablaba. Se le oscureció la expresión.

—Lo siento —dije.

—¿El qué?

—No ser Sam.

—Eso es una tontería —dijo Val apartando la vista. Vaciló—. Eres así como infeccioso, Steelslayer. ¿Lo sabías?

—Es mi valiente y decidida virilidad.

—¡Uy, no! No lo es, pero posiblemente sea tu entusiasmo. —Cabeceó y tiró de la columna de control, con lo que el submarino subió a la superficie—. En cualquier caso, puedes usar tu virilidad para cargar cajas. Hemos llegado.

Sonreí, encantado de haber mantenido una conversación con Val sin que ella se pasara el rato frunciendo el ceño. Me puse en pie y fui a la escalera. La puerta del baño seguía dando golpes. Teníamos que pedirle a Mizzy que la arreglase de una vez. La cerré con el pie y subí para abrir la escotilla.

La oscuridad era total y nos cubría por completo. El punto de suministro no estaba lejos siguiendo la costa de City Island, pero debíamos estar bien fuera del alcance de Regalia. Aun así parecía buena idea no dejar nunca el submarino sin alguien dentro, así que planeamos que yo iba a buscar las cajas y las llevaba a la orilla, que estaba a poca distancia, y allí se las dejaba a Val. Ella las llevaba de la orilla al submarino, para luego bajarlas y apilarlas.

Me puse el rifle al hombro y bajé al atracadero, donde el agua lamía la madera, como si insistiese en recordarme su presencia. Corrí por el atracadero y me aproximé a un edificio que estaba a oscuras, un viejo cobertizo donde Cody había descargado los suministros.

Me metí dentro. Al menos no habría tantas cajas como antes. Quizás hubiera sido mejor llevárnoslas todas en el viaje anterior,

pero nos dolían los brazos y el pequeño descanso nos había parecido necesario.

Encendí la luz del móvil y comprobé la estancia.

Luego levanté la trampilla oculta en el suelo y bajé para comprobar cómo estaba el Profesor.

Excavada en la roca bajo el cobertizo se encontraba una de las bases de paso de los Reckoners, con su camastro, suministros y banco de trabajo. El Profesor se encontraba junto al banco, con un matraz que examinaba a la luz de una lámpara. Una mejora. La última vez que había bajado a verlo me lo había encontrado tendido en el camastro mirando fotos viejas. Ahora las fotos estaban dispersas sobre la cama.

El Profesor no me miró mientras bajaba.

—Estamos recogiendo el resto de los suministros —dije, haciendo un gesto sobre el hombro—. ¿Necesitas algo?

El Profesor negó con un gesto y agitó el matraz.

—¿Estarás bien? —pregunté.

—Me siento bien —dijo el Profesor—. Cuando se haga más de noche pienso ir a la ciudad. Es posible que mañana regrese a la base; es posible que me quede aquí un día más. Tenemos que dejar tiempo suficiente para que el equipo de Val se crea que me he ido a visitar otra célula Reckoner.

Esa era la explicación que había dado Tia para su ausencia. Miré con curiosidad mientras mezclaba otro matraz con un líquido de distinto color.

—En dos días atacaremos a Newton —le dije—. Tia tomó la decisión. Dijo que no le respondías.

Dos días era mucho antes de la fecha final de Obliteration, lo que nos ofrecería un buen espacio de maniobra por si todo salía mal.

Gruñó.

—¿Dos días? Para entonces ya estaré de vuelta. —Mezcló los dos líquidos en un frasco y dio un paso atrás. Surgió un enorme chorro de espuma que casi llegó al techo y luego cayó en forma de masa espumosa. El Profesor miró y sonrió.

—Peróxido de hidrógeno mezclado con yoduro de potasio —dijo—. A los niños les encantaba. —Se puso a mezclar otros materiales.

—¿Podrías volver antes? —le pregunté—. Todavía nos falta el plan para lidiar con Obliteration y su presencia es como una pistola apuntando a la cabeza de la ciudad.

—En eso estoy trabajando —dijo el Profesor—. Creo que si acabamos con Regalia podríamos asustarlo. Si no se asusta, es posible que en las notas de Regalia encontremos información sobre el punto débil de Obliteration.

—¿Y si no?

—Evacuaremos la ciudad —dijo el Profesor.

Tia había planteado la misma posibilidad, pero a mí me parecía muy mala opción. No podríamos poner en marcha una teórica evacuación hasta que Regalia no estuviese muerta, porque seguro que ella atacaría a los que huían. Dudaba que dispusiésemos de tiempo suficiente para sacar a todo el mundo antes de que Obliteration acabase con la ciudad.

—Dile a Tia que me llame un poco más tarde —dijo el Profesor—. Lo hablaremos.

—Así lo haré —dije. Luego callé mientras él trabajaba con otra mezcla—. ¿Qué haces?

—Otro experimento.

—¿Por qué?

—Porque me ayuda recordar el pasado —dijo girándose. El rostro quedó oculto en la oscuridad—. Recordar a los alumnos, su emoción, su alegría. Los recuerdos parecen hacer retroceder las tinieblas.

Asentí lentamente, pero no me estaba mirando. Había vuelto a concentrarse en su experimento. Así que me acerqué unos

centímetros a ver si podía entrever algo de las fotos sobre el camastro.

Llegué hasta el colchón, me incliné y cogí una. Mostraba una versión más joven del Profesor, vestido informalmente: vaqueros y camiseta. Estaba de pie en una sala llena de monitores y ordenadores. Había otras personas dispersas por las esquinas, vestidas con camisas azules de uniforme.

El Profesor me miró.

Le mostré la foto.

—¿Un laboratorio?

—La NASA —dijo renuente—. El antiguo programa espacial.

—¡Habías dicho que eras profesor de escuela!

—Yo no era el que trabajaba en ese laboratorio, genio —dijo el Profesor—. Mira con más atención.

Volví a mirar y comprendí que el Profesor parecía más bien un turista que sonreía para la foto. Me llevó un segundo ver que de las muchas personas con camisa azul de la NASA, una era pelirroja: Tia.

—¿Tia es ingeniera espacial? —pregunté.

—Lo era —dijo el Profesor—. Hace mucho tiempo. Me dejó visitarla justo después de que empezásemos a salir. Fue el mejor momento de mi vida. Estuve meses presumiendo frente a mis alumnos.

Miré la foto. El hombre de la foto, aunque era claramente el Profesor, parecía pertenecer a una especie totalmente diferente. ¿Dónde estaban las arrugas de preocupación en la cara, los ojos atormentados, la estatura imponente?

Casi trece años de Calamity habían transformado a aquel hombre; y no solo por los poderes que había adquirido.

De debajo de la sábana sobresalía otra foto. La cogí. El Profesor no me detuvo y volvió al experimento.

En la foto había cuatro personas en fila. Una era el Profesor, que llevaba su habitual bata de laboratorio negra con unas gafas protectoras en el bolsillo. A su lado estaba Regalia con la mano

extendida y un globo de agua flotando sobre los dedos. Llevaba un elegante vestido azul. También estaba Tia. Y otro hombre que no reconocí. Mayor, de pelo entrecano que le salía de la cabeza casi formando una corona. Estaba sentado en una silla mientras que los otros estaban de pie.

—¿Quién es? —pregunté.

—Son recuerdos de otra época —dijo el Profesor sin volverse—. Recuerdos que preferiría no revivir.

—¿Por Regalia?

—Porque en aquella época yo creía que el mundo podía ser un lugar diferente —dijo el Profesor agitando una disolución—. Un lugar de héroes.

—Quizá todavía pueda ser ese lugar. Quizá nos equivoquemos con respecto a la causa de la oscuridad, o quizás haya alguna manera de resistirse. Después de todo, nos hemos equivocado sobre los puntos débiles de los Épicos. Quizá no comprendamos tan bien como creemos.

En lugar de responder, el Profesor dejó el matraz.

—¿Y no temes lo que podría suceder si fracasamos?

—Estoy dispuesto a aceptar el riesgo, Profesor.

Entornó los ojos.

—¿Puedo confiar en ti, David Charleston?

—Sí, claro. —¿A qué venía aquella pregunta? No parecía tener relación con el resto de la conversación.

Me examinó y luego asintió.

—Bien. He cambiado de opinión. Dile a Tia que iré a la ciudad tan pronto como os vayáis de aquí; puede contarle a Val y Exel que he resuelto con rapidez la emergencia del otro equipo Reckoner y que vuelvo antes.

—Vale. —El Profesor tenía una motora en un atracadero Reckoner oculto. Podía volver él solo a la ciudad—. Pero ¿a qué venía preguntarme si podías confiar en mí?!

—Ve a terminar de cargar las cajas. —Se volvió y se puso a guardar sus cosas.

Suspiré, dejé la foto y subí. Cerré la trampilla y lo dejé en su cámara oculta. Cogí una caja de suministro y al salir casi me doy de cabeza con Val.

—¿David? ¿Qué hacías?

—Lo siento. Necesitaba recuperar el aliento.

—Pero...

—¿Has dejado el submarino? —la interpelé.

—Yo...

Corrí dejándola atrás. ¡Chispas! ¿Y si un merodeador daba con él y decidía llevárselo de paseo? Por suerte seguía en su sitio, acomodado en las tranquilas aguas oscuras.

Val y yo cargamos las cajas con rapidez, casi sin hablar. Intenté volver a congraciarme con ella con algunas preguntas, pero apenas respondió. Incluso en el camino de vuelta estuvo casi todo el rato callada. Sabía que le ocultaba algo. No la culpaba por sentirse molesta, la verdad, yo me sentía igual con todo aquel asunto.

Al llegar a la base atracamos y pasamos a la sala a oscuras. El mecanismo de ataque era completamente hermético, ajustado con precisión al submarino. Muy ingenioso. Aun así dejaban la estancia a oscuras en caso de fuga. Incluso lejos del alcance de Regalia los Reckoners actuaban con cuidado. Era una de las cosas que me gustaban de aquella gente.

En la oscuridad di con las cuerdas de guía y de un estante de la pared cogí dos gafas de visión nocturna. Le pasé un par a Val y me coloqué el otro. Nos pusimos a descargar las cajas. Al final cogí una, la apoyé en el hombro y abandoné la zona de ataque a oscuras para ir al almacén situado pasillo abajo.

La luminosa base Reckoner, con sus mullidos sofás y paneles de maderas oscuras, ofrecía un contraste enorme con los paisajes desolados que había visitado durante el día. Era casi como pasar a un mundo diferente. Llevé la caja al almacén y la dejé. A mi espalda oía las voces de radio que surgían del dormitorio de Exel. Estaba haciendo horas extras de vigilancia, escuchaba las transmisiones, y comprobaba y volvía a comprobar las rutas de Newton.

Había más cajas por descargar, pero imaginé que era mejor transmitir primero el mensaje del Profesor. Recorrí el pasillo y llamé a la puerta de Tia.

—Pasa —dijo.

En las paredes había colgado planos de Babilar que mostraban las rutas de Newton. En el centro de la ciudad varios alfileres mostraban dónde creía Tia que podría estar escondida Regalia. Había todavía demasiados edificios. No podríamos buscar con eficiencia sin a la vez declarar lo que estábamos haciendo, pero estábamos cerca.

En una esquina de la habitación había una docena o más de bolsas de cola y Tia tenía mal aspecto. Del moño se le habían escapado algunos mechones, que sobresalían encrespados como rayos pelirrojos. Tenía ojeras y llevaba días sin planchar su habitualmente immaculado traje chaqueta.

—Allí estaba —dije.

Me miró.

—¿Qué ha dicho?

—Que volvería esta noche. Probablemente tendremos que enviar el submarino a la ciudad para recogerlo. Da la impresión de estar casi totalmente recuperado.

—¡Gracias al cielo! —exclamó echándose en la silla.

—Val sospecha —le dije—. Deberías contarle la verdad.

—Me gustaría saber cuál es la verdad —gruñó Tia.

—¿Qué...?

—No me refiero a Jon. No me hagas caso. Estoy hablando por hablar. Quiero enseñarte algo. Mira.

Se puso en pie y fue hasta la pared, donde dio unos golpecitos. Allí había dispuesto el sistema de imagen para convertir la pared en una pantalla inteligente, como prefería el Profesor cuando trabajaba. Apareció una imagen de Knoxx, el Épico del grupo de Newton que yo había visto unos días antes. La pared mostró el vídeo en el que se transformaba en pájaro y salía volando. Se vio el movimiento oscilante de la mira que no pude evitar cuando buscaba al pájaro

hasta que di con él en el otro edificio. Se produjo otra vez la transformación. Tia congeló la imagen y amplió la cara. El primer plano era granuloso, pero seguía siendo reconocible.

—¿Qué dirías de lo que acabas de ver?

—Al menos una capacidad de transmutación de clase C —afirmé—. Es capaz de cambiar su masa y tras la transformación conservar los procesos mentales; cualquiera de esas dos habilidades elevaría la transmutación por encima de la clase D. Antes de poder decir algo más tendría que saber si puede adoptar otras formas o si tiene limitadas las veces que puede cambiar.

—Este hombre ha formado parte de la banda de Newton durante años —dijo Tia—. Exel lo ha confirmado por varios medios. Hasta ahora no había ninguna prueba de que Knoxx tuviese poderes. Eso implica que de alguna forma Newton o Regalia lo convencieron de que ocultase sus habilidades durante años. Estoy preocupada, David. Si ella puede ocultar a los Épicos y evitar que manifiesten sus poderes, puede que todo lo que hemos descubierto en esta ciudad, con una inversión de tiempo tan enorme, no sirva para nada.

Fruncí el ceño, me acerqué a la imagen y la miré con más atención.

—¿Y si no ocultaba sus poderes? —pregunté—. ¿Y si los obtuvo hace poco?

Tia me miró.

—¿De verdad crees que Regalia puede convertir a alguien en Épico?

—No estoy convencido, pero es evidente que quiere que creamos que puede crear un Épico o, al menos, mejorar sus habilidades. Quizá tenga acceso a un dador, o a algún tipo de Épico que no hemos conocido hasta ahora, y pueda fingir que da poderes. O, quizá, simplemente sí puede crear nuevos Épicos. Me parece que por mucho que nos gustaría hacerlo, la verdad es que no podemos estimar lo que es razonable en lo que se refiere a los Épicos.

—Quizás —admitió Tia. Se sentó en la silla junto a la mesa y cogió otra bolsa de cola.

—No te gusta verte obligada a tomar el mando; dirigir operaciones sin el Profesor.

—Estoy totalmente capacitada para llevar el mando —aseguró.

—Eso es como responder que el ketchup puede ser una crema para el pelo. —Alzó una ceja.

»Verás, técnicamente es cierto, pero...

—Lo he entendido —me cortó.

—¿Lo... has entendido?

—Sí. Y tienes razón. Jon es el líder, David. Yo administro; hago que todo encaje. Pero él tiene el concepto; él ve lo que otros no aprecian. No por sus... habilidades, sino por ser quien es. Sin que él examine el plan, me preocupa no ver algún detalle importante.

—Dice que volverá a tiempo para ayudarnos.

—Eso espero —dijo Tia—. Porque sinceramente, ese hombre es un campeón de la depresión cuando le da la gana.

—¿Ya era así antes? —Me miró fijamente.

»Me contó lo de la NASA —comenté—. Vi una foto de vosotros dos, juntos. Estoy impresionado.

Sorbió.

—¿Te contó por qué tuve que invitarle a aquella visita?

—Di por supuesto que porque erais pareja.

—Acabábamos de empezar a salir —me contó Tia—. Un profesor de su escuela ganó un concurso que organizamos: ven a hacer de astronauta durante unas semanas. Entrenarse, pasar las pruebas, esas cosas. Lo hacíamos de vez en cuando por la publicidad.

—¿Y el Profesor no ganó? —pregunté.

—No participó —dijo Tia—. Odiaba los concursos. Ni siquiera era capaz de usar una máquina tragaperras. Pero eso no le impidió sentirse destrozado al no poder ir. —Miró la bolsa de cola sin abrir—. A veces olvidamos lo humano que es, David. A pesar de todo no es más que un hombre. Un hombre con sentimientos, aunque a

veces esos sentimientos no tengan mucha lógica. Todos somos así. Queremos lo que no podemos tener, incluso cuando no tenemos derecho a exigirlo.

—Todo saldrá bien, Tia. —Mi tono de voz pareció pillarla por sorpresa y me miró.

»Verás, él no es solo un hombre, Tia —dije—. Es un héroe.

—Suenas como uno de ellos.

¿Ellos?

Y comprendí: se refería a los creyentes. ¡Chispas!, era cierto. «Donde hay villanos, habrá héroes. Espera y verás. Vendrán». Las palabras de mi padre el día de su muerte.

Hacía apenas unos meses me parecía que el optimismo de gente como Abraham o Mizzy era una estupidez. ¿Qué había cambiado?

Era el Profesor. No podía creer en Épicos mitológicos que podrían llegar algún día a salvar el mundo. Pero él...; en él podía creer.

Miré a Tia a los ojos.

—Vale —dijo—, termina de descargar, luego coge equipo. Quiero que instales una cámara para vigilar a Obliteration y tener información visual constante. No sabemos con seguridad si el proceso de almacenamiento de energía seguirá al mismo ritmo que otras veces. Prefiero no tener una sorpresa.

Asentí y salí, cerrando la puerta. Recorrí el pasillo y pasé por la cámara que hacía de almacén, donde Mizzy se ocupaba de traer cajas. Dejó una y me dedicó una sonrisa animada antes de ir a por otra.

No pude evitar sonreír. Aquella chica era la misma definición de personalidad contagiosa. El mundo era un lugar mejor gracias a la presencia de Missouri Williams.

—¿Por qué —dijo una voz baja a mi espalda— últimamente cada vez que te encuentro estás comiéndote con la vista a alguna chica?

Me volví y allí, de pie en medio del almacén, estaba Megan.

Megan.

Megan dentro de la base Reckoner.

Dejé escapar un sonido que no era un gemido, desde luego. Fue algo mucho más masculino, independientemente de cómo sonase.

Miré a Mizzy con pánico y luego entré en el almacén agarrando a Megan del brazo.

—¿Qué haces?

—Tenemos que hablar —dijo—; y pasas de mí.

—No pasaba de ti. He estado muy atareado.

—Atareado mirándole el trasero a las mujeres.

—Yo no... espera. —Me di cuenta y sonreí—. ¡Suenas celosa!

—No seas payaso.

—No. Estás celosa. —No podía dejar de sonreír.

Megan parecía confundida.

—Lo habitual es que la gente no sonría por celos.

—Significa que te gusto —dije.

—¡Venga ya!

Era hora de decir algo agradable; algo romántico. Mi cerebro, que llevaba todo el día trabajando unos pasos por detrás, decidió ayudarme.

—No te preocupes —dije—. Prefiero devorarte a ti con la mirada.

Espera.

Megan suspiró, mirando al pasillo.

—Eres un payaso —dijo por lo bajo—. ¿Es probable que vuelva?

Cierto. Gran Épica enemiga. Base Reckoner.

—Supongo que no has venido a entregarte —dije en voz baja.

—¿Entregarme? ¡Chispas!, no. Simplemente tengo que hablar con alguien. Tú eres el más conveniente.

—¿Esto es conveniente? —pregunté.

Megan me miró y se ruborizó. El tono rojizo le sentaba muy bien. Claro está, también le sentaría bien la sopa, el barro o la cera de oreja de elefante. Megan en un mal día brillaba más que cualquier otra persona que hubiese conocido.

—Ven —dije, cogiéndola del brazo. No quería permitir que usase sus poderes para ocultarse, no cuando era evidente que actuaba como la Megan que había conocido. Lo que implicaba moverse con rapidez. La arrastré en una carrera contrarreloj hasta mi habitación.

Llegamos sin que nos viesen. La hice entrar, luego cerré la puerta, apoyé la espalda y exhalé como un piloto epiléptico que acabase de aterrizar un avión cargado de dinamita.

Megan examinó mi cuarto.

—Veo que no te han dado una habitación con ventanal. Sigues siendo el chico nuevo del equipo, ¿no?

—Algo así.

—De todas maneras, está bien —dijo recorriéndola—. Mejor que un agujero de metal en el suelo.

—Megan, ¿cómo... es decir, alguien más sabe dónde está nuestra base?

Me miró directamente a los ojos y negó con la cabeza.

—No que yo sepa. No veo mucho a Regalia; creo que no confía en mí, pero por lo que sé de los demás, os están buscando. Cree que vuestra base está en algún lugar de la costa norte y parece muy irritada por no haber sido capaz de encontrarla.

—Entonces ¿cómo diste con nosotros? —pregunté.

—Steelheart me hizo pinchar el móvil de todos los miembros del equipo.

—Así que...

—Puedo escuchar —dijo Megan— algunas de vuestras llamadas. O podía durante un tiempo. Phaedrus es paranoico y cambia su teléfono y el de Tia con regularidad. El tuyo está destrozado. Ahora solo puedo escuchar si alguien llama a Abraham o a Cody.

—El envío de suministros —dije—. Oíste dónde era, llegaste antes y te colaste en el submarino.

Megan asintió.

—Yo estaba allí —dije—. ¡No te vi! ¿Empleabas tus poderes?

—Que va —dijo Megan. Se tiró en la cama y se quedó tendida de lado—. No fue más que el camuflaje de toda la vida.

—Pero...

—Iba a subir a bordo cuando tú llevabas un rato fuera y salió Val para seguirte, lo que casi me provoca un ataque al corazón. Pero me agaché a tiempo y seguidamente me oculté en el baño.

Sonreí, aunque no podía verme. Megan miraba al techo.

—Eres asombrosa.

Al oírlo la comisura de sus labios se elevó, aunque siguió mirando hacia arriba.

—Está empezando a ser difícil, David.

—¿Difícil?

—No usar los poderes.

Me subí a su lado en la cama.

—¿Has estado intentando lo que te pedí? ¿Evitar tus habilidades?

—Sí —dijo—. No sé por qué te hago caso. La vida así es más difícil. Es decir, soy básicamente una divinidad, ¿no? ¿Y acabo escondida en un baño?

Me senté a su lado. La tensión de su voz, la expresión de sus ojos.

—¿Funciona? —pregunté—. ¿Sientes ganas de asesinar indiscriminadamente?

—Siempre he sentido ganas de asesinarte a ti. Aunque fuese un poquito.

Esperé.

—Sí. —Megan suspiró—. Funciona. Está volviéndome loca en el sentido contrario, pero no usar los poderes ha eliminado parte de las... tendencias de mi mente. Pero, sinceramente, nunca tengo ganas de matar gente. En mi caso se manifiesta más como irritabilidad y egoísmo.

—¡Uy! ¿A qué crees que se debe?

—Puede que a que no soy muy poderosa.

—Megan, ¡eres una gran Épica! Eres retorcidamente poderosa.

—¿*Retorcidamente*?

—Lo oí en una película.

—Como sea. No soy una Épica muy poderosa, David. ¡Por amor a Calamity, tengo que usar una pistola! Sí, puedo reencarnarme, pero ¿has visto lo pequeñas que son mis ilusiones?

—Creo que eres muy asombrosa.

—No estoy buscando elogios, David. Estamos intentando que no use mis poderes, ¿recuerdas?

—Lo siento. ¡Venga, vale! Tus poderes son muy tontos. Son tan útiles como una bala del ocho montada en una escopeta de calibre doce para disparar a los pájaros.

Me miró y se echó a reír.

—Oh, ¡chispas! Pero, por otra parte, podrías ser buen testigo de la muerte de los faisanes.

—Cerca y muy íntimo —dije—. Como se supone que deben producirse las masacres aviares.

Eso la hizo reír más. Yo sonreí. Parecía que la risa le sentaba bien; aunque estaba teñida de desesperación, pero se me ocurrió que no podíamos hacer mucho ruido.

Megan estiró los brazos hacia atrás y luego los plegó sobre el estómago y suspiró.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—No sabes lo que es —dijo en voz baja—. Es horrible.

—Cuéntamelo. —Me miró—. Me gustaría saberlo. He adoptado la costumbre de... acabar con gente que tiene esos poderes. No sé

si me hará sentir mejor o peor saber por lo que pasan, pero creo que debería oírlo.

Volvió a mirar al techo y durante un rato no habló. Yo había dejado una luz encendida, una pequeña lámpara roja anaranjada con una pantalla de cristal. El silencio era total, aunque en algún momento me parecía oír el mar. Las olas crecían, el agua se agitaba. Probablemente no fuesen más que imaginaciones mías.

—No es como una voz —dijo Megan—. He leído lo que escriben algunos de los estudiosos de Tia y lo tratan como una especie de esquizofrenia. Afirman que los Épicos tienen una especie de conciencia malvada que les dice lo que deben hacer. Tonterías. No es eso para nada.

»¿Sabes esas mañanas cuando estás un poco enfadado con el mundo? —siguió—. ¿O estás irritable y cualquier pequeño detalle que normalmente no te molestaría te dispara? Algo así. Solo que se combina con la incapacidad de preocuparse por las consecuencias.

»Pero incluso eso es más o menos normal. Ya he pasado por eso, me he sentido así, mucho antes de adquirir estos poderes. ¿Sabes cuando te quedas despierto hasta tarde y sabes que si no duermes a la mañana siguiente vas a odiar la vida, pero te quedas despierto de todas maneras y te despreocupas? Algo así. Como Épica, no te importa, sin más. Después de todo, te mereces hacer lo que te dé la gana. Y si te pasas, siempre puedes cambiar más tarde. Siempre más tarde.

Cerró los ojos mientras hablaba y sentí un escalofrío. Me había sentido tal y como lo que describía. ¿Quién no se había sentido así? Oyéndola resultaba lógico que un Épico hiciese lo que hacía. Eso me horrorizó.

—Pero has cambiado —le dije a Megan—. Te has resistido.

—Durante unos días. Es muy difícil, David. Difícil de veras. Es como vivir sin agua.

—Dijiste que te resultaba más fácil cerca de mí.

Abrió los ojos y me miró fugazmente.

—Sí —admitió.

—Así que ese es el secreto para superarlo.

—No necesariamente. Muchos aspectos relacionados con los Épicos no tienen el más mínimo sentido.

—Eso dicen todos —respondí poniéndome de pie y dirigiéndome a la mesa—. Lo repetimos tanto que me pregunto si no lo daremos por supuesto. Mira. —Busqué mis investigaciones sobre los puntos débiles de los Épicos.

—¿Qué es esto? —dijo Megan, levantándose. Se acercó y se inclinó, con la cabeza muy cerca de la mía—. ¿Estás otra vez en modo ratón de biblioteca, Knees?

—He estado encontrando conexiones entre los Épicos y sus puntos débiles —le expliqué, señalando mis notas sobre Mitosis y Sourcefield—. Decimos que los puntos débiles son aleatorios, ¿no? Bien, en el caso de estos dos se dan coincidencias enormes.

Megan leyó.

—¿Su propia música? —preguntó—. Vaya.

—¿Qué hay de Steelheart? —pregunté emocionado—. Sus poderes se anulaban frente a gente que no le temiese. Tú lo conocías, ¿hay algún detalle de su vida que puedas relacionar con ese punto débil?

—No es que fuésemos de fiesta juntos —dijo Megan sin humor—. La mayoría de las personas de la ciudad, incluso las que ocupaban cargos de muy alto nivel, no sabían de mí. Solo conocían a Firefight, mi doble dimensional.

—¿Tu... qué?

—Una larga historia —dijo Megan, que miraba distraída las notas sobre Sourcefield—. Steelheart quería preservar el secreto más absoluto sobre mí. Así que se mantenía a distancia de mi yo real para no llamar la atención. ¡Chispas!, se mantenía a distancia de prácticamente todo el mundo.

—Aquí hay una conexión —dije, pasando las páginas con una mano—. Todo esto está conectado, Megan. Quizás incluso haya una razón.

Esperaba que lo negase, igual que el Profesor y Tia. Pero, en cambio, asintió.

—¿Estás de acuerdo? —pregunté.

—Esto me lo hicieron —dijo Megan—. Contra mi voluntad. Me convirtieron en Épica. Y la verdad es que me gustaría saber si todo esto tiene sentido. Así que sí, estoy dispuesta a creer cualquier cosa. —Seguía mirando la página—. Quizá más que dispuesta.

Era difícil no percibir lo cerca de mí que estaba, porque su mejilla casi tocaba la mía. El deseo de alargar la mano y acercarla era tan intenso que, en aquel momento, creí comprender lo que era el ansia por usar sus habilidades.

—Si hay una conexión con los puntos débiles —dije, para distraerme—, entonces es posible que haya un secreto para superar la influencia de los poderes. Podríamos salvarte, Megan.

—Quizá —dijo. Agitó la cabeza—. Pero ya te digo que si esto está relacionado con el poder del amor o alguna idiotez semejante, te juro que estrangulo a alguien. —Su rostro estaba junto al mío. Muy cerca.

—¿El poder de qué...?

—No te lo tomes muy en serio.

—Ahhh.

Sonrió. Así que decidiendo que no podía ir mal y que lo peor que podría pasar era que me pegase un tiro, me incliné para besarla. Asombrosamente, en aquella ocasión, no se apartó.

Fue genial. Yo no tenía mucha experiencia y había oído que las primeras veces todo el mundo era muy torpe, pero, por una vez en la vida, nada salió mal. Sus labios contra los míos, la cabeza inclinada, sus brazos alrededor de mi cuerpo, cálida y acogedora. Era como... como...

Era como algo fantástico que no quería que acabase. Y no iba a intentar explicarlo, no fuese a estropearlo.

Pero una vocecita en el fondo de mi mente dio la alarma: «Chico, te estás morreando con una Épica».

Desactivé esa parte de mi cabeza. ¡Qué fácil resultó en aquel momento no pensar en las consecuencias!, como había dicho Megan. Tanto que ni me enteré de que llamaban a la puerta.

Sin embargo, sí me di cuenta cuando empezó a abrirse.

34

Megan se apartó de mí y me giré. Tia, distraída con la vista en la tableta que llevaba en las manos, abría la puerta. Alzó la vista y me miró directamente.

Me quedé helado.

—Hola —dijo Tia—. Quiero enviar a Val a situar suministros para el ataque contra Newton. Podemos hacer que te lleve a ti e ir a poner la cámara. ¿Te importa? Preferiría no esperar.

—Ehhh... claro. —Me resistí al impulso de girarme y buscar a Megan. Había estado justo a mi lado.

Tia asintió y luego vaciló.

—¿Te he sobresaltado?

Miré al montón de papeles que sin darme cuenta había dejado caer cuando el beso.

—Hoy tengo el día tonto, supongo.

—Estate listo a las cinco —dijo, dejando una cajita sobre la mesilla: la cámara remota. Me volvió a mirar y se fue.

¡Chispas! Corrí a cerrar la puerta y examiné la habitación.

—¿Megan? —pregunté en voz baja.

—Vaya —dijo la voz de debajo de la cama.

Me acerqué y miré. Por lo visto Megan se había tirado al suelo y había rodado bajo la cama con gran habilidad. No había mucho sitio.

—Muy bien —le dije.

—Me siento como una adolescente que esquivo a la madre de su novio —se quejó.

—Yo también me siento adolescente. Porque lo soy.

—No me lo recuerdes —refunfuñó. Salió y se frotó la frente, que se había raspado bajo la cama—. Eres como cinco años más joven que yo.

—¿Cinco? Megan, ¿qué edad tienes?

—Veinte.

—Cumplí los diecinueve justo antes de salir de Chicago Nova —dije—. Me llevas un año.

—Como te decía. Eres prácticamente un bebé. —Alargó la mano y me dejó ayudarla a ponerse en pie.

—Podríamos ir a hablar con Tia —propuse cuando se levantó—. El Profesor no está y es más probable que Tia te escuche. He estado trabajándomelos, explicándoles que no mataste a Sam. Estoy seguro de que te dejará que te expliques.

Megan frunció el ceño y apartó la mirada.

—Ahora mismo, no.

—Pero...

—No quiero enfrentarme a ella, David. Ya es bastante duro lidiar con todo esto sin preocuparme por Tia.

Resoplé.

—Vale. Pero de alguna forma tendremos que sacarte de aquí.

—Recorre el pasillo. Distrae a cualquiera con quien te encuentres y déjame vía libre. Volveré a esconderme en el submarino.

—Supongo. —Me acerqué lentamente a la puerta.

—David. —Alcé una ceja—. Venir aquí fue una locura.

—Una locura total —admití.

—Gracias por acompañarme en mi locura. Me hace falta un amigo. —Hizo una mueca—. ¡Chispas! Odio admitirlo. No le cuentes a nadie lo que he dicho.

Sonreí.

—Guardaré tanto silencio como un caracol cubierto de mantequilla que intenta escapar de una cocina francesa.

Cogí el rifle que estaba junto a la puerta, me lo eché al hombro y salí al pasillo. Estaba desierto. Por el aspecto del almacén, deduje que Mizzy y Val habían terminado con las cajas; con suerte no estarían molestas conmigo por no haber ayudado. Recorrí todo el pasillo y entré en la sala intermedia, la cámara lujosa que conectaba con el atracadero del submarino.

No había rastro de nadie. Me volví.

Val estaba detrás de mí.

—¡Ah! —exclamé.

—Parece que volvemos a salir de inmediato —dijo.

—Ehhh... sí.

Me dejó atrás sin decir nada y se fue hacia la puerta de la sala de ataque. Tenía que dejarle margen a Megan. Si Val entraba primero, no habría forma de que Megan pudiese subir al submarino sin ser vista.

—¡Espera! —grité—. Tengo que coger el espiril.

—Entonces ve a por él —dijo.

—Vale. —Me quedé quieto un momento, pasando el peso del cuerpo de un pie al otro.

—¿Y? —preguntó Val parada en la puerta que daba a la sala de ataque.

—La última vez que usé el espiril tuve problemas. Perdí la propulsión en medio de la bahía.

Val suspiró.

«Vamos», la animé mentalmente.

—¿Quieres que lo revise? —preguntó con un tono que dejaba claro que era lo último que quería hacer en este mundo.

Suspiré.

—Sería genial.

—Vale, ve a buscarlo.

Salí corriendo, aliviado al ver que Val se quedaba en la sala intermedia. Al pasar por la biblioteca Megan me miró. Había llegado hasta allí. Le señalé a Val, levanté un dedo y cogí el espiril del almacén.

Corrí de vuelta con Val, luego coloqué las piezas del espiril sobre el sofá, dispuestas de tal forma que cuando Val se acercase a comprobarlas le diese la espalda a la puerta de la zona de atraque. Val las repasó con rapidez y eficiencia; buscó rasguños y se aseguró de que los cables estuviesen en la posición correcta y bien fijados.

Mientras Val trabajaba, Megan llegó a la estancia y abrió con cuidado la cámara de atraque. Se perdió en las tinieblas al otro lado.

—Si algo salió mal —dijo Val—, no fue por culpa del equipo.

—Da la impresión de que sabes mucho sobre el equipo —dije, señalando el espiril—. Casi tanto como Mizzy.

—Venga —dijo Val mientras guardaba el último de los cables. Si en el submarino había logrado establecer cierta conexión con ella, ya no quedaba ni rastro. Volvía a estar fría.

—Val, de verdad que lamento lo de Sam —dije—. Estoy seguro de que nadie podría reemplazarlo, pero alguien tiene que usar este equipo y alguien tiene que ser el gancho.

—No me importa que uses el espiril. De verdad, ¿esa es la idea que tienes de mi profesionalidad?

—Entonces ¿por qué eres tan seca conmigo?

—Soy seca con todo el mundo. —Me lanzó el equipo y se fue hacia la sala de atraque.

Cogí el rifle y la seguí. Juntos entramos en el corto pasillo entre habitaciones y yo cerré la puerta al pasar. Nos quedamos a oscuras, cruzamos y abrimos la puerta a la sala de atraque, donde usamos las habituales cuerdas guía para llegar al submarino.

¿Habría tenido Megan tiempo suficiente? Sudando, esperé a que Val abriese la escotilla. Megan habría tenido que recorrer una sala que no conocía, abrir la escotilla, entrar y volver a cerrarla.

No tenía ningún indicio de que lo hubiera logrado ni de que no. Bajé y volví a cerrar la escotilla mientras Val ocupaba el puesto de piloto. Encendió las suaves luces de emergencia y nos llevó a las profundidades.

Miré ansioso en dirección al baño, pero no parecía haber nada fuera de lugar. A continuación, un breve y tenso viaje por las aguas oscuras de Babilar. Val no intentó entablar conversación y a pesar de que a mí me hubiese gustado poder hacer algo para aliviar la incomodidad tensa que había entre nosotros, no tenía fuerzas en aquel momento; no con el estrés de tener a Megan oculta a pocos metros.

Finalmente Val nos hizo emerger en medio de una bahía tranquila y oscura entre edificios relucientes, ninguno de ellos demasiado cercano. No siempre atracábamos en el edificio medio hundido. Regalia no podía mirar en todas partes y, siempre queuviésemos cuidado, un desembarco rápido en medio de una bahía desierta podía ser mucho más discreto que usar una y otra vez la misma estación de atraque.

Miré por la escotilla y examiné las luces distantes que se reflejaban en el agua. Era una ciudad muy surrealista. Aparte de los resplandores, estaban los sonidos fantasmas de las radios que hacían sonar música en la distancia. Yo seguía sin acostumbrarme a edificios con tanta variedad de materiales: piedra, vidrio, ladrillos.

Volví a bajar y miré el neopreno. Renuente, fui a quitarme la camiseta.

—Al fondo hay un baño, chaval —dijo Val con sequedad.

Lo miré y me imaginé que me obligaban a meterme en un espacio pequeño con Megan, apretado contra ella, cambiándome de forma que Val no se enterase de lo que estaba pasando. Ruborizado por la idea, recordé que Megan probablemente acabaría acuchillándome o algo así si nos quedábamos confinados en un espacio tan pequeño.

Pero de todas formas quería probar.

Por desgracia, a mi cerebro se le ocurrió una idea mejor. Vaya cerebro más estúpido.

—No parece haber mucho espacio para ponerme todo esto —dije—. ¿Te importaría subir?

Val lanzó un suspiro, pero se levantó y pasó a mi lado para subir la escalera. Me quedé en ropa interior y cogí el neopreno.

—No tienes mal aspecto sin camisa —comentó Megan en voz baja—. Para ser un ratón de biblioteca.

Por poco me caigo, con una pierna metida en el neopreno. Megan había salido del baño sin que yo me diese cuenta. Había dado por supuesto que saldría cuando me hubiera vestido, pero por lo visto tenía otros planes. Me apresuré, intentando ocultar mi sonrojo.

—Por cierto, buen trabajo —susurró Megan—. Temía que tuviese que irme con Val y salir por mis propios medios. Esto va a ser mucho mejor. ¿Crees que podrás distraerla ahí arriba?

—Claro —dije.

—Durante un segundo —añadió Megan—, pensé que ibas a tener que entrar en el baño conmigo. Una lástima. Habría sido divertido verte retorcerte.

No me subí la cremallera del neopreno, agarré el rifle y la caja con el espiril y miré a Megan con furia. No pareció importarle en absoluto.

«Ya no está atrapada en nuestra base —pensé—. Aquí solo tiene que preocuparse de Val». Megan parecía confiar que de surgir cualquier problema podría lidiar con la situación. Probablemente tuviese razón.

Subí por la escalera y abrí la escotilla. Antes de salir dejé el espiril en la parte superior del submarino. Llevaba el rifle a la espalda con la correa bien tensa. No sería fácil cogerlo, pero no tendría que preocuparme de perderlo en el agua.

Val miraba la ciudad de espaldas a la escotilla. Me acerqué a ella y le mostré la cremallera.

—¿Un poco de ayuda, por favor?

Me aseguré de situarla lejos de la abertura. Una vez abrochado, no miré si Megan había escapado, sino que me puse el espiril.

—Tengo mucho trabajo pendiente —dijo Val antes de dejarme y bajar—. Me llevará al menos unas horas. Así que si acabas antes,

encuentra entretenimiento. Te haré saber cuándo estoy lista para venir a por ti.

Activé el espiril y salté al agua. No me preocupaba el rifle. Funcionaría perfectamente cuando estuviera sumergido.

Val entró y cerró la escotilla. Yo floté en el agua durante un rato hasta que el submarino se sumergió en el mar y dejó ver a Megan al otro lado, mojada y con cara de miseria.

—Bonita noche —dijo con un escalofrío.

—Tampoco hace tanto frío —dije.

—Dice el que lleva un neopreno. —Miró a su alrededor—. ¿Habrá tiburones por aquí?

—¡Yo no dejo de preguntármelo!

—Nunca he confiado en el agua en la oscuridad. —Una pausa—. Bien, la verdad es que no me gusta nada.

—¿No te criaste en Portland? —pregunté.

—Sí, ¿y?

—Pues que es un puerto, ¿no? ¿Nunca ibas a nadar?

—¿En el Willamette?

—Eh... ¿sí?

—Bien, digamos que no. No lo hacía. —Miró hacia uno de los edificios lejanos—. ¡Chispas! Si me comen por tu culpa, Knees, voy a recordártelo toda la vida.

—Al menos resucitarás después de que te coman —dije.

—Eso no me da ganas de probar la experiencia —suspiró—. ¿Nadamos?

—No exactamente —dije. Nadé hasta ella y le ofrecí el brazo—. Agárrate. —Con vacilación pasó los brazos alrededor de mi pecho, justo bajo las axilas.

Con Megan bien agarrada, apunté el rayo-tractor al océano y activé el espiril. Nos elevamos unos buenos diez metros sobre los chorros. La superficie negra y cristalina del mar se extendía a nuestro alrededor y las torres de la Manhattan sumergida se elevaban más allá como si fuesen centinelas de neón.

Megan resopló por lo bajo, todavía agarrada a mí.

—No está mal.

—¿No habías visto el espiral en acción?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿puedo sugerirte que te agarres bien? —dije.

Obedeció y se acercó más a mí, lo que resultó ser una sensación nada desagradable. A continuación probé a hacer algo que había estado practicando. Me incliné hacia delante y así desvié los chorros; luego bajé la mano; no la del rayo-tractor, sino la que llevaba el pequeño chorro para maniobrar.

Eso evitó que cayésemos al agua, ya que el chorro de mano nos impulsaba hacia arriba y los de los pies nos empujaban hacia atrás. El resultado fue que volábamos sobre el agua con el chorro de la mano ofreciendo ascenso suficiente para permanecer a flote. Veintisiete veces y media de cincuenta y cuatro, aquella maniobra acababa conmigo dándome de bruces contra el agua. En esa ocasión, por suerte, lo logré sin mayor ridículo.

El viento me golpeaba la cara, las gotas de agua me daban en la piel. Sonreí, volando hacia una de las azoteas. Una vez allí, lancé una ráfaga desde abajo y empleé el chorro guía de la mano para reducir el impulso. Volamos por el aire y otro empuje de agua de la mano nos llevó sobre el borde de la azotea, donde aterrizamos.

Me quedé de pie, triunfante, y pasé el brazo sobre los hombros de Megan, mirándola para ver si me consideraba un portento.

En su lugar, le castañeteaban los dientes.

—Tanto... frío...

—Pero ha sido una pasada, ¿no? —le pregunté.

Dejó escapar el aliento. Se apartó y pasó a la azotea. Al otro lado del edificio algunas personas nos miraban boquiabiertas desde una tienda.

—No fue especialmente prudente —comentó—, pero sí, una pasada. Y ahora puedes dejar de comerme con los ojos.

Aparté la vista de la camiseta mojada que llevaba bajo la chaqueta, pegada a la piel y al sujetador.

—Lo siento.

—No —dijo, cerrándose la chaqueta y abrochándose los botones—, no hay problema. Es decir, me meto contigo por mirar a otras mujeres. Eso implica que me gustaría que me mirases a mí. Así que no debería enfadarme contigo.

—Vaya... Eres preciosa y lógica.

Me dedicó una mirada neutra. Me encogí de hombros.

—Todavía no estoy segura de que esto salga bien.

—Tú viniste a verme *a mí*. Y por si no te habías dado cuenta, en la base, ese momento en mi cuarto... parecía estar saliendo bastante bien.

Nos quedamos de pie, mirándonos, y me fastidió lo incómodo que resultaba de pronto. Era como si un gordo en un bufé se hubiese abierto camino entre nosotros para llegar a los macarrones con queso.

—Debería irme —dijo—. Gracias. Por estar dispuesto a hablar. Por no descubrirme. Por... ser tú.

—Se me da muy bien ser yo. Llevo años practicando; ya casi no me equivoco.

Nos miramos.

—Vale. ¡Ehhh! —dije, pasando el peso de un pie a otro—, ¿quieres venir conmigo a vigilar a Obliteration? Si no haces nada importante, claro.

Inclinó la cabeza.

—¿Pretendes que salgamos algún día... para ir a espiar a un Épico temible que planea destruir la ciudad?

—Bueno, es que no tengo mucha experiencia en pedirle a una chica que salga conmigo, pero tengo entendido que debes escoger una actividad que le agrade a la chica.

Sonrió.

—Vale, pues vamos.

Saqué el móvil para ver un mapa de la zona. Megan miró por encima de mi hombro y señaló al sur.

—Por ahí —dijo—. Nos queda un buen paseo.

—¿Estás segura de que no quieres...? —Hice un gesto hacia el espiril.

—¿Qué parte de espiar incluye volar por la ciudad y llamar la atención de todos?

—La parte divertida —dije compungido. Me había entrenado por una razón. Quería demostrar lo que podía hacer.

—Mira, puede que no importe, pero prefiero pasar desapercibida en esta ocasión. Sí, Regalia quería que te sedujese, pero no quiero ser obvia...

—Espera, ¿qué? —Me paré en seco.

—¡Ah, vaya! Así es. —Megan hizo una mueca—. Lo siento. Pretendía dar una explicación mucho mejor. —Se pasó la mano por el pelo—. Regalia quería que te sedujese. No sé cuánto sabe de mi pasado con los Reckoners, y creo que la idea de que tú y yo estuviéramos juntos se le ocurrió por su cuenta. Pero no te preocupes; antes de venir aquí decidí que no iba a actuar activamente contra los Reckoners.

La miré fijamente. Era una bomba realmente grande para dejármela caer en aquel momento, como si nada. Me di cuenta de que era una estupidez, pero de pronto me cuestioné el afecto que me había manifestado antes.

«No me lo habría contado si realmente planease hacerlo», me dije. Ya había decidido confiar en Megan. Lo único que cambiaba es que tendría que hacerlo en un aspecto más.

—Vale —dije, poniéndome en marcha y con una sonrisa—, está bien. Pero eso de seducirme, suena divertido.

—Tarugo. —Claramente, Megan estaba relajándose. Me cogió del brazo y me dirigió por las azoteas—. Al menos si nos ven, Regalia creerá que estoy haciendo lo que me ordenó.

—Y si algo sale mal —comenté—, podemos emplear tus ilusiones para distraerla.

Megan me dedicó una mirada seria mientras llegábamos a un puente estrecho de cuerdas que daba a la otra azotea. Al pasar frente a mí, vi su magnífica silueta.

—Pero se supone que no debo usar mis poderes, ¿no? —dijo en voz baja.

—Así es.

—Presiento que lo que vas a decir a continuación no me va a gustar.

—Qué curioso, porque hablando de gustar, delante de mí tengo...

—Cuidadito.

—... un atractivo... par de pantorrillas. Mira, Megan, sé que te dije que no empleases tus poderes. Pero eso no es más que un primer paso, una forma de resetear y tomar el control. A la larga no funcionaría.

—Lo sé —confirmó—. No podría resistirme de ninguna forma.

—No hablo solo de eso —añadí—. Hablo de algo todavía más importante.

Se detuvo en el puente y me miró. Nos mecimos suavemente sobre el agua, a unos cuatro pisos. No me preocupaba la caída; todavía llevaba el espiral.

—¿Importante? —preguntó.

—No podemos luchar contra los Épicos.

—Pero...

—Solos, no —añadí—. Es un hecho que he aceptado. Los Reckoners solo han sobrevivido gracias al Profesor y por artefactos como el espiril. Pasé años convenciéndome a mí mismo de que la gente normal podía luchar contra ellos y todavía creo que podemos. Pero precisamos de las mismas armas de las que disponen nuestros enemigos.

Megan me miró atentamente en medio de la oscuridad. La única luz provenía de la pintura de las cuerdas del puente. Se acercó y tomó algo que yo llevaba al cuello, bajo el neopreno. El colgante de Abraham. Lo sacó.

—Creía que habías dicho que esa gente era idiota.

—Dije que eran idealistas —aclaré—. Y lo son. Los héroes no se van a manifestar mágicamente para salvarnos. Pero quizá, con esfuerzo, podamos descubrir cómo... reclutar a algunos de ellos.

—¿Te conté por qué vine a Babilar? —preguntó con el colgante en forma de S en las manos.

Negué con la cabeza.

—Según los rumores, Regalia puede mejorar los poderes de un Épico. Hacer que sean más potentes, más versátiles.

Asentí lentamente.

—Así que lo que me dijo el otro día...

—No se le ocurrió en aquel momento. Lo afirma al menos desde hace un año en ciertos círculos.

—Lo que explica la presencia de tantos grandes Épicos en Babilar —concluí—. Mitosis, Sourcefield, Obliteration. Les prometió mejorar sus poderes a cambio de que cumplieran sus órdenes.

—Y si hay algo que deseen la mayoría de los Épicos es más poder —añadió Megan—. No importa lo fuertes que ya sean.

Me moví y sentí el balanceo del puente.

—Entonces tú...

—Vine —dijo Megan en voz baja— porque deduje que si de verdad podía incrementar los poderes de un Épico, entonces quizá pudiese quitarme los míos. Volverme otra vez normal.

El silencio colgó entre nosotros como un tejón muerto sostenido por un cordel.

—Megan...

—Un sueño estúpido —dijo. Dejó el colgante y se apartó de mí—. Tan tonto como el tuyo. Eres tan idealista como Abraham, David. —Avanzó por el puente y me dejó atrás.

Apreté el paso.

—Quizá —dije agarrándola por el brazo justo cuando llegamos al otro lado—. Pero quizá no. Trabajemos juntos, Megan; tú y yo. Quizá solo te haga falta una válvula de escape: puedes usar tus poderes un poquito aquí y allá, en una situación controlada, para satisfacer el impulso; eso te permitiría entrenarte para controlar las emociones. O quizás haya otro truco y podamos descubrirlo juntos. —Se movió para apartarse, pero la retuve.

»Megan —seguí, dando la vuelta a su alrededor y mirándola a los ojos—, vamos a intentarlo al menos.

—Yo... —Respiró profundamente—. ¡Chispas!, es difícil pasar de ti.

Sonreí.

Se volvió y me llevó hasta una tienda abandonada, más bien un trazo sostenido por un palo clavado en la azotea.

—Si vamos a hacerlo, tienes que comprender —dijo Megan en voz baja— que mis poderes no son lo que parecen.

—¿Las ilusiones?

—No exactamente.

Se agachó en las sombras de la tienda abandonada y me uní a ella, sin tener claro de qué nos ocultábamos. Lo más probable es que quisiese estar protegida mientras hablaba, no tan a descubierto. Pero había cierta vacilación en lo que hacía.

—Yo... —Se mordió el labio—. No soy una Épica de ilusión. —No entendía qué quería decir, pero no dije nada.

»¿No lo has deducido? —preguntó—. Aquella vez en Chicago Nova, en el ascensor, cuando los guardias casi nos ven. Nos iluminaron con una linterna.

—Sí. Creaste una ilusión de oscuridad para ocultarnos.

—¿Y tú viste alguna oscuridad?

—Bueno, no. —Fruncí el ceño—. ¿Está relacionado con el zahorí? —Era el dispositivo que examinaba a una persona y decidía si era un Épico o no; una tecnología real por lo que yo sabía. Los Reckoners examinaban con cierta regularidad a todos los miembros de su equipo—. Nunca deduje cómo lo habías engañado. Podrías haber creado una ilusión en pantalla para ocultar el resultado real, pero...

—El zahorí registra los resultados —terminó Megan.

—Sí. Si Tia o el Profesor hubieran repasado los registros, habrían encontrado una identificación positiva de un Épico. Me cuesta creer que no los revisasen nunca. —Me concentré en Megan, que tenía el rostro ligeramente iluminado por pintura brillante del suelo—. ¿Qué eres tú?

Megan vaciló. Extendió las manos a los lados y de repente tenía la ropa seca. Cambió en un abrir y cerrar de ojos de la chaqueta y camiseta ajustada a otra chaqueta y blusa verde, luego a un vestido, luego a equipo militar de camuflaje. Los cambios se producían cada vez más deprisa, distintas vestimentas intermitentes sobre su figura. También empezó a cambiarle el pelo; distintos estilos, distintos colores. Se unieron los tonos de piel. Era asiática, era de piel pálida con pecas, más oscura que la de Mizzy...

Estaba empleando sus poderes. Lo que me ponía los pelos de punta, a pesar de que había sido yo el que la había animado.

—Con mis poderes —dijo, pasando en un momento por cientos de versiones diferentes de su rostro—, puedo extenderme y tocar otras realidades.

—¿Otras realidades?

—Una vez leí un libro que afirmaba que hay infinitos mundos, infinitas posibilidades. Que toda decisión que una persona toma en este mundo crea una nueva realidad. —Sus rasgos y su ropa habían regresado finalmente a su yo normal, con chaqueta mojada y todo.

—Suenas a idea extravagante.

—Dice el hombre que acaba de volar por la ciudad empleando un dispositivo que funciona gracias al cadáver de un Épico muerto.

—¡Eh!, investigación a partir de un Épico muerto —corregí.

—No —replicó ella—. Un cadáver concreto. La investigación consiste en emplear trozos del Épico muerto y extraer sus habilidades. ¿Qué creías que era el motivador de la máquina?

¡¿Cómo?! Mizzy había dicho que los motivadores eran específicos para cada dispositivo. Por tanto... ¿específicos porque dentro contenían un trozo de un Épico muerto? «Probablemente solo el ADN mitocondrial», pensé. Los Reckoners lo recolectaban de los Épicos muertos y lo empleaban como moneda; eso hacía funcionar el motivador. Tenía cierto sentido. Al menos, un sentido morboso.

—En cualquier caso —continuó Megan—, ahora mismo no hablamos de motivadores. Hablamos de mí.

—Que resultas ser uno de mis temas preferidos —dije. Estaba perplejo. Si aquellos eran los poderes de Megan, yo me había equivocado por completo. Durante todos aquellos años había estado seguro de que sabía qué era Firefight, que había descubierto un secreto que nadie más conocía. Pues no tanto.

—Por lo que sé —dijo Megan—, traigo uno de esos ámbitos, esos no-lugares de posibilidades que nunca hemos vislumbrado en nuestro mundo y durante un tiempo desvíó esta realidad hacia esa otra. Aquella noche, en el hueco del ascensor, no estábamos allí.

—Pero...

—Y lo estábamos —añadió Megan—. Para los hombres que nos buscaban, el hueco estaba vacío. Tú y yo nunca estuvimos en la realidad que inspeccionaron; porque les mostré otro mundo.

—¿Y el zahorí?

—Le enseñé un mundo donde no había ningún Épico. —Respiró profundamente—. En algún lugar, hay un mundo, o quizá la posibilidad de un mundo, donde no tengo que llevar esta carga; donde solo soy yo.

—¿Y qué hay de Firefight, la imagen que mostraste al mundo?
¿Aquel Épico de fuego?

Megan vaciló y levantó la mano.

Frente a nosotros apareció un Épico. Un hombre alto y guapo con la ropa en llamas y un rostro que parecía fundido. Ojos relucientes, un puño que dejaba rastros de fuego, como aceite ardiendo. Pude sentir, ligeramente, el calor.

Miré a Megan. No parecía perder el control a pesar de que estaba usando sus poderes. Cuando habló, oí su voz; la voz que yo conocía.

—Si hay un mundo donde no tengo poderes —dijo Megan, mirando a la imponente figura—, hay otro en el que tengo poderes diferentes; y resulta más fácil invocar unas posibilidades que otras. No sé por qué. No es que sea similar a nuestro mundo. En él tengo unos poderes completamente diferentes y además...

—Eres un tío —dije, percibiendo la similitud de los rasgos.

—Sí. Es un poco desconcertante.

Me estremecí mirando a aquel Épico ardiendo, que podría haber sido el gemelo de Megan. Me había equivocado completamente con respecto a sus habilidades.

Me levanté mirando a Firefight a los ojos.

—¿Así que no tienes que... intercambiarte o algo? Para traerlo, quiero decir.

—No —contestó—. A este mundo traigo sombras de otro mundo. Eso deforma la realidad alrededor de la sombra de una forma extraña, pero sigue siendo una simple sombra. Puedo traerlo a él aquí, pero jamás he visto su mundo.

—¿Él sabe... que estoy aquí? —pregunté, mirando a Megan.

—No estoy segura. Puedo hacer que haga lo que yo quiera, en general, pero creo que es porque mis poderes buscan una realidad donde él ya iba a hacer lo que yo quiero que haga...

Miré a los ojos ardientes, que parecían poder verme a mí. Daba la impresión de que me conocía. Firefight me dedicó un asentimiento y luego se desvaneció.

—He sentido calor —le dije a Megan.

—Eso depende. A veces, cuando voy a otras realidades y las inserto en la nuestra, el resultado es una sombra indefinida. En otras ocasiones, es casi real. —Hizo una mueca—. Se supone que estamos ocultos, ¿no? No debería ir por ahí invocando a grandes Épicos que brillan en la noche.

—Creo que es una pasada —dije en voz baja.

Lamenté de inmediato haber dicho aquellas palabras. Eran poderes que Megan acababa de decir que no quería. La corrompían; aspiraban a destruirla. Elogiar sus poderes era como elogiar a alguien con una pierna rota por la blancura del hueso que sobresalía.

Pero no pareció importarle. De hecho, podría jurar que se ruborizó un poco.

—No creas —dijo—. En realidad, es mucho trabajo para un efecto muy simple. Seguro que has leído que hay Épicos que pueden crear ilusiones de lo que sea sin tener que sacarse del bolsillo una realidad alternativa.

—Supongo. —Me miraba y cruzó los brazos—. Venga, deberíamos hacer algo con tu ropa.

—¿Qué? ¿Piensas que un tipo moviéndose por ahí con un neopreno y un extraño dispositivo derivado de un Épico resulta sospechoso?

En vez de responderme, me colocó la mano en el hombro. A mi alrededor aparecieron unos tejanos y una chaqueta, casi exactos a los que ya tenía. Cubrieron el neopreno y la parte inferior de las piernas se abrían lo justo para acomodar el espiral. Estaba casi seguro de que no iba a la moda, pero ¿qué sabía yo de moda? En Chicago Nova, lo último era la vestimenta inspirada en el viejo Chicago de los años veinte.

Toqué la ropa. No era real, aunque pensé que podía sentirla ligeramente. O más bien, sentía un recuerdo de la ropa. ¿Eso tiene sentido? Probablemente no.

Me examinó, alzando una ceja crítica.

—¿Qué? —pregunté.

—Intento decidir si debo cambiarte de cara para que sea más difícil que te reconozcan cuando te acerques a Obliteration.

—¡Ah!... Vale.

—Pero hay efectos secundarios —dijo—. Al cambiarle el cuerpo a alguien, siempre me preocupa que acabe intercambiándolo completamente con la versión de la otra realidad.

—¿Lo has hecho antes?

—No lo sé —dijo con los brazos cruzados—. Estoy casi convencida de que cuando muero, mi reencarnación no es más que mi poder invocando una versión de mí que no murió y que está en otra dimensión. —Se estremeció—. En cualquier caso, vamos a dejarte como estás. No me gustaría cambiarte la cara y que te quedases con la nueva. Me he acostumbrado a la que tienes. ¿Vamos?

—Sí.

Dejamos la tienda abandonada y seguimos caminando hacia Obliteration.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Con algo de hambre —contesté.

—No me refería a eso. —La miré. Suspiró mientras seguíamos caminando.

»Estoy irritable. Como si no hubiese dormido lo suficiente. Quiero morder a cualquiera que esté cerca, pero supongo que se me pasará enseguida. —Se encogió de hombros—. Esta vez es mejor que otras anteriores. No sé por qué, pero a pesar de lo que pueda parecer, la verdad es que no soy tan poderosa.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es cierto. Pero... bueno, podría ser una ventaja. Por eso puedo usar mis poderes y no cambiar de inmediato. Es mucho más difícil para los Épicos que son muy poderosos. Para mí, solo es realmente duro cuando me reencarno.

Nos pusimos a cruzar un puente.

—Resulta extraño —comenté— tener una Épica con la que hablar con tanta franqueza de todo esto.

—Resulta extraño —dijo ella— tener tu estúpida voz revelando tantos detalles de mis secretos. —Hizo una mueca—. Lo siento.

—No hay problema. Un paseo agradable con Megan no estaría completo si no fuese acompañado de algunos comentarios sarcásticos.

—No, no está bien. No soy yo, Knees. No soy así de cruel. —Alcé una ceja—. Vale —dijo con algo de enfado—, quizá lo sea. Pero no soy insultante. O, al menos, no quiero serlo. Odio esta situación. Es como si me diera cuenta de que me alejo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Hablar me hace bien. —Respiró profundamente—. Háblame de tus investigaciones.

—Eso es un poco de ratones de biblioteca.

—Puedo lidiar con uno de ellos.

—Pues encontré conexiones entre los Épicos y sus puntos débiles, ¿vale? Resulta que hay un paso más. Pero para investigarlo tendré que secuestrar a algún Épico.

—Siempre piensas a lo grande, ¿no, Knees?

—No, presta atención —la paré—. Es una gran idea. Si puedo capturar a un Épico y usar su punto débil para evitar que utilice los poderes, puedo descubrir cuánto tiempo hace falta para que vuelva a ser normal. Puedo entrevistarle y establecer conexiones con su vida pasada que indiquen cuál va a ser su punto débil.

—Bueno, podrías entrevistar a la Épica perfectamente dispuesta que camina contigo.

Tosí tapándome la boca con la mano.

—Vale, sí, es posible que todo este plan comenzase porque pensaba en una forma de rescatarte de tus poderes. Supuse que si sabía cuánto tiempo hacía falta y qué era necesario para retener a un Épico... ya sabes: podría serte de ayuda.

—¡Ayyy! Nunca nadie había expresado de una forma tan dulce sus intenciones de secuestrarme y retenerme.

—Yo solo...

—No, está bien —dijo cogiéndome del brazo—. Comprendo el sentimiento. Gracias.

Asentí y caminamos durante un rato. No había prisa. A Val, su misión le llevaría horas y Obliteration no iba a ninguna parte. Así que no había impedimento para disfrutar de la noche; bueno, disfrutarla en la medida de lo posible teniendo en cuenta la situación general.

Babilar era hermosa. Empezaba a gustarme la extraña luz de la pintura en espray. En contraste con el gris apagado y reflectante de Chicago Nova, tanto color me resultaba hipnótico. Los babilarianos podían pintar el mural que quisiesen, desde algo normal garabateado en el muro de un edificio hasta una hermosa e imaginativa representación del universo en lo alto de otro.

A pesar de que todavía no me sentía cómodo con la actitud relajada de sus habitantes, tenía que admitir que tenía su lado atractivo. ¿Realmente estaría tan mal que eso fuese la vida en sí? Aquella noche, al pasar junto a ellos, que nadaban, charlaban o cantaban, descubrí que la gente me molestaba mucho menos que antes.

Quizá fuese la compañía. Llevaba a Megan del brazo, a mi lado. No hablamos mucho, pero no hacía falta. Por el momento la había recuperado. No sabía lo que duraría, pero en aquel lugar de colores vivos podía volver a estar con ella. Y lo agradecía.

Al acercarnos a la zona este, donde aguardaba Obliteration, pasamos junto a un edificio alto, pero me dirigí hacia un puente que conducía a un edificio todavía más alto. Sería un buen lugar para colocar la cámara de Tia o buscar un sitio mejor.

—Me preocupa que al reencarnarme no sea realmente yo la que vuelve —dijo Megan en voz baja—. Que sea otra versión de mí. Cuando sucede me inquieta que en algún momento algo salga mal y esa persona estropee las cosas. Cosas que no quiero que se estropeen. —Me miró.

—Es tu yo real —dije.

—Pero...

—No, Megan. No puedes pasarte la vida preocupándote por algo así. Dijiste que tus poderes se aferran a una versión de ti que no murió; todo lo demás es igual. Lo único que pasa es que estás viva.

—No estoy segura del todo.

—Recuerdas todo lo que sucedió hasta aquel momento excepto la muerte, ¿no?

—Sí.

—Eso significa que sigues siendo tú. Es cierto; puedo sentirlo. Eres mi Megan, no otra persona.

Guardó silencio. La miré, pero sonreía.

—¿Sabes? —dijo—, a veces hablar contigo me hace pensar si no serás tú el que tiene el poder de rehacer la realidad.

Se me ocurrió una idea.

—¿Podrías cambiar a Obliteration? —pregunté—. ¿Traer una versión de él sin poderes, o con un punto débil muy evidente, y mandar este a alguna otra dimensión?

—No soy tan poderosa —dijo, negando con la cabeza—. Las únicas veces que he hecho algo realmente espectacular es justo después de morir, a la mañana siguiente, cuando me reencarno. En esas ocasiones... es como si pudiese traer conmigo fragmentos de esa realidad, porque yo estoy viniendo de allí. Pero en esos momentos no soy lo suficiente yo misma para poder controlarlo. Así que es mejor que no se te ocurra ninguna idea.

—Tenía que preguntarlo. —Me rasqué la cabeza—. Aunque, supongo que si pudieses hacerlo tampoco sería conveniente. Es decir, ¿qué sentido tiene proteger esta Babilar si permitimos que miles de personas mueran en otra Babilar? —Eso suponiendo que lo que podía invocar venía de otros mundos que existían y no eran simples posibilidades de mundos que podrían haber existido.

Pensar en todo aquello me daba dolor de cabeza.

—La idea es librarse de mis poderes, recuerda —dijo Megan—. Regalia no sabía si podría hacerlo, pero me dijo que si la obedecía, lo intentaría. —Durante un poco Megan caminó pensativa—. No sé

si me mentía o no, pero creo que tienes razón. Creo que tiene que haber algo detrás de todo esto. Un propósito.

Me detuve en el borde de la azotea y la miré de pie en el borde del puente justo detrás de mí.

—Megan, ¿conoces tu punto débil?

—Sí —dijo en voz baja, volviéndose para mirar a la ciudad.

—¿Tiene alguna relación con tu pasado?

—Simples coincidencias —respondió. Se volvió y me miró a los ojos—. Pero quizá no sean tan aleatorias como yo creía.

Sonreí. Luego me volví y pasé a la azotea.

—¿No vas a preguntarme cuál es mi punto débil? —dijo corriendo detrás de mí.

—No. Te pertenece, Megan. Preguntarte sería como pedirle a alguien la llave de su alma. No quiero colocarte en esa posición. Me basta saber que voy por buen camino.

Seguí andando, pero ella no me siguió. Me di media vuelta y la descubrí mirándome fijamente. Con un movimiento rápido se acercó y al pasar me colocó la mano en la espalda y deslizó los dedos por mi costado.

—Gracias —susurró.

Luego tomó la delantera y echó a correr por las azoteas hasta nuestro destino.

Obliteration seguía plantado en el mismo sitio, aunque brillaba con más intensidad; de noche brillaba tanto que resultaba difícil distinguir sus rasgos. Nuestra azotea estaba lo suficientemente alta como para ofrecernos un buen punto de observación, pero seguía estando bastante lejos: solo podía ver bien con el potente zoom de la mira del arma. Para poner la cámara tendría que acercarme más.

Amplíe la imagen y descubrí que una de las lecturas en el lateral de la holomira era un fotómetro.

—¿Lo ves, Tia? —pregunté por el móvil. Megan guardaba silencio a mi lado mientras hablaba con los Reckoners. El único vídeo transmitido venía de la mira, así que supuse que no habría problema.

—Lo veo —dijo Tia—. Está en la línea de lo que esperaba. Si sigue con el mismo patrón, nos quedan unos días hasta la detonación.

—Entonces, bien —dije—. Planto la cámara y vuelvo al punto de recogida.

—Ten cuidado —dijo Tia—. La cámara tendrá que estar bien cerca para servir de algo. ¿Quieres ayuda?

—No —le contesté—. Si me hace falta algo, te llamo.

—Vale —dijo Tia, aunque no parecía tenerlas todas consigo. Colgué, desactivé la conexión inalámbrica con la mira y me guardé el móvil. Alcé una ceja en dirección a Megan.

—Están vigilando este lugar —dijo en voz baja—. Han cortado todos los puentes y Newton mantiene patrullas regulares. Regalia no quiere a nadie husmeando por aquí.

—Nada a lo que no podamos enfrentarnos —dije.

—No dije que no pudiésemos —dijo Megan—. Solo que me preocupa tu manía de improvisar.

—Pensé que tus quejas sobre mi improvisación en Chicago Nova eran porque realmente no querías que matásemos a Steelheart.

—En parte, pero sigue sin gustarme cómo vas de locura en locura. —Refunfuñó.

»Por cierto, tenemos que hablar sobre Steelheart —continuó Megan—. No deberías haber hecho lo que hiciste.

—Era un tirano —repliqué. Empleé la mira para comprobar los edificios cercanos a Obliteration. Buscaba un buen lugar para la cámara. Me quedé observando el agua que ocupaba el espacio del edificio que había ardido. De ella asomaban vigas quemadas y fragmentos de escombros, como los dientes de un gigantesco boxeador sumergido con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás.

Megan no respondió, así que la miré.

—Lo lamento por ellos, David —dijo en voz baja—. Sé cómo sienta; podría haber sido yo la ejecutada por los Reckoners. Steelheart era un tirano, pero al menos administraba una buena ciudad. Teniéndolo todo en cuenta, no estaba tan mal, ¿sabes?

—Mató a mi padre —dije—. No se disculpa un asesinato solo porque podría haber sido peor de lo que ha sido.

—Supongo.

—¿Tienes los mismos reparos con respecto a Regalia?

—Me siento mal por ella —dijo Megan, negando con la cabeza—, pero planea permitir a Obliteration vaporizar toda la ciudad. Hay que detenerla.

Asentí con un sonido. Me hubiese gustado librarme de la impresión de que a pesar de todas nuestras precauciones, Regalia

nos llevaba varios pasos de ventaja. Le pasé el rifle a Megan.

—¿Me cubres? —pregunté. Asintió cogiendo el arma—. Voy a ir por ese edificio que está más allá del que quemaron. Tiene la altura suficiente, así que si coloco la cámara bajo el saliente de la azotea, la línea de visión será directa.

Saqué la caja que me había dado Tia, una carcasa hermética con la cámara en el interior. Me coloqué el auricular, luego ajusté el móvil a la frecuencia privada compartida con Megan para poder hablar sin recurrir a la frecuencia común de los Reckoners.

—David —dijo Megan. Sacó la P226 de la pistolera y me la ofreció—, buena suerte. No dejes caer la pistola en el mar.

Sonreí y cogí el arma. Luego salté del edificio.

La verdad es que el espiril tenía algo de liberador. Los chorros de agua se redujeron hasta que toqué, suavemente, la líquida superficie. Como no quería llamar la atención, desde allí empleé los chorros bajo el agua para recorrer las calles.

Cuando estaba a unas dos calles de distancia me di cuenta de que mi ropa dimensional —¡qué nombre más guay!— había desaparecido y llevaba solo el neopreno. Parecía que los poderes de Megan solo funcionaban a muy poca distancia. Encajaba con lo que había descubierto años atrás, cuando deduje que siempre que Firefight se manifestaba en Chicago Nova, andaba cerca una figura en las sombras. Megan necesitaba estar cerca para mantener el cruce.

Miré hacia arriba al llegar al edificio. Tenía que subir unas diez plantas para situarme en posición de colocar la cámara de forma que viese a Obliteration. Era posible que pudiese hacerlo con el espiril, pero estaba tan cerca de él que si lo hacía, seguro que alguien me veía.

Tomé aliento y dejé que el espiril me elevase un piso, luego entré por una ventana rota.

—Voy a ir por el interior del edificio —le dije a Megan en voz baja—. ¿Has dado con los vigilantes de Regalia?

—No —me contestó—. Probablemente también estén en los edificios. Busco por las ventanas.

Me quité los guantes del espiral y los fijé al cinturón. Luego penetré en el interior húmedo y cubierto de vegetación del edificio. Habían recolectado casi toda la fruta, pero todavía había suficiente para poder ver. Logré salir sobre las raíces hasta el pasillo. Lo recorrí.

Pasé junto al hueco de un antiguo ascensor, donde las ramas habían roto las puertas, y seguí avanzando hasta dar con las escaleras. Forcé la puerta y me encontré con una escalera retorcida cubierta de raíces y enredaderas. Daba la impresión de que las plantas lanzaban zarcillos por huecos como este, como si buscaran el agua.

Encendí la luz del móvil, pero con cuidado de mantenerla todo lo baja posible. No quería que a través de las ventanas alguien viese una luz que se movía, pero con todo aquel follaje bloqueando la vista, supuse que no habría problema dentro del hueco de la escalera. Fui subiendo y recorrí el primer tramo sin problemas.

—Es una buena arma —me dijo Megan al oído cuando me puse a subir el siguiente tramo—. Lecturas de luz, proyecciones de viento... ¿tanto térmico como infrarrojos? ¿Un control para disparo remoto? ¡Hala!, ¡gravatónicos para la reducción del retroceso! ¿Puedo quedármela?

—Pensaba que preferías las pistolas —dije al llegar a una sección de escalones rotos. Alcé la vista, di un salto y me agarré a una raíz, por la que trepé con algo de dificultad.

—Una chica tiene que ser flexible —dijo Megan—. Mi estilo es de cerca y en persona, pero en ocasiones hay que disparar a distancia. —Una pausa—. Creo que acabo de dar con un vigilante en el edificio contiguo al tuyo. No veo bien desde aquí. Me cambio de posición.

—¿Pájaros? —pregunté mientras gruñía al trepar.

—¿Pájaros?

—Una corazonada. Antes de desplazarte, mira si hay palomas en las azoteas cercanas.

—Vale...

Logré trepar por el sistema de raíces hasta el siguiente tramo. Luego me colgué y caí sobre los escalones. El tramo posterior fue fácil.

—¡Vaya! —dijo Megan—. Mira qué cosas. Hay una paloma en esa azotea de ahí, solita, en medio de la noche.

—Uno de los asociados de Newton —dije—. Knoxx, un Épico con el poder de cambiar de forma.

—¿Knoxx? Lo conozco. No es un Épico.

—Nosotros tampoco creíamos que lo fuese —dije—. Hace unos días reveló sus habilidades por primera vez.

—¡Chispas! ¿Crees que...?

—Quizá —dije—. Mis notas indicaban que los poderes de teletransportación de Obliteration requerían un periodo refractario, pero parece que ya no tiene esa limitación. Ahora está el tal Knoxx. Aquí pasa algo, aunque sea algún plan extraño que consiste en que Regalia afirme poseer capacidades que no tiene en realidad.

—Sí —dijo Megan—. ¿Ya has llegado?

—En eso estoy —dije, subiendo otro tramo—. Es mucho trabajo.

—Llora, llora —dijo Megan.

—Dice la mujer que mira cómodamente desde...

—¡Espera! David, el Profesor está aquí.

Me quedé inmóvil en la escalera junto a un número quince pintado que empezaba a desaparecer.

—¿Qué?

—He estado repasando todas las ventanas —dijo Megan—. David, el Profesor está sentado en una de ellas. Acabo de verlo con el zoom.

—¡Chispas! —Vale. Había dicho que volvería a la ciudad—. ¿Qué hace?

—Observa a Obliteration —dijo Megan con una voz tenue que resumaba tensión—. No está aquí por nosotros. No parece que me

haya visto.

—Está vigilando a Obliteration. ¿Ves ese edificio derrumbado?

—Sí. —Megan sonó desconsolada—. No pude evitarlo, David.

Yo...

—No hizo falta. El Profesor salvó a la gente.

—¿Con sus poderes?

—Sí.

Megan guardó silencio durante un rato.

—Es poderoso, ¿no?

—Mucho —respondí emocionado—. Dos habilidades defensivas y cualquiera de ellas harían de él un gran Épico. ¿Eres consciente de lo raro que es su caso? Incluso el propio Steelheart solo poseía un poder defensivo: su piel impenetrable. Deberías haber visto al Profesor cuando nos salvó en Chicago Nova.

—¿En los túneles? —preguntó Megan—. ¿Cuando yo...?

—Sí.

—Mi transmisión de seguridad no captó esa parte —dijo—. Solo vuestra voz.

—Fue increíble, créeme —dije emocionado—. Nunca había leído que hubiera un Épico como el Profesor, con su capacidad de vaporizar sólidos. Además, sus campos de fuerza son, con toda seguridad, de clase A. Bajo el agua creó un enorme túnel y...

—David —me interrumpió Megan—, cuanto más poderoso es un Épico más difícil le resulta resistirse a los... cambios.

—Justo por eso es tan emocionante —dije—. ¿No lo entiendes, Megan? Es muy importante que alguien como el Profesor pueda seguir siendo bueno. Es una señal, ¡posiblemente mucho más valiosa que matar a Steelheart! Demuestra que Regalia y los otros también podrían resistirse.

—Supongo —dijo Megan vacilante—. Es solo que no me gusta que esté ahí. Si me ve...

—No nos traicionaste —dije mientras trepaba por una gran zona de raíces—. En realidad, no.

—Yo...; en cierta forma sí —dijo Megan—. E incluso si no lo hice, hay otras cuestiones.

—¿Te refieres a Sam? —dije—. Les he explicado que no lo mataste. Creo que casi los he convencido. En cualquier caso, ya casi he llegado arriba. ¿Dónde está la paloma?

—En el edificio que hay al sur del tuyo. Mientras no hagas ruido deberías estar a salvo.

—Vale —dije recuperando el aliento al llegar al piso dieciocho. Había empezado en el diez y el edificio tenía veinte. Dos más y podría situar la cámara y salir de allí.

—David —dijo Megan—. Lo crees de veras, ¿no? Que podemos resistirnos.

—Sí.

—Fuego —dijo Megan en voz baja.

—¿Dónde? —pregunté, parándome en la escalera.

—Es mi punto débil. —Me quedé helado.

»Firefight es mi opuesto. Hombre donde yo soy mujer. En ese universo todo está invertido. Aquí, el fuego afecta a mis poderes. Allí, el fuego es mi poder. Emplearlo como tapadera era perfecto. Nadie usaría el fuego para matarme si pensaban que el fuego era mi poder, ¿no? Pero a la luz de un fuego natural, las sombras que invoco se desmoronan y desaparecen. De alguna forma sé que si muriese en un fuego, no me reencarnaría.

—Quemamos tu cuerpo —susurré—. En Chicago Nova.

—¡Ay! No me cuentes esas cosas. —Me pareció oír un estremecimiento en su voz—. Ya estaba muerta. El cuerpo no era más que una cáscara. Siempre hacía que la gente de Steelheart enterrase mi cuerpo tras mi muerte, pero no podía mirar. Ver tu propio cadáver te desequilibra, ¿sabes?

Esperé en los escalones. Había algunas frutas colgando que iluminaban la escalera con un resplandor difuminado.

—Entonces ¿por qué no desaparece Firefight? —pregunté—. Está hecho de fuego, lo que debería anular tus poderes y, entonces, él desaparecería.

—No es más que una sombra —explicó Megan—. No es fuego real. Eso es lo que he podido deducir. Eso o...

—¿O?

—O cuando invoco su sombra se trae consigo algunas de las reglas de su universo. He tenido... experiencias que me hacen planteármelo. No sé cómo actúan, David. Desconozco los detalles de mis poderes. A veces me da miedo. Pero el fuego es mi punto débil. —Vaciló—. Quería que supieses cuál es. Por si... ya sabes. Si hay que encargarse de mí.

—No digas eso.

—Tengo que hacerlo —susurró Megan—. David, tienes que saberlo. Nuestra casa ardió cuando era pequeña. Estuve a punto de morir. Me arrastré por el suelo sin soltar mi gato de peluche. Todo ardía a mi alrededor. Me encontraron en el jardín, cubierta de cenizas. Desde entonces tengo pesadillas en las que aparece todo aquello; repetidamente; continuamente. Si logras interrogar a otros Épicos, David, pregúntales por sus pesadillas.

Asentí con la cabeza. Luego me sentí como un tonto porque ella no podía ver el gesto. Me obligué a seguir subiendo.

—Gracias, Megan —susurré. Decirme aquello exigía mucho valor.

Dejó escapar un suspiro.

—Bueno, tú nunca estás dispuesto a dejar estar las cosas. Tienes que dar con las respuestas. Así que igual encuentras esta.

Llegué al siguiente tramo, giré y seguí subiendo. Al hacerlo, pisé algo que crujió.

Me dio un escalofrío y miré. Otra galleta de la fortuna. Tuve la tentación de dejarla allí tirada. La última había sido de lo más extraña. Nadie en la base había logrado encontrarle sentido. Pero sabía que no podía dejarla. Me agaché, temiendo hacer demasiado ruido y sostuve la tira de papel a la luz de una fruta brillante.

«¿Es un sueño?», preguntaba el papel.

Respiré hondo. Sí, seguía siendo inquietante. ¿Qué hacer? ¿Responder?

—No, no lo es —dije.

—¿Qué? —preguntó Megan en mi oído.

—Nada. —Aguardé sin tener claro qué respuesta esperaba. No llegó ninguna. Volví a subir, mirando al suelo. Pues sí, en el siguiente tramo di con más galletas que crecían de una enredadera.

Abrí una.

«Vaya. A veces me desoriento», decía.

¿Era la respuesta?

—¿Quién eres?

—¿David? —preguntó Megan.

—Les hablo a las galletas de la fortuna.

—¿Le hablas a quién?

—En un minuto te lo explico.

Seguí subiendo lentamente. Vi una enredadera descendente con galletas saliendo como semillas. Esperé a que una creciese, frente a mis ojos, hasta su tamaño normal. Luego saqué el papel.

«Me llaman Dawnsight. Intentas detenerla, ¿no?».

—Sí —susurré—. Si te refieres a Regalia, así es. ¿Sabes dónde está?

Desenvolví algunas galletas más, pero todas las de ese racimo decían lo mismo, así que subí un poco más hasta dar con otro grupo.

«No lo sé, tío. No la puedo ver. Pero observé al otro. Sobre la mesa de operaciones», decía.

—¿Obliteration? —pregunté—. ¿Sobre una mesa de operaciones?

«Claro. Sí. Le sacaron algo. ¿Estás seguro de que no es un sueño?».

—No lo es.

«Me gustan los sueños», decía la galleta siguiente.

Me estremecí. Dawnsight era un Épico, seguro. Y la ciudad era suya.

—¿Dónde estás? —pregunté.

«Escucha esa música...».

Fue la única respuesta, independientemente de las preguntas que hiciese.

—David —dijo Megan con voz de preocupación—, me estás asustando de veras.

—¿Qué sabes de Dawnsight? —le pregunté, subiendo más despacio por si aparecía otra galleta.

—No mucho. Cuando le pregunté a Regalia afirmó que era un aliado y que no necesitaba saber más. ¿Le hablabas a él?

Miré la tira de papel que llevaba en la mano.

—Sí. Usando un extraño sistema de mensajes de Épico. Luego te lo enseño.

Tenía que colocar la cámara e irme. Por suerte, el piso veinte era el último. Empujé la puerta para salir de la escalera, pero no se abrió. Con un gruñido empujé con más fuerza.

Me salió una mueca de dolor y la puerta se abrió con un crujido potente. Al otro lado había una entrada decorada con rebordes de madera oscura, con una bonita alfombra que cubría el suelo de mármol, aunque las plantas lo habían roto.

—David, ¿qué has hecho? —preguntó Megan.

—Es posible que haya abierto una puerta con demasiada fuerza.

—Vale, el pájaro acaba de mirar en tu dirección. ¡Chispas! Vuela hacia tu edificio. Date prisa.

Maldije en voz baja y crucé la estancia todo lo rápido que pude. Pasé junto a una mesa de recepción cubierta de vegetación y entré en la oficina que había más allá. El ventanal daba justo a Obliteration.

Me subí al alféizar.

—El pájaro acaba de aterrizar en una ventana de tu edificio. Un piso más abajo, pero en el lado sur —dijo Megan—. Debe haberte oído, pero no está seguro de tu posición.

—Bien —susurré. Saqué la mano y fijé la cámara en el exterior del edificio. Era el lado este, por lo que el pájaro no debería verme. La cámara se fijó con facilidad—. ¿Obliteration?

—No te mira —dijo Megan—. No se ha dado cuenta. Pero si el pájaro es realmente uno de los Épicos de Newton...

«Si lo es...».

En mi cabeza empezó a formarse una idea.

—Mmm... —Activé la cámara.

—David —dijo Megan—, ¿qué significa ese tono?

—Nada.

—Estás improvisando, ¿no es así?

—A lo mejor. —Volví a la habitación sin hacer ruido—. Dime, Megan, ¿cuál es la forma más segura de descubrir si ese tal Knoxx ha estado ocultando sus poderes hasta ahora o si Regalia, por algún truco u otro medio, le concedió las habilidades?

Megan guardó silencio un momento.

—¡Chispas!, quieres secuestrarlo, ¿no es así?

—Bueno... Val tardará al menos una hora en volver. Puedo invertir el tiempo en algo útil. —Una pausa—. La verdad es que estoy deseando saber si ese tipo ha tenido pesadillas últimamente.

—¿Y si el Profesor u Obliteration te ven?

—Eso no pasará.

—Tarugo.

—Culpable de todos los cargos. ¿Puedes colocarte para cubrirme desde alguna de las ventanas?

Megan lanzó un suspiro.

—Voy a ver.

«*Esto es una locura*», pensé mientras volvía a cruzar la sala llena de vegetación.

¿Enfrentarme a un Épico al que apenas conocía? ¿Sobre el que no tenía información ni notas ni espionaje de ningún tipo? Era como lanzarse a una piscina sin comprobar que tus amigos no la hubiesen llenado de serpientes.

Pero aun así tenía que hacerlo.

Estábamos ciegos. Regalia nos tenía dando vueltas a toda prisa. El Profesor había pasado un día sin manifestarse, durante uno de los momentos más difíciles de la planificación... pero peor aún, incluso si estuviera ayudándonos, era probable que Regalia nos hubiese manipulado guiándose por lo que sabía de él y Tia.

Era preciso hacer algo inesperado y los secretos que Knoxx conocía podrían ser muy importantes. Me consolé pensando que al menos no intentaba enfrentarme yo solo a Obliteration o a Newton. Después de todo, no era más que un Épico menor.

No estaba seguro de cuál sería la reacción del Profesor. Le había contado mi plan para secuestrar a un Épico y su respuesta había sido que o bien yo era lo que los Reckoners necesitaban o bien un imprudente peligroso; quizás ambas cosas a la vez.

Pero no me había prohibido intentarlo. Solo había expresado su deseo de no poner en peligro al equipo. Y no lo haría.

Miré por el hueco de la escalera. Tenía que hacer algo más de ruido para que Knoxx dedujese que se había equivocado de sitio.

Cuando se me acercase, lo atraparía. Fácil como preparar un pastel. Aunque no es que yo supiese preparar un pastel.

Di golpes en el suelo y tiré una vieja lámpara que ocupaba una mesita auxiliar, luego maldije como si me hubiese dado con ella. Después volví a la escalera y levanté la pistola de Megan con las dos manos y lista para disparar, con el móvil apagado para que la única luz fuese el resplandor de los frutos que colgaban de las ramas.

Esperé, tenso, limitándome a escuchar. Efectivamente, oí algo en la escalera. Un eco, una especie de rasguño que sonaba muy lejos allá abajo. ¿O del piso que tenía justo debajo? Con un eco tan extraño era difícil estar seguro.

—Se mueve. —Pegué un salto al oír la voz de Megan. Aunque había bajado el volumen al mínimo, me sonó como un trueno en el oído—. Ha entrado por la ventana y está en el piso de abajo.

—Bien —dije en voz baja.

—También hay movimiento en el primer piso. Quiero decir el primer piso por encima del nivel del agua. David, creo que hay alguien más en ese edificio.

—¿Merodeadores?

—No veo nada. ¡Chispas! También tengo problemas para ver claramente tu posición. Demasiada vegetación. He perdido a Knoxx. Quizá deberías obligarlo a salir.

—Prefiero no disparar si puedo evitarlo. Podría llamar la atención de alguien indeseable.

—¿Este rifle no tiene un silenciador incorporado? —preguntó Megan.

—Eh... —¿Lo tenía?

—Sí, aquí está —dijo Megan—. Un silenciador electrocomprimido. ¡Chispas!, es un arma estupenda.

Tuve celos, lo que resultaba francamente estúpido. No era más que un arma. Ni siquiera era tan buena como la anterior. De inmediato sentí vergüenza por pensar mal del arma; y eso era todavía más estúpido.

Presté atención a la escalera, intentando oír si alguien subía sigilosamente. Oí algo, pero detrás de mí, en la estancia donde había plantado la cámara.

Contuve una maldición. De alguna forma Knoxx había logrado dar la vuelta y entrar por la ventana del despacho de dirección. Mi primer instinto fue correr hacia él, pero en su lugar me agaché, abrí la puerta que daba a la escalera y me escabullí.

Justo a tiempo. Cuando observaba a través de la puerta entreabierta de la escalera, la del despacho se abrió lentamente y surgió una figura bajo la luz de los frutos que colgaban en la zona de recepción. Knoxx. Esbelto, con pelo rapado y como unos cuarenta pendientes. Llevaba un móvil en el hombro y con las dos manos sostenía una elegante Beretta compacta. Comprobó las esquinas y luego entró despacio en la habitación.

—Fuera quien fuera —susurró—, ha estado aquí.

No pude oír la respuesta; llevaba auricular.

—Eres una idiota, Newton —dijo arrodillándose para examinar la lámpara que yo había tirado—. Probablemente no sean más que chiquillos buscando comida que no haya cogido nadie.

Me sorprendía que una gran Épica permitiese que un hombre como aquel le hablase de esa forma. Debía de ser más poderoso de lo que había supuesto.

Knoxx se puso en pie y se acercó a la escalera. Una vez más, se oyó un eco desde abajo y vaciló.

—He oído algo —dijo. Avanzó con menos cuidado—. Viene de la escalera, muy abajo. Parece que corren... Sí... —Llegó a la puerta de la escalera—. Vale, lo comprobaré. Nosotros...

Abrí la puerta de una patada y le di en la cara.

La voz de Knoxx se cortó en medio de la frase. Salté al otro lado y le enterré el puño en el estómago, lo que hizo que dejara caer el arma. En la otra mano yo llevaba la pistola de Megan y la bajé con la intención de darle a Knoxx detrás de la cabeza.

Logró echarse a un lado y falle, pero de inmediato me abalancé sobre él y lo cogí por el cuello. Abraham me había enseñado

algunas llaves. Si pudiese cortarle la respiración, hacer que se desmayase...

Knox desapareció.

Cierto. Poderes de transformación.

«¡Idiota!», pensé al ver la paloma alejarse volando de mí. Por suerte, no era un pájaro muy ágil. Mientras la paloma intentaba orientarse, yo corrí hasta la puerta que daba al despacho, la del ventanal, y la cerré de un golpe. La paloma estaba atrapada en la zona más reducida.

Voló a la escalera.

—¿David? —me preguntó Megan al oído.

—Se me ha escapado —dije—, pero dejó caer el arma y he evitado que salga del edificio. Está en algún punto de la escalera.

—Ten cuidado —dijo con voz nerviosa.

—Lo tendré —dije. Le eché un vistazo a la escalera. No podía confiarme en que estuviese desarmado: muchos hombres llevaban dos pistolas, y daba la impresión de que tanto la ropa como las armas habían desaparecido al transformarse y reaparecerían cuando volviese a ser humano. Eso era habitual en los transformistas de poder medio.

Me pareció oír unas alas agitándose y decidí ir escaleras abajo. Por desgracia, eso implicaba que bien podría estar corriendo hacia una trampa como la que yo le había tendido a él.

—¿Ves algo? —pregunté.

—Miro... —me contestó Megan—. ¡Sí! En el penúltimo piso hay sombras que se mueven bajo la luz de los frutos. Está intentando huir. ¿Quieres que lo ponga nervioso?

—Sí, por favor —dije apoyando la espalda contra la pared de cemento.

Oí unos disparos por el móvil. Un silenciador, incluso los más modernos, no elimina por completo el sonido de un disparo, pero aun así es un artilugio maravilloso. Las chispas de los disparos quedarían ocultas, lo que era importante de noche, y el sonido del

disparo no sonaba como tal, sino, más bien, como un chasquido metálico.

Oí ruido de cristales rotos en la habitación de al lado. Megan no intentaba darle; los disparos tenían como intención que Knoxx se preocupase más de ella que de mí. Me pareció oír a alguien maldecir.

—Entro —dije. Salté de un tronco y abrí la puerta con fuerza, luego me agaché, buscando el objetivo. Oí una respiración pesada, pero no podía ver nada. Era una estancia grande, una especie de gran espacio con cubículos y viejos ordenadores. Al avanzar lentamente pasé junto a algunos de esos cubículos cubiertos por lonas, que creaban pequeños habitáculos llenos de trastos y otros restos de la ocupación humana. Todos estaban abandonados.

Megan disparó a través de las muchas ventanas que había en la pared opuesta. En el aire flotaba el polvo, iluminado por los frutos que colgaban del techo como los mocos de la nariz de un niño pequeño que hubiese estado sorbiendo pintura fluorescente.

¿Cómo podría dar con Knoxx? Si se convertía en pájaro podría esconderse todo lo que quisiese. Jamás...

Algo se me tiró encima desde el cubículo de al lado. Una forma negra con pelo y garras. Lancé un grito mientras disparaba instintivamente, pero fallé. Aquella cosa me dio un buen golpe y me tiró hacia atrás; la pistola de Megan chocó contra el suelo. Me resistí, intentando apartar a la criatura. No era tan grande como yo, pero ¡aquellas garras! Me arañaron en el costado, lo que me provocó mucho dolor.

Luché; con una mano empujaba a la criatura y con la otra intentaba llegar hasta el arma. No la encontré, pero en su lugar di con algo frío y metálico en el interior del cubículo cubierto que teníamos al lado. Lo levanté y golpeé la cabeza de la bestia.

¿Un espray de pintura?

Cuando la bestia se volvió hacia mí, le rocié la cara y le cubrí el morro con pintura azul fosforescente. La luz me permitió ver que era

un perro. No entendía nada de razas, pero era delgado, con pelo corto y cara puntiaguda.

Me eché atrás. Luego los bordes de la forma se difuminaron y el perro se convirtió en un hombre. Se puso en pie y se quitó la pintura de los ojos.

—¡Ayuda! —grité—. ¿Puedes darle?

—Quizá —dijo Megan—. ¡Pero pensaba que lo querías vivo!

—Prefiero estar vivo yo. ¡Dispara!

Knoxx cogió mi pistola.

Algo rompió una de las ventanas y él cayó de lado al recibir en el hombro el impacto de la bala de Megan. Un chorro de sangre oscura pintó la pared que tenía detrás.

Knoxx quedó caído, con mirada de desconcierto, la cara todavía brillante por la pintura azul. Gimió y dejó caer el arma, luego se convirtió en paloma y se elevó agitando las alas, más mal que bien.

—¿Le he dado? —preguntó Megan.

—Justo en el hombro —dije, dejando salir todo mi aliento—. Gracias.

—Me alegra no haberte dado a ti —dijo Megan—. Apunté usando el infrarrojo.

Me levanté con un quejido y la mano en el costado donde me había arañado Knoxx. Yo seguía vivo, pero no había logrado capturarlo. Aun así, probablemente había tenido mucha suerte.

Oí las alas agitarse en el otro lado.

Cogí el arma de Megan y avancé. Bajo la luz de los frutos vi manchas de líquido oscuro en una mesa cercana. Las seguí hasta una paloma posada en el alféizar; tenía la cabeza brillando en azul.

Me di cuenta de que estaba herida y no podía volar.

La paloma me vio y saltó agitando las alas torpemente; iba perdiendo plumas al intentar mantenerse en el aire. A duras penas llegó al otro edificio y se vio obligada a posarse.

Así que podía volar, pero con dificultad. Me miré el costado. Los arañazos me dolían, pero no parecían mortales. Volví a mirar por la ventana. Guardé la pistola y metí las manos en los guantes que

llevaba sujetos al cinturón. Los levanté y comprobé los chorros de las piernas mientras el espiral se calentaba.

—Voy tras él —dije.

—¿Qué...?

Al saltar por la ventana me perdí el resto del comentario de Megan. Dos chorros gemelos de agua me elevaron desde abajo antes de chocar con el océano; luego volví a flotar en el aire, con una mano hacia abajo y el rayo-tractor apuntando al agua. Giré un momento para orientarme.

Justo delante, la paloma —todavía con la cabeza y el cuello azules y brillantes— saltó de su sitio e intentó huir. Sonreí con furia y activé los chorros, inclinándome de forma que las piernas lanzaran agua en ángulo.

Salí disparado; el viento me daba en la cara al seguir al pájaro debilitado. Se movió con un ataque súbito y desesperado de velocidad, y consiguió mantenerse a distancia a pesar de la herida. Volé tras él, doblé una esquina, me incliné y eché las piernas a un lado, como un esquiador; luego volví a mi posición normal y apunté en otra dirección.

Delante de mí el pájaro aterrizó para descansar en el alféizar de un edificio. Volvió a saltar al aire en cuanto me acerqué; un punto reluciente de azul que agitaba las alas.

Rugí tras él y me di cuenta de que sonreía. Desde que había empezado a entrenarme con el espiral había querido probar cierto tipo de maniobra. Una demostración real de mis habilidades, por limitadas que fuesen.

El pájaro, frenético, se metió en un edificio aprovechando un pequeño hueco en una ventana rota. Lo seguí y empleé un chorro de agua de la mano para agrietar la ventana; luego le di con el hombro y entré en la habitación. Conseguí, por poco, aterrizar sin darme en la cara y fui tras el animal azul. Salió por otra ventana y la atravesé yo también, volviendo a saltar al aire.

—¿David? —Apenas podía oír la voz de Megan—. ¿Eso eran ventanas? ¡Chispas!, ¿qué haces?

Sonreí, demasiado concentrado para informar. La persecución se enredó por los canales de Babilar, pasando junto a gente en las azoteas que señalaba y gritaba. En cierto momento el pájaro intentó volar alto, pero el esfuerzo fue excesivo y acabó cayendo a una azotea. «Sí —pensé—. Ya está». Subí a la azotea y me posé cerca.

Mientras me equilibraba, la forma del pájaro se difuminó y se reconfiguró como hombre. Allí donde no la cubría la pintura azul, la cara de Knoxx estaba pálida y tenía el hombro cubierto de sangre. Trastabillando se alejó de mí. Se cogía el hombro con una mano y usó la otra para sacar una navaja.

Me detuve y lo observé un momento, esperando. Al final, se desmoronó, inconsciente.

—Lo tengo —dije. Me quedé en mi sitio por si fingía—. Al menos, eso creo.

—¿Dónde estás? —preguntó Megan.

Miré a mi alrededor, tratando de orientarme después de la frenética persecución. Habíamos trazado un círculo por las calles y habíamos llegado cerca del punto de partida.

—Dos calles más allá del edificio donde coloqué la cámara. Busca una azotea a unos cuatro pisos sobre el agua, muy poco poblada, con un gran mural pintado de gente recogiendo frutos.

—Voy —dijo Megan.

Me quité los guantes y saqué la pistola de Megan del bolsillo. No quería acercarme más a Knoxx sin tener apoyo, pero con aquella herida puede que se desangrara si yo no intervenía. Decidí que eso sería perder demasiado. Lo necesitaba con vida.

Me acerqué un poco y me pareció que o estaba inconsciente o se le daba muy bien fingir. Con los cordones de mis zapatos le até las manos lo mejor que pude y luego intenté vendarle la herida con su propia chaqueta.

—¿Megan? —pregunté por el móvil—. ¿Tiempo estimado?

—Lo siento —contestó—. No hay puentes. Tengo que buscar caminos para llegar hasta ti. Tardaré quince minutos o más.

—Vale.

Me senté para esperar y dejé que fuera desapareciendo la tensión, a la que reemplazó una estimación certera de la estupidez absoluta que acababa de hacer. Era evidente que había subestimado los poderes de transformación de Knoxx, que podía transformarse en algo más que un pájaro. ¿Y si hubiese sido todavía más poderoso? ¿Y si hubiese sido un gran Épico, inmune a las balas?

El Profesor había dicho que yo era imprudente. Aunque debería haberme sentido triunfante por lo que había hecho, lo que sentía era vergüenza. ¿Cómo iba a explicárselo a los otros Reckoners? ¡Chispas! Ni siquiera había llamado a Tia.

Por lo menos todo había acabado bien.

—Presta mucha atención —dijo una voz a mi espalda—. Vas a dejar caer la pistola. Levantarás las manos, con las palmas hacia delante, y te volverás.

El miedo me invadió todo el cuerpo. Reconocí la voz.

—¿Val? —dije mirando.

—¡Deja el arma! —me ordenó.

Había salido por la escalera que conectaba el piso superior del edificio con la azotea. Llevaba un rifle al hombro. Y me apuntaba.

—Val, ¿por qué...?

—Déjala.

Dejé el arma de Megan.

—De pie.

Obedecí, con las manos a los lados.

—Ahora el móvil.

Chispas. Me lo arranqué del hombro y lo dejé en el suelo, justo cuando Megan me decía al oído:

—¿David? ¿Qué pasa?

—Empújalo —me ordenó Val. Vacilé y me apuntó directamente a la frente. Así que le di un golpe al móvil para enviarlo hacia ella.

Se agachó, sin dejar de apuntarme con el arma, y lo cogió con una mano.

—¡Chispas!, David —dijo Megan al oído—. Voy todo lo rápido que...

Val cortó la señal y se guardó el móvil.

—Val, ¿qué pasa? —pregunté con toda la calma posible.

—¿Cuánto hace que trabajas para Regalia? —preguntó a su vez—. ¿Desde el principio? ¿Te envió ella a Chicago Nova para infiltrarte en los Reckoners?

—Trabajar para... ¿Qué? ¡No soy un espía!

Val movió el rifle y disparó. La bala rebotó a mis pies. Di un grito y pegué un salto hacia atrás.

—Sé que has estado viéndote con Firefight —dijo Val. ¡Chispas!

»He sospechado de ti desde que llegaste —siguió—. No salvaste a aquella gente del edificio ardiendo, ¿verdad? Fue un plan que tramaste con Regalia para que pensáramos que eras de confianza. ¿De verdad mataste a Steelheart? ¿Creiste que nadie se daría cuenta de que ayudabas a Firefight a entrar en nuestra base? ¡Calamity!

—Val, escucha. No es lo que crees. —Di un paso al frente.

Me disparó. En el muslo.

El dolor me recorrió por completo y caí de rodillas. Me cubrí la herida con las manos mientras maldecía.

—Val, ¡estás loca! No trabajo para ellos. Mira, ¡acabo de capturar a un Épico!

Val miró a Knoxx, que estaba tendido y atado en el suelo. Luego le apuntó con el rifle y le disparó directamente a la cabeza.

Boqueé y me quedé paralizado a pesar del dolor.

—¿Qué...? —solté—. Después de todo lo que acabo de hacer...

—El único Épico bueno es el Épico muerto —dijo Val, apuntándome de nuevo—. Como Reckoner deberías saberlo. Pero no eres de los nuestros. Nunca lo fuiste. —Lo dijo casi como un alarido animal y sus manos apretaron el arma con más fuerza entornando los ojos—. Eres el responsable de la muerte de Sam, ¿no? Les informaste sobre nosotros, informaste sobre todas las células Reckoner.

—No, Val —grité—. ¡Lo juro! Te he estado mintiendo, sí, pero por orden del Profesor. —Me apretaba la pierna, pero la sangre se escapaba entre los dedos—. Vamos a llamar a Tia, Val. No hagas nada en un arrebató. —«En otro arrebató».

Seguía apuntándome. La miré a los ojos.

Y apretó el gatillo.

Por supuesto, intenté apartarme, pero sin ninguna posibilidad de poder hacerlo a la velocidad suficiente. Además, estaba agotado y tenía un tiro en la pierna.

Por tanto, cuando dejé de rodar torpemente por el suelo, me sorprendió descubrir que seguía vivo. Val también se sorprendió, a juzgar por su cara, pero eso no le impidió dispararme otra vez.

La bala me dio en el pecho y se encajó en el neopreno, pero sin romper la piel. Desde ese punto se extendieron pequeñas telarañas de luz y desaparecieron con rapidez.

Aunque me alegraba estar vivo, me recorrió un miedo. Conocía ese efecto. Los campos de fuerza del Profesor a veces tenían ese aspecto al absorber un impacto. Alcé la vista y lo vi, una silueta en la noche, de pie en el único puente que llegaba hasta nuestra azotea. Se agitaba lentamente en la oscuridad.

El Profesor no estaba iluminado en absoluto. Era un ladrillo de oscuridad, la bata de laboratorio agitándose bajo la brisa letárgica.

—Baja el arma, Valentine —dijo el Profesor en voz baja, llamando su atención.

Val se volvió a mirar y dio un respingo. Evidentemente, no entendía cómo había logrado sobrevivir a sus disparos... pero, claro, tampoco sabía que el Profesor era un Épico. Para ella, los campos de fuerza eran un resultado de la tecnología Épica avanzada.

El Profesor llegó a la azotea. El resplandor del mural del suelo le iluminaba la cara.

—He dado una orden —le dijo a Val—. Baja el arma.

—Señor —dijo—. Él ha estado...

—Lo sé —le cortó el Profesor.

«¡Cómo!», pensé, sudando. Fui a levantarme, pero una mirada de furia del Profesor me hizo quedarme donde estaba. El dolor de la pierna volvió a manifestarse y apreté la mano contra la herida. Era curioso como con el terror había olvidado que me habían disparado.

Odiaba que me disparasen.

—Su móvil —dijo el Profesor extendiendo la mano. Val se lo dio y el Profesor tecleó algo.

Yo lo tenía configurado para que pidiera un código siempre que se apagara la pantalla, así que no iba a poder activarlo. Pero lo hizo.

—Mándale un mensaje de texto a la persona con la que ha estado comunicándose —le dijo el Profesor a Val—. Es Firefight. Escribe exactamente lo que te voy a decir: «Todo va bien. Al principio Val creyó que yo era uno de los hombres de Regalia, como Knoxx».

Val asintió, bajó el arma y le mandó el mensaje a Megan.

El Profesor me miró, cruzando los brazos.

—Yo... —balbucí—. Yo...

—Me has decepcionado —dijo el Profesor.

Fue como si me aplastasen.

—No es malvada, Profesor —dije—. Si me escuchas...

—He estado escuchando —me interrumpió el Profesor—. ¿Tia?

—Lo tengo, Jon —respondió Tia, cuya voz sonaba en el auricular—. Si quieres, puedes volver a escucharlo todo.

—Pinchaste mi teléfono —susurré—. No confiabas en mí.

El Profesor alzó una ceja.

—Te ofrecí dos oportunidades de contar la verdad, una esta misma noche. Querría haberme equivocado, chico.

—¿Lo sabías? —preguntó Val, volviéndose hacia el Profesor—. ¿Todo este tiempo sabías lo que hacía?

—No he llegado a donde estoy sin aprender a leer a mi personal, Val —dijo el Profesor—. ¿Firefight ha respondido?

Val miró la pantalla del móvil. Me quedé tendido; sentía náuseas. Habían estado escuchando. Lo sabían. ¡Chispas!

—Dice: «Vale. ¿Estás seguro de que todo está bien?».

—Dile que sí —le dijo el Profesor—. Y añade: «Por ahora deberías mantenerte lejos. Val ha llamado al Profesor y volvemos a la base. Creo que podré explicárselo. Te haré saber lo que descubramos de este Épico».

Mientras Val tecleaba, el Profesor se acercó a mí. Me puso la mano sobre la pierna y sacó una cajita de lo que llamaba el reparador... su *tecnología* para sanar.

Se esfumó el dolor de la pierna. Lo miré y tuve problemas para contener las lágrimas. No sabía si las lágrimas eran de vergüenza, de dolor o de pura furia.

Había estado espiándome.

—No te sientas tan mal, David —dijo el Profesor en voz baja—. Por eso estás aquí.

—¿Qué?

—Firefight hizo justo lo que esperábamos —dijo el Profesor—. Si era tan buena como para infiltrarse en mi propio equipo, no le costaría nada comprometerte a ti. Eres un buen guerrero, David. Apasionado, decidido. Pero no tienes experiencia y las caras bonitas te pueden.

—Megan no es solo una cara bonita.

—Y, sin embargo, dejaste que te manipulase —dijo el Profesor—. Le dejaste entrar en nuestra base y le contaste nuestros secretos.

—Pero yo... —No había dejado que entrase en la base. Eso lo había hecho ella solita. Comprendí que el Profesor no lo sabía todo. Había intervenido mi móvil, pero, evidentemente, eso solo le daba la información que había en el aparato. No sabía nada de lo que habíamos hablado en persona, solo lo que nos habíamos comunicado por el móvil.

—Sé que no me crees, David —dijo el Profesor—. Pero todo lo que te contó, todo lo que ha hecho, ha sido parte de un juego. Te ha manipulado. Su vulnerabilidad fingida, su supuesto afecto... Lo he visto ya todo antes, muchacho. Todo mentiras. Lo siento. Apuesto a que incluso ese punto débil que te contó es una invención.

¡Su punto débil! El Profesor conocía el punto débil de Megan. Me lo dijo por el móvil. No la creía, pero lo sabía. Me alarmé.

—Estás equivocado con respecto a ella, Profesor —dije, mirándolo a los ojos—. Sé que es sincera.

—¿Ah, sí? —dijo el Profesor—. ¿Y te contó cómo mató a Sam?

—Ella no lo hizo. Yo...

—Lo hizo —dijo el Profesor con tranquilidad pero con firmeza—. David, lo tenemos grabado. Val me lo mostró al llegar a Babilar. El móvil de Sam estaba grabando cuando murió. Firefight le disparó.

—¡No me lo contaste!

—Tenía mis razones —dijo el Profesor poniéndose en pie.

—Me usaste de cebo. Dijiste... ¡por eso estoy aquí! ¡Desde el principio planeaste una trampa para Megan!

El Profesor se volvió para ir con Val, quien asintió, mostrándole la pantalla del móvil.

—Vámonos —dijo el Profesor—. ¿Dónde está el submarino?

—Abajo —dijo Val—. No dejé los suministros. En su lugar seguí a David. Deberías habérmelo contado.

—El plan exigía que él creyese que no sabíamos lo que hacía —dijo el Profesor, cogiendo el móvil y guardandoselo—. Cuantos menos lo supiesen, mejor. —Me miró—. Vamos, muchacho. Volvamos.

—¿Qué vas a hacer? —inquirí, todavía sentado donde me habían disparado, sobre la mancha de sangre—. Con Megan.

La expresión del Profesor se volvió tenebrosa y no respondió.

Por eso lo supe. Los Reckoners ya habían usado planes como aquel, consistentes en atraer un Épico a una trampa mediante falsos mensajes de texto que el Épico creía de un aliado.

Tenía que advertir a Megan.

Me volví, me tiré de la azotea y activé el espiril; que no funcionó. Tuve el tiempo justo de lanzar un grito de sorpresa antes de chocar contra el agua cuatro pisos más abajo.

No fue agradable.

Alcé la vista cuando logré salir a la superficie y me agarré al lateral del edificio. El Profesor estaba en el borde de la azotea, jugando con un objeto en la mano. El motivador del espiril. ¿Cuándo lo había quitado? Probablemente al curarme.

—Péscalo —le dijo a Val, con potencia suficiente para que yo lo oyese—. Y volvamos a la base.

El día siguiente lo pasé en mi cuarto.

No es que estuviese confinado, al menos no explícitamente, pero cuando salía, las miradas de Val, Exel y Mizzy me mandaban de vuelta a la soledad.

Mizzy era la peor. En cierto momento salí para ir al baño y la vi trabajando en la sala de suministros. Me miró y su sonrisa se evaporó. En sus ojos había furia y desprecio. Volvió a preparar paquetes de suministros y no dijo nada.

Así que me pasé el tiempo tendido en la cama, alternando entre sentirme avergonzado y furioso. ¿Iban a expulsarme de los Reckoners? La idea me producía náuseas. ¿Y qué pasaba con Megan? Las cosas que había dicho el Profesor... No quería creerlas. No podía creerlas; o al menos, no quería pensarlas.

Por desgracia, pensar en el Profesor me enfurecía. Yo había traicionado al equipo, pero no podía evitar pensar que él me había traicionado a mí todavía más. Me había llevado a Babilar para fracasar.

A la mañana siguiente me despertaron unos ruidos. Preparativos. El plan avanzaba. Me quedé en mi cuarto durante un rato, pero al final no aguanté más. Necesitaba respuestas. Me levanté de la cama y salí al pasillo. Me armé de valor al pasar junto al almacén, pero Mizzy no estaba. Detrás de mí, al final del pasillo, en la sala del submarino, oía ruido. Val y su equipo se preparaban para la misión.

No fui por allí. Quería ver al Profesor y a Tia, y me los encontré en la sala de reuniones con la pared de vidrio. Me miraron; Tia miró al Profesor.

—Yo hablaré con él —le dijo el Profesor a Tia—. Ve con los otros. En esta misión nos faltará un miembro y quiero que lleves las operaciones desde el interior del submarino. Nuestra base ya no es segura. No volveremos.

Tia asintió, cogió el portátil y salió. Al pasar me dedicó una mirada, pero nada más. Nos quedamos el Profesor y yo solos, iluminados por la lámpara de la mesa de Tia.

—Vais de misión —dije—. Para atacar a Newton y hacer salir a Regalia.

—Sí.

—Un hombre menos. ¿No me llevas? —El Profesor no respondió—. Me dejaste practicar con el espiral —dije—. Me hiciste creer que yo formaba parte de la misión en Babilar. ¿Todo el tiempo he sido un cebo?

—Sí —contestó el Profesor con tranquilidad.

—Entonces, ¿el plan tiene más partes? ¿Detalles que no me has contado? ¿Qué está sucediendo de verdad, Profesor?

—No te hemos ocultado mucho —dijo con un suspiro de alivio—. El plan de Tia para localizar a Regalia es real y funciona. Si logramos que aparezca en la zona elegida por Tia, solo habrá unos pocos edificios donde pueda ocultarse. Yo voy a ser el gancho para ejecutar el plan contra Newton. La perseguiré por la ciudad y eso tentará a Abigail. Si aparece, descubriremos dónde está su base. Val, Exel y Mizzy, tras recibir la orden de Tia, la asaltarán y matarán a Regalia.

—Suenas a que te vendría bien otro gancho —dije.

—Es demasiado tarde —dijo el Profesor—. Sospecho que llevará tiempo recuperar la confianza. Por ambas partes.

—¿Y Obliteration? —pregunté dando un paso—. ¡Casi no hemos hablado de cómo tratar con él! Es una bomba; va a destruir toda la ciudad.

—No tenemos que preocuparnos —dijo el Profesor—. Porque ya tenemos una forma de detener a Obliteration.

—¿La tenemos?

El Profesor asintió.

Me estrujé el cerebro como se le restriega el periódico en el hocico a un perro que se ha hecho pis en la alfombra, pero no se me ocurrió nada. ¿Cómo íbamos a detener a Obliteration? ¿Había algo que no me hubiesen contado? Miré al Profesor.

Entonces vi su expresión sombría, con los labios apretados.

—Un campo de fuerza —comprendí—. Lo encerrarás en una burbuja cuando libere su fuerza destructiva. —El Profesor asintió—. Todo ese calor tendrá que ir a algún sitio. Solo estarás reteniéndolo.

—Puedo ampliar el campo —dijo—, proyectar el calor lejos de la ciudad. He estado probando.

¡Hala! ¡Claro! ¿No era eso mismo lo que había hecho cuando me salvó de la explosión que mató a Steelheart? Tenía razón. Siempre habíamos tenido la solución para, al menos, retrasar a Obliteration. Puede que el calor no lo matase, ya que parecía inmune a su propio poder, pero lo enlentecería. Y puede que una explosión concentrada y dirigida contra él pudiera destruirlo. Valía la pena probar.

Avancé más y me acerqué al Profesor, que todavía seguía sentado en la mesa de Tia, frente a la pared de aguas oscuras. Algo la rozó por el exterior, algo húmedo y baboso, pero lo perdí en la oscuridad. Sentí un escalofrío y miré de nuevo al Profesor.

—Puedes hacerlo, ¿no? —pregunté—. Me refiero a contenerlo. Y no solo la explosión, sino... otras cosas.

—Tendré que poder. —El Profesor se puso en pie, se acercó a la pared transparente y se quedó mirando las oscuras aguas—. Tia me dice que muchos Épicos como Obliteration pasan por un momento de debilidad tras emplear una gran cantidad de energía. Es posible que sea vulnerable. Si sobrevive al calor de su propia explosión, es posible que pueda encargarme de él justo después, cuando sus poderes estén reducidos. Y si no, al menos podré detenerlo el

tiempo que sea necesario para que el resto del equipo pueda lidiar con Regalia.

—¿Y Megan? —pregunté. No respondió—. Profesor... —continué—. Antes de matarla, al menos comprueba lo que dijo. Enciende un fuego y comprueba si eso destruye las imágenes que crea. Tendrás la prueba de que decía la verdad.

El Profesor alargó la mano y tocó la ventana. Había dejado la bata de laboratorio colgada de la silla y vestía unos pantalones amplios y una camisa, ambas cosas de aquel estilo anticuado que le gustaba. Casi podía imaginármelo en la selva, con machete y mapa, explorando ruinas antiguas.

—Tú puedes controlar la oscuridad interior —le dije—. Y ya que tú puedes, Megan también puede. Es...

—Calla —susurró el Profesor.

—Pero escucha...

—¡Calla! —gritó el Profesor volviéndose hacia mí. Movié la mano con tal rapidez que apenas la vi antes de que me agarrase por la garganta y me elevase en el aire. Se dio media vuelta y me golpeó contra el ventanal.

Dejé escapar un sonido gutural. La sala solo estaba iluminada por la lámpara de la mesa, detrás del Profesor, que dejaba su rostro en las sombras. Me resistí, aunque estaba ahogándome, e intenté soltar sus dedos. El Profesor me pasó la otra mano por debajo del brazo y me levantó, con lo que aflojó un poco la presión de la garganta. Pude tomar algo de aliento. Él se inclinó hacia mí, lo que hizo que saliera más aire de mis pulmones, y habló muy despacio.

—He intentado ser paciente contigo. He intentado convencerte de que la traición no es personal, que te sedujo una experta ilusionista embaucadora. Pero maldita sea, muchacho, me lo estás poniendo muy difícil. A pesar de que sabía lo que harías, esperaba algo mejor. Pensaba que, de todos, tú lo entenderías: *¡No podemos confiar en ellos!*

Me esforcé por jadear y me dejó respirar un poco.

—Por favor... bájame... —dije.

Me observó durante un momento bajo la escasa luz y se echó atrás, dejándome caer al suelo. Tragué aire y me apoyé contra la pared; las lágrimas se me salían por la comisura de los ojos.

—Deberías habérmelo contado —dijo el Profesor—. Si me lo hubieses contado en lugar de ocultarlo...

Me esforcé por ponerme en pie. ¡Chispas! El Profesor era fuerte. ¿Su repertorio de poderes incorporaba capacidad física mejorada? A lo mejor tendría que cambiar el subconjunto Épico en el que lo había encasillado.

—Profesor —dije frotándome el cuello—, pasa algo muy pero que muy extraño con esta ciudad. ¡Y estamos ciegos! Sí, el plan contra Obliteration es bueno, pero ¿qué trama Regalia? ¿Quién es Dawnsight? No tuve oportunidad de contártelo. Volvió a hablarme ayer. Parece estar de nuestro lado, pero parece hallarse en una situación extraña. Dijo algo de una operación quirúrgica de Obliteration. ¿Qué planea Regalia? Tiene que saber que vamos a intentar matar a alguno de sus esbirros. Parece estar animándonos a que lo hagamos. ¿Por qué?

—¡Por lo que llevo diciendo desde el principio! —dijo el Profesor echando las manos al aire—. Tiene la esperanza de que podamos detenerla. Por lo que sabemos, es posible que hiciese venir a Obliteration para que podamos matarlo.

—Si eso es cierto, daría a entender que en su interior hay un elemento de resistencia —dije avanzando—. Significa que está luchando. Profesor, ¿es tan imposible pensar que podría estar deseando que la ayudemos? ¿No matarla, sino devolverla a su antiguo ser?

El Profesor permaneció de pie en la oscuridad, una enorme silueta. ¡Chispas!, daba miedo cuando quería. De pecho inmenso, con un rostro cuadrado casi inhumano en sus proporciones. Era fácil olvidar lo grande que era; pensabas en él como un gestor, el líder del equipo. No como aquella figura de rasgos afilados y músculos, formada por oscuridad y sombras.

—¿Te das cuenta de lo peligrosas que son esas ideas tuyas? —preguntó en voz baja—. ¿Para mí?

—¿Qué?

—Hablas de Épicos buenos. Penetran en mi cerebro, como gusanos que devoran la carne, y se acercan a mi esencia. Decidí hace mucho tiempo, tanto por mi cordura como por el mundo, que no puedo usar mis poderes.

Me quedé helado.

—Y ahora vienes tú hablando de Firefight y de cómo vivió entre nosotros durante meses, empleando sus poderes solo cuando era necesario. Eso hace que me pregunte si podría hacerlo yo también. ¿No soy fuerte? ¿No los controlo? Cuando ayer me dejaste solo, en el cuarto, me puse a crear de nuevo campos de fuerza. Pequeños, para encerrar productos químicos, para brillar y darme luz. No dejaba de encontrar excusas para emplearlos y ahora planeo usar mis poderes para detener a Obliteration; para crear un campo de fuerza mayor que cualquiera que haya creado desde hace años.

Di un paso hacia delante y volvió a agarrarme por la camisa. Tiró de mí para acercarme.

—No funciona —me susurró—. Me está destruyendo poco a poco. Me estás destruyendo, David.

—Yo... —Me humedecí los labios con la lengua.

—Sí —susurró el Profesor, soltándome—. Lo intentamos una vez. Abigail. Lincoln. Amala. Yo. Un equipo, como en las películas, ¿sabes?

—¿Y?

Me miró fijamente desde la penumbra.

—Lincoln se volvió malvado; hoy lo llamas Murkwood. Siempre le gustaron esos malditos libros. Yo tuve que matar a Amala. —Tragué saliva.

»No se puede, David —siguió el Profesor—. No se puede. Me está destruyendo. Y... —Respiró profundamente—. Ya ha destruido a Megan. Envió un mensaje esta mañana. Quiere verse contigo. Así que de todo esto saldrá algo bueno.

—¡No! —dije—. No vas a...

—Haremos lo que hacemos, David —dijo en voz baja—. Habrá un juicio.

Cada vez estaba más horrorizado. Me vino a la mente la imagen de Sourcefield sin poderes bajo el torrente de zumo artificial, forcejeando con la puerta del baño, mirándome con una súplica en los ojos. Solo que en mi mente eran los ojos de Megan.

Un gatillo.

Rojo mezclándose con el rojo.

—Por favor —dije frenético, intentando llegar hasta el Profesor —, no. Se nos ocurrirá otra cosa. Oíste lo de las pesadillas. ¿Eso es lo que te sucede? Dime, Profesor. ¿Megan tenía razón? ¿Están relacionadas con el punto débil?

Me agarró del brazo y me empujó hacia atrás.

—Te perdono —dijo. Luego se fue hacia la puerta.

—¿Profesor? —supliqué, siguiéndole—. ¡No! Es...

Levantó una mano distraídamente y en la puerta apareció un campo de fuerza que nos separó.

Apreté las palmas contra el campo mientras veía como el Profesor se alejaba por el pasillo.

—¡Profesor! ¡Jon Phaedrus! —Golpeé el campo de fuerza, aunque no serviría de nada.

Se detuvo para mirarme. En aquel momento, con su rostro en penumbra, no vi al Profesor líder; ni siquiera al Profesor hombre.

Vi a un gran Épico que se sentía retado.

Se dio media vuelta, siguió por el pasillo y se perdió. El campo de fuerza quedó en su sitio. Si las chaquetas servían de guía, allí se quedaría el tiempo que hiciese falta y el Profesor podría alejarse una buena distancia antes de que desapareciese.

Poco después vi por el ventanal que el submarino atravesaba las aguas oscuras. Me dejaron sin móvil, sin espiral y sin forma de escapar.

Estaba solo.

El agua y yo.

CUARTA PARTE

Pasé una hora más o menos tirado sobre la mesa de Tia en la sala de reuniones. El enorme ventanal se alzaba sobre mí como un compañero de cuarto que te acaba de oír abrir una bolsa de caramelos de *toffee*. Me levanté y di vueltas, pero moverme me recordaba lo que el equipo estaría haciendo allá fuera. Correr, luchar por sus vidas. Intentar salvar la ciudad.

Y allí estaba yo. En el banquillo.

Miré el campo de fuerza del Profesor. No podía evitar sentir que él me quería lejos de la operación, que lo de pillarme con Megan había sido más una excusa que una razón.

Megan. ¡Chispas!, Megan. No iba a matarla de verdad, ¿no? Mis pensamientos no dejaban de volver una y otra vez a Megan, como un pingüino que no lograba convencerse de la falsedad de esos peces de plástico. Ella confiaba en mí. Me había contado su punto débil. Y precisamente por eso el Profesor podría matarla.

Todavía no había logrado aclarar lo que sentía con respecto a Megan, pero estaba seguro de no querer que le hiciesen daño.

Regresé a la mesa y me senté; intentaba no mirar la vista estremecedora de las aguas tenebrosas. Me puse a rebuscar por los cajones para distraerme. Encontré una pistola de emergencia, una pequeña nueve milímetros, y munición. Si lograba salir de aquella absurda sala, al menos estaría armado. Di con un datapad en otro cajón. No tenía conectividad con las redes Knighthawk, pero

contenía una carpeta con una copia de las notas de Tia sobre la localización de Regalia.

En el mapa estaba marcado el camino que iban a usar los Reckoners para tender la trampa. Seguirían a Newton en su ronda y la atacarían en un punto concreto con la esperanza de hacer aparecer a Regalia. En el mapa del datapad vi una pequeña X con una referencia indirecta a la posición del Profesor en caso de emergencia; la reconocí como la indicación del lugar donde esperaría el Profesor en caso de que fuese necesario detener a Obliteration. Pero ¿qué planeaban hacer con Megan?

«El Profesor tiene mi móvil —pensé—. Ni siquiera tendría que esforzarse para tenderle una trampa a Megan. No tiene más que mandarle un mensaje diciéndole que nos veamos y atacarla». Y si muere a causa del fuego, no se reencarnará.

Con más ansiedad todavía, me puse a analizar el datapad, aunque no sabía para qué. Quizá Tia hubiese registrado algo relativo a un plan para dañar a Megan.

Allí estaba: un archivo llamado Firefight. Lo abrí.

Resultó ser un vídeo.

A los pocos segundos supe qué era. Un hombre, resoplando por el agotamiento, se movía por una de las habitaciones llenas de vegetación en un rascacielos de Babilar. La grabación estaba hecha desde su punto de vista, probablemente registrada por uno de los auriculares que llevaba el equipo.

El hombre apartó la vegetación y dejó atrás frutos con un profundo resplandor interior. Miró por encima del hombro, luego pasó sobre un tronco caído y echó un vistazo a otra habitación.

—Sam. —Era la voz de Val—. Se suponía que no debías enfrentarte.

—Sí, sí —dijo—, pero lo hice. ¿Y ahora qué?

—Sal de ahí.

—En eso estoy.

Atravesó a toda prisa la segunda habitación, siguiendo la pared. Pasó por encima de una cafetera de la que salían brotes, atravesó

corriendo una pequeña cocina de oficina y, finalmente, dio con una pared con ventanas. Miró al exterior, a una caída de cuatro pisos, luego de nuevo a la selva.

—Venga —dijo Val.

—He oído algo.

—¡Entonces date prisa!

Sam se quedó con la mano en el marco de la ventana. Bajo la luz de los frutos pude distinguir los guantes. Llevaba el espiril.

—Nos limitamos a observar, Val —susurró—. No me uní a los Reckoners para esto.

—Sam...

—Muy bien —dijo a regañadientes. Empujó parte del vidrio con el codo y salió. Apuntó el rayo-tractor al agua, pero vaciló.

Algo crujió en la habitación. Sam se giró; hubo un movimiento desconcertante de la cámara acompañado de un raspado sordo cuando la vegetación rozó su auricular.

Megan se encontraba a su espalda, medio oculta por el follaje, vestida con tejanos y una camiseta ajustada. Parecía sorprendida de verlo y no tenía el arma en la mano.

Todo se detuvo.

Me descubrí levantándome del asiento con las palabras y hablando en voz alta. Quería gritarle a la pantalla, aunque sabía que no era más que una grabación.

—Vete —dije. Imploré.

—Sam, no —dijo Val.

Sam intentó coger su arma.

Megan fue más rápida.

Todo acabó en menos de un segundo. Oí el disparo y luego la cámara volvió a moverse errática. Cuando se detuvo, enfocaba una pared cercana. Oí que Sam respiraba, con esfuerzo, pero no se movió. Lo cubrió una sombra y pude oír movimiento. Supuse que Megan, siempre atenta a las armas de fuego, desarmaba a Sam y comprobaba que fingiese que estaba herido.

Val susurraba algo una y otra vez. El nombre de Sam.

Yo sudaba.

La sombra de Megan se retiró y la respiración de Sam fue empeorando. Val intentaba hablar con él; le dijo que Exel estaba en camino, pero Sam no respondió.

No vi el final de su vida; pero lo oí. Respiración lenta hasta... nada.

Al parar el vídeo me dejé caer sobre el asiento, la voz de Val cortándose en medio de un grito en el que pedía a Exel que se apresurase. Me sentía como si hubiese visto algo íntimo, algo que no debería haber visto.

«Es verdad que lo mató», pensé. En cierta forma había sido defensa propia, ¿no? Ella había ido a comprobar qué era el ruido. Él había sacado un arma.

Por supuesto, si moría, Megan se reencarnaba. Sam no.

Cerré el datapad, anonadado. No podía culpar a Megan por defenderse, pero al mismo tiempo, me destrozaba pensar en lo que había sucedido. Podría haberse evitado tan fácilmente...

Entre todo lo que me había contado Megan, ¿de qué podía fiarme? Después de todo, el Profesor había estado espiándome. Pero resultaba que Megan sí había matado a Sam. En mi interior me di cuenta de que, por desgracia, no me sorprendía. Megan estaba incómoda cuando le hablé de Sam y no me dio explicaciones sobre lo sucedido. Yo no le di la oportunidad.

No había querido saberlo.

¿En quién podía confiar? Estaba hecho un lío enorme, un caldo hirviendo de confusión, frustración y náusea. Ya nada tenía sentido. No el que debiera tener.

«Intentando respirar», me había dicho Regalia.

Me aferré a una idea, a algo diferente, algo que me apartase de la confusión que sentía sobre Megan, el Profesor y los Reckoners. El primer día de entrenamiento con el espiril. Regalia se había manifestado. Había dicho que yo moriría solo algún día. «Intentarás respirar por última vez en la selva de uno de esos edificios, a un

paso de la libertad. Lo último que verás será una pared desnuda en la que alguien salpicó café. Un final mísero y patético», había dicho.

Aunque detestaba volver a verlo, retrocedí en el vídeo hasta la última imagen de Sam. La cámara apuntaba a una pared. En la pared se había derramado algo que había dejado mancha.

Regalia había visto el vídeo.

¡Oh, chispas! ¿Cuánto sabía? De golpe volví a estar muy incómodo con aquella misión. No sabíamos ni la mitad de lo que creíamos saber; de eso estaba totalmente seguro.

Dudé un momento y retiré todo lo que había sobre la mesa de Tia, excepto el datapad.

Tenía que pensar. Sobre los Épicos, sobre Regalia y sobre lo que yo sabía de verdad. Contuve mis emociones y dejé de lado todo lo que creíamos saber. Incluso dejé de lado mis propias notas, las que había escrito antes de unirme a los Reckoners. Los poderes de Obliteration demostraban que mis deducciones podían ser muy erróneas.

Bien, ¿qué sabía realmente sobre Regalia?

Destacaba un hecho: había tenido a los Reckoners en sus manos y había decidido no matarnos; ¿por qué? El Profesor estaba seguro de que ella quería que él la matase. Yo no estaba dispuesto a dar ese salto lógico. ¿Qué otra razón podría haber?

«La primera noche se nos enfrentó creyendo que el Profesor estaría con nosotros —pensé—. Sí, podría haber acabado con la mayoría de nosotros sin pensar en aquella ocasión; pero no con Jonathan Phaedrux».

Ella sabía que era un Épico. Conocía sus poderes. Parecía ser que nos había permitido vivir para transmitir el mensaje de que quería que el Profesor la matase. Bien, yo no aceptaba que quisiese morir. Pero ¿qué otra razón podría tener para atraer al Profesor hasta Babilar?

«Regalia conocía los detalles de la muerte de Sam; con toda precisión, hasta detalles de los que era poco probable que Megan

hubiese hablado. Entonces o había visto el vídeo o aquella noche estaba allí», pensé.

¿Podría haber movido las cuerdas entre bambalinas y planear la muerte de Sam? ¿O yo estaba buscando la forma de exonerar a Megan?

Me concentré en la primera noche en Babilar, cuando nos habíamos enfrentado a Obliteration. La pelea nos había desgastado y tras hacerlo huir, Regalia apareció en toda su gloria, pero le había sorprendido que el Profesor no estuviese con nosotros. ¿Y si Regalia lo hubiese hecho todo para dar con una forma de matar al Profesor? El Profesor sabía mucho sobre los poderes de Regalia. Él conocía los límites de ella, su alcance, los fallos en sus habilidades. ¿Podría saber ella lo mismo sobre él?

De pronto me lo imaginé todo como una compleja trampa al estilo Reckoners. Una trampa tendida por Regalia para atraer al Profesor y matarlo. Una trama para eliminar a uno de sus más poderosos rivales potenciales. Parecía una teoría cogida con hilos, no muy verosímil. Pero cuanto más lo pensaba, más me convencía de que el Profesor corría mucho peligro.

¿Era posible que, en realidad, no hubiésemos sido los cazadores sino la presa?

Me levanté. Tenía que salir de allí. Probablemente el Profesor estuviese en peligro. E incluso si no lo estaba, no podía arriesgarme a que atacase a Megan. Ella tenía que darme algunas respuestas. Tenía que hablar sobre Sam, sobre lo que había hecho. Tenía que saber cuánta mentira había en lo que me había contado.

Y... la verdad es que la amaba.

A pesar de todo, a pesar de las dudas y de la sensación de traición, la amaba. Y no iba a permitir que el Profesor la matase.

Caminé decidido hasta la puerta e intenté apartar el campo de fuerza. Probé a empujar, golpear... incluso cogí la silla e intenté darle. Por supuesto, no pasó nada.

Con la respiración agitada por el esfuerzo, intenté romper la madera alrededor del campo de fuerza. Tampoco sirvió de nada. No

tenía punto de apoyo y el edificio era demasiado resistente. Quizá con herramientas y un par de días podría romper una de las paredes, pero eso llevaría demasiado tiempo. No había otra salida.

Excepto...

Me giré para mirar el ventanal, más alto que un hombre y varias veces más ancho, que daba al mar. Era medianoche, así que todo estaba oscuro, pero podía ver formas moviéndose en aquella horrorosa negrura.

Cada vez que entraba en el agua sentía que el abismo intentaba hundirme. Consumirme.

Lentamente fui hasta la mesa de Tia y rebusqué en el cajón inferior para coger la nueve milímetros. Una Walther. Buen arma; incluso yo admitía que era precisa. La cargué y miré al ventanal.

Sentí un terror opresivo. Había alcanzado una tregua desasosegada con el agua, pero aun así podía sentir que estaba ansiosa de romper el cristal y aplastarme.

Volví a estar allí, en la oscuridad, con un peso en la pierna que me arrastraba al olvido. ¿A qué profundidad estábamos? No podía salir nadando desde allí, ¿verdad?

Qué idea tan estúpida. Dejé la pistola sobre la mesa.

«Pero... si me quedo aquí la probabilidad de que los dos mueran es elevada. El Profesor mata a Megan. Regalia mata al Profesor».

En el banco, casi once años antes, me había acobardado cuando mi padre luchaba. Él había muerto.

Era mejor ahogarse. Reuní todas las emociones que sentía al mirar a las profundidades: el terror, los malos presagios, el pánico instintivo, y las sostuve en una mano. Y las aplasté.

No me dejaría controlar por las aguas. Con decisión, resuelto, volví a coger la pistola de Tia y apunté al ventanal.

Disparé.

La bala apenas dañó el ventanal.

Vale, dejó un pequeño agujero, que provocó una grieta, como una fina telaraña, como la que se ve en el cristal a prueba de balas cuando recibe un impacto. Solo que esta era una bala de nueve milímetros y el ventanal se había diseñado para soportar un bombardeo. Sintiéndome imbécil disparé otra vez. Y otra. Descargué todo el cargador contra la pared de cristal. Me resonaban los oídos.

No se rompió. Apenas había una pequeña vía de agua. Genial. Ahora me iba a ahogar allí dentro. A juzgar por el tamaño de la grieta me quedaban... no sé, unos seis meses antes de que el lugar se llenara por completo.

Suspiré y me dejé caer en la silla. Imbécil. Y yo que estaba dispuesto a enfrentarme al abismo, había desafiado mis miedos y me había preparado para nadar agónicamente hasta la libertad. Y en vez de todo eso tenía que oír el goteo del agua cayendo sobre el suelo de madera: el mar burlándose de mí.

Vi cómo iba cayendo al suelo y se me ocurrió otra idea realmente estúpida.

«Ya he vendido el nombre de la familia por tres naranjas», pensé. Arrastré una de las estanterías y cubrí la puerta y el campo de fuerza. Luego saqué un cajón y lo coloqué bajo la fuga para contener parte del agua. Unos minutos después tenía una cantidad respetable.

—Hola, Regalia —dije—. Soy David Charleston, conocido como Steelslayer. Estoy en el interior de la base Reckoner.

Lo repetí varias veces, pero, por supuesto, no pasó nada. Estaba en Long Island, bien lejos del alcance de Regalia. Tenía la esperanza de que estuviese jugando con nosotros, que la información que tenían el Profesor y Tia sobre su alcance fuese...

El agua del cajón empezó a moverse y a cambiar.

Grité y me eché hacia atrás al ver que el pequeño agujero del ventanal se ampliaba. El agua forzaba el paso hasta formar un buen chorro. Se elevó, adoptó una forma y dejó de fluir al tiempo que la figura se teñía de color.

—¿Pretendes decirme —preguntó Regalia— que todo este tiempo he tenido a mis agentes buscando por la costa norte, cuando él tenía una maldita base submarina?

Retrocedí con el corazón desbocado. Estaba tan tranquila, tan segura de sí misma, con su traje profesional, las perlas alrededor del cuello. Regalia no estaba descontrolada. Sabía exactamente lo que estaba haciendo con la ciudad.

Me miró de arriba abajo, como valorándome. La información de Tia sobre el alcance de Regalia era errónea. Quizá de alguna forma sus poderes, al igual que los de Obliteration, hubiesen mejorado.

Todo lo que sucedía en aquella ciudad estaba mal.

—Así que te dejó encerrado, ¿no?

—Eh... —Intentaba pensar cómo engañar a Regalia; si tal cosa era posible. Mi plan no muy definido de fingir que quería pasarme a su bando parecía demasiado evidente.

—La verdad es que eres muy elocuente —dijo Regalia—. Pero la pasión no siempre va acompañada de cerebro. Es más, lo más habitual es que estén en relación inversa. ¿Qué te hará Jonathan, me pregunto, cuando descubra que me has revelado su base secreta?

—Megan ya dio con ella —respondí—. Por lo que al Profesor respecta, este lugar ha quedado expuesto y ya no sirve como base.

—Una lástima —dijo Regalia mirando a su alrededor—. Es un buen sitio. Jonathan siempre tuvo mucha clase. Es posible que se resista a su naturaleza, pero algunos aspectos de su ser revelan a las claras su herencia. Sus bases extravagantes, sus motes, el disfraz que lleva.

¿Disfraz? «Bata de laboratorio negra. Gafas protectoras en el bolsillo». La verdad es que resultaba un poco excéntrico.

—Venga, date prisa con tu petición, chaval —dijo Regalia—. Hoy estoy ocupada.

—Quiero proteger a Megan. Va a matarla.

—¿Y si te ayudo me servirás?

—Sí.

«Hablas con uno de los Épicos más taimados del mundo —pensé—. ¿Piensas que se creará así por las buenas que vas a cambiar de bando?».

Contaba con el hecho de que ya antes había demostrado interés en mí. Claro, también había dicho que estaba furiosa conmigo por haber matado a Steelheart. Quizás, ahora que había activado definitivamente su plan para matar al Profesor, se limitase a aplastarme.

Regalia agitó una mano.

El agua destrozó el ventanal: abrió completamente el agujero que había hecho yo y rompió el cristal. Ni siquiera tuve tiempo de coger la pistola de la mesa mientras el agua llenaba la estancia y me sumergía en la oscuridad. Escupí agua y me revolví. Vale que me había enfrentado a mi miedo a las profundidades, pero eso no significaba que allí me sintiese cómodo.

Era totalmente incapaz de pensar o nadar conscientemente. Hubiese muerto allí si Regalia no hubiese tirado de mí. Me pareció que me movía y luego llegué a la superficie, boqueando y con frío. Por alguna razón me dolían los oídos.

De alguna forma el agua que tenía debajo se volvió sólida. Un pequeño pedestal de agua me elevó y Regalia apareció de pie a mi lado. Quedé tendido, temblando y mojado, y acabé comprendiendo

que nos movíamos. El pedestal de agua iba a toda prisa por la superficie del mar, llevándome con él, y se acercaba a las paredes y puentes pintados de Babilar.

Regalia podía aparecer donde quisiese o, al menos, podía aparecer en cualquier lugar que pudiese ver. Así que no se trataba de transportarse ella, sino de moverme a mí.

—¿Adónde vamos? —pregunté, poniéndome de rodillas.

—¿Te contó alguna vez Jonathan —preguntó Regalia— lo que sabemos sobre la naturaleza de Calamity?

Podía verlo allá arriba, el omnipresente punto reluciente; más brillante que una estrella, pero mucho más pequeño que la Luna.

—Se puede ver a Calamity a través de un telescopio —añadió Regalia, hablando como si charlásemos cordialmente—. Los cuatro lo hacíamos a menudo, en los viejos tiempos. Jonathan, yo misma, Lincoln. Incluso con un telescopio es difícil distinguir los detalles. Es que él brilla con mucha intensidad.

—¿Él? —pregunté.

—Claro —respondió Regalia—. Calamity es un Épico. ¿Qué esperabas? —Yo... no pude responder. Apenas podía pestañear.

»Le pregunté por ti —siguió—. Me dijo que serías un Épico maravilloso. Verás, resolvería muchos problemas y creo que te adaptarías muy bien. ¡Ah, ya estamos!

Me esforcé por ponerme en pie cuando la plataforma de agua dejaba de moverse. Nos encontrábamos en la parte más baja de Babilar, cerca de donde pronto comenzaría la operación para acabar con Newton. Parece que Regalia también conocía aquella zona.

—Mientes.

—¿Sabes lo que es el Desgarro? —preguntó Regalia—. Es como llamamos al periodo posterior a que un Épico consiga sus poderes. Sentirás una sensación irresistible por destruir, por romper. Te consume totalmente. Algunos aprenden a controlar los sentimientos, como he hecho yo. Otros, como el estimado Obliteration, nunca acaban de superarlos.

—¡No! —susurré horrorizado.

—Si te consuela, probablemente olvides la mayor parte de lo que estás a punto de hacer. Te despertarás dentro de un día o así con algunos recuerdos difusos de las personas que has matado. —Se inclinó hacia mí, con voz que se volvió más dura—. Voy a disfrutar al observarte, David Charleston. Hay algo de justicia poética en que alguien que ha matado a tantos de los nuestros se convierta en lo que más odia. Creo que eso, al final, es lo que convenció a Calamity para acceder a mi petición.

Me golpeó en el pecho con una mano líquida y me empujó fuera de la plataforma. Caí de espalda al agua, que se agitó a mi alrededor y me elevé en una columna hacia el cielo nocturno. Escupí agua, me enderecé y me encontré colgando a unos treinta metros de altura, como si estuviese sobre un enorme chorro producido por el espiril. Miré a lo alto.

Y allí estaba Calamity.

La estrella ardía con furia y a mi alrededor la tierra pareció ponerse roja, bañada por una intensa luz. Como aquella primera noche, tanto tiempo atrás, cuando llegó Calamity y el mundo cambió. Fenómenos imposibles, caos, todo seguido de Épicos.

Aquel rojo ardiente dominaba mi campo de visión. No me parecía que ni yo ni aquello hubiéramos cambiado de posición, pero de repente era todo lo que podía ver. Sentí, por irracional que parezca, que me encontraba tan cerca que podría alargar la mano y tocar la estrella. Y juro que creí ver un par de alas de fuego en el interior de aquel rojo ardiente y violento.

Se me enfrió la piel y luego noté un cosquilleo, una sensación eléctrica, como si se recuperase de la insensibilidad. Grité y me doblé por la mitad. ¡Chispas! Podía sentirlo recorriéndome el cuerpo. Una energía despreciable, una transformación.

Estaba pasando.

«No, no... Por favor...».

El color rojo que cubría el mundo se retiró y la columna de agua descendió lentamente. Apenas me di cuenta, porque el cosquilleo

continuó, más frenético, como miles de gusanos moviéndose bajo la piel.

—Al principio es inquietante —me explicó Regalia en voz baja cuando descendí a su nivel—. Me ha garantizado que recibirás poderes «temáticamente adecuados». Propuse las mismas habilidades de manipulación del agua que poseía el joven Georgi. Era, por si lo has olvidado, el Épico asesinado para crear esa abominación que llamáis espiril. Creo que descubrirás que ser Épico es mucho más liberador que emplear un dispositivo que nos imita.

Gruñí, me di la vuelta y miré al cielo. Calamity no parecía más que un punto distante, pero el resplandor rojo sobre el paisaje, si bien ligero, era apreciable. Todo lo que me rodeaba estaba bañado de un tono carmesí.

—Bien, adelante —dijo Regalia—. Veamos qué puedes hacer. Me interesa especialmente ver cómo reaccionan tus antiguos compañeros de equipo cuando te metas en medio de sus cuidadosos planes, saques los poderes Épicos y los mates a todos. Debería ser... divertido.

Una parte lejana de mi cerebro comprendió que por eso se había dado tanta prisa en ayudarme a escapar de la base. No se había creído que quisiese desertar; planeaba utilizarme, junto con mis nuevos poderes, para malograr el plan de los Reckoners.

Me volví a girar y logré ponerme de rodillas, todavía en una sección de agua que Regalia había convertido en sólida. Mi rostro se reflejaba en el agua, iluminado por la pintura de un edificio cercano.

¿Era un Épico?

Sí. Sentía que era cierto. Lo que acababa de suceder entre Calamity y yo no era un truco. Pero aun así, quería comprobarlo. Tenía que estar totalmente seguro.

Y luego me suicidaría, deprisa, antes de que los deseos me consumiesen.

Alargué la mano para tocar el agua.

Sentí algo.

Sí, claro, sentía el agua. Me refiero a algo más. Algo en mi interior. Algo que se agitaba.

Con la mano sobre la superficie miré a las profundidades. Justo debajo de mí había un antiguo puente de acero ocupado por una hilera de coches oxidados. Una ventana a otro mundo, un mundo antiguo, un tiempo anterior.

Me imaginé lo que debió de ser vivir en la ciudad cuando llegó el agua de pronto. Mis miedos regresaron: las imágenes de ser aplastado, de ahogarme, de estar atrapado. Solo que... descubrí que ya no me controlaban como antes; pude apartarlos. Nada jamás volvería a alcanzar la magnitud de horror que me produjo plantarme frente a la pared de cristal bajo el mar y dispararle con una pistola, invitando al mar a entrar y aplastarme.

«Acéptalo —dijo una voz en mi cabeza. Una voz silenciosa y distante, pero real—. Acepta este poder. Te pertenece».

Yo...

«¡Acéptalo!».

—No.

Desapareció el cosquilleo.

Parpadeé, mirando al agua. La luz de Calamity se había retirado y todo parecía normal de nuevo.

Me esforcé por ponerme en pie y me volví para mirar a Regalia. Sonreía.

—¡Vaya! Las cosas se van asentando.

—Para nada —dije—. Soy una lavadora en una exposición de pistolas.

Parpadeó. Parecía totalmente confundida.

—¿Qué has dicho?

—¿Lavadora? —dije—. ¿Exposición de pistolas? Ya sabes. Las lavadoras no usan pistolas, ¿no? No tienen dedos. Así que si van a una exposición de pistolas, no hay nada que quieran comprar. En cualquier caso, estoy bien como estoy. No me interesa.

—No... te interesa. ¡No importa si te interesa o no! No tienes elección.

—Y aun así, he elegido —dije—. Pero gracias. Fue muy amable por tu parte pensar en mí.

Regalia abrió y cerró la boca como si quisiese hablar, pero no emitió ningún sonido. Abrió mucho los ojos al mirarme. Sus aires de dominación y control habían desaparecido.

Sonreí y me encogí de hombros. Por dentro, buscaba frenéticamente una forma de escapar. ¿Me destruiría ahora que no había logrado convertirme en parte de su plan? Mi única opción era ir al agua, lo que, teniendo en cuenta las habilidades de Regalia, no parecía muy aconsejable.

Pero yo no era un Épico. No dudaba que hubiese intentado concederme poderes, como dijo que haría. No dudaba de haber oído en mi cabeza la voz de Calamity.

Era solo que conmigo no había surtido efecto.

—Los poderes Épicos —le dije a Regalia, mirándola a los ojos— están relacionados con tus miedos, ¿no es así?

Abrió los ojos todavía más. En parte me resultaba extremadamente satisfactorio verla tan confundida, ya que parecía una prueba más de que todo lo que había hecho hasta aquel momento había sido parte de un plan bien calculado. Incluso cuando parecía fuera de control sabía exactamente lo que hacía.

Excepto en aquel momento.

Apartó la vista y soltó una maldición. Luego desapareció. Yo, por supuesto, me hundí de inmediato en el mar.

Tragué un poco de agua, pero pude llegar hasta el edificio más cercano. Mizzy se habría muerto de la risa de haber visto mi lamentable versión de la natación, pero funcionó. Salí del agua y entré en el edificio por la ventana. Me llevó unos cinco minutos dar con la escalera, ya que había caminos por todo el edificio, probablemente obra de gente que había ido a recoger frutos. Subí a la azotea, que estaba dos pisos por encima.

Era una noche típica de Babilar. La gente estaba sentada en las azoteas con las piernas colgando afuera. Algunos pescaban, otros recogían frutos despreocupadamente. Un grupo cantaba bajo mientras alguien tocaba una vieja guitarra. Me dio un escalofrío; estaba empapado. Intenté determinar qué me había pasado.

Calamity era un Épico. ¿Quizás algún tipo de... dador superpoderoso? ¿Podría ser que siempre hubiera habido un único Épico y todos los demás poseyeran una variante de sus poderes?

Regalia se comunicaba con él, fuese quien fuese, y me había dejado en paz. ¿Era porque el fracaso de su plan de convertirme en Épico la había asustado? Al final, ella había apartado la vista. A ratos resultaba difícil recordar que estaba en su base secreta y que a su alrededor sucedían otras cosas. Puede que algo la distrajera.

El caso es que yo estaba libre, por el momento; y todavía tenía trabajo. Respiré hondo e intenté orientarme, pero no tenía una idea muy clara de dónde estaba. Corrí hasta un grupo de gente que preparaba sopa junto a algunas tiendas; prestaban atención a la música de una radio con poco volumen, probablemente una emisión en vivo de alguien que estaba en la propia ciudad. Me miraron y me ofrecieron una botella de agua.

—Gracias, pero no puedo quedarme —dije—. Veamos... —¿Cómo decirlo sin sonar sospechoso?—. Soy totalmente normal y no tengo nada de raro. Pero tengo que llegar hasta Finkle Crossway. ¿En qué dirección está?

Una mujer mayor que vestía un chal de punto de un azul reluciente señaló despreocupada.

—Unos diez puentes por ahí. Gira a la izquierda en un edificio que es muy alto y sigue. Pero eso te llevará más allá de Turtle Bay...

—Ahhh, ¿sí?

—Allí hay un Épico grande —añadió un hombre—. Brilla.

¡Claro! Obliteration. Curiosamente, él era el menor de mis problemas. Me puse en marcha y corrí en la dirección que me habían indicado, intentando concentrarme en la tarea que tenía entre manos, no en Calamity. Tenía que salvar a Megan, obtener respuestas, avisar al Profesor de que el alcance de Regalia era mayor de lo que había creído Tia.

¿Qué haría el Profesor cuando me viese libre? Probablemente nada bueno, pero tenía que creer que me escucharía cuando le explicase que Regalia había aparecido en la base.

¿Diez puentes? Eso era un buen trecho y no había mucho tiempo. Probablemente los Reckoners ya hubiesen puesto en marcha su plan. Necesitaba mi móvil. ¡Chispas!, necesitaba más; necesitaba un arma, necesitaba información y, a ser posible, un ejército o dos. En vez de todo eso, corrí, solo y desarmado, por un puente de madera en el que habían pintado cada tablón de un color diferente.

«¡Piensa, piensa!». No podría llegar a tiempo; ni siquiera si iba corriendo. ¿Qué podía hacer?

Vale, conocía el plan. Los Reckoners seguirían a Newton durante su ronda nocturna. Arrancarían en el centro, luego recorrerían la ciudad hasta la antigua Chinatown, donde atacarían. Por tanto, si pudiese situarme en medio del camino, teóricamente vendrían a mí en lugar de tener que dar yo con ellos.

Preguntando a alguna persona, pude llegar hasta la Catedral de Bob, un lugar que sabía que formaba parte de la ruta de Newton. A pesar de aquel nombre tan grandioso no era más que una azotea cuyas partes superior y laterales estaban pintadas como si fuese

una serie de vidrieras. Estaba densamente poblada y Tia sospechaba que estaba en la ruta de Newton porque le permitía exhibirse y recordar a todos quién controlaba la ciudad.

Al acercarme fui reduciendo el paso y me uní a una fila de gente que recorría un puente en dirección al edificio de colores. ¡Chispas!, había mucha gente. Al llegar a lo alto, descubrí que era un mercado lleno de tiendas y chabolas. Las tiendas exhibían una panoplia de objetos desde los muy simples, como sombreros fabricados con hojas de árboles de Babilar, hasta exóticos productos recuperados de tiempo atrás. Pasé junto a un hombre que tenía bidones llenos de montones de juguetes de cuerda; sentado tras ellos con un pequeño destornillador, arreglaba uno que estaba roto. Una mujer vendía botellas de leche vacías, de las que afirmaba que eran perfectas para almacenar el zumo de los frutos. Había algunas completamente llenas que relucían con intensidad para demostrar su afirmación.

La cantidad de cuerpos y la cháchara me resultaron, por una vez, tranquilizadoras. Así sería más fácil esconderse, aunque tenía que asegurarme de estar en posición de ver a Newton cuando llegase. Me entretuve junto a un puesto que vendía ropa. Prendas simples, más bien trozos de telas con agujeros para los brazos. Había una capa de un azul intenso y brillante. Perfectamente discreta en Babilar.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó una joven sentada en un taburete bajo el toldo.

—Me vendría bien la capa —dije, señalándola—. Pero no tengo mucho con lo que comerciar.

—Tus zapatos están bien.

Me miré los pies. Mis zapatillas de deporte. Buena goma, de la que cada vez era más difícil encontrar. Me daba la impresión de que si iba a perseguir a los Reckoners, necesitaría el calzado. Rebusqué en los bolsillos y solo encontré un objeto. La cadena que me había regalado Abraham, de la que colgaba el símbolo de los creyentes.

La joven puso unos ojos como platos.

Me quedé inmóvil un rato.

Luego le di las zapatillas. No estaba seguro de su valor, pero no dejé de regatear y añadir objetos hasta que me fui con la capa, un par de sandalias gastadas y un cuchillo de muy buen aspecto.

Me puse el nuevo vestuario y me abrí paso hasta una taberna en una esquina de la azotea, un lugar donde la mayoría de las noches Newton se paraba a beber antes de seguir acosando a los tenderos de la Catedral de Bob. Servían un alcohol que de noche brillaba ligeramente. Si hay una ley universal aplicable a la humanidad es que con tiempo suficiente encontrará la forma de hacer fermentar lo que sea.

No pedí nada. Me acomodé en el exterior, junto a la pared de madera de la taberna, con la capucha puesta y hasta los ojos: otro babilariano ocioso. Pero intenté pensar qué hacer si Newton aparecía.

Tuve como dos minutos para pensarlo antes de que pasase justo delante de mí. Iba con el mismo estilo retropunk que ya le había visto: una chaqueta de cuero de la que sobresalían pinchos de metal, como si hubiesen envuelto de papel de regalo una máquina mortal. Pelo corto, teñido de varios colores.

La seguían dos de sus lacayos, vestidos con igual extravagancia, y no se pararon a beber. Con el corazón a cien, me puse en pie y los seguí por el mercado. ¿Dónde estaba Val? Ella sería la que seguiría a Newton... Exel y Tia andarían cerca con el submarino. Entonces, ¿Mizzy sería la francotiradora? La Catedral de Bob era un edificio alto, así que no había muchos puntos cercanos para vigilar, y disparar con precisión sería complicado con tanta gente. Quizá Mizzy estuviese situada más al norte, más cerca de donde se suponía que saltaría la trampa.

Tenía intención de dar con Val o con Exel, así que puse mucha atención cuando un hombre salió de la multitud y le lanzó un fruto a Newton. Se elevó majestuoso por el aire e hizo contacto en cierta manera. Los poderes de Newton se activaron de inmediato, así que

reflejó la energía, y el fruto rebotó y explotó al dar con el suelo. La Épica se volvió buscando la fuente del ataque.

Me quedé inmóvil, sudando. ¿Tenía aspecto sospechoso? Newton señaló al hombre que había lanzado el fruto y uno de sus lacayos —una mujer alta y musculosa que llevaba una chaqueta sin mangas— fue tras él, que intentaba desaparecer entre la multitud.

¡Chispas! Aquello no formaba parte del plan; no era más que un transeúnte decidiendo sobre la marcha. De pronto, otro fruto voló contra Newton, desde otra dirección, acompañado del grito: «¡Edificio diecisiete!». También se desvió, claro está, y la multitud empezó a desaparecer de inmediato. No tuve más opción que hacer lo mismo, no fuese a quedarme solo de pie en la azotea.

Lo que había sucedido era algo que los Reckoners odiaban. Ahora mismo me imaginaba la conversación por los móviles. Val explicaría que a algún ciudadano se le había metido en la cabeza vengarse por el edificio que Newton había quemado. Por mucho que yo valorase que al fin algunas personas en Babilar tuvieran valor, no podía evitar sentirme molesto por el momento elegido.

Tia, por supuesto, querría abortar la misión, pero dudaba que el Profesor lo permitiese por algo tan inocuo. Me uní a un grupo de gente arremolinada en el interior de un puesto cercano, el dueño gritaba que nadie tocase nada. Yo me guardé en el bolsillo un par de walkie-talkies, sin apenas sentirme culpable. Mientras me los guardaba, oí un sonido extraño. ¿Susurros? Alguien hablaba muy bajo.

Me resultaba familiar. Con cautela miré a mi alrededor. Separada de mí por tres personas y rodeada por la multitud, había una mujer cubierta por una capa anodina de un verde brillante. Apenas podía distinguir la cara bajo la capucha.

Era Mizzy.

43

Sí, era Mizzy, con una mochila al hombro, murmurando tranquilamente para sí; sin duda hablaba con los otros Reckoners. No parecía haberme visto.

¡Chispas! Me había obsesionado tanto en dar con Val que no se me había ocurrido que por fin dejaran a Mizzy hacer de gancho.

Un grito. Parecía que los matones de Newton habían dado con uno de los descontentos.

Mizzy se balanceó desplazando el peso de un pie a otro, ansiosa; no querría permitir que Newton se alejase demasiado. Fuera como fuera, yo había dado con mi blanco, y estaba encantado de permitir que Newton se fuese a molestar a otro.

Tenía que aislar a Mizzy, durante unos minutos, para poder explicarme. ¿Cómo hacerlo sin que de inmediato alertase al Profesor y a los otros? No dudaba de que Val me pegaría un tiro, sin preguntar —ya lo había hecho—, y probablemente el Profesor sería el siguiente si sus poderes empezaban de verdad a transformarlo. Pero Mizzy... quizá pudiese convencer a Mizzy.

Primero tenía que quitarle el auricular de la oreja. Crucé la tienda zigzagueando por entre la masa de gente mientras algunos de los que estaban delante miraban al exterior para ver qué pasaba. Logré situarme justo detrás de Mizzy.

Con el corazón desbocado, saqué el cuchillo —sin quitarle la funda, porque en realidad no quería hacerle daño— y se lo puse en la espalda. Al mismo tiempo le cubrí la boca con la mano.

—No te muevas —susurré.

Se quedó rígida. Metí la mano en la capucha, toqué el auricular y trasteé con él hasta apagarlo. Perfecto. Ahora no tenía más que...

Mizzy se retorció, me agarró el brazo y no estoy muy seguro de qué sucedió a continuación. De pronto di contra la lona posterior de la tienda y el mundo se puso a girar a mi alrededor. Caí, me golpeé el hombro y el cuchillo se me resbaló de la mano.

Un segundo después tenía a Mizzy encima, con el brazo preparado para golpear y el rostro enmarcado por la reluciente tela verde. Me vio y dio un respingo.

—¡Uy! —Me dio un golpecito en el hombro—. ¡David! ¿Estás bien?

—Yo...

—¡Espera! —exclamó, llevándose la mano a la boca—. ¡Te odio!

Volvió a levantar el puño y me dio justo en el estómago. Y ¡Calamity!, sabía dar puñetazos. Lancé un gruñido, retorciéndome —sobre todo por el dolor— y la aparté de mí. Logré ponerme en pie e intenté coger el cuchillo, pero Mizzy me cogió por debajo el brazo y...

Todo volvió a dar vueltas y, de pronto, me encontré de espaldas, sin aliento. No esperaba que las cosas fueran así. Yo era mucho más grande que ella; era de suponer que ganaría la pelea, ¿no? Ciertamente, yo no tenía demasiado entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo y ella parecía... bueno, parecía haber entrenado un poco más que «no mucho».

En el caos había dejado caer la mochila y en aquel momento rebuscaba la pistola bajo la capa. Mal. Me levanté, gimiendo, y salté hacia ella. Posiblemente me diese más golpes, pero mientras lo hiciera no me dispararía. Al menos en teoría.

Pero no sacó una pistola; era un móvil. Casi igual de mal: iba a llamar al equipo. Le di mientras estaba distraída. El móvil salió rebotando y Mizzy se resistió a mi agarre. Levantó el brazo y me clavó el pulgar directamente en el ojo.

Aullé y me eché hacia atrás, parpadeando por el dolor. Mizzy rodó hacia el móvil. Así que le di una patada al aparato.

Demasiado fuerte. Salió volando por el borde de la azotea. Mizzy se lanzó en esa dirección, en un intento inútil por atraparlo. Dediqué un momento a mirar a mi alrededor con un ojo todavía cerrado. La tienda donde habíamos estado se tambaleaba. Uno de los soportes había caído cuando Mizzy me lanzó contra ella. A nuestra derecha, un miembro de la banda de Newton recorría las calles entre las tiendas, quizá buscando a los atacantes, quizá simplemente controlando el perímetro. Me agaché a un lado y me cubrí con la capucha, con la espalda apoyada en la pared de una choza de madera.

Cerca, Mizzy alzó la vista desde el borde de la azotea y me dedicó una mirada de furia.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —siseó.

—¡Alguien me ha clavado el dedo en el ojo! —le respondí—. Eso es lo que me pasa.

—Yo...

—¡Calla! —dije—. Uno de la banda de Newton viene hacia aquí. —Eché un vistazo a un lado del edificio, solté una maldición y me escondí. Mizzy estaba a mi lado. Los dos venían hacia nosotros.

¡Chispas! Tenía que encontrar un escondite. Era imposible ocultarse en las sombras de aquella estupidez de ciudad porque no había sombras. El suelo pintado bajo mis pies brillaba con una secuencia de colores vivos y vítreos.

Una de las casuchas de delante tenía una puerta abierta. Fui hacia ella. Mizzy lanzó una maldición y corrió detrás de mí, con la mochila al hombro. Dentro encontré unos escalones. Lo que había confundido con una chabola era, en realidad, parte del rascacielos. Muchos de aquellos edificios tenían pequeñas estructuras en la cima que servían para rematar la caja de la escalera o como zonas de almacén. En aquel caso eran escalones que daban al piso de abajo.

Me quité la capa y la envolví mientras Mizzy pasaba detrás de mí. Cerró la puerta y luego me puso una pistola en el costado.

Genial.

—No creo que hubiese relación —dijo fuera una voz de mujer—. No fue más que una coincidencia.

—Están inquietos. —Era la voz de Newton—. A un pueblo hay que aterrorizarlo de manera adecuada para tener su servitud. Regalia no debería limitarme.

—¡Bah! —dijo la primera voz—. ¿Crees que tú lo harías mejor, Newton? En dos semanas habrías perdido el control de este lugar.

Me extrañó aquel comentario. Me di cuenta de que la conversación iba ganando en intensidad. Sorprendido por mi propia estupidez, fui hacia las escaleras que bajaban.

Mizzy me agarró del hombro y presionó la pistola con más firmeza. A la luz de su capucha pude ver sus labios cuando formaron las palabras: «No te muevas».

Señalé al exterior.

—¡Van a entrar! —susurré.

Mizzy vaciló y yo me atreví a soltarme. Empecé a bajar tan silenciosamente como pude. Me siguió renuente. No era casualidad que Newton hubiese acudido en aquella dirección; había estado buscando aquel edificio en concreto.

Efectivamente, la puerta de arriba se abrió. Intenté no hacer ruido. Seguí bajando y pronto di con una pared de plantas. ¡Chispas! No había forma de pasar. La vegetación tapaba por completo el hueco de la escalera. Me giré de espaldas a las plantas, atacado. Mizzy, todavía con la capa brillante, se me unió.

—Ya no me ven. —La voz de Newton llegaba apagada desde arriba—. Sí, estoy bien segura de que me siguen. ¿Quieres que continúe? —Silencio.

»Vale, sí —continuó—. Entonces, ¿qué debo hacer?

Más silencio. Hablaba con Regalia y no quería que la viesen mientras lo hacía, para evitar que los que la seguían pudiesen oírla o grabar el movimiento de sus labios. Era una precaución

inteligente, de no ser porque había elegido un lugar en el que había dos Reckoners.

Vale, un Reckoner y medio.

—Sí, supongo —dijo Newton. Más silencio.

»Vale. Pero no me gusta ser el cebo. Recuérдалo. —La puerta rota de arriba se abrió y se cerró. Newton se había ido.

—¿Qué le contaste? —exigió Mizzy. Se apartó de mí y me apuntó con la pistola. Seguía llevando la mochila todavía sobre el hombro—. ¿Sabe que la seguimos? ¿Cuánto más has revelado?

—Nada y todo —dije lanzando un suspiro. Me dejé caer hasta sentarme y me apoyé en las plantas. Pasada la tensión, me di cuenta del daño que me había hecho Mizzy. Había empezado a dar por supuesto que los golpes no iban a dolerme mucho, porque así había sido durante mucho tiempo. Los campos de fuerza del Profesor habían funcionado bien.

—¿De qué hablas? —exigió Mizzy.

—Regalia ya conocía nuestro plan. Se me apareció en la base.

—¿Qué? —Mizzy parecía horrorizada—. *¿Dejaste entrar agua en la base?*

—Sí, pero eso no es lo importante. Se apareció allí. Mizzy, supuestamente está fuera de su alcance. Regalia nos ha engañado desde el principio y el plan corre mucho peligro.

El rostro de Mizzy, en sombras y solo iluminado por el resplandor de su capa, mostraba preocupación. Se mordía el labio y al desplazarme enderezó el brazo que sostenía la pistola, pero no lo movió. Era joven y no tenía experiencia, pero no era incompetente. Mi ojo y mi hombro dolorido eran prueba más que suficiente.

—Tengo que informar a los otros —dijo.

—Por eso fui a buscarte.

—¡Me pusiste un cuchillo en la espalda!

—Quería explicarme —dije— antes de que me denunciases a los Reckoners. Mira, creo que Regalia planea matar al Profesor. Nos ha estado engañando para tenderle una trampa. Sabe que él es el

único que puede impedirle ser quien domine, así que quiere acabar con él.

Mizzy vaciló.

—Trabajas con ella.

—¿Con Regalia?

—No. Firefight.

Oh.

—Sí —dije en voz baja—. Así es.

—¿Lo admities?

Asentí.

—¡Mató a Sam!

—He visto el vídeo. Sam sacó el arma, Mizzy, y ella está entrenada para tirar. Él intentó disparar y ella lo hizo primero.

—Pero es malvada, David —dijo Mizzy con voz de súplica y dando un paso al frente.

—Cuando Obliteration intentó matarme, Megan me salvó la vida —le expliqué—. Así es como pude escapar, cuando los demás estabais ocupados.

—El Profesor dijo que ella jugaba contigo —dijo Mizzy—. Dijo que te había traicionado tu... afecto por ella. —Me miró como rogándome que no fuese cierto—. Incluso si el Profesor se equivoca, David, ella es una *Épica*. Nuestro trabajo es matarla.

Me quedé sentado en el hueco de la escalera. Me mataba el ojo. Por suerte todavía podía ver, pero me dolía. Mizzy me había pillado bien. Me senté allí pensando, recordando. Pensaba en el chico que había sido, el que estudiaba a todos los *Épicos*. Y los odiaba a todos. El que planeaba matar a Steelheart.

Entendía lo que sentía Mizzy. Había estado en su lugar. Era una locura, pero supongo que yo ya no era aquella persona. Había empezado a recorrer el cambio el día que maté a Steelheart. Había volado en el helicóptero, con su cráneo entre mis manos, recogido. El asesino de mi padre estaba muerto, pero solo porque otro *Épico* me había ayudado.

¿Qué creía en realidad? Busqué en el bolsillo y saqué el colgante de Abraham. Le dio la luz de algún lugar, un resplandor que se reflejaba en un pasamanos de metal de allá arriba, y resplandeció. El símbolo de los creyentes.

—No —dije comprendiendo al fin—. No matamos Épicos.

—Pero...

—Matamos criminales, Mizzy. —Levanté las manos y me coloqué la cadena. Luego me levanté—. Hacemos justicia con los que han asesinado. No los matamos por lo que son. Los matamos por las vidas que amenazan. —Llevaba toda mi vida con un pensamiento erróneo.

Mizzy miró el pequeño colgante con el símbolo estilizado que colgaba sobre mi camisa.

—Sigue siendo una criminal. Sam...

—¿La ejecutarías, Mizzy? —pregunté—. ¿Apretarías el gatillo sabiendo que has anulado sus poderes y no puede hacer nada? ¿Contemplarías ese momento de comprensión en sus ojos? Porque yo lo he hecho y te digo: no es ni de lejos tan fácil como suena.

La miré en la penumbra. Luego me puse a subir.

Mizzy sostuvo el arma con la mano temblándole. Luego apartó la vista y la bajó.

—Tenemos que advertir a los otros —dije—. Y como fui tan estúpido como para acabar con tu móvil, en su lugar tengo que llegar al submarino. ¿Sabes dónde está?

—No —respondió Mizzy—. Creo que cerca. —Seguí subiendo.

»Planea matarla —dijo Mizzy—. Mientras nosotros seguimos a Newton, el Profesor planea tenderle una trampa a Firefight y matarla.

Seguí subiendo, con el sudor frío en la frente.

—Tengo que llegar hasta él. De alguna forma tengo que evitar que...

—No llegarás a tiempo; al menos, no sin esto.

Me detuve de inmediato. Abajo, Mizzy se quitó la mochila de los hombros y la abrió.

Dentro estaba el espiril.

Bajé rápidamente los escalones y ayudé a Mizzy a sacar el espiril. Empecé a ponérmelo.

—Te estoy ayudando —dijo Mizzy arrodillada a mi lado para ocuparse de las piernas—. ¿Por qué te ayudo?

—Porque tengo razón —le contesté—. Porque Regalia es más lista que nosotros... y porque todos los detalles de esta misión huelen mal y sabes que si seguimos con ella va a pasar algo horrible.

Se sentó.

—Ya. Sí, es lo que deberías haberme dicho primero. Quizás entonces no te habría dado tantos golpes.

—Lo intenté, pero los golpes me lo impidieron.

—La verdad, alguien debería enseñarte algunas nociones de combate cuerpo a cuerpo. Has estado lamentable.

—No me hace falta pelear cuerpo a cuerpo —dije—. Soy tirador.

—¿Y dónde está tu arma?

—¡Ya!, vale.

Me encajé a la espalda el mecanismo principal del espiril y me apreté bien las correas mientras Mizzy me pasaba los guantes.

—¿Sabes? —dijo—, estaba encantada con la idea de poder usar este cacharro para demostrar lo asombrosa que soy, de forma que el Profesor aceptase que puedo ser una gancho genial.

—¿Y tienes idea de cómo usar el espiril?

—Lo he montado y me ocupo del mantenimiento. Acumulo toneladas de conocimiento teórico. —Alcé una ceja—. No puede ser muy difícil —añadió encogiéndose de hombros—. Después de todo, tú aprendiste...

Sonreí, pero sin demasiada diversión.

—¿Sabes dónde planea el Profesor atrapar a Megan?

—En el centro, por donde planean atacar a Newton. Usando tu teléfono logró que te citases con ella.

—Pero eso está muy lejos de Obliteration.

Mizzy se encogió de hombros.

—El Profesor quería atacar a Firefight en la misma zona que a Newton. La intención es lograr que Regalia se manifieste allí, ¿no? Lo que hará que Tia tenga el último dato que necesita para localizar el escondrijo de Regalia. Claro está, si su alcance es mayor de lo que creemos, no servirá de nada...

—Exacto —dije.

Pero el plan del Profesor tenía sentido, al menos considerando la limitada información que teníamos. Si la intención era hacer salir a Regalia, entonces atacar a dos de sus Épicos, en lugar de a uno, era más probable que llamase su atención.

—Si el Profesor está en Chinatown —dije—, ¿quién vigila a Obliteration?

—Nadie. El Profesor dijo que era muy poco probable que hubiese acumulado energía suficiente para liberarla hoy. Y tenemos la cámara, de forma que Tia puede vigilarlo.

Me quedé helado. Todo lo que habíamos hecho, incluyendo la cámara, bien podría ser parte del plan de Regalia.

—¿Cuánto crees que te llevará llegar hasta Obliteration?

—Corriendo, diez o quince minutos. ¿Por qué?

—Digamos que todo esto me da muy mala espina.

—Vaaaale... —Volvió a ponerse de pie y me dejó el espiral bien ajustado—. ¿Sabes?, estabas mucho más elegante con el neopreno. Te daba un aire a agente desquiciado de operaciones

especiales. Sin él, eres más bien un vagabundo desquiciado que se ha atado una tostadora a la espalda.

—Genial. Quizás eso haga que me subestimen.

—El Profesor es un Épico, ¿no? —preguntó en voz baja.

La miré y asentí, poniéndome los guantes con cuidado.

—¿Cuándo lo dedujiste?

—No estoy segura. Pero tiene sentido, ¿sabes? La forma en que os comportáis en su presencia, los secretos, que Tia no explicase cómo rescataste a la gente de ese edificio. Tenía que haberme dado cuenta antes.

—Eres más lista que yo. Tuvo que ponerme un campo de fuerza frente a la cara para que yo me diera cuenta de lo que es el Profesor.

—Así que esto no es una venganza, ni va de acabar con los Épicos o de castigar criminales —dijo Mizzy con cansancio en la voz—. Es una lucha por el poder. Una lucha territorial.

—No —dije rotundo—. Se trata de lograr que el Profesor sea el hombre que yo sé que puede ser... el Épico que sé que puede llegar a ser.

—No lo entiendo —dijo Mizzy—. ¿Por qué no es ya todo eso?

—Porque en ocasiones tienes que ayudar a que los héroes evolucionen —dije mientras me ajustaba bien el segundo guante.

—Vale.

—Toma —dije pasándole uno de los walkie-talkies que había robado—. Podemos comunicarnos con esto.

Se encogió de hombros y lo cogió. Del bolsillo se sacó una bolsa de plástico y lo metió dentro.

—Por si cae al agua —comentó, agitándola.

—Buena idea —dije, cogiendo una bolsa.

Mizzy vaciló y luego me pasó también la pistola. Estábamos a oscuras, pero creo que se sonrojó.

—Toma —dijo—. Ya que está claro que yo no estoy hecha para usarlas.

—Gracias. ¿Munición?

Solo le quedaba un cargador extra. Mejor que nada. Me guardé el cargador en el bolsillo y la pistola a la cintura.

—Venga —dije—. Vamos.

45

Salí como una bala de la escalera, con el espiril zumbando en la espalda, y me encontré con una escena vomitiva.

Por lo visto los de Newton habían dado con los descontentos que habían lanzado los frutos, porque había dos hombres muertos colgados de los soportes de una tienda cercana. Les habían encajado en la boca sendos frutos, cuyo jugo iridiscente les corría por los lados de la cara y les caía por la barbilla.

Los saludé al pasar corriendo. Habían sido tontos, pero habían contraatacado. Eran mejores que la mayoría de los habitantes de aquella ciudad. Los comerciantes me miraban correr desde sus puestos. Algunas personas estaban de rodillas, rezándole a Dawnsight, y me llamaron invitándome a unirme a ellas. Pasé de todos, seguí hasta el borde de la azotea y salté. Un poco después me elevé en el aire propulsado por los chorros de agua.

Me incliné hacia delante. Los edificios se difuminaban mientras el espiril me impulsaba por la calle. Tuve que reducir los chorros a la cuarta parte para pasar por debajo de un puente, pero volví a darles potencia al otro lado. Sonreí al ver una fila de una docena, más o menos, de niños que me señalaban.

La radio de mano se activó.

—¿Funciona? —preguntó Mizzy.

—Sí —respondí.

No se oía respuesta.

«Cierto. Menudo tonto». Pulsé el botón de emisión.

—Funciona, Mizzy —dije, llevándome el walkie-talkie a los labios.

—Genial. —Se oían muchas interferencias. ¡Chispas! Esos cacharros solo estaban un poco por encima de dos vasos de plástico unidos por un cordel.

—Es posible que no siempre pueda responder —le dije—. Cuando uso el espiral empleo las dos manos para girar.

—Tú intenta evitar que la radio se moje demasiado —me advirtió Mizzy—. La tecnología antigua no se lleva bien con el agua.

—Comprendido —respondí—. La trataré como si fuese un gigantesco dragón furioso y comehombres.

—Y... ¿qué tiene eso que ver con todo esto?

—¿Tú le echarías agua a un gigantesco dragón furioso y comehombres? —Por los dos lados pasaban edificios llenos de luz de neón. A aquella velocidad llegaría en minutos a la posición del Profesor.

—Aquí no hay señales del submarino ni de los otros, David —dijo Mizzy. Tenía que sostener el receptor pegado a la oreja para poder oír algo con el sonido del viento—. Deberían haber enviado a alguien a investigar mi silencio. Seguro que algo se lo ha impedido.

—Sigue con Obliteration —dije—. No tenemos tiempo que perder. Cuéntame qué hace.

—Oído —dijo Mizzy.

Yo solo tenía que...

De abajo surgió un chorro de agua que se convirtió en Regalia. Se alzó en el aire, junto a mí, moviéndose a la misma velocidad que yo; una delgada línea de líquido la conectaba con la superficie del océano.

—Has trastocado mis planes —me dijo—. No me cae bien la gente que lo hace. Calamity no me explica por qué no conseguiste poderes.

Seguí volando. Si ella seguía hablando, puede que yo tuviese la oportunidad de acercarme al Profesor.

—¿Qué hiciste? —preguntó—. ¿Rechazar una bendición? Si me lo juran no me lo creo. —No respondí.

»Muy bien —dijo Regalia suspirando—. Entenderás que no puedo permitir que llegues hasta Jonathan. Buenas noches, David Charleston, Steelslayer.

El agua que surgía de mis chorros de pronto se dividió y se fue hacia los lados en vez de ir contra la superficie del océano. Pero no caí, al menos no mucho, ya que no era el agua lo que me sostenía: lo hacía la fuerza del chorro al salir. Parecía que Regalia no acababa de comprender la física del espiril. No me sorprendía. Los Épicos rara vez prestaban atención a la física.

Me fui para un lado y pasé de ella. Esquivé un edificio usando el chorro de mano para maniobrar. Momentos después Regalia apareció a mi lado y desde la calle se elevaron enormes columnas de agua para atraparme.

Respiré profundamente, me guardé la radio en el bolsillo, me desvié y me metí por otra calle. Desde las profundidades se elevaron docenas de tentáculos que intentaban alcanzarme. Para evitarlo, tuve que apuntar los chorros hacia abajo y disparar directamente. Por desgracia, los tentáculos de Regalia me siguieron, retorciéndose y agitándose justo debajo de mí. Los chorros empezaron a perder potencia al elevarme demasiado: el alcance del rayo-tractor tenía un límite.

No me quedó más opción que girarme en el aire y bajar. Choqué con el lateral de un tentáculo. Me rodeó el frío súbito, pero salí por el otro lado dejando un rastro de gotas. Los tentáculos intentaron rodearme, pero fueron demasiado lentos. Para actuar requerían de las indicaciones de Regalia y parecía que su velocidad estaba limitada por la velocidad con que ella daba las órdenes.

Con confianza en mí mismo, al caer zigzagué por entre los otros tentáculos, con el viento en la cara, antes de girarme y frenar la caída cuando ya estaba cerca de la superficie. Fui por otra calle, pasando de un lado al otro mientras se formaban debajo enormes olas que intentaban golpearme. Logré escapar de todas.

—Eres —dijo Regalia apareciendo a mi lado— una rata tan molesta como el propio Jonathan.

Sonreí, lancé un chorro descendente con la mano y me elevé sobre otro tentáculo. Me desvié y pasé entre otros dos. Estaba totalmente empapado. Esperaba que la radio estuviese protegida.

Era lo más emocionante que había hecho en mi vida: volar por una ciudad de profundos negros aterciopelados y colores brillantes, pasando junto a los habitantes asombrados, boquiabiertos en barcas que se balanceaban. En Chicago Nova la regla era no dejarme nunca conducir, simplemente por algunos desafortunados incidentes con coches y... eh... paredes. Pero con el espiril, me movía con libertad y potencia. No me hacía falta ningún coche. Yo era un coche.

Al llegar a otro conjunto de tentáculos, me aparté a un lado y me incliné para girar como si fuese un surfista, para luego salir disparado por una calle lateral. Casi me la pego de frente contra una enorme muralla de agua, tan alta como las azoteas a cada lado, que se elevaba para detenerme. Al instante se dejó caer.

Grité aterrorizado y me fui hacia un lado por una ventana y al interior de un edificio. Rodé por el suelo, ya con los chorros cortados. El agua chocó contra el exterior, entró por la ventana y me pasó por encima. Arrastró unos cuantos artículos de oficina, que golpearon los troncos, pero se fue rápidamente en varias direcciones.

Mojado y frenético, penetré más en la selva de la oficina. A mi espalda, los tentáculos de agua entraban por las ventanas, buscándome. ¡Chispas! Instintivamente me interné más en la estructura, lo más lejos posible del agua y la fuente de los poderes de Regalia; aunque eso también me alejaba de la fuente del poder del espiril. Sin él, yo no era más que un tipo mojado con una pistola que se enfrentaba a uno de los Épicos más poderosos de todos los tiempos.

Tomé una decisión rápida y seguí hacia dentro, abriéndome paso entre viejas mesas y montañas de enormes raíces. Quizá pudiese

perderla. Por desgracia, al ir entrando oí como al otro lado de los edificios los tentáculos de agua rompían las ventanas. Me metí en un pasillo y me encontré que el agua venía hacia mí, recorriendo una vieja moqueta.

Regalia inundaba el edificio.

Me di cuenta de que intentaba ver. Podía hacer que el agua entrase por las ventanas y así cubrir todo el suelo. Podría ver en cualquier esquina. Corrí en dirección contraria, intentando dar con una escalera u otra forma de escapar, y me topé con otro enorme espacio de oficinas. Allí, los tentáculos translúcidos de agua se movían por entre los troncos de árboles como los zarcillos prensiles de una enorme babosa de mil ojos.

Con el corazón saliéndome por la boca, volví al pasillo. Por detrás recibía la luz de los frutos derribados por los tentáculos, que producían sombras cambiantes por todo el pasillo. Una discoteca para los malditos.

Con la espalda contra la pared comprendí que estaba atrapado. Miré el fruto que tenía delante.

«Vale la pena probar».

—Me vendría bien algo de ayuda, Dawnsight —dije.

Un momento, ¿desde cuándo rezaba? No era eso, ¿no?

No pasó nada.

—Eh... —dije—. Por cierto, esto no es un sueño. Algo de ayuda, ¿por favor?

Se apagaron las luces.

Al momento dejaron de brillar los frutos. Me sobresalté, con el corazón a cien en el pecho. Sin la luz de los frutos, aquel lugar estaba tan a oscuras como una lata de pintura negra que también estuviese pintada de negro. Pero a pesar de la oscuridad, oí los tentáculos rebuscar y acercarse.

Daba la impresión de que lo mejor que podía hacer Dawnsight era apagar la luz. Desesperado, me moví torpemente por el pasillo en un último intento desesperado por llegar a la libertad.

Los tentáculos de agua atacaron.

Justo al sitio donde había estado.

No podía verlos, pero podía sentirlos pasar a mi lado y converger en ese punto. Mientras me alejaba oí el agua golpear la pared y caí contra uno de ellos: una enorme masa de agua con forma de brazo y fría al tacto. Sin querer apoyé la mano, que se hundió de inmediato. Sorprendido, la retiré y me eché atrás; le di a otro tentáculo. Ninguno de ellos dejó de moverse, pero no vinieron a por mí. No me aplastaron en la oscuridad.

«No puede sentir con ellos. ¡No transmiten el tacto! Y si no puede ver, no puede dirigirlos».

Incrédulo, en la oscuridad toqué otro tentáculo y luego lo golpeé. Probablemente no fuese el acto más inteligente de mi vida, pero no provocó ninguna reacción. Los tentáculos siguieron agitándose aleatoriamente.

Me eché atrás y dejé todo el espacio posible entre ellos y yo. No fue fácil, ya que no dejaba de tropezar con las raíces. Pero...

¿Luz?

En lo alto brillaba un fruto solitario. Lo perseguí. Colgaba frente a la escalera y allí el suelo estaba seco. No había agua que Regalia pudiese usar para mirar.

—Gracias —dije avanzando. Rompí algo con el pie. Una galleta de la fortuna. La cogí y la abrí.

«Va a destruir la ciudad. No te queda mucho tiempo. ¡Detenla!», decía.

—Eso intento —murmuré, metiéndome entre enredaderas para subir por la escalera. Los frutos se iluminaban para guiarme y cuando ya había pasado se apagaban.

En el piso siguiente todos los frutos brillaban, pero no había tentáculos de agua que viniesen a por mí. Regalia no sabía dónde me había ido. ¡Excelente! Entré en otra zona de oficinas. Aquel piso estaba hasta cierto punto cultivado, con caminos cuidadosamente mantenidos y árboles podados para formar un jardín. Una visión asombrosa después del estado salvaje de los otros pisos.

Recorrí un camino, imaginándome a la gente que había decidido venir a aquel piso y convertirlo en su jardín personal, allí en medio de un edificio. Me sentí tan cautivado por esa idea que casi no vi un fruto intermitente. Colgaba justo delante de mí y parpadeaba con luz suave.

¿Una alerta? Seguí avanzando con cuidado y oí pasos delante.

Conteniendo el aliento, abandoné el camino y me metí entre el follaje. El fruto más cercano a mí se apagó y mi zona quedó más oscura. Un momento después Newton recorrió el camino y pasó justo bajo el fruto que había parpadeado.

Llevaba la catana apoyada en el hombro y un vaso de agua.

¿Un vaso de agua?

—Esto no es más que una distracción —dijo Newton—. No tiene importancia.

—Harás lo que se te ordene. —La voz de Regalia venía del vaso—. Lo he oído moverse por aquí, pero ahora está en silencio. Se oculta en la oscuridad con la intención de escapar.

—Tengo que llegar al enfrentamiento con los otros —protestó Newton—. Steelslayer no tiene importancia. Si no caigo en su trampa, ¿cómo van a...?

—Es evidente que tienes razón —dijo Regalia. Newton se detuvo.

»Eres una ayuda maravillosa —continuó—. Tan inteligente. Y... maldición. Tengo que encargarme de Jonathan. Encuentra a esa rata.

Newton maldijo por lo bajo y siguió. Me dejó atrás. Me recorrió un escalofrío y esperé hasta oír que se cerraba la puerta de la escalera. Luego volví al camino.

A Regalia le preocupaba yo tanto que era capaz de hacer que Newton abandonase otros planes para venir a cazarme. Parecía muy buena señal. Significaba que creía que evitar que avisase al Profesor era de la máxima importancia.

Así que tenía que llegar hasta él. Por desgracia, en cuanto saliese del edificio volvería a estar en el punto de mira. Tendría que

abrirme paso, esquivándola como antes. Caminé hasta la ventana y me preparé para saltar, pero me di cuenta de que el bolsillo me zumbaba. Metí la mano, cogí la bolsa hermética y saqué la radio.

—¿Estás ahí, David? ¡Por favor, responde!

—Aquí estoy, Mizzy —dije en voz baja.

—Gracias al cielo —dijo tensa—. David, tenías *razón*. ¡Obliteration no está aquí!

—¿Seguro? —dije mirando por la ventana.

—¡Sí! Han colocado una especie de maniquí blanco con un cañón de luz debajo para que brille como Obliteration. También han cubierto el resto de la azotea con potentes focos de luz. Da la impresión de que sigue ahí, pero no está.

—Por eso quería mantener a todos lejos —dije. ¡Chispas! Obliteration estaba en algún punto de la ciudad, planeando destruirla por completo.

»Estoy muy cerca del Profesor —dije—. Regalia no deja de incordiarme. Mira a ver si puedes apagar las luces. Eso advertirá a los demás Reckoners, por si yo no llego.

—Vaaaale —dijo Mizzy—. Esto no me gusta, David. —Tenía miedo.

—Bien —respondí—. Eso significa que no estás loca. Mira a ver qué puedes hacer. Yo voy a intentar llegar por fin hasta el Profesor.

—Vale.

Guardé la radio. Luego miré a uno de los frutos brillantes que colgaba cerca.

—Gracias por la ayuda —dije—. Si tienes algún truco más que quieras compartir, no te voy a decir que no.

El fruto parpadeó.

Asentí con seriedad, respiré hondo y salté por la ventana.

46

Me alejé unas dos calles antes de que Regalia diese conmigo. Apareció en mi camino, sobre la superficie del agua, alta, con sus ojos amplios y vivos, y las manos extendidas hacia los lados como si sostuviese el cielo. A su alrededor se elevaban las olas como las puntas de una corona que surgiese del agua.

No se molestó en entablar conversación. De debajo de mí saltaron chorros de agua. El primero me dio en un costado y me atravesó la ropa y la piel. Boqueé por el dolor, luego me puse a esquivar el ataque; empleé el chorro de mano para apartarme a un lado mientras Regalia enviaba enormes ondas por el agua que se elevaban unos cinco metros. Me alcanzaron al doblar una esquina, pero se estrellaron contra un edificio justo cuando yo aterrizaba en la azotea y echaba a correr. Pasé tiendas y gente gritando, y percibí un extraño olor en el aire. ¿Humo?

Salté por el otro lado del edificio y, al hacerlo, una forma difusa atravesó la azotea contigua. Grité, corté los chorros y caí justo bajo la forma, que se lanzó hacia mí, dejando una estela de rojo neón. Pasó justo por encima de mi cabeza y aterrizó en el edificio del otro lado: era Newton catana en mano. Sacó ágilmente una pistola y se giró en mi dirección.

¡Chispas! Debería haber supuesto que aparecería. Me lancé hacia delante, pasé en un instante por delante de los pisos de un edificio cercano y golpeé el agua justo cuando sonaron los disparos.

El agua me dio un golpe helado, ya que los chorros me daban de cara bajo la superficie. Ir a por el agua había sido mi primer instinto para evitar el fuego; y salió bien, puesto que no recibí ningún disparo. Pero me lanzó a las garras de Regalia.

El agua a mi alrededor empezó a constreñirse, a espesarse, como si fuese un jarabe. Me retorcí, lancé los pies hacia abajo y activé el espiril a toda potencia. Era como si el agua se hubiese convertido en alquitrán; cada centímetro de movimiento era más difícil que el centímetro anterior. Al expulsar aire, las burbujas quedaban atrapadas, congeladas como en gelatina, y sentía el espiril agitando violentamente en mi espalda.

Estaba rodeado de oscuridad. Ya no tenía miedo a las tinieblas. Había mirado a los ojos de las tinieblas. Mis pulmones se resentían, pero contuve el pánico.

Llegué a la superficie. Una vez que liberé los brazos, el espiril me lanzó al aire sobre un chorro triunfal, pero los tentáculos de agua me esperaban. Me agarraron las piernas.

Les apunté directamente con el rayo-tractor del espiril.

La máquina absorbió los tentáculos de la misma forma que absorbía el agua normal; los lanzó como chorros hacia abajo y quedé libre instantáneamente. Me elevé más en el aire, mareado por la falta de oxígeno. Llegué a una azotea, apagué los chorros; rodé por el suelo y respiré todo lo que podía.

«Vale —pensé—, nada de meterse en el agua si Regalia está cerca».

Apenas había recuperado el aliento cuando los tentáculos de agua llegaron a la azotea, como dedos de una bestia enorme. Newton aterrizó a mi lado, con una estela de relucientes colores en su pelo. Vino directamente hacia mí, en un abrir y cerrar de ojos, y yo solo pude activar el espiril, con el rayo-tractor apuntando directamente a uno de los tentáculos de Regalia.

Aquel chorro repentino me lanzó por la azotea y me alejó de Newton, pero no mucho; peor aún, solo se activó un chorro de los pies. No sé si fue por la presión de la inmersión, por el agarre de los

tentáculos o por el aterrizaje violento; el caso es que siempre había sido una máquina caprichosa y había escogido aquel momento para rebelarse.

Newton quedó atrás con la espada golpeando el suelo allí donde yo había estado soltando chispas. Llegó al otro lado de la azotea, donde había otro edificio pegado al nuestro. Allí se detuvo.

Por lo que vi, detenerse era un proceso bastante difícil. Me di cuenta de que salía de la supervelocidad lanzando una mano contra el muro del edificio siguiente. Todo su impulso pasó a la estructura y, de esa forma tan estrambótica propia de los Épicos, hizo trizas las leyes de la física. La pared explotó en forma de una lluvia de polvo y fragmentos de ladrillos.

Se volvió y dejó caer la espada, rota y mellada. Echó mano a un costado y sacó otra catana de la funda que llevaba a la cintura. Hizo girar la espada, mirándome, y con tranquilidad caminó hacia mí. A nuestro alrededor, los tentáculos de Regalia rodeaban todo el edificio, cubrían el cielo y formaban una bóveda. La pequeña azotea estaba abandonada y los grafitis se reflejaban en el agua que nos rodeaba. El líquido empezó a entrar por el borde y se acumularon unos centímetros de agua. Regalia se manifestó junto a Newton.

Cogí la pistola y disparé. Sabía que no serviría de nada, pero tenía que hacer algo. El espiril se limitó a toser al activarlo: los dos chorros se negaron a funcionar. Las balas rebotaron en el cuerpo de Newton y salieron hacia la bóveda cerrada de agua, donde crearon pequeñas salpicaduras. Newton se agachó y apoyó una mano en el suelo, preparándose para correr, pero Regalia levantó una mano y la retuvo.

—Quiero saber —me dijo— qué hiciste antes.

Con el corazón a mil, me esforcé por ponerme en pie y miré a un lado, buscando una vía de huida. La bóveda de agua rodeaba completamente la azotea y del suelo inundado se elevaban tentáculos que intentaban atraparme. Desesperado, apunté a uno con el rayo-tractor e intenté activar el espiril. Los chorros de los pies se negaron a funcionar.

Pero, para mi alivio, el chorro de mano sí se activó. Pude sorber el tentáculo y expulsarlo al otro lado. Pillé el siguiente y el otro, y me puse a lanzárselos a Newton a medida que yo retrocedía. Mis ataques rebotaban en su cuerpo, pero parecían incordiarla.

A por mí venían más y más tentáculos, pero los absorbí todos y los devolví.

—¡Para ya! —rugió Regalia con una voz tremenda. Se alzaron cien tentáculos, muchos más de la cantidad de la que podía ocuparme.

De golpe se redujeron.

Parpadeé, los miré y miré a Regalia, que parecía tan confundida como yo. Había otra cosa ocupando el agua. ¿Plantas?

Raíces. Raíces de *árboles*. Crecían asombrosamente deprisa. Absorbían el agua, la atrapaban de todos los sitios de donde salía y se alimentaban de ella. Dawnsight observaba. Miré a Regalia y sonreí.

—El niño vuelve a las andadas —dijo Regalia, suspirando. Cruzó los brazos y miró a Newton—. Acaba con él.

En un instante Newton se difuminó.

No podía correr más rápido que ella. No podía hacerle daño.

Solo me quedaba arriesgarme.

—Eres hermosa, Newton —grité.

La mancha se volvió a convertir en persona y las plantas se enrollaron alrededor de sus pies. Apretó los labios, me miró con los ojos como platos y sosteniendo la espada con los dedos flácidos.

—Eres una Épica maravillosa —añadí, alzando el arma. Ella fue hacia atrás.

»Está claro que por esa razón Obliteration y Regalia siempre te elogian. No podría ser porque los elogios son tu punto débil. —Por eso Newton permitía que los miembros de su banda fueran tan pendencieros e insubordinados: no quería que sus secuaces la elogiasen por casualidad.

Newton se volvió y corrió.

Le acerté en la espalda.

Se me retorcieron las tripas al verla caer de cara contra el suelo cubierto de vegetación. En el fondo yo era un asesino. Sí, mataba en nombre de la justicia y acababa solo con aquellos que lo merecían, pero al fin y al cabo, era un asesino. Estaba dispuesto a dispararle a alguien por la espalda. Lo que hiciese falta.

Me acerqué y le disparé dos balas más en el cráneo. Para asegurarme.

Miré a Regalia, que se encontraba de pie, todavía con los brazos cruzados, entre la flora creciente: ya empezaban a aparecer árboles completos, y los frutos germinaban, colgados de ramas y enredaderas. Su figura fue disminuyendo a medida que Dawnsight consumía el agua que formaba su proyección actual, y la bóveda se deshizo; llovía sobre mí y la azotea.

—Veo que fui demasiado descuidada cuando castigaba a Newton —dijo Regalia—. Es culpa mía, por revelar su punto débil. Realmente eres un incordio, chaval.

Levanté la pistola y apunté a la cabeza de Regalia.

—Venga ya —dijo—. Sabes que no puedes hacerme daño.

—Voy a por ti —dije en voz baja—. Voy a matarte antes de que puedas matar al Profesor.

—¿En serio? ¿Y te has dado cuenta de que mientras estabas distraído los Reckoners ya han ejecutado su plan? ¿Que tu adorado Jonathan Phaedrux ya ha matado a la mujer que amas?

Me recorrió un escalofrío.

—La usó como cebo para hacerme salir —dijo Regalia—. El noble Jonathan la asesinó en un intento de hacerme aparecer. Y lo hice, por supuesto. Así tendrá su precioso dato. Ahora mismo su equipo está asaltando lo que creen mi santuario.

—Mientes.

—¿Sí? —dijo Regalia—. ¿Y qué es eso que hueles?

Ya lo había oído antes. Horrorizado, corrí al extremo del edificio y miré a algo que apenas podía distinguir en la oscuridad. Una columna de humo surgía de un edificio cercano: el lugar donde Mizzy había dicho que esperaba el Profesor.

Fuego.
¡Megan!

Regalia me dejó ir, lo cual probablemente debería haberme preocupado más de lo que me preocupó.

Solo me interesaba llegar al edificio. Trasteé con los cables del espiril y conseguí hacer funcionar uno de los chorros. Eso me permitió atravesar torpemente el espacio entre azoteas. Aterricé en el edificio junto al que emitía la columna de humo y el calor me golpeó a pesar de la distancia. El fuego ardía desde los pisos interiores hacia arriba. La azotea en sí todavía estaba libre, pero los pisos inferiores estaban totalmente rodeados. Daba la impresión de que la estructura estaba a punto de desmoronarse.

Frenético, miré el guante del espiril. ¿Sería suficiente? Volé a la otra azotea, donde el calor era menos intenso que cuando había estado mirando directamente a los pisos inferiores. Sudando, corrí por la azotea y encontré la puerta de acceso a la escalera.

La abrí de un golpe. El humo que salió me llenó los pulmones. Me eché atrás, tosiendo. Los ojos se me llenaron de lágrimas y miré el espiril fijado al brazo. La idea de usarlo como manguera de bombero parecía estúpida; jamás podría acercarme lo suficiente y, en cualquier caso, dentro del edificio no habría agua.

—Está muerta —dijo alguien en voz baja.

Sorprendido, salté a un lado y agarré el arma de Mizzy. El Profesor estaba sentado en un lateral de la azotea, a la sombra del pequeño habitáculo de la escalera, razón por la que no le había visto.

—¿Profesor? —pregunté inseguro.

—Vino a salvarte —dijo en voz baja. Estaba tirado, una montaña ensombrecida de hombre en medio de la oscuridad. Allí no relucía ningún neón—. Le envié una docena de mensajes con tu teléfono, le hice creer que corrías peligro. Vino. A pesar de que yo ya había provocado el fuego, entró en el edificio, porque creía que estabas dentro y no podías salir. Corrió, tosiendo y ciega, a la habitación donde pensaba que estabas atrapado bajo un tronco caído. La pillé, le quité las armas, y la dejé allí con campos de fuerza en puertas y ventanas.

—Por favor, no... —susurré. No podía pensar. No era posible.

—Solo ella en la habitación —siguió contando el Profesor. En la mano sostenía algo: el arma de Megan, la que yo le había devuelto—. Había agua en el suelo. Necesitaba que Regalia lo viese. Estaba seguro de que vendría. Y lo hizo... pero para mofarse de mí.

—¡Megan sigue ahí abajo! —dije—. ¿En esa habitación?

—Dos pisos más abajo. Pero está muerta, David. Tiene que estarlo. Demasiado fuego. Creo. —Parecía confuso—. Me equivoqué con ella. Y tú tenías razón. Sus ilusiones desaparecieron, comprende...

—Profesor —dije agarrándolo—. Tenemos que ir a por ella. Por favor.

—Puedo contenerlo, ¿no es así? —dijo el Profesor. Me miró y su rostro parecía excesivamente ensombrecido; solo le brillaban los ojos, que reflejaban la luz de las estrellas. Me agarró del brazo—. Toma un poco. Quítame un poco, ¡para que yo no pueda usarlo!

Sentí que me recorría un cosquilleo. El Profesor me cedía parte de sus poderes.

—¡Jon! —llamó la voz de Tia desde el móvil que llevaba al hombro, donde se lo había puesto aparentemente para no usar auricular—. Jon, es Mizzy... Jon, llegó hasta la cámara que vigila a Obliteration y ha estado escribiendo mensajes en papel para que los veamos. Dice que Obliteration no está allí.

«Muy lista, Mizzy», pensé.

—No, eso es porque está aquí —dijo la voz de Val—. Profesor, tienes que verlo. Hemos registrado la base de Regalia en el edificio C. No está aquí, pero sí hay algo más. Creemos que es Obliteration. Al menos, algo reluce, con un brillo potente. No pinta bien...

El Profesor me miró y luego pareció recuperar las fuerzas.

—Voy —les dijo—. Defended el edificio.

—Sí, señor —dijo Val.

El Profesor se levantó deprisa y empezó a formarse un campo de fuerza para hacer de puente entre nuestro edificio y el siguiente.

—Nos equivocamos en todo, Profesor —le grité—. Regalia no está constreñida por los límites que creías. Conoce el plan. Sea lo que sea que ha encontrado Val, es una trampa. Para ti.

Se detuvo al borde de la azotea. El humo salía de nuestro edificio, tan espeso que empezaba a dificultarme la respiración. Pero por alguna razón, el calor parecía haberse reducido.

—Suenas muy propio de ella —dijo el Profesor. Su voz me llegaba en medio de la noche.

—¿Y...?

—Y si es verdad que Obliteration está allí, tengo que detenerlo. Lo único que necesito es encontrar la forma de sobrevivir a la trampa. —El Profesor corrió por el campo de fuerza y me dejó atrás.

Me senté, agotado, entumecido. A mi lado estaba la pistola de Megan. La recogí. Megan... había llegado tarde. Había fracasado. Y seguía sin conocer los detalles de la trampa de Regalia.

«¿Y qué? —dijo una parte de mí—. ¿Vas a rendirte?».

¿Cuándo había hecho tal cosa?

Lancé un grito, me puse en pie y cargué contra la escalera. No me importaba nada el calor, aunque suponía que me impediría avanzar. Pero no fue así. En la escalera casi hacía frío.

«El campo de fuerza del Profesor. Acaba de concedérmelo», me di cuenta mientras avanzaba. Del calor de Obliteration me había protegido un campo. Todo hacía pensar que funcionaría igual de bien contra ese otro calor.

Mantuve la cabeza gacha y contuve el aliento, pero llegó un momento que necesité tomar aire. Me cubrí la nariz y la boca con la camiseta, que estaba mojada por el enfrentamiento con Regalia y pareció ser efectiva. Eso o el campo de fuerza del Profesor mantenía el humo lejos. Seguía sin tener del todo claro cómo operaban sus poderes.

Dos pisos más abajo, donde el Profesor había dejado a Megan, entré en un lugar en llamas. La violencia del fuego producía una iluminación extraterrestre. Era un lugar no apto para humanos como yo.

Apreté los dientes y seguí, confiando en el campo de fuerza del Profesor. Una parte de mí, en lo más profundo, sintió pánico al ver la muralla de fuego que ardía desde el suelo hasta el techo, las llamas que descendían y los árboles de Dawnsight rodeados de naranja. No tenía ninguna oportunidad de sobrevivir a aquel lugar, ¿verdad? Cuando se los cedía a alguien, los campos de fuerza del Profesor nunca eran efectivos al cien por cien.

Estaba demasiado preocupado por Megan, y demasiado desesperado y alterado para dejar de moverme. Me abrí paso a través de una puerta ardiendo, cuya madera calcinada se rompía con facilidad. Pasé junto a un agujero en el suelo protegiéndome con el brazo de un calor que no podía sentir. Todo brillaba tanto que apenas podía ver.

Respiré, pero no sentí dolor por el calor. El campo de fuerza no podía enfriar el aire que entraba. ¿Por qué no me quemaba la garganta? ¡Chispas! Nada tenía sentido.

Megan. ¿Dónde estaba Megan?

Pasé por otra puerta y vi un cuerpo en el suelo, en medio de la moqueta quemada.

Lancé un grito y corrí hasta él. Me arrodillé, abracé la figura medio quemada, levanté la cabeza calcinada y vi un rostro familiar. Era ella. Grité al ver los ojos muertos y la carne quemada, y apreté más el cuerpo flácido.

Me arrodillé en el fuego del propio infierno, un mundo que se consumía a mi alrededor, y supe que había fracasado.

Yo tenía la chaqueta ardiendo y la piel oscurecida por efecto de las llamas. ¡Chispas! También me estaba matando a mí. ¿Por qué no podía sentirlo?

Llorando, y con imprudencia, cogí el cuerpo de Megan y parpadeé para apartar la horrible luz de fuego y humo. Me puse en pie con esfuerzo y miré hacia la ventana. El calor fundía el vidrio, pero no había ni rastro de campo de fuerza... El Profesor ya debía de haber retirado los que había instalado en aquella zona. Con un alarido corrí hacia la ventana, sosteniéndola a ella, y pasé al frío aire nocturno.

Caí un poco antes de activar el espiril. Por suerte, el chorro que había arreglado todavía funcionaba y redujo la caída hasta dejarme flotando en el aire junto al edificio en llamas, con el cuerpo de Megan, el agua a chorro debajo de mí y el humo rodeándome. Lentamente, con un único chorro, me elevé hasta el siguiente edificio; allí aterricé y deposité el cuerpo de Megan en el suelo.

De mis brazos cayeron escamas calcinadas de piel ennegrecida, dejando ver carne rosa que enseguida adoptó un color normal. Parpadeé y de pronto comprendí por qué no había sentido dolor y por qué había podido respirar el aire caliente. El Profesor no solo me había concedido un campo de fuerza, sino que también me había pasado algunos de sus poderes de curación. Me toqué el cráneo y a pesar de que me había ardido, el pelo volvía a crecer. Los poderes del Profesor me devolvían al aspecto que tenía antes de entrar en el infierno.

Así que yo estaba a salvo. Pero ¿qué importaba? Megan seguía muerta. Me arrodillé a su lado, sintiéndome indefenso y solo, roto por dentro. Me había esforzado enormemente y aun así había fracasado.

Anonadado, incliné la cabeza. Quizá... quizás había mentido sobre su punto débil; entonces estaría bien, ¿no? Le toqué la cara y la giré. La mitad estaba quemada, pero al girarla, podía hacer caso

omiso de ello. El otro lado apenas estaba tocado por el fuego; solo un poco de ceniza en la mejilla. Hermosa, como si durmiese.

Las lágrimas me corrían por la cara. Le tomé la mano.

—No —susurré—. Ya te vi morir una vez. No quiero que suceda otra vez. ¿Me oyes? No estás muerta. O... vas a volver. Eso es. ¿Tienes en marcha ese proceso de grabación de la última vez? Porque si es así, quiero que lo sepas: creo en ti. No pienso que...

Dejé de hablar.

Si volvía, significaría que me había mentido sobre su punto débil. Desesperadamente deseaba que fuese cierto, porque la quería con vida; pero al mismo tiempo, ¿qué implicaría que hubiera mentido sobre su punto débil? Yo no se lo había exigido, no lo había querido, pero me lo había dado, y eso hacía que pareciera un conocimiento sagrado.

Si me había mentido sobre su punto débil, entonces ya no podría confiar en nada de lo que me dijese. Así que, pasara lo que pasara, de todas formas había perdido a Megan.

Me limpié las lágrimas de la barbilla. Luego volví a cogerle la mano. El reverso lo tenía quemado, pero no demasiado; no obstante, tenía los dedos cerrados formando un puño. Era casi como si... ¿agarrase algo?

Separé los dedos. Efectivamente, la palma sostenía un pequeño objeto que se había fundido con la manga: un pequeño control remoto. ¡Por la luz de Calamity!, ¿qué era? Lo sostuve. Parecía el control remoto que hacía de llave en los coches. Por la parte inferior estaba fundido, pero el resto no parecía en muy mal estado. Le di a los botones.

Algo sonó abajo. Un chasquido lejano, seguido de otros chasquidos extraños.

Me quedé mirando el control durante un buen rato. Luego me puse en pie y corrí al borde del edificio. Le di otra vez al botón. Allí estaba. ¿Qué era? ¿Disparos? ¿Disparos silenciados?

Con el espiral descendí dos pisos. Allí, montado en las sombras de una ventana, estaba el rifle Gottschalk, elegante y negro, con el

silenciador. Me aparté y le di al botón. Disparó por control remoto y bombardeó con balas la pared del edificio quemado.

Disparaba a la habitación donde había estado Megan.

—Mujer astuta.

Cogí el arma, me elevé sobre el chorro de agua y corrí hacia su cuerpo. Le di la vuelta. El calor había secado la sangre y había oscurecido la piel, pero pude apreciar los agujeros de bala. Nunca me había sentido más feliz de saber que alguien había muerto por disparos.

—Lo montaste para poder dispararte a ti misma —susurré—; por si algo salía mal. Así puedes reencarnarte, en lugar de arriesgarte a morir por el fuego. ¡Chispas, eres un genio!

Sentí un torrente de emociones: alivio, alegría, asombro. Megan era la persona más asombrosa, más inteligente y más increíble de la historia. Si había muerto por las balas, ¡volvería! Por la mañana, si era cierto lo que había contado sobre el proceso de reencarnación.

Le toqué la cara, pero aquello... aquello, por el momento, no era más que un cascarón. Megan, mi Megan, volvería. Sonriendo, agarré el Gottschalk y me levanté. Era agradable volver a tener un buen rifle entre las manos.

—Tú —le dije al arma— has superado oficialmente el periodo de prueba.

Megan había sobrevivido. Ante eso, todo lo demás parecía posible.

Todavía podía salvar la ciudad.

48

—Mizzy —dije sosteniendo el walkie-talkie al oído mientras corría en la dirección que había tomado el Profesor—. ¿Este maldito aparato sigue funcionando?

—Sí —respondió.

—Muy inteligente eso de usar la cámara para mandarle un mensaje a Tia.

—¿Lo vio? —dijo Mizzy con una alegría exuberante que contrastaba con la agonía que yo había sufrido unos instantes antes.

—Sí. —Corrí por un puente—. Oí el mensaje de Tia al Profesor. Eso podría hacerle abortar la misión.

Improbable. Pero posible.

—¿Encontraste al Profesor? —preguntó Mizzy—. ¿Qué pasó?

—Demasiado para explicarlo ahora —le contesté—. Dicen que atacaron la supuesta base de Regalia, el edificio C del mapa de Tia, y se encontraron a Obliteration brillando en su interior. Estoy seguro de que es una trampa.

—A quien han encontrado no es a Obliteration.

—¿Qué? Val dijo que era él.

—Apareció aquí justo después de que yo apagase las luces —dijo Mizzy—. Por poco me da un ataque al corazón. Pero no pareció verme escondida. En cualquier caso, no brillaba en absoluto, pero lo vi claramente. No sé qué encontró Val, pero no es Obliteration.

—¡Chispas! —dije intentando ir más rápido—. Entonces ¿adónde va el Profesor?

—¿A mí me lo preguntas? —dijo Mizzy.

—Pienso en voz alta. Voy hacia allí. ¿Puedes llegar? Es posible que me haga falta apoyo.

—Ya estoy en camino, pero estoy muy lejos. ¿Alguna pista de Newton?

—Newton ha muerto —dije—. Logré deducir su punto débil.

—¡Hala! —dijo Mizzy—. ¿Otro? La verdad es que nos haces quedar mal a los demás. Tío, yo ni siquiera podría dispararle a un enemigo impotente y desarmado que me cayese en el regazo.

—Lláname si ves a Obliteration —dije. Guardé la radio en su bolsita y esta en el bolsillo del pantalón. Mi chaqueta había quedado destrozada, así que me la había quitado y la había dejado. Incluso los tejanos estaban raídos y quemados por un lado. Peor aún, el espiral estaba hecho una pena. Había perdido todos los cordones de un lado; por el otro apenas escupía al usarlo, así que no sabía cuánto tiempo podría sostenerme.

Pasé una azotea. Vi que había mucha gente escondida en la selva de un edificio cercano; miraban por las ventanas y se ocultaban entre la vegetación. Mi enfrentamiento con Regalia había sido más que evidente. Incluso los ociosos babilarianos sabían que era mejor resguardarse ante algo así.

Confiado en mi recuerdo del mapa de Tia, seguí avanzando por un puente especialmente desvencijado. Por desgracia, me quedaba camino antes de llegar a la base. Corrí no mucho rato hasta que el camino me llevó por una azotea extraña compuesta por una gran balconada cuadrangular que se prolongaba en el exterior y tenía una enorme estructura en medio. Allí tuve que pararme porque la gente había montado toldos bajo la balconada y el espacio de debajo estaba atestado de basura. Aquella gente no había estado lo bastante cerca de mi pelea como para tener miedo, así que disfrutaban, ociosos, de la noche, y me dejaron pasar de mala gana.

Al acercarme al otro lado, un babilariano especialmente distraído me impedía el paso.

—Disculpe —dije, saltando por encima de una silla de jardín—. Paso.

No se apartó. Pero sí se giró hacia mí. Solo entonces me di cuenta de que llevaba una larga gabardina. En la cara una perilla y gafas.

Eh...

—Vi un caballo amarillento. El jinete se llamaba Muerte y el Abismo lo seguía. Se les dio potestad para matar con espada, hambre, epidemias y con las fieras salvajes —dijo Obliteration.

Me detuve de golpe y cogí el rifle.

—¿Niegas —susurró Obliteration— que esto sea el final del mundo, asesino de ángeles?

—No sé qué es —le repliqué—, pero supongo que si Dios quisiese acabar con el mundo, lo haría con algo más de eficiencia.

Juro que Obliteration sonrió, como si le gustase la pulla. La escarcha comenzó a formar una costra a su alrededor a medida que él soltaba calor, pero disparé antes de que pudiese liberar el estallido de destrucción.

Mientras yo todavía tenía el dedo en el gatillo, desapareció convertido en una imagen en explosión. Me volví y lo pillé teletransportándose a mi espalda. Puso cara de sorpresa cuando volví a dispararle.

Al explotar su forma por segunda vez, me lancé por un lateral del edificio y envié la mano hacia abajo. Por suerte, el chorro del espiral se activó y frenó mi caída. Así logré meterme en el edificio por una ventana rota, donde me oculté y me quedé inmóvil.

En aquel momento no tenía tiempo para encargarme de Obliteration. Llegar hasta el Profesor y el equipo era más importante. Yo...

Antes de pasar a la siguiente idea, Obliteration apareció junto a mí.

—Releí una docena de veces el relato de Juan el Evangelista antes de destruir Houston —me dijo.

Grité y le disparé. Desapareció y volvió a aparecer a mi lado.

—Me preguntaba cuál de los jinetes era yo, pero la respuesta resultó ser más sutil. Mi lectura era excesivamente literal. No existen cuatro jinetes; es una metáfora. —Me miró directamente a los ojos—. Nos han liberado, aquellos a los que destruimos, las espadas del mismísimo cielo. Somos el final.

Le disparé, pero él descargó tal cantidad de calor que superó el campo de fuerza del Profesor. Resoplé y la bala se fundió en el aire. Alcé los brazos mientras el suelo desaparecía, luego las paredes y a continuación la mitad de mi cuerpo.

Durante un momento, yo no era.

Luego la piel volvió a crecerme, los huesos se formaron de nuevo y mis pensamientos se activaron otra vez. Era como haberse saltado un segundo de tiempo, un momento. Me quedé respirando profundamente, sentado en el suelo ennegrecido.

Obliteration me miraba con la cabeza inclinada y el ceño fruncido. Luego desapareció. Yo rodé y, antes de que volviese a aparecer, me tiré por la ventana y activé el espiril roto para no caer al agua.

¡Chispas! El calor había vaporizado el chorro de mano, junto con... la mitad de mi cuerpo. Todavía me quedaba el rayo-tractor, la pistola de Megan y el rifle; y, por suerte, al activarlo, el chorro único del pie funcionó. Pero a los pantalones les faltaba una pernera; y no había ni rastro de la mitad rota del espiril.

Sin el chorro de mano no podía maniobrar. Me lancé calle abajo hacia otro edificio y entré por la ventana, casi toda ella rota, por lo que atravesarla me dejó cortes en la piel.

Las heridas sanaron, pero no tan rápidamente como antes. Comprendí que a partir de aquel momento todo sería más peligroso. Cuando el Profesor nos cedía poderes por medio de la chaqueta, desaparecían tras algunos impactos. Me había concedido una

buena cantidad de capacidad de curación, pero daba la impresión de que me aproximaba al límite. Mal.

Corrí por el edificio y salí a un pasillo. Respiré todo lo que pude apoyándome en la pared.

Obliteration apareció junto a la ventana por la que había entrado. Lo vi, pero me oculté en el pasillo antes de que él me viese a mí.

—Abraham cogió la leña para el sacrificio —gritó Obliteration— y se la cargó a su hijo Isaac. Él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos...

Sentí el sudor corriéndome por la cara cuando Obliteration salió al pasillo y me vio. Giré la esquina, para apartarme.

—¿Por qué colaboras con Regalia? —grité apoyado contra la pared—. Me felicitaste por destruir a Steelheart. Ella es igual o peor.

—Y por eso algún día acabaré con ella. Es parte de nuestro acuerdo.

—Te traicionará.

—Probablemente —admitió Obliteration—. Pero me ha concedido conocimiento y poder. Ha tomado un fragmento de mi alma que sigue vivo sin mí. Y de esa forma me he convertido en la simiente del final del mismísimo tiempo. —Una pausa—. No me advirtió de que había convencido al arcángel para concederte una porción de su gloria.

—No puedes matarme —dije, mirándolo por el pasillo—. No hay razón para intentarlo.

Sonrió y la escarcha recorrió el pasillo oscuro, acercándoseme como si fuesen dedos, y congeló un fruto que colgaba como si fuese una solitaria bombilla.

—¡Ah! —añadió Obliteration—, creo que descubrirás que un hombre puede lograr, si lo intenta de veras, muchas cosas que se consideraban imposibles.

Tenía que encargarme de él. Con rapidez. Tomé una decisión inmediata y retiré el silenciador del arma. Luego giré la esquina y le disparé, lo que lo obligó a desaparecer. Lancé el rifle a una habitación lateral y corrí en la dirección opuesta. Un momento

después pulsé el botón del control remoto para hacer que el rifle disparase.

Corrí por el edificio hasta una ventana al otro lado y me oculté en un balcón. Me giré, me apoyé contra la pared y le di de nuevo al control remoto; así disparaba un arma y con la otra mano sacaba del bolsillo la pistola de Megan.

Llegaron maldiciones del interior. Obliteration debía haber dado con la pistola, pero no conmigo. Si pudiese salir de aquí...

De pronto estaba junto a mí en el balcón y emitía una oleada de calor.

«¡Maldita sea!». Apunté y le disparé con la pistola de Megan para hacerlo desaparecer. Así fue, pero me dejó con la piel calcinada.

Apreté los dientes por el dolor. Como la curación cada vez era más lenta, tuve tiempo de sentir el dolor.

Comprobé la pistola de Megan. Quedaban dos balas.

Lo que no podía entender es cómo daba conmigo. Había sucedido antes; parecía que podía seguirme de alguna forma. ¿Tenía algún poder de visión? ¿Cómo se teletransportaba para escapar y luego sabía dónde debía teletransportarse para dar conmigo?

Y lo entendí.

Me giré justo cuando Obliteration volvía a aparecer a mi lado. Aullaba citas de la Biblia y brillaba con todo su poder. No le disparé.

Esta vez me agarré a él.

Jamás lo hubiese logrado sin los poderes del Profesor. El calor era increíble y amenazaba con carbonizarme. Pero la sorpresa de Obliteration me fue ventajosa, ya que pude levantar la pistola y dispararle a la cabeza.

Se teletransportó.

Me agarré con fuerza y me llevó con él.

Apareció en una sala oscura y sin ventanas, y allí desactivó automáticamente el calor. Lo hizo con rapidez, por lo que tenía que ser algo que había aprendido a hacer como un reflejo. Estaba claro que no podía destruir aquel lugar, estuviese donde estuviese. Me solté, pero le cogí las gafas y se las quité al caerme de espaldas.

Obliteration lanzó una maldición; su comportamiento, habitualmente tranquilo, se transformaba en furia al sentirse engañado. Retrocedí contra la pared en la sala oscura. No podía distinguir muchos detalles, aunque la verdad es que el dolor de las quemaduras me dificultaba prestar atención a nada más. Dejé caer la pistola, pero con la otra mano agarré con fuerza las gafas.

—Lo único que has conseguido —dijo acercándose a mí— es quedarte encerrado conmigo.

—¿Cuáles son tus pesadillas, Obliteration? —Los poderes de curación del Profesor actuaban muy, pero que muy lentamente. Poco a poco iba recuperando la sensación en las manos, inicialmente en forma de cosquilleo y luego como pinchazos fuertes. Boqueé y parpadeé conteniendo el dolor.

Obliteration había dejado de acercarse. Bajó la espada hasta tocar el suelo con la punta.

—¿Y cómo —preguntó— sabes tú de mis pesadillas?

—Todos los Épicos las sufren —respondí. Estaba muy lejos de estar seguro de eso, pero no perdía nada—. Tus miedos te impulsan a actuar, Obliteration; y revelan tu punto débil.

—Sueño con ello porque es lo que algún día me matará —dijo en voz baja.

—¿O es tu punto débil porque sueñas con él? —pregunté—. Newton temía ser lo bastante buena, probablemente por las expectativas de su familia. Sourcefield temía las historias de sectas y el veneno que su abuela había intentado administrarle. Las dos sufrían pesadillas.

—El ángel de Dios me llamó en sueños —susurró Obliteration—. Yo respondí: «Aquí estoy». Así que esa es la respuesta. —Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Cada vez me dolían más las manos. Intenté aguantarme, pero se me escapó un gemido. Lo cierto es que era un inválido.

Obliteration vino corriendo a mi lado, se arrodilló, y me cogió por los hombros, que tenía desnudos y quemados. El dolor aumentó y grité.

—Gracias —susurró Obliteration—. Por el secreto. Dile a Regalia... que le mando recuerdos.

Me soltó, inclinó la cabeza ante mí, y explotó en un destello de luz y pedazos de cerámica.

Parpadeé. Luego me encogí en el suelo y me estremecí. ¡Chispas! Antes los poderes de curación actuaban con tal rapidez que la sensación había sido refrescante, como una brisa fresca. Pero en aquel momento actuaban con la velocidad de una gota de lluvia que descendiera por una lámina fría de vidrio.

Me pareció que pasaba una eternidad sufriendo el dolor, pero puede que no fuesen más de tres o cuatro minutos. Finalmente la agonía se redujo y, gimiendo, me puse en pie. Cerré los puños. Las manos funcionaban, aunque me picaba la piel como si hubiese

sufrido una buena quemadura de sol. No parecía que fuera a pasarse; ya no disfrutaba de la bendición del Profesor. Avancé y golpeé algo con el pie. La espada de Obliteration. La recogí, pero de la pistola de Megan solo quedaba el metal fundido. Iba a matarme por haberla perdido.

Estaba claro que Obliteration tenía el suficiente control de sus poderes como para no fundir aquellos objetos que quería intactos. Cogí la espada y fui recorriendo la pequeña sala oscura hasta la puerta. La abrí; al otro lado había una estrecha escalera de madera, enmarcada por pasamanos a ambos lados. Por la poca luz supe que había estado en una pequeña zona de suministro. Toda mi ropa había quedado prácticamente vaporizada. Solo conservaba el colgante de Abraham, que todavía llevaba al cuello, aunque un lado de la cadena estaba fundido. Me lo quité, preocupado de que la cadena fundida pudiera romperse.

Encontré algo de tela que daba la impresión de haber sido una cortina y me la puse alrededor. Con la espada en una mano y el colgante en la otra, subí lentamente las escaleras, escalón a escalón. Al subir la luz fue aumentando y comencé a percibir la extraña decoración de las paredes.

¿... Pósteres?

Sí, pósteres. Muy antiguos, de los tiempos anteriores a Calamity. De colores vivos y brillantes. Mujeres con faldas amplias, jerséis que dejaban un hombro al descubierto. Neón sobre negro. Se habían deteriorado con el tiempo, pero estaba claro que en su día los habían colgado con meticulosidad. Me detuve junto a uno en la escalera silenciosa. Había un par de manos que sostenían una fruta brillante y, justo debajo, el nombre de una banda.

¿Dónde estaba?

Miré la luz en lo alto de la escalera. Sudando, seguí subiendo hasta llegar a lo alto y a la puerta con una cadena al lado. La puerta estaba entreabierta; la abrí más y pude ver un pequeño y elegante dormitorio decorado, al igual que la escalera, con pósteres en las paredes que proclamaban una vida urbana de fantasía.

Había dos camas como de hospital, fuera de lugar, con estructuras de acero y sábanas de un blanco aséptico. En una había un hombre de unos treinta o cuarenta años dormido, conectado con todo tipo de tubos y cables. En la otra estaba una mujer pequeña, marchita, con una bañera de agua al lado.

Otra mujer, vestida con ropa de hospital, vigilaba a los pacientes. La doctora me miró en cuanto entré y se sorprendió un poco. A continuación se fue por donde yo había venido. El único sonido era el que surgía de los monitores cardiacos. Avancé, vacilante, sintiendo algo extraño e irreal. La mujer mayor, que era claramente Regalia, estaba despierta y miraba a un punto de la pared. Al entrar vi que había tres grandes pantallas de televisión.

En la central se veía al Profesor, a Val y a Exel en el interior de una estancia que relucía con tanto brillo que apenas podía distinguir sus caras.

—Así que —dijo Regalia— has dado conmigo.

Miré a un lado. En la bañera había aparecido una figura de Regalia tal como la conocía. Miré a la mujer de la cama. Era mucho mayor que su proyección y tenía un aspecto mucho más decrepito. La verdadera Regalia respiraba con ayuda de un aparato y no dijo nada.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó la proyección.

—Obliteration —contesté tranquilamente—. En cuanto me ocultaba, me localizaba con demasiada facilidad. Comprendí que se teletransportaba a algún lugar y parecía razonable que viniese a tu lado y recibiese instrucciones de adónde tenía que ir. Él no podía ver lo que sucedía en la ciudad, pero tú sí; al menos, todos los lugares con agua —añadí, mirando las pantallas de televisión. Era evidente que servían para vigilar otros lugares.

Pero ¿por qué? ¿Qué estaba ocurriendo en la habitación donde se hallaban el Profesor, Val y Exel? Volví a mirar a Regalia.

—Es una frustración que todavía envejecamos —dijo—. ¿Qué sentido tienen los poderes divinos si el cuerpo acaba fallando? —Agitó la cabeza como si ella misma se diese asco.

Me moví lentamente por la habitación, pensando qué hacer a continuación. La había atrapado, ¿no era así? Claro está, tenía la bañera de agua, así que no estaba totalmente indefensa.

Me detuve junto a la otra cama, la ocupada por el hombre al que no reconocía. Lo miré y vi que tenía un chal como de niño alrededor de los hombros, con árboles de fantasía y frutos brillantes.

—¿Dawnsight? —le pregunté a Regalia.

—No entiendo que Calamity eligiese concederle poderes a un hombre en coma —dijo Regalia—. A veces no encuentro sentido a las decisiones del Ángel de la Destrucción.

—Entonces ¿lleva así mucho tiempo?

—Desde la infancia —contestó Regalia—. Gracias a sus poderes en ocasiones parece consciente del mundo que lo rodea. El resto del tiempo lo pasa soñando, atrapado para siempre en su infancia de hace unos treinta años...

—Y esta ciudad se convirtió en su sueño —comprendí—. Una ciudad de colores vivos, pinturas caprichosas, de calor perpetuo y de jardines en el interior de los edificios. La fantasía de un niño. — Pensé deprisa, intentando encajar las piezas. ¿Por qué? ¿Qué significaba? ¿Y cómo podría detener a Regalia?

¿Tenía que hacerlo? Miré a aquella figura envejecida, tan frágil. Apenas parecía estar viva.

—Te mueres. —Una suposición.

—Cáncer —admitió la proyección de Regalia—. Me quedan unas semanas; con suerte.

—Entonces ¿por qué te preocupa el Profesor? —pregunté confundido—. Si sabes que vas a morir, ¿para qué tomarse tanto trabajo para matarlo?

Regalia no respondió. Mientras su cuerpo real carraspeó, la proyección cruzó los brazos frente a sí misma y contempló la pantalla central. El Profesor avanzaba hacia la luz ardiente. Él también llevaba una espada, una de las que se había creado para sí mismo empleando su poder tensor. Y se había atrevido a reírse de Obliteration por llevar espada.

Avanzó hacia la luz con una mano delante, como si luchase contra un flujo potente. ¿Qué debía hacer yo? A Regalia no parecía importarle mi presencia. ¡Chispas!, probablemente no le importase si la mataba o no; ya estaba prácticamente muerta.

¿Podría amenazarla? ¿Obligarla, de alguna forma, a no hacerle daño al Profesor? La idea no solo me causaba náuseas, sino que al mirar al cuerpo frágil dudaba que pudiese ni tocarla sin provocar un desenlace irreversible.

La pantalla se oscureció de pronto; la verdadera Regalia tocaba algo en el apoyabrazos, algún control. Oscureció la pantalla y añadió algún filtro para reducir el resplandor. Me permitió ver lo que el Profesor no podía percibir con el brillo de la habitación en la que se encontraba.

La fuente del resplandor no era una persona, como yo había sospechado. Era una caja de la que salían cables. ¿Qué era aquello? Estaba tan confundido que me limité a mirar a la pantalla.

—¿Sabías que —dijo la proyección de Regalia— Jonathan no es tan único como él supone? Sí, puede ceder sus poderes, pero, en las condiciones adecuadas, todo Épico puede hacerlo. No hace falta más que un poco de ADN y la maquinaria adecuada.

«Le sacaron algo», había dicho Dawnsight. Obliteration, con un vendaje...

Un poco de ADN y la maquinaria adecuada...

Sentí un horror creciente.

—Creaste una máquina para replicar los poderes de Obliteration. Como el espiral, ¡solo que capaz de hacer volar ciudades! Usaste a un Épico... para crear una bomba.

—He estado experimentando con ello —dijo la proyección de Regalia con los brazos cruzados—. A veces el Ángel del Apocalipsis resulta tan... poco razonable. Necesitaba mis propios métodos para transferir poderes.

En la pantalla, el Profesor había llegado al dispositivo. Lo tocó y retiró la mano confundido. Yo apenas podía distinguir a Val y Exel a su espalda, que se protegían los ojos con las manos.

—Por favor —dije mirando a Regalia. Avancé hacia ella con la espada—, no le hagas daño. Era tu amigo, Abigail.

—Sigues hablando como si yo quisiera matar a Jonathan —dijo Regalia—. Una suposición horrible. —La verdadera le dio a un botón.

La bomba estalló en la pantalla de televisión. Fue como una flor abriéndose, una oleada de energía destructiva tan potente que podría destruir toda Babilar. La vi florecer, extenderse.

Y detenerse.

El Profesor estaba de pie, con las manos extendidas, como si sostuviese una bestia enorme. No era más que una silueta contra la luz roja. Justo en el centro de la habitación apareció un sol y él lo sostuvo. Lo sostuvo con tal tensión en el cuerpo que me pareció verlo tensarse, esforzándose por sostenerlo todo, por no dejar escapar nada.

Tanto poder. Parecía que la bomba llevaba mucho tiempo cargándose. Hacía semanas que Regalia podría haberle dado al gatillo y haber vaporizado Babilar.

El Profesor aulló, con un grito animal y terrible, pero contuvo la energía. Y luego creó algo enorme, un escudo de un radiante azul que rompió el techo de la habitación como con dos manos y creó una columna de fuego hacia el cielo. Dejó escapar la energía y la mandó, inofensiva, hacia el aire.

Yo, con creciente horror, sabía que no sería suficiente. Sí, podría salvar la ciudad, pero aun así no sería suficiente. La corrupción crecía a la par que la cantidad de energía diseminada. Incluso si yo tenía razón y él podía controlarla en pequeñas cantidades, nunca podría controlar tal volumen de una vez.

El Profesor usó sus poderes como yo no le había visto usarlos nunca, al nivel de Steelheart cuando había transformado Chicago Nova en metal. Era un acto de preservación inhumana, la prueba de que estábamos ante un héroe. Pero era también una condena. Ya había estado antes al borde. Ahora aquello...

—Demasiado —susurré—. En exceso. Profesor...

—No atraje a Jonathan para matarlo, niño —susurró Regalia a mi espalda—. Lo hice porque necesito un heredero.

50

—¿Qué has hecho? —le grité a Regalia. Me volví y corrí a su cama, pasando de la proyección. Con una mano agarré a la mujer por la parte delantera del camisón y tiré de ella hacia mí—. ¿Qué has hecho?

Tomó aliento y, por primera vez, habló con su propia voz, áspera, débil:

—Lo he hecho fuerte.

Volví a mirar la pantalla. El Profesor dispersó el resto de la energía y cayó de rodillas. La habitación se oscureció y comprendí que el filtro seguía en activo. Dejé caer la espada y jugueteé con los botones de la cama de Regalia, intentando devolver la luz al monitor para ver lo que pasaba.

La pantalla volvió a la normalidad. El Profesor estaba de rodillas, dándonos la espalda. Frente a él, el suelo terminaba en un círculo perfecto, vaporizado por la emisión de energía. Desde atrás se aproximó una figura temblorosa. Val. Alargó la mano y vacilante se la puso en el hombro.

Sin mirar, él levantó la palma abierta hacia un lado. Un campo de fuerza rodeó a Val. El Profesor cerró la palma para formar un puño. El campo de fuerza se contrajo al tamaño de una pelota de baloncesto, con Val todavía dentro. En un momento acabó con ella.

—¡No! —grité, retrocediendo aterrorizado por lo que veía—. No, Profesor...

—Matará a los Reckoners deprisa —dijo la proyección de Regalia en voz baja, casi como si lo lamentase—. Habitualmente, la primera acción de un gran Épico es eliminar a los que mejor lo conocen. Son los que tienen más probabilidades de dar con su punto débil.

Agité la cabeza horrorizado. No podía... Es decir...

El Profesor alargó la mano. Oí gritar a Exel. Su voz se cortó de pronto.

No...

El Profesor se puso en pie y se volvió. Al fin pude ver su cara, retorcida, tenebrosa, marcada por el odio y la furia, los dientes apretados, la mandíbula tensa.

Ya no lo reconocía.

Mizzy. Tia. ¡Tenía que hacer algo! Yo...

Regalia tosía. Logró hacerlo sonar triunfante. Aullando, agarré la espada y la alcé sobre su cuerpo.

—¡Monstruo!

—Sucedería... algún día —dijo entre toses—. Él... se habría... liberado... en algún momento.

—¡No! —Los brazos me temblaban. Grité y bajé la hoja.

Y maté a mi segundo gran Épico en el mismo día.

Me alejé a trompicones de la cama. La sangre se extendía sobre las sábanas blancas y me salpicó los brazos. En la pantalla, el Profesor pasó, como aletargado, junto a los restos de Val. Se detuvo. Una pared de su habitación se había abierto y mostraba una serie de monitores como los que yo tenía delante.

Uno mostraba un mapa de Babilar con un círculo. Un lugar en Nueva Jersey, ¿la casa donde estábamos? Parecía probable ya que se encendieron las otras pantallas y mostraron imágenes de mi habitación. Regalia muerta en su cama. Yo, de pie con los brazos ensangrentados, con una tela alrededor de la cintura.

Miré a una esquina y por primera vez vi que allí había una cámara. Regalia lo había dispuesto todo para poder hablarle

después de lo que había hecho. Parecía que quería que él viniese a ella.

El Profesor me miró desde la pantalla.

—Profesor... —dije. Mi voz sonó en su habitación, al otro lado de la ciudad—. Por favor...

El Profesor dio la espalda al monitor y salió. En aquel momento lo supe. No tenía que preocuparme de proteger a Tia o a Mizzy. Ninguna de las dos había matado nunca a un gran Épico.

Yo sí.

Y venía a por mí.

—¿Dawnslight? —dije agitando a la figura tendida en la otra cama.

No se movió. Coma. Claro.

—Me vendría bien otra vez tu ayuda —le dije, pero por supuesto no recibí respuesta.

¡Chispas! El Profesor venía a por mí. Salí de allí todo lo rápido que pude, pasando junto a la doctora que, sin el más mínimo comentario, se levantó de su asiento junto a la puerta y corrió a entrar, quizá para recoger sus cosas e irse a toda prisa.

Muy lista.

El Profesor había matado a Val y Exel sin pensarlo dos veces. Conmigo haría lo mismo. Corrí por el edificio, buscando una salida a la calle. ¿Qué era ese sonido grave y estruendoso que oía en la distancia?

Saldría del edificio y buscaría un sitio en el que esconderme. Pero ¿realmente podría ocultarme de Jonathan Phaedrus? Carecía de recursos y de contactos. Si me ocultaba, daría conmigo. Si huía, me pasaría el resto de mi vida —que probablemente sería muy corta — huyendo.

Cuando llegase a la habitación, bien podría matar a Dawnslight y al hacerlo destruiría Babilar. No habría más comida. No habría más luz.

Me detuve en el salón, jadeando. Huir no serviría de nada. Al final tendría que enfrentarme al Profesor.

Lo haría ya.

Así que, a pesar de que todos los instintos me gritaban que me ocultase, me giré y busqué una forma de llegar a la azotea. Se trataba de un hogar de los suburbios asombrosamente bien conservado. ¿Qué había sido de la familia de Dawnsight? ¿Estaban allí fuera, preocupados por su hijo soñador?

Por fin di con las escaleras y subí al tercer piso. De allí salí por la ventana para llegar al tejado. Al contrario que la mayoría de los edificios de Babilar, tenía un tejado a dos aguas y fui con cuidado hasta arriba. El sol, que todavía no había salido, hacía resplandecer el horizonte. Con aquella luz di con la fuente del rugido: el agua se retiraba de Babilar.

Se fue como una marea súbita y dejó a la luz rascacielos cubiertos de balanos. ¡Chispas! Los cimientos debían estar tremendamente debilitados después de pasar tanto tiempo sumergidos. Era posible que la marea destruyese la ciudad y matara a todos los que el Profesor se había sacrificado por salvar. Puede que un golpe descuidado de mi espada costase miles de vidas.

Por el momento no se caía ningún edificio; y si sucedía, yo no podría hacer nada.

Así que me senté.

Estar sentado al final de la noche me ofreció algo de perspectiva. Pensé en mi papel en todo aquello y me preguntaba si había animado en exceso al Profesor para convertirse en héroe. ¿Cuánto era culpa mía? ¿Importaba?

Regalia probablemente hubiese logrado el mismo resultado aunque yo no hubiese acosado al Profesor. Lo más inquietante era que Regalia lo había hecho aprovechándose del honor innato del Profesor.

Estaba seguro de una cosa. Lo que le había sucedido al Profesor no era culpa suya. De la misma forma que no sería culpa de un hombre si, como parte de una cruel broma, lo drogasen y así le hicieran creer que todos los que lo rodeaban eran demonios y les disparase. Era Regalia quien había matado a Val y Exel, no el

Profesor. Claro que quizás ella tampoco tuviese la culpa. También estaba sometida.

Si ella no, ¿quién? Aparté la vista del horizonte y me quedé mirando el reluciente punto rojo que brillaba en el lado opuesto del sol.

—Estás detrás de todo esto —le susurré a Calamity—. ¿Quién eres realmente?

Calamity no ofreció ninguna respuesta al hundirse bajo el horizonte. Le dediqué mi atención a Babilar. Puede que nadie pudiese responsabilizarme de lo sucedido con el Profesor, pero eso no significaba que fuese inocente. Desde mi llegada a Babilar había saltado de una crisis a otra sin seguir plan alguno casi nunca.

Heroísmo temerario. El Profesor tenía razón.

«¿Qué hago ahora? —pensé—. El Profesor, el verdadero Profesor, querría que tuviese un plan».

No se me ocurría nada. Claro que no era el momento de hacer planes. El momento de los planes es antes de que todo salga mal, antes de que traicionen y corrompan a tu mentor, antes de que la chica a la que amas reciba una bala. Antes de que mueran tus amigos.

Algo apareció en la distancia y se movió sobre las aguas. Me senté más erguido para ver mejor. Un pequeño disco —me di cuenta de que era un campo de fuerza— con una figura de negro encima. Fue aumentando de tamaño al atravesar el aire.

Así que el Profesor podía volar usando sus campos. Su catálogo de poderes era asombroso. Me puse en pie, manteniéndome en equilibrio en el tejado, con el colgante de Abraham bien agarrado por su cadena en mi puño.

Soltó un destello rojo cuando el sol subió finalmente por el horizonte y me bañó en luz. ¿Era una cosa mental mía o la luz era más intensa de lo que tenía que ser?

El Profesor se aproximó en su disco volador y con la bata de laboratorio agitándose tras él. Aterrizó al otro lado del pequeño tejado puntiagudo y me observó con un extraño interés. Una vez

más me asombró lo diferente que parecía. Aquel hombre era frío. Era él, pero un él con un montón de emociones erróneas.

—No tienes que hacerlo, Profesor —le dije.

Sonrió y alzó una mano. La luz del sol cubría el tejado.

—¡Creo en los héroes! —grité, levantando el colgante—. Creo que van a venir, como creía mi padre. ¡No termina así! Profesor, tengo fe; en ti.

A mi alrededor se formó un globo de campo de fuerza que rompió las tejas bajo mis pies y me rodeó por completo. Era igual que el que había matado a Val.

—Creo —susurré.

El Profesor cerró la mano.

La esfera se redujo, pero, de pronto, a pesar de que un momento antes había estado en su interior, yo estaba fuera. Lo veía justo delante de mí, con el tamaño de una pelota de baloncesto.

¿Qué?

El Profesor frunció el ceño. La luz del sol era cada vez más brillante, cada vez más intensa, y...

Y entre el Profesor y yo explotó una figura de luz blanca. Brillaba como el mismísimo sol. Una figura femenina, radiante, poderosa, el pelo dorado hacia atrás y reluciente como una corona.

Megan había llegado.

El Profesor invocó otro campo de fuerza a mi alrededor. La figura de luz lanzó una mano contra él y de pronto el globo rodeaba al mismísimo Profesor. Megan cambiaba la realidad y convertía las posibilidades en hechos.

El Profesor se mostró todavía más sorprendido. Hizo desaparecer el globo e invocó otro alrededor de la figura de luz. Pero cuando empezaba a contraerse, en un abrir y cerrar de ojos pasó a estar alrededor del Profesor, encerrándolo y amenazando con aplastarlo.

Lo hizo desaparecer y vi algo en sus ojos que jamás había visto antes. Miedo.

«Todos tienen miedo —pensé—. En el fondo de sí mismos. Newton huyó de mí. Steelheart mató a todos los que pudiesen saber nada sobre él. Los impulsa el miedo».

No era el Profesor que yo conocía, pero sí era el gran Épico Phaedrux. Enfrentado a alguien que manipulaba sus poderes de una forma que él no podía comprender, se aterrorizaba. Se echó atrás con los ojos abiertos como platos.

En un instante estuvimos en otra parte.

La figura brillante y yo. A un edificio de distancia, dentro de una habitación por cuya ventana podía ver al Profesor de pie en la azotea. Solo.

La figura luminosa suspiró; a continuación el resplandor desapareció y dejó la forma de Megan, completamente desnuda. Cayó y logré cogerla. Más allá de la ventana, en el otro edificio, el Profesor lanzó una maldición y saltó al disco. Se fue a toda velocidad.

¡Chispas! ¿Cómo iba a lidiar con él?

Tenía la respuesta en los brazos. Miré a Megan, aquel rostro perfecto, aquellos labios hermosos. Había acertado con mi fe en los Épicos. Simplemente me había equivocado de individuo.

Abrió los ojos y me vio.

—No tengo ganas de matarte —susurró.

—Nunca se han pronunciado palabras más hermosas —respondí.

Me miró, refunfuñó y cerró los ojos otra vez.

—Demonios. El secreto es el poder del amor. Voy a vomitar.

—En realidad, creo que es otra cosa —dije.

Me miró. De pronto fui consciente de que estaba muy muy desnuda, y yo también casi lo estaba por completo. Siguió mi mirada y se encogió de hombros. Me abochorné; así que la dejé y fui en busca de algo que pudiese poner; pero al hacerlo, le apareció la ropa: sus tejanos y camiseta habituales, sombras de ropa de otra dimensión. Supuse que de momento valdría.

—Entonces, ¿cuál es el secreto? —preguntó, sentándose y pasándose la mano por el pelo—. Todas las otras veces que me he reencarnado lo he pasado mal al volver. No podía recordarme a mí misma, me sentía violenta y destructiva. Esta vez no siento nada. ¿Qué ha cambiado?

La miré a los ojos.

—¿Ya estaba en llamas el edificio cuando entraste?

Apretó los labios.

—Sí —admitió—. Fue una estupidez. No hace falta que me lo digas. Sabía que probablemente no estarías dentro, pero quizá lo estabas y no podía arriesgarme a que... —Se estremeció.

—¿Cuánto miedo te daba el fuego?

—Más de lo que puedes llegar a imaginar —susurró.

Sonreí.

—Y ese —dije abrazándola de nuevo— es el secreto.

Epílogo

Unas cinco horas más tarde me encontraba en lo alto de lo que había sido un edificio bajo de Babilar, calentándome las manos al fuego. El edificio se levantaba veinte pisos sobre la antes sumergida calle.

No se había caído ni un edificio.

—Son las raíces —dijo Megan, que se acomodaba a mi lado y me pasaba un cuenco de sopa. Ya llevaba ropa de verdad, por desgracia, aunque probablemente era más práctico porque, de pronto, hacía frío en la ciudad—. Esas raíces son duras, más resistentes de lo que debería ser una planta. Literalmente sostienen los edificios. —Movi6 la cabeza del asombro.

—Dawnsight no quería que su utopía desapareciese en caso de morir —dije, removiendo la sopa—. ¿Los frutos?

—Todavía brillan —dijo Megan—. La ciudad sobrevivirá. Él calentaba de alguna manera el agua para evitar que este sitio se enfriase demasiado. Va a tener que encontrar otro método.

Había otras personas a nuestro alrededor. La gente de Babilar colaboraba en lo que consideraba una crisis y nosotros no éramos más que otros dos refugiados. Si alguno apreciaba algo diferente en mí, si alguien me reconocía de alguna batalla, nadie dijo nada. Si acaso algún susurro a sus compañeros.

—Entonces —dijo Megan— esa teoría tuya...

—Tiene que ser el miedo —dije agotado. ¿Cuánto hacía que no dormía?—. Tras enfrentarme al agua me hice inmune a que Regalia

me convirtiese en Épico. Tú entraste en un edificio en llamas para salvarme, a pesar de tu terror, y te despertaste libre de la corrupción. En el fondo los Épicos tienen miedo. Así los derrotamos.

—Quizá —dijo Megan, aunque no estaba muy segura. ¡Chispas! ¿Cómo alguien podía estar tan guapa removiendo sopa? ¿Y vestida con ropa demasiado grande y la cara roja por el frío? Sonreí y luego vi que ella también me miraba.

Eso parecía buena señal.

—La teoría tiene sentido —dije, ruborizándome—. Es como las gachas de avena sobre un crep.

Arqueó una ceja y luego probó la sopa.

—¿Sabes? —dijo—, no se te dan mal las metáforas...

—¡Gracias!

—... porque gran parte de lo que dices son símiles y eso se te da fatal.

Asentí pensativo. Luego la apunté con una cuchara.

—Marisabidilla.

Sonrió y se tomó la sopa.

Por agradable que fuese estar con ella, la sopa me sabía amarga. No podía reírme. No tras lo sucedido. Comimos en silencio y al levantarse, Megan me colocó una mano al hombro.

—Si cualquiera de ellos hubiese sabido —dijo en voz baja— el coste que tenían que pagar por salvar la ciudad, ¿crees que habrían aceptado de inmediato?

Dudando, sacudí la cabeza.

—Val y Exel murieron como parte de una batalla importante —dijo Megan—. E impediremos que consuma a otros. Lo haremos de alguna forma.

Asentí. Todavía no habíamos hablado de Sam. Ya habría tiempo para eso.

Fue a llenar otra vez el cuenco. Yo contemplé el mío. La tristeza me atenazaba, pero no permití que se desbocase.

Estaba demasiado ocupado haciendo planes.

Un momento después distinguí una voz conocida. Me puse en pie, dejé el cuenco y me abrí paso entre dos babilarianos que charlaban.

—Es un tipo de aspecto bobalicón —decía Mizzy—. Más bien alto. No tiene para nada idea de moda... —Me vio y abrí los ojos todo lo que pude—. Eh... también tiene alguna buena cualidad...

La abracé.

—Oíste la emisión.

—¿Qué?! No sé a qué te refieres.

—Le pedí a una gente que emitiese un mensaje para Tia y para ti, con la esperanza de que lo oyeses y... ¿no lo oíste?

Negó con al cabeza, lo que resultaba molesto. Me había roto la cabeza buscando una forma de lograr que el Profesor no diese con ellas. Me pareció que lo de la radio era buena idea. Después de todo, habíamos logrado usar la onda corta para hablar con Abraham en Chicago Nova.

Missouri me mostró una pequeña tira de papel. Papel de galleta de la fortuna. «Missouri, escóndete. Escóndete ahora mismo», decía.

—¿Cuándo la encontraste? —pregunté.

—Anoche —contestó—. Justo antes del alba. Como un centenar de ellas. Me dio pavor, la verdad. Supuse que mejor hacía caso. Vaya, pareces triste.

Tenía que contarle lo de los otros. ¡Chispas! Abrí la boca para explicarme, pero en aquel momento regresó Megan.

Las dos se miraron.

—¡Ehhh!, ¿podríais no dispararos? —dije nervioso—. ¿Por ahora? Por favor.

Mizzy apartó la vista de Megan.

—Ya veremos. Toma. Creo que este es para ti. —Me mostró otra tira de papel—. Era el único mensaje diferente.

Lo tomé vacilante.

«Que tengas buenos sueños, Steelslayer», decía.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó Mizzy.

—Significa —dije doblándolo en la mano— que nos queda mucho trabajo por delante.

Agradecimientos

¡Ha llegado otro libro! Una vez más, es posible que mi nombre aparezca en la cubierta, pero un montón de manos invisibles ayudaron a su creación. Este libro es poco habitual porque es el primero creado con la ayuda del Dragonsteel Think Tank, el nombre con el que ahora mismo bautizo (y que probablemente no se volverá a usar nunca) el grupo de personas que participó en la tormenta de ideas, y con los que fui a almorzar y me ayudaron a resolver los problemas del esquema inicial de la novela.

En él está el imprescindible Peter Ahlstrom, mi ayudante editorial, y un rostro que posiblemente veas asomar por mi blog y por la página de Facebook, respondiendo preguntas y escribiendo de vez en cuando. En serio, gente, es un tipo genial. Como miembro clave de mi primer grupo de escritura (con Dan Wells y Nathan Goodrich, cuyo nombre habrás leído al principio del libro), Peter ha sido de enorme ayuda en todo el proceso. Si lo ves en una convención, salúdalo.

En aquella misma comida estaba Karen Ahlstrom, encargada del wiki interno Dragonsteel, e Isaac Stewart: cartógrafo extraordinario y ahora empleado a tiempo completo de la empresa. Me ayudaron enormemente con la novela, al igual que otros miembros del mi grupo actual, en el que están, además de los indicados antes, Emily Sanderson, Alan Layton, Darci y Eric James Stone, Benn y Danielle Olsen, Kara Stewart, Kathleen Dorsey Sanderson y Kaylynn ZoBell.

En el talentoso equipo de Random House está mi editora Krista Marino, que realizó un excelente trabajo con el libro (entre otras cosas ofreciendo recordatorios corteses y periódicos sobre las fechas límite), y Jodie Hockensmith, que va más allá de las meras obligaciones publicitarias al tratar con autores ariscos. Otros miembros de Random House que merecen aplausos son Rachel Weinick, Beverly Horowitz, Judith Haut, Dominique Cimina y Barbara Marcus. Las correcciones las realizó el prodigioso Michael Trudeau.

Mis agentes, Joshua Bilmes y Eddie Schneider, fueron, como siempre, un recurso maravilloso, al igual que todo el equipo de JABberwocky. A estas alturas estoy convencido de que se trata de Épicos disfrazados, por todo lo que logran hacer. En el equipo en el Reino Unido para este libro estaban Simon Spanton —mi editor en Gollancz, que siempre se asegura de que mis viajes a Londres rebosen de color local y me sienta como en casa— y John Berlyne de Zeno Agency, mi incansable defensor.

Los lectores beta de este libro fueron Brian Hill y Mi'chelle y Josh Walker. Montie Guthrie, Dominique Nolan y Larry Correia me ayudaron con la terminología armamentística. Los lectores gamma y los correctores comunitarios fueron Aaron Ford, Alice Arneson, Bao Pham, Blue Cole, Bob Kluttz, Dan Swint, Gary Singer, Jakob Remick, Lyndsey Luther, Maren Menke, Matt Hatch, Taylor Hatch, Megan Kanne, Samuel Lund, Steve Godecke y Trae Cooper. Si alguna vez me convierto en Épico, seréis los últimos en morir.

Por último, quiero dar las gracias a mi maravillosa esposa, Emily, y a mis tres inquietos chicos. Hacen que la vida valga la pena.

Brandon Sanderson

MITOSIS

1

Había llegado el día, un día que esperaba desde hacía diez años. Un día glorioso, un día monumental, un día importante y distinguido.

Había llegado el momento de comprar un perrito caliente.

Cuando llegamos ya había una mujer haciendo cola, pero no me coloqué el primero. Me lo habría permitido. Yo era miembro de los Reckoners: líderes de la rebelión, defensores de Chicago Nova, los que habían matado al mismísimo Steelheart. Pero hacer cola formaba parte de la experiencia y no quería perderme ni un detalle.

Chicago Nova se extendía a mi alrededor, una ciudad de rascacielos, pasos subterráneos, tiendas y calles permanentemente congeladas en acero. Hacía poco, Tia había puesto en marcha una iniciativa para pintar algunas de aquellas superficies. Entonces, cuando la tiniebla perpetua de la ciudad había desaparecido, resultaba que tantas superficies reflectantes generaban mucho brillo. Con algo de trabajo, en lugar de tener el mismo aspecto en todas partes, la ciudad acabaría convirtiéndose en un tapiz de rojos, naranjas, verdes, blancos y violetas.

Abraham —mi acompañante en aquella excursión en busca de un perrito caliente— siguió mi mirada e hizo una mueca.

—Estaría bien si al pintar las paredes nos preocupásemos más de elegir colores que armonizasen un poco con los del vecino.

Alto y de piel oscura, Abraham hablaba con ligero acento francés. Mientras hablaba observaba a los transeúntes, a los que examinaba con su mirada relajada pero analítica. De la pistolera de

la cadera sobresalía el extremo de un arma. En sentido estricto, los Reckoners no éramos policías. No estaba seguro de qué éramos, pero fuésemos lo que fuésemos, había armas de por medio, y yo llevaba el rifle al hombro. Tras habernos encargado de los disturbios, Chicago Nova era casi pacífica, pero no podíamos dar por supuesto que esa paz fuese a durar mucho. No en aquel momento, cuando ya no había Épicos.

—Tenemos que usar la pintura que tenemos —dije.

—Es horrible.

Me encogí de hombros.

—Me gusta. Los colores son diferentes. No como era antes de Calamity, pero es un cambio enorme con respecto a Steelheart. Hacen que la ciudad parezca un enorme... tablero de ajedrez; aunque sea un ajedrez multicolor.

—¿O una colcha de retales? —dijo Abraham con diversión.

—Vale, supongo; si quieres usar una metáfora aburrida.

Una colcha de retales. ¿Por qué no se me había ocurrido?

La mujer que teníamos delante partió con su perrito caliente y yo me acerqué al puesto: un carrito de metal con una sombrilla transformada en acero que siempre estaba abierta. El vendedor, Sam, era un hombre mayor, con barba y una pequeña gorra roja y blanca. Nos sonrió.

—Para vosotros, a mitad de precio —dijo, preparándonos dos. Al estilo de Chicago, por supuesto.

—¿Mitad de precio? —dijo Abraham—. Salvar el mundo ya no inspira la gratitud de antes.

—Tengo que ganarme la vida —dijo Sam, añadiendo los condimentos. Como... un montón. Mostaza, cebolla, tomate picado, salsa de pepinillos encurtidos, pimienta en grano y, por supuesto, pepinillos en rodajas, y un toque de sal de apio. Justo como lo recordaba. Un verdadero perrito caliente de Chicago tiene el aspecto de que alguien ha disparado una bazuca contra un puesto de verduras, para luego rascar los restos de las paredes y usarlos sobre un tubo de carne.

Ataqué el mío con ansia. Abraham lo miraba escéptico y preguntó:

—¿Kétchup?

El vendedor abrió unos ojos como platos.

—No es de por aquí —aclaré rápidamente—. Nada de kétchup, Abraham. ¿No eres francés? Se supone que tenéis buen gusto para la comida.

—Los francocanadienses tenemos buen gusto para la comida —respondió Abraham, examinando el perrito—, pero no estoy convencido de que esto sea comida.

—Pruébalo.

Mordí el mío. El cielo.

Durante un momento fue como si no hubiese pasado el tiempo. Volvía a estar con mi padre, antes de que todo se viniera abajo. Podía oírlo reír, podía oler la ciudad tal y como era entonces: apestosa en ocasiones, sí, pero también viva; rebosante de gente que hablaba, reía y gritaba. Calles de asfalto, caliente en verano cuando caminábamos juntos. Gente con la camiseta de un equipo de hockey. Los Blackhawks acababan de ganar la copa.

El recuerdo se disipó y volví a estar en Chicago Nova, una ciudad de acero. Pero ese momento de saborearlo todo una vez más... ¡chispas!, había sido maravilloso. Miré a Sam y me sonrió. No podíamos recuperarlo todo. El mundo era un lugar muy diferente.

Pero, maldita sea, podíamos disfrutar de nuevo de los perritos calientes.

Me volví para mirar la ciudad. Nadie más hacía cola y la gente pasaba mirando al suelo. Nos encontrábamos en First Union Square, un lugar sagrado donde antes se había alzado cierto banco. Era también el nuevo centro de las vías de la ciudad. Era un lugar ajetreado, perfecto para vender perritos calientes.

Me puse tenso y luego dejé unas monedas en el carrito de Sam.

—¡Perritos calientes gratis para los diez primeros que los quieran! —grité.

La gente nos miró, pero no se acercó nadie. Algunos, cuando me vieron observarlos, agacharon la vista y siguieron.

Sam suspiró y cruzó los brazos en la parte superior del carrito.

—Lo siento, Steelslayer. Tienen demasiado miedo.

—¿Temen a los perritos calientes? —dije.

—Temen acostumbrarse a la libertad —dijo Sam, viendo como una mujer pasaba corriendo antes de meterse en la calle subterránea, donde todavía vivía la mayoría de la gente. Incluso con luz solar y sin Épicos para atormentarlos, incluso con paredes pintadas y colores, todavía se ocultaban bajo el suelo.

—Creo que los Épicos volverán —dijo Abraham, que era de la misma opinión—. En cierta forma, esperan a que llegue la segunda parte de la película.

—Cambiarán —dije, metiéndome a presión un buen bocado de perrito en la boca. Hablé mientras comía—. Lo verán claro.

Por eso lo habíamos hecho, ¿no? ¿Lo de matar a Steelheart? Lo habíamos hecho para demostrar que podíamos contraatacar. Los demás acabarían comprendiendo. Tenían que entender. Los Reckoners por sí solos no podían enfrentarse a todos los Épicos del país.

Le hice un gesto a Sam.

—Gracias. Por lo que haces.

Asintió. Podría parecer una tontería, pero que Sam abriese su puesto de perritos era uno de los acontecimientos más importantes de la ciudad en los últimos diez años. Algunos peleábamos con armas y asesinatos. Otros luchaban con un carrito de perritos en la esquina.

—Veremos —dijo Sam, apartando las monedas que le había dejado, excepto dos de cinco centavos para pagar los perritos. Habíamos vuelto a usar dinero estadounidense, aunque solo las monedas, a las que asignábamos mucho más valor. El gobierno local las garantizaba si se pagaba con ellas en tiendas de comida; había sido una propuesta de Tia.

—Quédatelo todo —dije—. Perritos gratis para los primeros diez clientes. Haremos que cambien, Sam. Mordisco a mordisco.

Sonrió y se guardó el dinero. Mientras Abraham y yo nos alejábamos, la voz de Tia, seca y preocupada, se oyó en el auricular.

—¿Tenéis algo de lo que informar?

—Los perritos son maravillosos —dije.

—¿Perritos? —dijo—. ¿Perros de vigilancia? ¿Habéis ido a las perreras?

—El joven David —dijo Abraham con la boca llena— me ha dado a conocer la cocina local. Los llaman perritos calientes, porque solo valen para alimentar animales, ¿no?

—¿Lo has llevado al puesto de perritos calientes? —preguntó Tia—. ¿No se suponía que estabais con las bienvenidas?

—Ignorantes, los dos —dije metiéndome el resto del perrito en la boca.

—Estamos de camino, Tia —dijo Abraham.

Abraham y yo nos dirigimos a las puertas de la ciudad. El nuevo Gobierno municipal había decidido aislar el centro y lo había hecho levantando barricadas con los muebles de acero para bloquear algunas calles. Eso ofrecía un perímetro de control razonable que nos permitía ver quién entraba en la ciudad.

Vimos gente ocupándose de sus asuntos, con la cabeza gacha. Sam tenía razón. Tras el derrocamiento de Steelheart, la mayor parte de la población parecía creer que en cualquier momento los Épicos caerían sobre la ciudad; hasta el punto de que muchísima gente la había abandonado.

Lo que no dejaba de ser una contrariedad, ya que había un Gobierno provisional. Teníamos agricultores para ocuparse de los campos exteriores y Edmund hacía uso de sus habilidades de Épico para producir electricidad gratis para toda la ciudad. Incluso la policía estaba formada en gran parte por antiguos miembros de Control de Steelheart.

En aquel momento Chicago Nova funcionaba tan bien como bajo Steelheart. Habíamos intentado replicar su organización, exceptuando el apartado de «asesinatos indiscriminados de inocentes». Se vivía bien aquí. Con toda seguridad mejor que en cualquier otro lugar en el resto de los Estados Fracturados.

Pero aun así, la gente se ocultaba y aguardaba el desastre.

—Se darán cuenta —murmuré.

—Quizá —dijo Abraham mirándome.

—Solo hay que esperar.

Se encogió de hombros y masticó el resto del perrito. Hizo una mueca.

—Creo que no voy a poder perdonarte jamás, David. Ha sido horrible. Los sabores deberían complementarse mutuamente, no entablar una guerra a muerte.

—Te lo has acabado.

—No quería ser descortés. —Volvió a hacer una mueca—. Realmente espantoso.

Caminamos en silencio hasta llegar a la primera calle abierta. Allí los miembros del Control se ocupaban de un grupo de gente que quería entrar. Personas con pasaportes de Chicago Nova —agricultores o recuperadores que trabajaban fuera del centro— pasaban sin problema. Sin embargo, los recién llegados tenían que detenerse y esperar indicaciones.

—Hoy tenemos una buena multitud —comenté. En la cola de los nuevos había unas cuarenta o cincuenta personas.

Abraham gruñó. Los dos nos acercamos a un hombre vestido con la armadura negra de Control que explicaba las normas de la ciudad a un grupo vestido con ropa sucia y gastada. Seguramente la mayoría de ellos habían pasado el último año fuera de la civilización, esquivando a los Épicos y sobreviviendo como hubieran podido en una tierra controlada por distintas capas de tiranos, como muñecas rusas con pequeñas caras diabólicas.

«Dos familias entre los nuevos», pensé al ver a hombres y mujeres con hijos. Eso me animó.

Mientras varios soldados seguían con la orientación, uno de ellos —Roy— se me acercó. Al igual que los otros soldados, llevaba armadura negra, sin casco. Los miembros de Control ya daban bastante miedo sin necesidad de ocultarse la cara.

—Hola —dijo Roy. Era un pelirrojo delgado que conocía de cuando éramos pequeños. No sabía si todavía estaba resentido porque una vez le había disparado en la pierna.

—¿Qué tal el grupo? —pregunté en voz baja.

—Mejor que el de ayer —dijo Roy, refunfuñando—. Menos oportunistas, más inmigrantes de verdad. La diferencia queda clara en cuanto explicas los trabajos que necesitamos.

—¿Los oportunistas se niegan a trabajar?

—No —dijo Roy—. Se emocionan demasiado, todo sonrisas y buena disposición. Es una farsa. Planean pasar a una cuadrilla de trabajo para dejarla en cuanto tengan una oportunidad y ver qué pueden robar. No los dejaremos pasar.

—Tened cuidado —dije—; no vayáis a poner a alguien en la lista negra solo por ser un optimista.

Roy se encogió de hombros. Control estaba de nuestro lado —disponíamos de la energía que hacía funcionar sus armas y armaduras—, pero ellos también parecían estar nerviosos. Steelheart los había usado a veces para luchar contra Épicos menores. Por lo que había oído, el resultado no había sido muy bueno para los humanos normales en ninguno de los dos bandos del conflicto.

Esos hombres sabían de primera mano lo que era enfrentarse a los Épicos. Si uno poderoso decidía ocupar el puesto de Steelheart, la fuerza de Control valdría menos que una bolsa de serpientes en un concurso de baile.

Le di a Roy un golpecito de ánimo en el hombro. Los agentes terminaron la orientación y me uní a Abraham, que se había puesto a presentarse uno a uno a los recién llegados. Habíamos decidido que después de la alegre bienvenida de Control con sus miradas

serias, reglas estrictas y ojos suspicaces, algo de charla amistosa por parte de alguien más normal podría ser agradable.

Di la bienvenida a una de las familias. Les conté lo maravillosa que era Chicago Nova y cómo me alegraba que hubiesen venido. No les di detalles sobre quién era yo, aunque di a entender que era el intermediario entre la ciudad y los Reckoners. A aquellas alturas ya tenía el discurso más que aprendido.

Mientras hablábamos, vi pasar a alguien.

Ese pelo. Esa figura.

Me volví de inmediato. Tartamudeé las últimas palabras de mi recibimiento. En el pecho el corazón era como un martillo. Pero no era ella.

Claro que no era ella. «Eres idiota, David Charleston —me dije, ocupándome de nuevo de mis obligaciones—. ¿Cuánto tiempo más vas a estar dando saltos en cuanto ves a alguien que se parece vagamente a Megan?».

La respuesta parecía sencilla: lo haría hasta que la encontrase.

Al grupo le gustó mi presentación, porque sus miembros se relajaron; incluso me hicieron algunas preguntas. Resultó que la familia de mi grupo había huido años antes de Chicago Nova, tras decidir que la comodidad no justificaba la tiranía. Ahora estaban dispuestos a probar de nuevo.

Les hablé de algunos trabajos en concreto que creía que debían tener en cuenta y les propuse que en cuanto pudiesen consiguiesen unos móviles. Gran parte de la administración de la ciudad se realizaba vía móvil y el hecho de tener electricidad para cargarlos era uno de los grandes atractivos de Chicago Nova. Yo quería que todas esas personas dejaran de considerarse refugiados. Ahora pertenecían a una comunidad.

Concluida la presentación, di un paso atrás y les permití entrar en la ciudad. Avanzaron, inquietos, mirando a los altos edificios. Daba la impresión de que Roy tenía razón. Era un grupo más prometedor que los que habían llegado antes. Estábamos logrando algo. Y...

Fruncí el ceño.

—¿Has hablado con ese? —le pregunté a Abraham, señalando a un hombre al final del grupo. Iba vestido de forma sencilla, vaqueros, una camiseta gastada y zapatillas de deportes sin calcetines. Los tatuajes le cubrían el antebrazo y en una oreja llevaba un pendiente. Musculoso, con llamativos rasgos abultados y de unos treinta y tantos años. Había algo que...

—No ha hablado mucho —dijo Abraham—. ¿Lo conoces?

—No —entorné los ojos—. Espera aquí.

Seguí al grupo, saqué el móvil y lo miré mientras caminaba, fingiendo estar distraído. Caminaron, como les habíamos indicado, hacia las oficinas de First Union Square.

Quizá no fuese nada. A veces me ponía un poco paranoico cuando el Profesor se iba de la ciudad. Él y Cody habían ido al este para tratar con otra célula Reckoner. Baier o algo así, se suponía.

Últimamente el Profesor actuaba de forma extraña; al menos, así era como lo describíamos. En realidad *extraño* era un eufemismo de «el Profesor es secretamente un Épico e intenta con todas sus fuerzas no volverse malo y matarnos a todos, por lo que a veces se vuelve un poco antisocial».

Ahora ya conocía a tres Épicos. Tras una vida odiándolos y planeando cómo matarlos, conocía a tres. Había hablado con ellos, había comido con ellos, había luchado a su lado. Me caían bien. Bueno, en el caso de Megan, algo más que bien.

Comprobé el grupo y miré el móvil. La vida se había vuelto moleestamente complicada. Cuando Steelheart andaba por allí solo tenía que preocuparme de...

Un momento.

Me detuve y volví a mirar al grupo que seguía. El hombre al que vigilaba ya no estaba con los demás.

¡Chispas! Me eché contra una pared de acero, fijé el móvil en la parte superior izquierda de la chaqueta y agarré el rifle. ¿Adónde había ido?

«Debe de haberse metido en una de las calles laterales». Fui hasta la que acabábamos de dejar atrás y eché un vistazo. Una sombra se alejaba de mí. Esperé hasta que giró la siguiente esquina y lo seguí rápido. En la esquina me agaché y miré en su dirección.

El hombre de antes, de vaqueros y sin calcetines, estaba de pie mirando a un lado y a otro.

De repente había dos.

Las figuras gemelas se separaron y cada una siguió una dirección diferente. Llevaban la misma ropa, tenían el mismo paso, los mismos tatuajes y el mismo pendiente. Eran como dos sombras superpuestas que se hubiesen separado.

¡Ay, chispas! Volví a esconderme, puse el móvil en silencio de forma que solo podría oírlo por el auricular y me lo acerqué.

—Tia, Abraham —susurré—. Tenemos un gran problema.

2

—Ah —me dijo Tia al oído—. Lo he encontrado.

Asentí. Seguía a una de las copias. Ya se había dividido dos veces más y había mandado los clones en distintas direcciones. Me parecía que no me había visto.

—Mitosis —dijo Tia, leyendo mis notas—. Se llamaba originalmente Lawrence Robert. Un Épico extraño, con, por lo que se sabe hasta ahora, un único poder: puede dividirse en un número desconocido de copias de sí mismo. Aquí dices que fue guitarrista de una antigua banda de rock.

—Sí —dije—. Todavía tiene ese aspecto.

—¿Por eso te llamó la atención? —me preguntó Abraham al oído.

—Quizá. —Dudaba. Durante mucho tiempo estuve seguro de que podía identificar a un Épico, incluso aunque no manifestaran ningún poder. Había algo en su forma de caminar, en el porte.

Eso fue antes de no lograr reconocer ni a Megan ni al Profesor.

—¿Lo tienes categorizado como gran Épico? —preguntó Tia.

—Sí —dije en voz baja. Estaba viendo una versión de Mitosis que tranquilamente examinaba a la gente que pasaba en una esquina—. Recuerdo algunas cosas. Va a ser difícil matarlo, chicos. Si un clon suyo sobrevive, él sobrevive.

—¿Los clones también se dividen? —preguntó Abraham.

—En realidad no son clones —dijo Tia. Oí que movía papeles; repasaba mis notas—. Son todos versiones de él, pero no hay un

individuo primario. David, ¿estás seguro de todo esto?

—La mayor parte de mi información es de terceros —admití—. Donde he podido he intentado estar seguro, pero todo lo que he escrito hay que leerlo con reservas.

—Bien, aquí dice que los clones están todos conectados. Si uno muere, los otros lo sabrán. Pero para compartir recuerdos tienen que combinarse, así que eso ya es algo. ¿Y qué es esto? Cuantas más copias hace...

—Más tontas son —terminé yo al recordarlo—. Como individuo único es muy listo, pero cada clon nuevo reduce la inteligencia de todos ellos.

—Suen a punto débil —dijo Abraham por el móvil.

—También odia la música —dije—. Justo después de convertirse en Épico se dedicó a destruir los departamentos de música de los centros comerciales. Se sabe que mata de inmediato a todo el que ve con auriculares y demás.

—¿Otro punto débil en potencia? —dijo Abraham.

—Sí —dije—, pero aun así, habría que acabar con todas las copias. Ese es el gran problema. Incluso si logramos matar a todos los Mitosis que podamos encontrar, seguro que tiene algunas versiones de sí mismo distribuidas por ahí, ocultas.

—¡Chispas! —dijo Tia—. Como ratas en un barco.

—Sí —dije—. O purpurina en la sopa.

Tia y Abraham guardaron silencio.

—¿Alguna vez habéis intentado sacar toda la purpurina de la sopa? —exigí—. Es muy complicado.

—¿Por qué iba a haber purpurina en la sopa? —preguntó Abraham.

—No sé —dije—. Quizá los otros chicos te la pusieron. ¿Importa? A ver, Tia, ¿las notas dicen algo más?

—Es todo lo que tienes. Me pondré en contacto con los otros eruditos y veré si alguien sabe algo más. David, sigue observando. Abraham, ve a la oficina gubernamental y con discreción ponlos en

estado de emergencia. Lleva a la alcaldesa y su gabinete a las celdas seguras.

—¿Vas a llamar al Profesor? —pregunté en voz baja.

—Se lo haré saber —respondió—, pero está a varias horas de distancia, aunque mandara el helicóptero. David. No hagas tonterías.

—¿Cuándo he hecho alguna tontería?

Volvieron a guardar silencio.

—Tú intenta controlar tu impulsividad natural —dijo Tia—; al menos hasta tener un plan.

Un plan. A los Reckoners les encantaba hacer planes. Se pasaban meses montando la trampa perfecta para un Épico. Lo que les había ido muy bien cuando eran una fuerza agresora en la sombra, que atacaba para volver a desaparecer.

Pero ya no era así. Ahora teníamos un lugar que defender.

—Tia —dije—, puede que no tengamos tiempo. Mitosis está aquí hoy; no podemos emplear meses en decidir cómo acabar con él.

—Jon no está aquí —dijo Tia—. Eso significa que no hay chaquetas, no hay tensores, no hay reparador.

Eso era cierto. Los poderes Épicos del Profesor eran la fuente de esas habilidades, que me habían salvado la vida en muchas ocasiones. Pero si se alejaba demasiado, los poderes cedidos dejaban de actuar.

—Quizá no ataque —dijo Abraham, jadeando un poco al hablar. Probablemente estuviese corriendo de camino a la sede de Gobierno—. Es posible que solo esté vigilando. O quizá no sea un antagonista. Es posible que un Épico solo busque un buen lugar para vivir y no cause problemas.

—Está usando sus poderes —dije—. Ya sabes lo que eso implica.

Ahora ya lo sabíamos todos. El Profesor y Megan lo habían demostrado. Si los Épicos usaban sus poderes, se corrompían. La única razón para que el Profesor y Edmund no fuesen malvados es

que no empleaban directamente sus poderes. Cederlos, de alguna forma, los purificaba. Al menos, eso pensábamos.

—Bien —dijo Abraham—, quizás...

—Espera —dije.

Mitosis entró en la calle de acero. Luego sacó la pistola que llevaba en la cintura de los vaqueros. Una Magnum de gran calibre... muy lejos de ser la mejor pistola. Era el arma de alguien que había visto demasiadas películas antiguas sobre policías de egos desmesurados.

Claro está, seguía siendo un arma que podía matar. Una Magnum le podía hacer a una cabeza lo que una calle a un melón arrojado desde un helicóptero. Contuve el aliento.

—He venido aquí —gritó Mitosis— a por el que llaman Steelslayer, el niño que supuestamente mató a Steelheart. Por cada cinco minutos que tarde en presentarse ante mí, mataré a un miembro de la población.

3

—Bien —dijo Abraham—. Imagino que ya tenemos respuesta.

—Los clones lo repiten por toda la ciudad —dijo Tia—. Exactamente las mismas palabras.

Lancé una maldición, me escondí en el callejón. Agarré el rifle y sudé a mares.

A por mí. Había venido a por mí.

Durante toda mi vida yo no había sido nadie, lo cual no me importaba. Es más, había trabajado muy duro para ser exactamente mediocre en todas mis asignaturas. En parte me había unido a los Reckoners porque nadie sabía quiénes eran. No quería la fama. Quería vengarme de los Épicos. Cuantos más muriesen, mejor.

El sudor me caía por la cara.

—¡Ha pasado un minuto! —aulló Mitosis—. ¿Dónde estás? Quiero verte con mis propios ojos, Steelslayer.

—Maldita sea —dijo Tia en mi oído—. No te asustes, David. Música... música... eso tiene que ser una pista sobre su punto débil. ¿Cómo se llamaba su banda?

—Weaponized Cupcake —respondí.

—Estupendo —dijo Tia—. Su música debería estar en los archivos de los eruditos; tenemos copias de la mayoría de lo que hay en la biblioteca del Congreso.

—¡Dos minutos! —gritó Mitosis—. Huyes de mí, Steelslayer, pero soy como un dios. Estoy en todas partes. No creas que no daré con alguien a quien matar.

Me vinieron imágenes a la cabeza. El vestíbulo atestado de un banco. Huesos chocando contra el suelo. Una mujer agarrada a su bebé. En aquel momento no pude hacer nada.

—Es lo que nos pasa —dijo Abraham— por dejarnos ver. Por esto Jon siempre quería que estuviésemos ocultos.

—No podemos representar algo si siempre actuamos en las sombras, Abraham —dije.

—¡Tres minutos! —gritó Mitosis—. Sé que vigiláis la ciudad. Sé que podéis oírme.

—David... —dijo Tia.

—¡Parece que eres un cobarde! —dijo Mitosis—. Quizá si le disparo a alguien...

Salí, apunté y mandé una bala a la frente de Mitosis.

Tia suspiró.

—Tenemos informes de al menos treinta y siete copias diferentes gritando por toda la ciudad. ¿De qué sirve matar a una?

—Sí —dijo Abraham—, y ahora sabe dónde estás.

—En eso confío —dije, echando a correr—. ¿Tia?

—¡Chispas! —dijo—. Estoy viendo las imágenes de cámaras dispersas por toda la ciudad. David, todos corren a por ti. A docenas.

—Bien —dije—. Mientras me persigan a mí no le disparan a otra persona.

—No te puedes enfrentar a todos, tarugo —dijo Tia.

—Ni lo pretendo —dije, resoplando por el esfuerzo al girar una esquina—. Vas a tener que deducir su punto débil y descubrir cómo acabar con él, Tia. Yo me limitaré a distraerlo.

—He llegado —dijo Abraham—. La oficina gubernamental ya está en estado de alerta. Pondré en lugar seguro a la alcaldesa y al consejo. Creo que este es un buen momento para activar el sistema de mensajes de emergencia.

—Sí —dijo Tia—, ya estoy.

Los móviles de todos los habitantes de la ciudad estaban conectados y Tia podía activarlos todos simultáneamente para

enviar instrucciones: en este caso, la orden de abandonar las calles y quedarse en el interior.

Giré en otra esquina y me encontré casi de cara con otro clon de Mitosis. Los dos nos mostramos sorprendidos. Él fue el primero en coger el arma y me disparó, un estruendo ensordecedor, como si disparase un maldito cañón.

También falló. Ni siquiera estaba cerca. Las grandes pistolas son muy impresionantes, y poseen un impacto extraordinario. Pero solo si le das al blanco.

Le apunté con la mira, pasé de su siguiente disparo y le di al gatillo. Justo en aquel momento tembló y salió otro duplicado suyo. Fue como si de pronto estuviese hecho de plastilina y otra versión de él se limitase a apartarse a un lado.

Daba náuseas. El disparo acabó con el primer Mitosis, que se quedó con un agujero en el pecho. Al morir intentó duplicarse de nuevo, pero el duplicado también acabó con un agujero en el pecho, cayó hacia delante y murió casi instantáneamente.

Pero el otro clon también se duplicaba. Lancé un exabrupto y le disparé, pero no antes de que apareciese otra versión, y esa ya estaba intentando clonarse. Acabé con ella antes de que se dividiese.

Tomé aliento. Al bajar el rifle las manos me temblaban. En el suelo había cinco cadáveres. El cargador del rifle llevaba treinta balas. Nunca me habían parecido pocas, pero un minuto de Mitosis clonándose podía dejarme fácilmente sin ninguna.

—¿David? —me preguntó Tia—. ¿Estás bien? —Podía verme, empleando la red de vigilancia de Steelheart.

—Estoy bien —dije todavía estremecido—. Solo que todavía no me he acostumbrado a que me disparen.

Respiré hondo varias veces, resistiéndome a la ansiedad, y me acerqué a los clones de Mitosis. Empezaban a fundirse.

Miré entre fascinado y asqueado cómo los clones se descomponían, la carne se convertía en una baba blancuzca. Se fundieron los huesos y luego la ropa. A los pocos segundos los

cadáveres no eran más que un amasijo de colores e incluso ese amasijo parecía estar evaporándose.

¿De dónde salía la masa de cada nuevo cuerpo? Parecía imposible. Pero la verdad, los Épicos tenían la costumbre de tratar la física como algo que les sucedía a otros, como el acné o las deudas.

—¿David? —dijo Tia—. ¿Por qué sigues ahí? ¡Chispas, chico! Vienen más.

Cierto. Docenas de malvados clones épicos. Con la misión de matarme.

Salí corriendo en una dirección cualquiera; no importaba mucho adónde fuese, siempre que me mantuviese por delante de los clones.

—¿Ya has dado con la música? —le pregunté a Tia.

—En eso estoy.

Corrí por el puente. El río habría sido una excelente barrera natural para aislar el centro de la ciudad, solo que Steelheart lo había convertido, a todos los efectos, en una autopista de acero, excepto que con la superficie ondulada. La corriente de agua que había fluido por ese lugar se había desviado hacia el río Calumet.

Llegué al otro lado del puente y miré por encima del hombro. Un grupo de figuras, todas vestidas igual, había surgido de las calles laterales y corría hacia mí, algunas echando la mano a la espalda para coger la pistola. Parecieron reconocerme y algunas dispararon.

Me eché a un lado, en dirección a un antiguo hotel con ventanas de acero y un trío de mástiles que se extendían hacia el cielo con las banderas congeladas onduladas. Casi lo paso, pero vacilé. Una de las puertas principales se había quedado abierta. Tomé una decisión inmediata y corrí hacia la puerta. Pasé como pude entre la puerta y el marco y entré en el vestíbulo del hotel.

El interior no estaba tan oscuro como había pensado. Avancé lentamente por un vestíbulo lleno de muebles que eran como esculturas. Los antiguamente mullidos sillones eran de metal duro.

En un sofá se veía un hueco allí donde alguien había estado sentado cuando se produjo la transfiguración.

La luz entraba por una serie de agujeros, del tamaño de puños, en las ventanas principales, que también eran ya de acero. Aunque estaba vacío, el vestíbulo no parecía sucio ni desastroso. Comprendí de pronto que era uno de los edificios ocupados por los favoritos de Steelheart durante sus años de Gobierno.

Me subí a un banco junto a una ventana. Me apoyé y miré por uno de los agujeros. En el exterior, en la calle iluminada por el sol, los clones redujeron su avance y bajaron las armas al tiempo que buscaban. Parecía que había logrado darles esquinazo.

—¡Quiero la verdad! —gritaron de pronto los clones todos a la vez. El efecto dio todavía más miedo que verlos juntos—. No mataste a Steelheart. No asesinaste a un dios. ¿Qué sucedió realmente?

Evidentemente, no respondí.

—Tus rumores llegan lejos —añadió Mitosis—. La gente quiere creer tus fantasías. Yo les mostraré la realidad. Tu cabeza, David Charleston, y mi imperio en Chicago Nova. No sé cómo se produjo realmente la caída de Steelheart, pero era débil. Necesitaba hombres para llevar la administración, para ser su ejército.

Los clones seguían moviéndose y extendiéndose. Algunos se agitaron y se dividieron en múltiples copias.

—Yo soy mi propio ejército —dijo Mitosis—. Y reinaré.

—¿Lo estás viendo? —susurré.

—Sí —dijo Tia—. Tengo las cámaras de la ciudad y me he conectado a la toma de vídeo de tu auricular. ¿No debería sonar más estúpido a medida que crea más clones?

—Creo que hay algún error en mis notas —dije. Me había visto obligado a quemar la mayor parte de las notas y a conservar solo lo más importante. Había perdido gran parte de mis fuentes primarias y de las elucubraciones, por lo que era factible que me hubiese equivocado en algún detalle.

Fuera, Mitosis seguía duplicándose. Dos veces, tres, media docena. Pronto habría cientos. Se fueron distanciando con cuidado, luego, uno a uno, se detuvieron. Cerraron los ojos, mirando al cielo.

«¿Qué hace?», pensé, agarrando el rifle con fuerza. Me moví en el banco y rocé la pared.

Algunos de los clones que estaban más cerca del hotel abrieron los ojos de pronto y me miraron. ¡Chispas! Había creado su propia red de sensores, en la que empleaba cientos de copias de sus oídos. Ahora tenía claro que los clones disfrutaban de más coordinación de la que había supuesto. Me alejé de la pared, intentando hacerlo con rapidez. Puede que hubiese una salida trasera.

—Lo tengo —dijo Tia—. Archivo de música metal alternativa de antes de Calamity.

La voz a través del auricular era increíblemente baja. Aun así, hubo ruidos en los escalones. Lo habían oído.

Venían a por mí.

Corrí, salté sobre un sofá y me dirigí hacia los pasillos del hotel. En algún lugar tenía que haber una salida.

Pasé bajo chorros de luz, agujeros practicados en el techo como si fuesen grifos. En el centro del hotel el edificio era plano con una torre lateral de muchos pisos. No quería verme atrapado en la torre, por lo que cogí otro pasillo que partía de una puerta destruida hacía mucho tiempo. Aquella luz al fondo probablemente fuese una salida para...

En la salida había sombras que se movían. Clones, como una docena, uno tras otro. Uno sacó el arma y me apuntó, pero al darle al gatillo, el arma se fragmentó y se convirtió en polvo. El clon maldijo y me atacó.

«¿Qué ha pasado?», pensé.

No tenía tiempo de hacerme preguntas. Me desvié por otro pasillo. Estaba en la zona administrativa del hotel, tras la recepción.

—Estoy buscándote un mapa —dijo Tia.

—No —dije, sudando—, ¡la música!

—Vale.

Por aquel camino había más clones. Estaba arrinconado.

Me metí en una habitación. En su momento debió de ser una zona administrativa, a juzgar por el escritorio y las sillas congeladas, pero alguien había convertido la mesa en una cama con almohadas y en la entrada había incluso una puerta de madera fijada con nuevas bisagras. Impresionante.

Cogí la puerta y la cerré de un golpe. En el último momento apareció un brazo.

Al otro lado el clon se quejó cuando yo empujé, pero alrededor de la puerta aparecieron otras manos que intentaban agarrarme. Cada una llevaba un viejo reloj de pulsera. Los relojes se soltaron y se rompieron al rozar la puerta o la pared. Al chocar contra el suelo, los relojes se rompían y se convertían en polvo.

—Son inestables —dijo Tia, que todavía observaba el vídeo—. Cuantos más clones crea, peor mantiene la estructura molecular.

Los clones lograron abrir la puerta y me tiraron hacia atrás. Cogí el rifle del hombro y disparé una vez mientras una docena, pasando del peligro, entraba en la habitación. La ropa se les rompía con facilidad y cuando caía un fragmento se desintegraba de inmediato.

—Álbumes de Weaponized Cupcake —dijo Tia.

Los clones se me apilaban encima con las manos en torno a mi garganta, unos, y quitándome la pistola, otros.

—¿Cuál? —preguntó Tia—. *¿Ansias de tuberculosis? ¿El álbum fuliginoso? ¿Móntate en el tren rápido?*

—¡Aquí como que me están asesinando, Tia! —dije, luchando por apartar las manos del cuello.

Eran demasiados. Las manos se apretaron más, cortando el aire. Los clones seguían entrando en la habitación y los cercanos se pusieron a dividirse, lo que dificultaba cualquier movimiento. Querían atraparme. Incluso si lograba apartar los dedos del cuello, no podría huir.

Oscuridad en los bordes de mi visión, como un moho persistente. Luché por liberar la garganta.

—¿David? —dijo la voz de Tia—. ¡Tienes que activar el altavoz del móvil, David! Yo no puedo hacer nada. ¿David, me oyes? ¿David?

Cerré los ojos. Solté las manos que me agarraban el cuello y obligué a los dedos a pasar por entre la masa de brazos. Ahogándome, con la sensación de que la laringe cedería en cualquier momento, me esforcé y llevé los dedos hasta el hombro, donde llevaba el móvil. Le di al interruptor lateral.

La música sonó furiosa en la habitación atestada y sofocante.

Los clones que tenía directamente encima se pusieron a temblar y vibrar, como si fuesen a dividirse, pero en vez de eso, empezaron a fundirse y la carne se separaba de los huesos. Los que tenía más cerca retrocedieron apresuradamente, con lo que otras versiones idénticas de sí mismos se pegaban contra las paredes.

Respiré hondo. Durante un momento solo pude quedarme tendido, con la carne y los huesos de los clones fundiéndose a mi alrededor.

Aire. El aire es asombroso de veras.

La música siguió sonando, un estruendoso riff heavy que pasaba de acorde en acorde con algo que recordaba, casi, un corazón latiendo. Los clones que tenía más cerca vibraban siguiendo el ritmo y su piel se agitaba como olas en el agua, pero no se fundieron.

—Tan abominable —dijo uno de ellos con desprecio en la expresión—. Jason no podía escribir un riff ni para salvar la vida. Los mismos cuatro acordes, repetidos una y otra vez, una y otra vez.

Me extrañó. Cogí el arma. Me quedé sentado en medio del grupo de clones. Algunos habían salido de la habitación.

—Es extraño —dijo Tia.

«Necesito una salida», pensé.

—Incluso los que están fuera vibran un poco, David. Lo veo por las cámaras. Pero es imposible que oigan la música.

—Están conectados —dije, tosiendo. Me puse en pie con esfuerzo, el rifle en una mano y el móvil en la otra. Lo agité e intenté

apartar los clones—. Nos hace falta más música —dije—. Mucha, al máximo volumen posible. Eso...

Los clones me atacaron. Pasando del peligro, se me amontonaron encima e intentaron cogerme el móvil y arrancármelo de los dedos. Los más cercanos empezaron a fundirse, pero aun así se agarraron al brazo y siguieron luchando mientras la carne se les caía de los huesos.

Me quedé en una esquina. Vi que había algo de luz que venía de arriba. Una ventana cubierta por una tabla.

Acompañado por el sonido de la vibrante música rock, mantuve los clones a distancia y dejé media docena de ellos fundidos en el suelo. Los otros se reunieron en el extremo opuesto de la habitación, con los rostros ocultos bajo la limitada iluminación.

—¿Cómo sucedió de verdad? —preguntaron al unísono—. ¿Qué Épico mató a Steelheart y cómo te llevaste el mérito?

—No es como si Steelheart fuese inmortal —dije.

—Era un dios.

—Era un hombre que sufría una maldición —dije, acercándome poco a poco a la ventana. Los restos viscosos de hueso y carne se evaporaban sobre mi cuerpo, dejando la ropa tan seca como si nada hubiese pasado—. Igual que tú. Lo siento.

Los clones avanzaron. Usé la música para fundir a los cercanos, pero no parecía importarles. Avanzaban; se caían al suelo y se disolvían en la nada. Siguieron hasta que solo quedó uno en la puerta, aunque más allá veía sombras de los otros. ¿Por qué se mataban?

Uno del fondo cogió la pistola. No se rompió al levantarla. ¡Chispas! Mitosis había querido reducir el número para que las copias fuesen más estables.

Di un grito y salté sobre la mesa. Tuve que dejar caer el rifle para arrancar la tabla.

Un disparo a mi espalda. Sentí el golpe inmediato en el costado derecho, justo bajo el brazo, como si me hubiesen dado un puñetazo.

En la Fábrica, veíamos películas antiguas todas las noches, tras terminar el trabajo. Las ponían en el viejo televisor que colgaba de la pared de la cafetería. Recibir un disparo no era como parecía en la tele. No resollé ni me caí tendido en el suelo. Al principio ni me di cuenta de que había recibido un disparo. Pensé que los clones me habían lanzado algo.

Nada de dolor. Solo calor en el costado.

Eso era la sangre.

Miré la herida. La bala había arrancado un trozo de carne justo bajo la axila antes de atravesar el antebrazo. Era un desastre, caliente y húmedo. La mano no me funcionaba bien, no se cerraba.

Me habían disparado. ¡Calamity!, me habían disparado.

Es lo único en lo que pude pensar durante un aterrador momento. La gente moría al recibir un disparo. Me puse a temblar; la habitación parecía temblar. Iba a morir.

Otro disparo dio en la pared que tenía junto a la cabeza.

«¡Morirás todavía antes si no te mueves! —pensó una parte de mi mente—. ¡Ahora!».

Me volví y le lancé el móvil a Mitosis. Funcionó; al acercarse la música, los clones se agitaron y se fundieron. El móvil acabó en la puerta, impidiendo el paso a los de fuera. Pero todavía me quedaba el auricular, conectado inalámbricamente.

De alguna forma reuní la fuerza mental suficiente para levantarme con un brazo y salir por la ventana. Tropecé bajo la luz del sol y caí al suelo del exterior.

Había oído que no era la bala lo que te mataba, sino la conmoción. El horror de haber recibido el disparo, la sensación de terror, te impedía huir del peligro y buscar ayuda.

Apreté una mano sobre el agujero del costado, que era peor que la herida del brazo, y la cerré con fuerza mientras me apoyaba contra la pared.

—¿Tía? —dije. Suponía que todavía estaba lo suficientemente cerca del móvil y el auricular funcionaría. No estaba seguro de cuánto tendría que alejarme antes de perder la recepción.

—¡David! —dijo la voz en mi oído—. ¡Chispas! Quédate sentado. Abraham está en camino.

—No puedo sentarme —dije gruñendo mientras me levantaba—. Vienen los clones.

—¡Te han disparado!

—En el costado. Las piernas todavía funcionan. —Me alejé a trompicones, hacia el río. Recordaba que allí había algunas entradas a las vías subterráneas.

Tia maldijo y perdí su voz a medida que me alejaba del hotel. Por suerte, parecía que Mitosis no había previsto que escaparía por aquel camino. En caso contrario, ya habría clones esperándome.

—¡Calamity! —dijo Tia—. David, se multiplica. Hay cientos yendo a por ti.

—No hay problema. Soy un astronauta rinoceronte.

Guardó silencio un momento.

—¡Ay! Ya deliras.

—No, no. Quiero decir que voy a sorprenderlo. ¿Qué es lo más sorprendente que se te ocurre? Seguro que es un astronauta rinoceronte. —Perdía la conexión—. Puedo aguantar, Tia. Tú busca la respuesta. Consigue que suene la música por toda la ciudad, quizá con algunos helicópteros. Que suene alta. Ya darás con la respuesta.

—David...

—Yo lo distraeré, Tia —dije—. Ese es mi trabajo. —Vacilé—. ¿Qué tal lo hago?

No hubo respuesta. Estaba demasiado lejos del hotel.

¡Chispas! De la última parte iba a tener que encargarme solo. Renqueé hasta el río.

4

Mientras caminaba con esfuerzo me arranqué parte de la camisa y me la puse alrededor del brazo; luego volví a apretar con la mano la herida del costado. Llegué hasta los escalones del río y miré por encima del hombro.

Venían como una oleada, un torrente de figuras idénticas amontonándose por la calle.

Lancé una maldición y renqueé escaleras abajo. Aun así, todo iba bien; con cierta versión horrible de bien: mientras Mitosis me persiguiese, no hacía daño a nadie y no intentaba conquistar la ciudad.

Llegué al final de la escalera justo cuando llegó el flujo de figuras. Algunas saltaban sobre la barandilla para ahorrarse algunos escalones, otras bajaban en tumulto cada escalón.

Me obligué a ir más rápido hacia una serie de agujeros abiertos en la pared, justo por encima del río. Conductos de aire para las calles subterráneas; apenas habría el espacio justo para entrar por ellos. Llegué a uno antes que los clones y me metí al tiempo que le daba una patada a una mano que intentaba pillarme el tobillo. Logré girarme, mirando a la abertura, y fui hacia la oscuridad.

Las figuras se arremolinaron en la entrada del túnel. Me quitaban la luz. Una de ellas se agachó y me miró.

—Muy listo —dijo—. Vas a donde solo podemos llegar de uno en uno. Por desgracia para ti, eso también te deja atrapado.

Seguí retrocediendo. Perdía fuerzas y la sangre hacía que las manos se me resbalasen sobre el acero.

Mitosis entró en el túnel y avanzó.

A muchos Épicos les encanta considerarse depredadores, como si estuvieran un paso más allá de los humanos: el pináculo de la evolución. Eran idiotas. Los Épicos no estaban por encima de los humanos; al contrario, eran menos civilizados, más guiados por los instintos. Un paso más atrás.

Eso no significa que no me sintiese aterrorizado al ver la figura oscura viniendo a por mí y sabiéndome confinado en un túnel interminable con esa cosa mientras me desangraba lentamente.

—Me contarás la verdad —dijo Mitosis, acercándose—. Te la sacaré, humanillo. Sabré cómo murió realmente Steelheart.

En la oscuridad lo miré a los ojos.

—¡Quiero besarte! —grité—. ¡Como el viento besa a la Ilu-viii-a!

Canté todo lo fuerte que pude. Tia la había puesto antes y me sabía la letra, aunque había estado demasiado ocupado con lo de «ahora me estrangulan, ahora me disparan» como para prestar mucha atención. La había oído de niño, repetida una y otra vez en la radio hasta que yo y prácticamente todos los demás quedamos hartos de ella.

Mitosis se fundió delante de mis ojos. Me detuve, respiré hondo. Un segundo clon se arrastró sobre la forma fundida del primero.

—¡Qué mono! —gruñó—. ¿Durante cuánto tiempo puedes cantar, humanillo? ¿Cómo te sientes? Huelo tu sangre. Es...

—¡Te echaré de menos —grité—, como el sol echa de menos a la Ilu-viii-a!

Se fundió.

—Comprenderás —dijo el siguiente— que ahora voy a tener que matar a todos los que viven en esta ciudad. No puedo arriesgarme a que hayan oído esas canciones. Yo...

Se fundió.

—¡Para ya! —me soltó el siguiente—. Tú...

Se fundió.

Yo seguía, aunque iba cantando más bajo con cada clon que mataba. Uno de ellos dio con una navaja y se la pasó al siguiente. No se fundía; se caía al suelo cada vez que uno de ellos moría. El siguiente la cogía y seguía avanzando.

Cada clon se acercaba más. Yo retrocedí por el túnel hasta sentir un borde a mi espalda. La cañería descendía hacia las calles subterráneas. Sería una caída fatal.

—Supongo que podría dispararte —dijo el siguiente Mitosis—. Bueno, dispararte otra vez. Pero entonces me privaría del placer de ir cortándote a trocitos mientras me aúllas la verdad.

Canté el verso siguiente, lo que resultó ser una mala idea, porque una vez que fundí a aquel Mitosis me encontré tirado contra la pared curva del pequeño túnel. Estaba a punto de desmayarme.

El siguiente Mitosis recuperó la navaja de entre la masa viscosa. La cogió y dejó que corriesen por la hoja y cayesen al suelo trocitos de su otro yo.

Cabeceó.

—Sabes, recibí una educación musical clásica —dijo.

Fruncí el ceño. Era una novedad comparada con los comentarios sobre tortura, asesinatos y demás temas alegres.

—¿Qué dices?

—Educación musical clásica —repitió—. Yo era el único de la banda que sabía tocar un instrumento. Escribía una canción tras otra, ¿y qué tocábamos? Esos insulsos riffs simplones. Los mismos acordes. En todas las putas canciones.

Algo de lo que decía activó una parte de mi cerebro, como una palomita que empieza a arder porque se ha hecho demasiado. Pero no podía concentrarme; ponerse a hablar casi le había dejado llegar hasta mí. Canté. Muy débilmente.

No me quedaban muchas energías. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánta sangre había perdido?

Aquel Mitosis titubeó, pero me falló la voz y volvió a por mí.

—Estoy fuera de tu alcance, humanillo —dijo Mitosis. Su voz sonaba con aires de suficiencia—. Bien, sigamos con las preguntas.

Llegó hasta mí, me agarró del brazo y tiró.

Cuánto dolor. De alguna forma, entre correr y esforzarme, no me había dado cuenta del dolor. Shock. Había estado en shock.

El dolor me invadía. Todo un edificio que explotaba de agonía. Recuperé la voz y grité.

—¿Cómo murió Steelheart? —preguntó Mitosis.

—Murió a manos de un Épico —contesté, gimiendo.

—Eso me parecía. ¿Quién fue?

—Él mismo —susurré—. Después de que yo le engañase. Se mató a sí mismo, pero yo hice que así fuera. Un hombre normal acabó con él, Lawrence.

—¡Mentiras!

—La gente normal —susurré— acabará con todos vosotros.

Volvió a tirarme del brazo y me provocó un latigazo de dolor. ¿Qué importaba lo que yo dijese? No iba a creerme. Cerré los ojos y empecé a quedarme dormido. Era agradable. Demasiado agradable.

En la distancia oí música.

¿Cantaban?

Un centenar de voces. No, más. Cantaban al unísono la canción que antes había sonado por mi móvil. Estaban lejos de cantar bien, pero había fuerza en aquel sonido.

—No. ¿Qué hacéis? ¡Atrás! —aulló Mitosis.

Todas aquellas voces cantando. Apenas podía distinguir las palabras, pero oía la progresión de acordes. La verdad es que sin la letra no sonaba mal.

—¡Yo soy un ejército! ¡Atrás! ¡Soy el nuevo emperador de esta ciudad! ¡Sois míos!

Me obligué a abrir los ojos. Mitosis, frente a mí, se estremeció y vibró, aunque la canción se oía a lo lejos. Los clones estaban conectados y si unos cuantos de ellos oían la canción, el efecto se transfería incluso a los que no la oían.

De repente los clones que formaban una fila a lo largo de la tubería se pusieron a gritar y se agarraban la cabeza.

—Gente normal —susurré—. Ya hemos aguantado demasiado.

Mitosis explotó. Todos los clones reventaron súbitamente. Su muerte dejó abierto el paso a la luz. Parpadeé al recibir la repentina luz del sol y, a pesar de la limitación de espacio, pude ver lo que había fuera. Gente, de pie sobre el río congelado de metal, en masa. Miles de personas, vestidas con traje, con ropa de trabajo, de uniforme. Cantaban juntas, casi sonaba como un himno.

Había venido la gente de Chicago Nova.

5

—Tienes una suerte insospechada, muchacho —dijo el Profesor, acomodado en la banqueta junto a mi cama en el hospital. Era un hombre grande con el pelo que empezaba a teñirse de gris. Llevaba las gafas protectoras metidas en el bolsillo de la camisa.

Flexioné la mano. Los poderes de curación del Profesor, que me había cedido fingiendo que venían de una tecnología, habían sanado mis heridas. No recordaba mucho de las últimas horas. Había estado tendido, medio atontado, mientras varios médicos se esforzaban por mantenerme con vida hasta que llegase el Profesor.

Me senté apoyado contra la cabecera. Respiraba hondo y recordaba el final de Mitosis. Aunque los momentos posteriores eran confusos, su muerte la tenía clara.

—¿Cómo consiguió Tia reunirlos a todos? —pregunté—. ¿A la gente?

—El sistema de mensajes de emergencia —dijo el Profesor—. Ella envió un ruego a todos los que estuviesen junto al río, pidiéndoles que fuesen a ti y cantasen siguiendo la música que les había mandado a los móviles. Podían haberse quedado escondidos. La gente normal no debe enfrentarse a los Épicos.

—Yo soy una persona normal.

—Lo dudo. Pero no importa.

—Sí que importa, Profesor. —Lo miré—. Nunca lograremos nada si no pelean por sí mismos.

—La última vez que el pueblo luchó, los Épicos asesinaron a millones de personas y el país se hundió.

—Porque no sabíamos cómo derrotarlos —dije—. Ahora sí.

El Profesor suspiró y se levantó.

—Me han dicho que no te lleve la contraria, que te deje descansar. Ya hablaremos más tarde. Te portaste bien contra Mitosis. Él... —Vaciló.

—¿Qué? —pregunté.

—Hasta hace poco Mitosis ha estado en Babilonia Restaurada; Manhattan, como se llamaba antes.

—Donde acabas de estar.

El Profesor asintió.

—Que él viniese aquí cuando yo fui a Babilar suena a que esperaron a propósito a que yo me fuese. Cosa que no podría haber sucedido a menos que...

—¿Qué?

El Profesor negó con la cabeza.

—Hablares más tarde. Ahora descansa. Tengo que pensar. Muchacho, por bien que te portases, quiero que reflexiones un poco. Lo que hiciste fue arriesgado. No puedes estar siempre corriendo a los conflictos. No puedes tomar decisiones precipitadas. Tú no eres el líder de este equipo.

—Sí, señor.

—Tenemos que preocuparnos de toda una ciudad llena de gente —dijo mientras se dirigía hacia la puerta de la habitación, calentada por la luz del sol que entraba por la ventana abierta—. ¡Chispas! Eso era justo lo que nunca había querido. —En aquel momento su rostro se volvió sombrío. Seriedad acompañada de algo más. Algo... más tenebroso.

—Profesor —dije—, ¿cómo aparece en un Épico su punto débil?

—Es aleatorio —respondió de inmediato—. El punto débil de un Épico puede ser cualquier cosa. Tienen tanto sentido como los poderes; es decir, ninguno. —Frunció el ceño, mirándome—. Tú lo sabes mejor que nadie, muchacho. Eres tú el que los estudia.

—Sí —dije mirando por la ventana—. El punto débil de Mitosis era su propia música.

—Una coincidencia.

—Una coincidencia extraordinaria.

—Puede que el punto débil no fuese realmente la música —dijo el Profesor—. Quizá fuese la ansiedad por la actuación o la inseguridad, o algo así, y la música se lo recordaba.

Probablemente tuviese razón. Pero...

—Odiaba la música —dije—. Su propio arte. Ahí hay algo, Profesor. Algo de lo que todavía no nos hemos dado cuenta.

—Quizás. —El Profesor se demoró en la puerta—. Abraham te manda un mensaje.

—¿Qué es? —Recordaba vagamente que Abraham me había sacado del túnel y me había llevado al hospital.

El Profesor frunció el ceño.

—Sus palabras exactas fueron: «Dile que tenía razón con respecto a la ciudad... así que voy a perdonarle lo del perrito caliente; por esta vez».



BRANDON SANDERSON. Nacido el 19 de diciembre de 1975, creció en Lincoln, Nebraska. Vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.

En 2005 debutó ante los lectores con *Elantris*, la novela que marcó un auténtico hito en el género de la fantasía épica e inició el Cosmere, el fascinante universo que comparten la mayoría de sus obras.

Desde entonces Sanderson ha publicado *El aliento de los dioses* (2009), una novela en un solo volumen en la línea de *Elantris* y ha iniciado una magna y descomunal decalogía, «El Archivo de las Tormentas», de la que ya ha publicado las dos primeras entregas, *El camino de los reyes* (2010) y *Palabras radiantes* (2014).

Con *El imperio final*, publicada en 2006, empezó una saga imprescindible del Cosmere, «Nacidos de la Bruma» (Mistborn), de la que ya forman parte, *El pozo de la ascensión* (2007), *El héroe de*

las eras (2008), *Aleación de Ley* (2011) y *Sombras de identidad* (2015), y que previsiblemente estará formada por cuatro trilogías y una novela intermedia.

Más allá del Cosmere, Sanderson es también autor de la trilogía «The Reckoners», «Infinity Blade» («La Espada Infinita»), *El Rithmatista* (2013) y de la serie para jóvenes iniciada con *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados* (2007).

Además Brandon fue elegido por Harriet McDougal Rigney, en 2007, como el continuador de *A Memory of Light*, el volumen final de la famosa serie «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente Sanderson, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía, *La tormenta* (2009), *Torres de Medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).